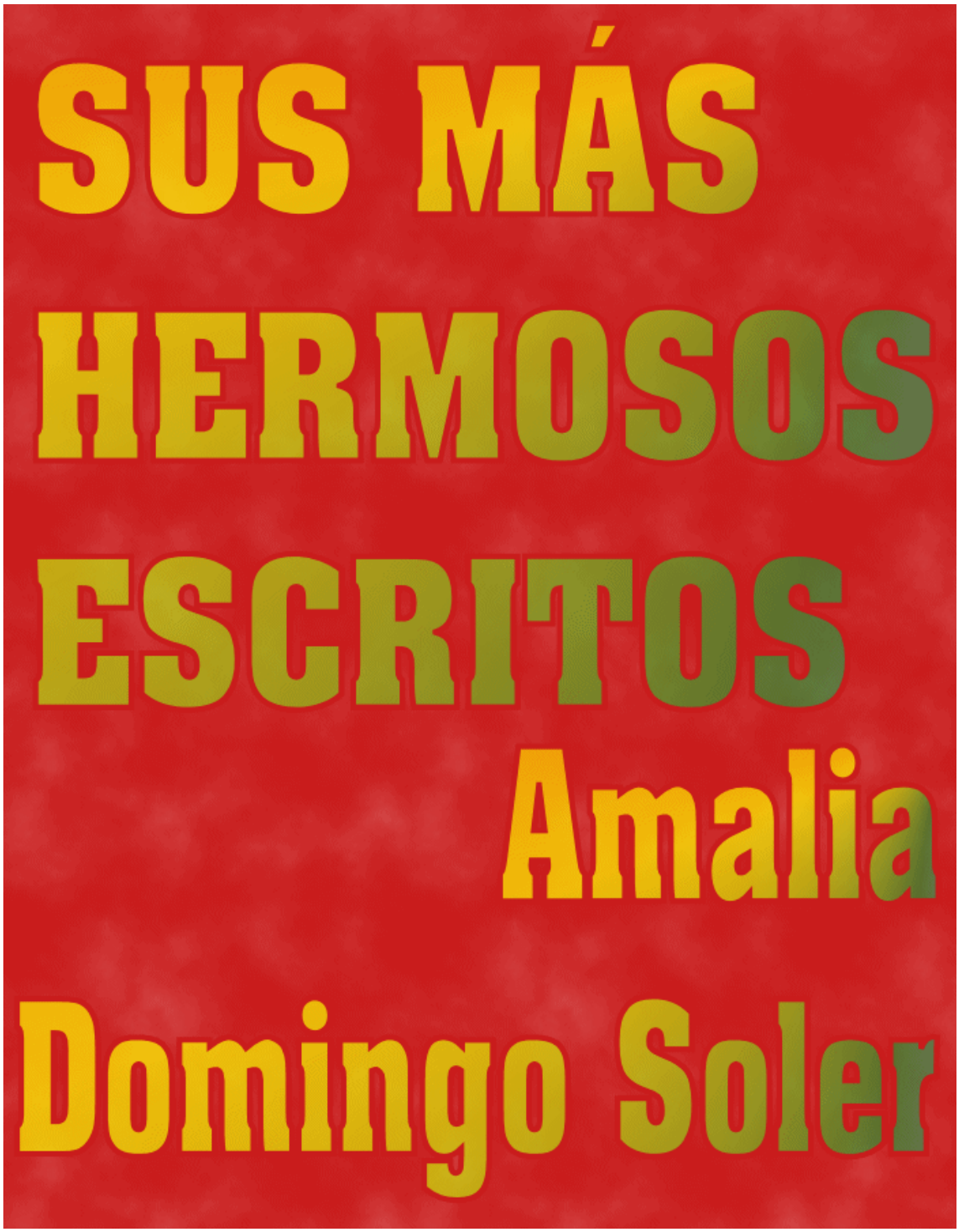
SUS MÁS HERMOSOS ESCRITOS
AMALIA DOMINGO SOLER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL SUEÑO DE LOS DOS NIÑOS

Estábamos, una noche del mes de julio, en que el calor dejaba sentir su fastidiosa influencia, sentados con varios amigos en el salón del Prado de Madrid. Se habló un poco de todo, y por último le tocó al espiritismo, y como es natural, unos hablaron en pro y otros en contra, llamándonos la atención que uno de los que componían el grupo, hombre que ya tendría sesenta años, persona muy entendida y de un trato excelente, al hablarse de espiritismo enmudeció, y mientras todos hablaban a la vez, él con su delgado bastón trazaba círculos en la arena y movía la cabeza como respondiendo a su pensamiento.

-Y usted, ¿qué dice, Mendoza? - le preguntamos.

-Yo no digo nada, Amalia.

-Pero usted tendrá su opinión formada.

-No, señora; no la tengo.

-¿Que no la tiene usted? Pues es muy extraño, porque un hombre como usted, que ha viajado tanto, que ha tratado tanta gente, y que habrá visto tantas cosas, debe de haber oído hablar de espiritismo.

-¡Ya lo creo! Y he leído las obras de Allán Kardec, y he asistido a muchas sesiones espiritistas; pero... estoy así... creo... no creo... compadezco a los que lo niegan, envidio a los que creen en la supervivencia del espíritu, y dejo pasar los años uno tras otro sin decidirme ni a negar, ni a conceder; estoy como estaba el loco del cuento.

-¿Y cómo estaba ese loco?

-Según dicen, iba desnudo, como Adán, y llevaba una pieza de paño en la cabeza, esperando que llegase la última moda para vestirse. Yo espero la última creencia para creer. Confieso que en punto a creencias no he fijado aún mis ideas; y crea usted que he tenido pruebas en mi vida que podían haberme convencido.

-¿De qué podían haberle convencido?

-De la verdad del espiritismo.

-¡Sí!... ¿Y cómo? Cuénteme usted.

-No es esta buena ocasión: somos muchos, y algunos se reirían.

-Hable usted en voz baja, ellos no nos escuchan. ¿No ve usted que ya los hombres hablan de política y las mujeres de modas? Descuide usted, que no se distraerán.

-También es cierto, y a usted, que emborrona papel, no le vendrá mal saber una nueva historia.

-Ya lo creo; comience usted su relato.

-No crea que es nada de extraordinario; es decir, para mí sí lo es, y ha influido poderosamente en mi vida. Usted quizá ignore que soy viudo.

-Ciertamente, lo ignoraba.

-No lo extraño; muchos me creen solterón, porque no soy aficionado a contar a los demás las cosas que sólo a mí me interesan. Pues, como le iba diciendo, hace más de treinta años que soy viudo.

-¡Qué joven se casaría usted!

-A los veinte años; y me casé como se casa uno a esa edad, loco de amor. Viví cerca de un año en el paraíso. Mi esposa era bella como un ángel y buena como una santa, y al dar a luz a un niño quedó muerta en mis brazos. No le puedo a usted pintar la desesperación que sentí y el odio tan profundo que desde aquel instante me inspiró mi hijo. Acusaba a aquel inocente de la muerte de su madre, y me enfurecía de tal manera, que no cometí un crimen, porque una hermana mía casada se apoderó del niño, lo crió ella misma, y me salvó de ser parricida.

Estuve viajando cuatro años seguidos. Mi hermana me escribía hablándome del niño,

diciéndome que era tan hermoso como su madre, que hablaba tan bien, que era tan inteligente, que besaba mi retrato y siempre preguntaba cuándo vendría su papá; pero yo, nada, sin conmoverme con estos preciosos detalles. Volví a España y persistí en no verle, sintiendo a la vez un odio feroz por todos los muchachos.

Una noche, estando en el café, vi llegar a mi cuñado, que corría como un loco. Cogióme del brazo y me dijo: "Tu hijo se muere, y el pobrecito te llama; dice que ha soñado que se va a morir, y quiere ver a su padre". Al oír estas palabras me pareció que me habían atravesado el corazón, y salí corriendo y llorando como un chiquillo. ¡Qué misterios guarda el corazón humano! ¡Le había odiado en vida y le lloraba muerto!...

Llegué a casa de mi hermana, que salió a mi encuentro sollozando y me llevó al cuarto de mi hijo. El niño estaba dominado por la fiebre; parecía dormido. Yo no sé lo que hice; le cogí en mis brazos; le cubrí de besos, le pedí perdón, y maldije mi locura de haber huido de aquel ángel. ¡Cuán hermoso era mi hijo!

-¿Y el niño, qué hizo?

-¿Qué hizo? ¡Abrazarme, mirarme con delirio! Se volvía loco de alegría. Y aquella violentísima sensación le fue beneficiosa; pues, según dijo el médico, salió del peligro. Quince días viví extasiado con mi hijo. ¡No puede usted figurarse qué talento y qué penetración tenía!

Yo no me quise separar de él, ni aún para dormir. Dormíamos los dos juntos. Una mañana al despertarse me miró sonriéndose con tristeza, me acarició mucho y me dijo:

-¡Ahora sí que me voy!

-¿Dónde? - le dije yo temblando, sin saber por qué.

-Me voy con mamá; me lo ha dicho esta noche.

-¿Qué dices? ¡No te entiendo!

-Sí; con esta ya ha venido dos veces, y me ha dicho que con ella estaré muy bien; pero siento dejarte.

-Déjate de tonterías -exclamé yo-: ahora nos levantaremos y nos iremos de paseo.

-No, no, no me quiero levantar; que me están diciendo que ahora verás como se cumple mi sueño. - Y reclinando su cabecita en mi pecho, se quedó muerto.

-¡Cómo se quedaría usted!...

-¡Como un idiota! Durante mucho tiempo no sabía lo que me pasaba, y cuando salí de aquel atontamiento, me principiaron a atormentar unos remordimientos tan horribles, que no descansaba ni de noche ni de día. Siempre pensando en mi hijo; siempre lamentando el tiempo que pasé lejos de él.

Huí de la gente, y estuve lo menos diez años sin querer tratar con nadie. Al fin, entré en mi estado normal: murió mi padre, y entre arreglar la herencia y atender a los negocios conseguí distraerme, y volví de lleno a la sociedad; pero sin mirar a ninguna mujer: tenía miedo de crearme una nueva familia. Así las cosas, estando una noche en el café con varios amigos, dijo uno de ellos:

-Reparen ustedes este chiquillo que viene aquí: qué cara tan distinguida tiene. ¡Qué lastima que sea tan pobre!

Todos miramos, y vimos venir a un niño que tendría seis o siete años, vestido pobremente y con un cajoncito entre las manos en el cual llevaba cajas de fósforos. Acercóse a nuestra mesa, y nos ofreció su mercancía con una voz tan dulce, que nos encantó. Tenía una cara preciosa. Todos le compramos cerillas, y le dimos azúcar. El se puso tan contento y tomó tanta confianza, que, dejando su caja sobre la mesa, se me acercó diciéndome: "Déjame un poquito de café, que me gusta mucho". Me acordé de mi hijo, y suspiré interiormente. Preguntéle si tenía padres, y me dijo: "Tengo mi abuela; mi madre se murió cuando yo vine al mundo". Al oír estas palabras me estremecí, y seguí preguntándole si tenía padre. Contestó negativamente; y en esto vino el mozo que nos servía, y exclamó mirando al niño:

-¡Qué muchacho más guapo! ¡Y lo que éste sabe... es tan pillo!... - El niño entretanto

parecía que me conocía de toda la vida; cogió mi bastón, y alrededor nuestro se pasó toda la velada. Cuando salí del café, pensé mucho en aquel chicuelo, y pensé mil planes. Para no cansarla le diré que durante unos veinte días, todas las noches veía al niño en el café, cada vez me gustaba más, y hacía el propósito de encargarme de él; pero este carácter mío, que es la irresolución personificada, no me dejaba decidirme de una vez. Y cuidado, que al ver marchar a aquel inocente, solo, para ir en busca de su abuela, que vendía periódicos en otro café, me daba pena; sufría, y deseaba que llegase la noche siguiente para volverle a ver. Una noche llegó al café, y nos dijo con mucha gracia:

-Cómprenme entre todos, las cerillas que llevo; que cuando las vendo todas, mi abuela me da cuatro cuartos para mí; y yo quiero mis cuatro cuartos esta noche.

-¿Para qué? - le preguntamos.

-Para comprarme un bollo; que hace tres noches que sueño que me voy a morir; y dice mi abuela que cuando se sueña una misma cosa tres veces seguidas, aquello sucede; y por si me muero mañana, me quiero comer el bollo esta noche.

-Pues no te mueras con ese sentimiento - le dijo uno de mis amigos, y le dio los cuatro cuartos. Yo pretexté que tenía que hacer, y me salí con el niño. Entré con él en una pastelería inmediata, y le dije: "Toma lo que tú quieras". Comió lo que quiso, y al salir me hice acompañar por él hasta su casa.

-¿Me haréis el favor de ir mañana a mi casa con vuestro nieto? - dije a la abuela del niño. Este se sonrió, y exclamó: "Abuela, ¿cuándo crees tú que se cumple lo que sueña tres veces un niño?"

-Cuando Dios quiere, muchacho -dijo la anciana-; déjame en paz. - Y volviéndose a mí, me preguntó afectuosamente a qué hora deseaba que fuera. Díjele la hora y nos despedimos. Quiso el niño acompañarme algunos pasos, y antes de separarnos, se me acercó con cierto misterio. "Oye, exclamó, ¿es verdad que sucede lo que los niños sueñan?"

Yo no supe qué contestarle: pensaba en los sueños de mi hijo, y me horrorizaba.

-No seas tonto -le dije por último-; no hagas caso de sueños, y hasta mañana. - Sin replicarme me cogió la mano; me la apretó, cosa que nunca había hecho, y se fue. Yo llegué a mi casa, y en toda la noche no me fue posible conciliar el sueño.

Al día siguiente contaba las horas con afán. Dieron las once, que era la hora señalada, las doce, la una, y la anciana no venía con el niño. Yo que sabía donde vivían, fui a su casa, y me encontré a la pobre mujer rodeada de unas cuantas vecinas, que trataban de consolarla. Al verme, la infeliz me dijo sollozando:

-Ha muerto llamándole a usted. ¡Hijo de mis entrañas! ¡No era para este mundo!

Llevóme donde yacía el niño, el cual parecía estar durmiendo. Al verlo, sentí mi corazón destrozado como cuando murió mi hijo.

Ordené que le hicieran un buen entierro, y que le depositasen en el panteón de mi familia, y no le puedo a usted decir lo triste que me quedé y lo preocupado que estuve durante algún tiempo.

Un amigo mío espiritista me dijo que tal vez yo había visto dos veces a mi hijo sobre la tierra. Entonces leí; asistí a algunas sesiones; pregunté, y distintos médiums me dijeron que el espíritu de mi hijo tenía una historia muy triste y original. Que él era efectivamente el pequeño fosforero que supo ganarse mi simpatía; que antiguamente había poseído el don de profetizar; mas habiendo hecho mal uso de la revelación, tenía que pagar algunas deudas.

Los presentimientos de sus dos últimas existencias no habían sido sino manifestaciones del espíritu profético que antes poseyera.

Yo pedía que mi hijo se comunicara, y una noche me dieron una comunicación, que no sé si sería de mi hijo.

-¿Pero usted es médium?

-No sé si me inspiran o si escribo yo solo. Yo nunca he hecho versos, y el espíritu de

mi hijo me dictó unos versos sencillos, pero llenos de sentimiento.

-¿Se acuerda usted de ellos?

-Unicamente de la cuarteta final, que decía:

Es la duda tu martirio,
Es tu calvario y tu cruz;
Mas los sueños de dos niños.
Pueden darte mucha luz".

-¿Y aun duda usted de la verdad del espiritismo?

-¡Qué se yo, Amalia, qué sé yo! Soy la personificación de la duda; pero a pesar mío, a pesar de todo, viven en mi memoria esos dos niños, y están tan enlazados a mi vida, que me he hecho viejo pensando en ellos.

-¿Y la abuela del niño?

-En mi casa de Aranjuez murió no hace mucho tiempo.

-Mas yo creo que si usted no se declara completamente espiritista, al menos no lo negará.

-Ah no, negarlo no; hago lo que he hecho esta noche, callarme, y entonces me parece que oigo la voz de mi hijo que me dice: "Acuérdate del sueño de los dos niños", y me quedo tan absorto en mis pensamientos, que me olvido de cuanto me rodea.

Que hay algo más allá de la tumba no hay duda; porque si no, no tendrían explicación ni las simpatías ni las aversiones.

-Es muy cierto; se necesita estar loco para no creer en la vida de ultratumba.

-Entonces, amiga mía -dijo Mendoza levantándose-: yo le debo la razon "al sueño de los dos niños".

¡ANTONIO!

La generalidad de los hombres fijan su atención en esas grandes figuras que dejan su nombre en la historia por sus proezas en los campos de batalla, por su sagacidad maquiavélica en el terreno político, por su ingenio en las bellas artes, por sus estudios, descubrimientos e inventos científicos; y dejan pasar desapercibidos a un sinnúmero de seres cuya vida es una heroicidad continuada, un sacrificio perpetuo, donde la abnegación irradia con sus más hermosos resplandores.

Nosotros, sin tener un carácter amigo de contradecir con nuestras palabras la opinión general, con nuestros hechos llevamos casi siempre la contraría a la humanidad; porque ella mira a los hombres que parecen grandes, y nosotros miramos con inexplicable afán a los pequeñitos de la tierra, a los que parecen pequeñísimos por su posición social.

Cuando hemos visto desfilar ante nosotros grandes cuerpos de ejércitos victoriosos que volvían del campo de batalla, no han buscado nuestras miradas a los jefes más renombrados, sino que hemos contemplado a los pobres soldados y hemos dicho: ¡cuántos héroes sin gloria!...

Respecto a los grandes políticos nos dijo una vez un conocido hombre de Estado: Crea usted, amiga mía, que el alma de los ministerios no son los ministros, sino sus secretarios particulares; que en el teatro del mundo son con frecuencia primeros actores los que sólo figuran como comparsas.

Convencidos nosotros de esta verdad, siempre hemos buscado en las clases humildes

a esos mártires del trabajo y del sufrimiento cuyo nombre no repite la fama y en cuya memoria no se levantan mármoles ni bronces. Pero, ¿qué importa que aquí, al parecer, nada quede de sus hechos, si todo queda fotografiado en la luz inacabable de su eternidad?

¿Quién pone su atención, por ejemplo, en uno de esos muchachos que venden periódicos por las calles; quién, al oírles, pregonando su mercancía, se acuerda de considerar que aquella voz puede ser el eco de un corazón magnánimo? Nosotros, antes de saber que el célebre Edison, el inventor del fonógrafo, de la pluma eléctrica, del microsatímetro, el que ha dividido en diez mil mecheros una sola luz eléctrica, ese genio mecánico, el primero en nuestro siglo; antes de saber, repetimos, que Edison fué vendedor de periódicos en un camino de hierro, mirábamos con cierta simpatía a los pequeños expendedores de ideas. Y entre ellos hemos encontrado un héroe de laboriosidad, de abnegación y sacrificio.

Cuando vivíamos en Madrid, teníamos la costumbre, que tienen casi todos los habitantes de la Corte, de comprar "La Correspondencia de España". Un chicuelo de nueve a diez años era el encargado todas las noches de traernos el periódico, dejándolo además en todos los cuartos de la casa; y siempre veíamos con gusto aquella carita risueña, adornada de grandes ojos, brillantes y expresivos.

Una mañana, al entrar en una capilla evangélica, nos sorprendió ver al pequeño repartidor, al simpático Antonio, sentado en un banco, escuchando con una atención superior a sus cortos años el discurso del Pastor.

Por la noche al verle le dijimos: -Oye, ¿tú eres protestante, o es que vendes algún periódico luterano?

-Mi madre es de la grey de la capilla, y yo también -replicó el chico con cierta gravedad-; ya lo sabe usted, somos hermanos en Jesucristo.

Esta igualdad de ideas nos hizo intimar más con el pequeño Antonio, y siempre le hacíamos preguntas por el gusto de oír sus juiciosas contestaciones.

Una noche que llovía a torrentes, no vino Antonio a traer "La Correspondencia" a la hora acostumbrada. A las diez cerraron la puerta de la casa; pero a poco rato oímos llamar a la puerta de nuestro piso, salimos a ver quién era, y vimos a Antonio acompañado del sereno. El primero nos dió el periódico, y no pudimos menos de decirle:

-Muchacho, ¿dónde vas con esta noche tan cruel? ¿No podías dejarlo y traerlo por la mañana?

-Por la mañana tengo yo otras cosas que hacer.

-Este hombre tiene muchas obligaciones -dijo el sereno riéndose-; ya ve si tendrá cuando me obliga a que le acompañe para ir abriendo las puertas.

-Y tantas como tengo -dijo Antonio-; bien lo sabe usted, mejor que nadie.

-Sí, hombre, sí; ya lo sé. Aquí donde usted le ve -nos dijo el sereno-, se ha encargado de mantener a una niña.

-¿A una niña?

-Sí, señora, a una niña.

-¿Y cómo es eso? Cuénteme usted.

-Muy sencillo. Hará unos tres meses que una noche a las doce y media, estando yo cerca de la casa de Antonio, vino éste y me dijo: "Mire usted, junto a la puerta del convento han dejado un niño que llora". Fuí con él, y efectivamente, muy envuelta en un pañuelo negro había una niña que contaría unos ocho días, y estaba muy bien vestidita. Antonio la tomó en brazos y me dijo: "Venga usted conmigo a mi casa, que yo me quiero quedar con esta niña. -¡Estás loco!, le dije yo. Para aumento de familia está tu madre..."

-No importa, no importa -insistió Antonio-, venga usted conmigo que lo demás corre de mi cuenta. -Fuimos a su casa, y la madre de Antonio (que es ayudanta de lavandera),

al vernos con la embajada que llevábamos cogió la niña, la besó, y Antonio se abrazó a ella, y se las supo arreglar tan bien que su madre se quedó con la niña, y Antonio se comprometió a pagar el ama de cría con lo que ganara. Por eso tiene tanto que trabajar. Aun no tiene diez años y ya se ha convertido en padre de familia.

-Vamos, hasta mañana, que tengo prisa -dijo Antonio; y se fué con el sereno.

Si el pequeño repartidor antes nos era simpático, desde aquella noche sentimos por él admiración y cariño.

A la noche siguiente, en cuanto llegó, le preguntamos por la niña y le dijimos:

-Queremos que nos hables despacio de todo eso.

-Bueno, mañana, si va usted a la capilla temprano, se lo contaré.

No faltamos a la cita, y ya nos esperaba Antonio leyendo su Biblia. Parecía un hombrecito. Le preguntamos por su protegida, y le hicimos algunas reflexiones por la gran obligación que había contraído.

-Jehová me protege, porque lee en mi corazón -replicó el niño-, y me parece que Jehová puso a Raquel en aquel sitio para que la recogiera yo; porque al oírla llorar, sentí una pena tan grande, como cuando se murió mi padre, lo mismo; y no estuve tranquilo hasta que mi madre buscó quien la criara.

Justamente una vecina de casa se ha encargado de ello dándole yo dos duros todos los meses. ¡Si viera usted, cuán hermosa está!... Yo le he pedido ropita a la señora del Pastor, y me ha dado muchas cosas; mi madre le lava los vestiditos, y va siempre mi Raquel más blanca que una paloma. ¡Si viera usted cómo me conoce! ¡Pobrecita! - y la mirada de Antonio irradiaba felicidad.

-Pero tú tendrás que trabajar mucho...

-Y ¡qué importa! De noche vendo "La Correspondencia", y otros periódicos por la mañana; luego voy a casa de un editor a doblar y repartir entregas. Desde que tengo a Raquel en casa, todo me va bien; v4endo doble que antes y de noche, cuando me retiro, que a veces es muy tarde, no tengo miedo como solía, que siempre me parecía ver sombras y fantasmas; parece que me dicen al oído: ¡Jehová está contigo!... ¡Y me rodea una luz tan hermosa!... ¡Veo mi camino tan claro!... Se lo he dicho a mi madre, y se ríe; me replica que eso no puede ser; pero yo estoy persuadido de que es verdad, porque me pasa todas las noches; ni una sola dejo de ver la luz; estoy seguro de que no me engaño.

-No, hijo mío, no te engañas; a las almas buenas, como la tuya, Jehová las acompaña siempre. No lo dudes, no; Jehová está contigo.

-Me alegraría -añadió Antonio sonriéndose-, que mi madre la oyera a usted; así vería que es ella la que se engaña, y no yo.

Y viendo aparecer al Pastor, se dispuso a escuchar su discurso atentamente.

Mientras permanecimos en Madrid seguimos viendo a Antonio y admirando cada vez más la grandeza de su alma.

¡Quién diría, al ver aquel niño corriendo por la calle pregonando su mercancía, que fuese el amparo de un pobre ser abandonado en la tierra!

¡Quién diría que aquel niño era un héroe por su abnegación y su caridad!

¡Quién diría, al verlo con su blusita azul y su gorrita gris, que la misma irradiación de su espíritu alumbraba su camino, y la voz de su guía indudablemente murmuraba en su oído: "Jehová está contigo"!

¡Antonio! ¡Alma buena! Tu recuerdo vive en nuestra memoria, y siempre que vemos a un pequeño repartidor de periódicos nos acordamos de ti y de tu amada Raquel.

¡Qué acción tan hermosa! Un hijo del trabajo, un pequeñuelo que no tuvo infancia, convertirse en protector de un ser abandonado en medio de la calle.

¡Qué espíritu tan adelantado! ¡Qué instintos tan generosos! ¡Qué abnegación tan pura!

¡Bendito seas, Antonio! ¡Bendito seas!

LA CONSTANCIA

El comenzar el bien de todos es; mas perseverar en el bien, es de pocos. Cuando una nueva idea se presenta en el mundo, muchos se asocian a ella por mera curiosidad, por el interés momentáneo de la novedad del minuto. La fiebre del entusiasmo es flor de un día; por la mañana abre su corola, y por la tarde se inclina marchita, sin que el rocío del estudio logre darle vida.

¡Cuántos nobles pensamientos mueren al nacer por esa tendencia que tenemos a la volubilidad!

¡Cuántos propósitos de regeneración se quedan en proyecto porque obedecemos a la ley de la inconsciencia! Ley creada por el hombre, porque éste, en su libre albedrío, crea la sinrazón de las cosas, y la inconstancia está en oposición de las leyes eternas de la creación.

Estudiemos la naturaleza, y veremos cómo todas las especies hacen constantemente un mismo trabajo, y cómo los elementos periódicamente nos ofrecen sus necesarias metamorfosis para la continuidad y renovación de la vida; sólo el hombre, como el Satán de la leyenda, se rebela contra la suprema voluntad de su destino.

Y ¿qué es el hombre inconstante en la vida íntima? Es el tormento de cuantos le rodean: a veces tiene más muertes sobre sí, que el criminal que muere en un patíbulo, que muchas veces no ha cometido más que una en un momento de obcecación y de locura. El hombre inconstante suele, por lo general, ser dado a los amoríos, y a cuantas mujeres ve galantea y enamora. No es raro que algunas cuántas jóvenes doblan su tallo, como los lirios marchitos, en los albores de su amoroso sentimiento, a causa de la inconstancia de los hombres! ¡Vedlas! Sus mejillas pierden el matiz de las rosas, y adquieren la blancura de las azucenas; sus labios, como la flor del granado, se cubren con el tinte de las violetas; sus ojos, en los cuales irradiaba la esperanza, pierden su brillantez, porque los empaña el vapor de las lágrimas, y con esa sonrisa divina que es el distintivo de los mártires, pasean su mirada vaga de la tierra al cielo, hasta que al fin mueren, sin que la ciencia pueda definir la causa de su muerte. Ha sido un poeta el encargado de definirla en esta preciosa balada:

La hermosa niña volvió a su casa;
su madre al verla le preguntó:
-¿Por qué encendidas están tus manos?
-Con sus espinas me hirió una flor.

Salió la niña, volvió a su casa;
su madre al verla le preguntó:
-¿Por qué están rojos tus puros labios?
-Tal vez la mora les dió color.

Al otro día vuelve la niña;
su madre al verla le preguntó:
-¡Dios mío -exclama-: ¿por qué tu frente,
pálida y triste, nubla el dolor?

-¡Ay! ¡madre mía! -deshecha en llanto

dice la niña-, todo acabó;
abre el sepulcro para tu hija,
madre del alma... ¡Adiós! ¡Adiós!

Sobre la losa de aquella niña
todos leyeron esta inscripción:

"Cuando encendidas tuvo las manos,
fue porque un hombre las estrechó,
cuando su madre, su pobre madre,
notó en sus labios rojo color,
fue que un suspiro dejó sus huellas;
fue que un suspiro las encendió;
cuando la niña, pálida y triste,
dijo a su madre su eterno ¡adiós!,
fue porque el hombre que la adoraba
la abandonó".

¡Cuán bien pinta Luis Batisboni la muerte de la mayoría de las jóvenes que mueren asesinadas moralmente por el capricho y la indiferencia de un hombre!

El hombre inconstante, si se casa, suele ser la desgracia de su familia; porque vive unido a su esposa por la fuerza, y no por los lazos del corazón; y ya se sabe las tristísimas consecuencias de esas uniones indisolubles en la forma, y frágiles y quebradizas en el fondo. La mujer vive sola educando hijos sin padre, mientras éste hace la desgracia de otra familia buscando simpatías y creando afectos que no pueden ser sancionados por las leyes morales de la tierra.

La inconstancia, considerada en el terreno de la vida íntima, es fuente inagotable de dolores, y mirada en el campo de la política y de la moral, es manantial de grandes desaciertos y estaciona a los hombres y a las instituciones.

Un hombre inconstante en política se deshonra a sí mismo y al partido a que pertenece; y si ciertas escuelas filosófico-morales no preponderan en un plazo relativamente breve, es por la veleidosa inconstancia de muchos de sus adeptos.

Algo de esto le toca al espiritismo. Por sus fenómenos especiales, desconocidos de la generalidad, despierta la curiosidad de muchos; eso de hablar con los muertos da bastante en qué pensar. Hay quien espera verlos con su mortaja; otros creen que las comunicaciones dan la clave de los grandes secretos para obtener sin trabajar todas las comodidades de la vida; y al ver que los muertos no se presentan vestidos y calzados y que sus revelaciones no nos dan el maná apetecido, los espiritistas de impresión se aburren, y dejan la creencia espirita antes de haberla comprendido, y por consiguiente antes de haberla apreciado en su inmenso valor.

La constancia, utilísima si se emplea en la práctica del bien y en la instrucción y elevación de nuestro espíritu, nos sirve de poderosísima ayuda si nos acogemos a ella para el estudio del espiritismo, haciéndonos conseguir un resultado superior a nuestras más halagüeñas esperanzas.

El espiritismo es una mina de progreso indefinido, y sus inagotables filones no los encuentra el minero a las primeras excavaciones; necesita trabajar con paciencia, con método y sobre todo con una constancia inalterable; así encontrará una decidida protección en nuestros amigos invisibles, que no nos facilitan tesoros de las mil y una noches, pero que nos inspiran para predicar el amor y para practicar el bien.

Decía un sabio que gustando la ciencia se cae en la incredulidad, pero empapándose

en ella se torna a la fe. Pues esto pasa con el espiritismo. Mirado por fuera, por las mesas parlantes, los ruidos inusitados y el movimiento de los muebles, impresiona por el momento y nada más; pero estudiando sus obras fundamentales y dedicándose asiduamente a la comparación de sus hechos reales y positivos con los milagros y las especulaciones de las sectas religiosas, se encuentra en él la tierra prometida de las Sagradas Escrituras; porque vemos que el bueno es coronado con los laureles de la victoria, y el pecador tiene la eternidad ante sí, para arrepentirse de sus faltas y entrar en la senda del deber.

Lo repetimos; la perseverancia empleada en el estudio es útil siempre, y aplicada al espiritismo reporta al alma un bien inapreciable; porque el progreso que alcanza le sirve para penetrar en mundos regenerados, de los cuales el espíritu constante está separado por millones y millones de siglos; la constancia en querer progresar, le acorta el camino y le presenta panoramas espléndidos que el hombre de la tierra ni en sus sueños más hermosos llega a ver jamás.

Seamos, pues, constantes en nuestro trabajo; y nuestra constancia nos llevará a las regiones felices donde el amor es una ley, y la ciencia más profunda el conocimiento general de todos los seres.

Donde no hay hombres ingratos ni almas ignorantes; donde se adora la naturaleza y el bien propio y ajeno.

LOS NIÑOS POBRES

¿Hemos mendigado nuestro sustento en nuestras pasadas encarnaciones? ¿Tendremos que implorar la caridad pública en nuestras sucesivas existencias? ¿Recordamos, o presentimos? ¿Contemplamos nuestro pasado, o adivinamos nuestro porvenir? ¿Por qué miramos con tanto afán a los niños pobres? ¿Por qué espiamos sus sonrisas, atendemos a sus conversaciones, y nos interesan tan íntimamente los más leves detalles de su vida?

Este vivísimo sentimiento de profundísima compasión debe obedecer a una causa, debe tener su razón de ser; porque son muchos los cuadros tristes que vemos en el mundo, y ninguno nos interesa tanto como los niños harapientos que piden una limosna tristemente.

Muy doloroso es ver a un anciano temblando por el frío de los años y abrumado por el enorme peso de sus desventuras: bien podíamos conmovernos; y, sin embargo, confesamos ingenuamente nuestra debilidad, los niños pobres son los que más nos atraen; sentimos por ellos algo que no podemos explicar ni definir.

En la infancia, todo es bello: nos agrada mirar a los niños ricos, pero los miramos como a una colección de figuras bonitas; nos place su gentileza, el precioso adorno de sus lindos vestidos, pero no tratamos de leer en sus ojos la historia palpitante de su alma. En cambio, los niños pobres son para nosotros libros de estudio que hacen brotar en nuestra mente todo un mundo de consideraciones filosóficas.

Conocemos a un pobre ciego que tiene tres hijas: de la una nos hemos ocupado extensamente en un artículo que hace tiempo le dedicamos, titulado ¡Amparo!; después conocimos a la hija mayor, pálida niña que cuenta ocho años, y últimamente hemos conocido a la más pequeña, que hace dos primaveras que está en este mundo. Dolores se llama, "dolores" revelan sus hermosos ojos, y dolores sin duda, ha venido a buscar en la tierra.

Regresábamos una noche a nuestra casa, y el viento huracanado levantaba una densa

nube de impalpable polvo. Un niño se puso ante nosotros diciéndonos con dulce acento:

-Deme usted una limosna para el padre de Amparo.

Miramos al niño y exclamamos: -¿Qué dices, muchacho?

-Yo a usted, la conozco -replicó el niño sonriendo-. Es usted, la señora que le da muchos besos a mi prima Amparo; y mire usted, aquí está su padre.

Efectivamente, el pobre ciego estaba parado junto a una esquina, le hablamos, y al momento nos conoció, y nos dijo:

-Mire usted, es mi Dolores-. Y nos presenta una hermosa niña que tenía en brazos. Es muy parecida a Amparo, y con gracioso abandono reclinaba su cabeza en el hombro del autor de sus días. La besamos, y la pequeñuela nos miró con alegre curiosidad. Observamos con placer que iba envuelta en una capita de lana, cuya capucha resguardaba del frío la cabeza de aquel pobre ser, que al llegar a la tierra reclinaba su frente en el hombro de un mendigo ciego.

¡Qué cuadro tan triste! ¡Pero de una tristeza dulce, conmovedora!... ¡Parece que aún lo vemos! ¡Un hombre joven! ¡En lo más hermoso de la vida! Pues tendrá unos treinta años, ¡con los ojos herméticamente cerrados! ¡Con la sonrisa en los labios! ¡Con la resignación en su frente! Y una niña en sus brazos, que contaría dos inviernos, reposando tranquila y risueña en el pecho de aquel desventurado, y un niño de unos ocho abriles reclamando la atención de los transeúntes para aquellos dos míseros seres.

Nos gusta mucho hablar con este pobre ciego y le dijimos:

-¿Cómo se atreve usted a sacar a la calle a esta pobre criatura con el frío que hace?...

-No tenga usted cuidado; mi mujer no duerme por arreglar la ropita de sus hijos, porque es de lo que no hay, y mi Dolores va muy bien abrigada, y además, es ella la que quiere venir conmigo. ¡Si está más engreída con su padre! No se lo puede usted figurar.

-Pero yo no sé: a mí me daría miedo; temería que se me cayese de los brazos.

-Alguien vela por los hijos de los pobres, señora; y estoy bien seguro que a mis hijos no les pasará ninguna desgracia yendo conmigo.

-Tiene usted mucha fe... ¡eso le salvará!

-¡Cómo no he de tenerla! ¡Si veo lo mucho que la suerte providencial me favorece, dejando a un lado que para mí siempre es de noche! Por lo demás, no puedo quejarme. Tengo una mujer buena, muy buena, unas hijas buenísimas, que nunca lloran ni se impacientan, ni se desesperan, aunque se pasen días y días comiendo pan frío y pan caliente.

-¿Pan frío y pan caliente?

-Sí, señora, pan en sopas, y pan en seco. Tienen un delirio por mí: prefieren mi compañía a todo. Esta pequeña vive en mis brazos, y con ella, ni me acuerdo de mi desgracia. Es verdad que estoy ciego en lo mejor de mi vida; pero me hago cuenta que todo no se puede tener en el mundo.

-Ciertamente, tiene usted razón; todo no se puede tener en la tierra; y si usted se ve amado, casi se puede creer feliz.

-Sí, señora, sí. Cuándo mi Dolores se queda dormida, como ahora debe estar, que arrima su carita a la mía, el calorcillo de su aliento parece que me reanima, y me da más tino para andar, aunque vaya solo con ella, como me iré esta noche; porque mi sobrinito quiero que se vaya pronto a casa.

Y efectivamente, el niño se fué, y el pobre ciego continuó:

-Pues sí, cuando voy con mi Dolores, no tenga usted cuidado que dé un solo tropezón. Vaya, buenas noches.

Y el resignado mendigo emprendió camino con paso ligero, mientras nosotros los mirábamos ir, murmurando:

-¡Qué historia tendrán esos dos espíritus! ¡Ahí van entregados en brazos del destino! ¡Él, ciego... y ella tan pequeñita! Pero los dos se aman; y donde reina el amor, irradia la luz.

II

Siguiendo nuestra especie de monomanía, otra noche nos fijamos en cuatro niños, de los cuales el mayor tendría nueve años. Ibamos con una joven a quien adornan bellísimos sentimientos, la cual había comprado un pan, y al ver a un pequeñuelo que le pedía limosna, se apresuró a dárselo. Este, contento con su fortuna, aceleró el paso, sin duda para qué sus hermanos no reclamasen su parte en el festín; pero el rapazuelo fue castigado en el momento por su egoísmo, porque el pobrecillo tropezó y cayó lastimándose el rostro. Nuestra amiga se interesó vivamente por el pequeñito egoísta, y nos detuvimos hasta dejar restablecida la paz entre aquellos diablillos; y mientras duraron las capitulaciones, tuvimos ocasión de hablar con el mayor de los niños, que nos llamó la atención por sus razonadas contestaciones y su modo de obrar.

El pobre lastimado tenía la carita llena de sangre. Su hermano le quitó el pañuelo que llevaba anudado al cuello, para limpiarle la cara, visto lo cual por nuestra joven amiga, le dijo reconviniéndole:

-¿A qué le quitas el pañuelo del cuello? ¿No ves que se constipará?. Límpialo con la blusa.

-Por supuesto -dijo el muchacho con enojo-. Ha de saber usted que hoy hemos estrenado estas blusas todos cuatro, y además gorras y alpargatas, que han costado catorce pesetas; y estas catorce pesetas le cuestan a mi madre muchos sudores. ¿Quiere usted que se limpie con ella, para que la manche? No faltaba otra cosa, cuando mi madre las quiere guardar sólo para un gran día.

Nuestra amiga llevó al niño a una fuente vecina para lavarle al cara, y nosotros seguimos hablando con el jefe de aquella infantil familia, que nos dijo al preguntarle si tenía padre:

-Sí, señora, le tengo; pero tiene mal en una mano y no puede trabajar; y mi madre, la pobre, tiene que hacer el trabajo de los dos. Cuida a mi padre, a otro enfermo, y luego nos manda a la calle a ver si recogemos algún cuarto. Hoy hemos andado mucho... ¡mucho!... y no hemos recogido más que el pedazo de pan que esa señora le dio a mi hermanito.

Nuestra amiga pacificó en lo posible a los pequeñuelos dándoles nuevamente del manjar de los pobres, conocido con el nombre de pan; hizo que se tomaran de la mano, y los vimos ir con sentimiento, murmurando:

-¡Pobres seres! En la infancia, cuando se necesitan tantos cuidados, tantas precauciones, la miseria los arroja a la calle y los expone a toda clase de peligros. Tienen una madre que los ama; que se complace en vestirlos con limpieza, y que después de contemplarlos, con honda tristeza, sin duda dirá:

-Id, hijos míos, mendigad vuestro sustento, que aun sois pequeños, y no podéis trabajar-. Y los pobres niños caminan a la ventura, cruzan las calles de la populosa ciudad, se salvan por milagro de morir atropellados entre las ruedas de un coche, y al llegar la noche regresan a su hogar rendidos de fatiga, sin que una mirada cariñosa se haya fijado en ellos.

¡Cuán desgraciados los niños! ¡Si reciben los besos de una madre, estos besos irán humedecidos por las lágrimas! ¡Para los niños pobres no hay infancia! Un pequeñuelo de nueve años tiene que pensar en el valor del dinero y en el arreglo de la ropa... El más leve placer le está negado. Siempre recordamos con honda pena a dos niños de diferente sexo, muy pobres, y muy buenos, que hemos visto crecer entre lágrimas. Ella se llamaba Lola, y él Julio. Un día se encontraron en la calle un pequeño perrito recién nacido, y los niños entraron en su casa muy contentos, llevando al pobre animalito envuelto en el pañuelo de Lola, y le dijeron a su madre:

-Mira, mamá, ya tenemos un compañero para jugar: lo criaremos con leche-. Su

madre les miró tristemente, y les dijo:

-Hijos míos, los pobres no podemos aumentar gastos, si no tengo pan para vosotros, menos tendré para ese pobre animal.

Los dos niños se miraron, hablaron entre sí, y al fin dijo Lola:

-Mira, mamá, a nosotros nos das pan y leche por la mañana: déjanos partir con el perrito nuestra ración. Después de haberlo traído, ¿quién tiene corazón para tirarle? -Su pobre madre accedió y el perrito abandonado es hoy compañero inseparable de los dos niños; siendo lo más gracioso de este sencillo y verídico caso, que en el mismo día que los niños llevaron el perrito, una hermosa gata, que era el entretenimiento de los chicuelos, dio a luz cuatro gatitos, y Julio, apreciando en lo que valía aquel fausto suceso, dijo gravemente:

-Mira, mamá, a la gata no le dejaremos más que un gato, y en lugar de los tres gatitos le pondremos el perrito, porque es preciso que ella también nos ayude a la buena obra-. Y en honor de la verdad, la dócil gata no defraudó las esperanzas de Julio, repartiendo sus cuidados entre su hijo y el protegido del niño. Nada más dulce, más conmovedor y más risueño a la vez, que ver a los niños haciendo particiones de su escasísimo almuerzo. Lola le daba una parte de su ración al perrito y Julio a la gata, diciendo muy formal, que, siendo la gata la nodriza del perro, debía procurarse tenerla bien mantenida. Y aquellas inocentes criaturas, para desplegar su generoso sentimiento, para difundir su cariño, para satisfacerse con el pan del alma, ¡tenían que carecer del pan del cuerpo!

¡Hay episodios tan dulces y tan tristes en la historia de los niños pobres!

Los espíritus no se permiten ni una hora de descanso. ¡Vienen a la tierra a ganar muchos siglos perdidos!

¡Tienen una herencia de lágrimas!

¡Tienen un pasado muy doloroso!

¡Tienen un porvenir lleno de azares!

¡Pequeñitos de la tierra! ¡Mendigos infantiles! ¿Qué hicisteis ayer?

¿Por qué tenéis que vivir hoy en el seno de la desnudez y del hambre?

¡CAROLINA!

¡*POBRE MADRE!*

¿Sabéis quién era Carolina? ¡Era una especie de pequeña librepensadora, que ha dejado la tierra después de haber visto florecer cinco veces los almendros!

Era una niña de semblante simpático y expresivo, de dulce y risueña mirada, de paso ligero. ¡Toda ella reflejaba la vida, la exuberancia de la vida! Parecía que adivinaba, que presentía que iba a estar aquí poco tiempo, y quería vivir aprisa, muy aprisa, muy aprisa...

Le gustaba mucho fijarse en las letras, y su entretenimiento más agradable, su recreo favorito, era hacer grandes sumas y escribir garabatos, los cuales miraba con encantadora complacencia.

Nada más gracioso que verla con su carita sonrosada, con sus ojos alegres, muy alegres, hablando con ellos, como se suele decir; sus rubios cabellos en encantador desorden, levantados continuamente por su pequeña manecita, apoyados los codos en una mesa, mirando a cuantos la rodeaban con una mirada investigadora, tan intencionada y tan significativa, que había que besar aquel lindo rostro de muñeca de

color de rosa.

Era el encanto de su madre, que, queriendo educarla, desde muy temprano, la puso en un colegio católico situado muy cerca de su casa. Carolina (no sabemos por qué coincidencia), fué un día a un colegio protestante; y desde entonces, con decidida voluntad dijo a su madre que quería ir al colegio de los protestantes. Rehusaba su madre llevarla, por estar dicha escuela muy lejos de su morada; pero Carolina tuvo astucia bastante para hacerse insoportable en el colegio católico, pues cuando su madre la llevaba, a poco de estar en la clase, la pequeñuela comenzaba a entonar los cantos de los reformistas.

La directora, como es consiguiente, no podía tolerar aquella infracción de la ley, y la diminuta alborotadora consiguió su deseo de ser expulsada de la escuela católica y admitida entre los luteranos, donde la niña cantaba y rezaba y era acariciada por sus infantiles compañeras.

Carolina era uno de esos seres afectuosos por excelencia. Conoció a una jovencita, la trató poco tiempo, y le tomó tanto cariño, que aunque la joven se fue a otra población, la niña siempre la recordaba y pedía ir a verla: era una de esas almas, muy raras en la tierra, que no saben olvidar.

Una mañana, conoció su madre que a la niña le faltaba aire para respirar; la pobre mujer, aterrada, vio un abismo abierto a sus pies, y corriendo como una loca fue a pedirle a un hombre sabio la vida de su hija. El médico acudió solícito, y tembló; conoció que su ciencia era impotente, y no supo qué decir a aquella madre desesperada, que exclamaba con acento delirante:

-¡Salvad! ¡Salvad a mi hija! ¡Yo no quiero que se vaya! ¡Qué haré en el mundo sin ella! - Pero la niña se agravó, sin perder por eso el conocimiento; miraba y besaba a su madre con tierna efusión, y por último le dijo: "Quiero pan, ¡madre mía!" Trajeron lo que la enferma deseaba, y Carolina, al ver que su hermano le traía lo que con tanto afán había pedido, se sonrió amorosamente, partió el pan en dos mitades, y con tierna mirada le ofreció a su hermano un pedacito del último manjar que tomaba en la tierra. Y llamando cariñosamente a su madre, exclamó: "¡Quiero dormir contigo!"

Carolina tenía la costumbre, siempre que sentía sueño, de decir a su madre: "Vámonos a dormir"; y cuando la niña moribunda se encontró reclinada en el seno materno, repitió la misma frase.

A la pobre mujer le horrorizó aquel deseo, porque comprendió que su hija se dormiría con el sueño de la muerte.

Así fue... Carolina cerró sus hermosos ojos, para despertar en el espacio ¡Pobre madre!

¡Ninguna esperanza sonríe en aquel pensamiento sombrío!

¡Ninguna creencia se alberga en aquella imaginación, exaltada por el dolor más horrible de la vida!

Quisiera ver por última vez a Carolina, y ¡qué cuadro tan desgarrador se presentó a nuestros ojos!

Sobre un níveo lecho estaba reclinada la niña, vestida con un traje blanco adornado con lazos de color de cielo. Su graciosa sonrisa se dibujaba aún en sus pálidos labios; y parecía que reposaba soñando con su madre.

Ésta, de pie junto a ella, la miraba de hito a hito, y nos decía con voz entrecortada:

-¡Parece un sueño! ¡A mi hija la deben haber envenenado! - Y la pobre mujer lanzaba en torno suyo una mirada amenazadora, buscando al enemigo invisible que le arrebataba su felicidad. Después, con voz dulce, nos contó todo cuanto su hija le había dicho antes de dormirse; y nosotros murmurábamos por lo bajo: "¡Pobre madre!" La angustia de aquella infeliz penetraba en nuestra mente como plomo derretido, y parecía que nos quemaba el cerebro, y sin dirigirle una palabra de consuelo, le dijimos:

-Sí, sí; llore usted mucho, ¡llore!... ¡Porque a la tierra no se viene más que a llorar!

Y aturdidos, abrumados con tan amargas sensaciones, espantados de ver aquel terrible sufrimiento, cuando nos vimos solos en la calle lloramos con profundo desconsuelo.

No conociendo el espiritismo, ¡cuánto debería sufrir aquella pobre mujer, contemplando a su hija muerta!

¡Es tan triste ver a un niño dormido con ese sueño al parecer eterno!

¡Tanta vida! ¡Tanto movimiento! ¡Tanta actividad! ¡Todo reducido a un cuerpo inmóvil! ¡A un silencio aterrador! ¡Pobre madre!...

En cuanto a Carolina, ¡dichosa ella! Espíritu activa, amante del progreso, expresivo, cariñoso, muy cariñoso, ¡cuánto hubiera sufrido!

¡Pobre niña!, hoy se ha dormido en los brazos de su madre, y dentro de algunos años, ¡quién sabe dónde hubiera reclinado su cabeza para morir!...

De pronto, mientras la contemplábamos, así que estuvimos un buen rato mirándola, entre la muerta y nosotros se presentó la imagen de una joven muy bella, a quien habíamos visto una vez en la cárcel de Barcelona, y pensamos: para ver a Carolina en tan triste lugar... ¡más vale que hoy llore su madre!

Después se nos apareció la sombra de una mujer que se suicidó en Madrid, joven elegantísima, de larga historia, que tuvo que morir para hacerle comprender a un hombre que sabía amar; y, al verla con su amarga sonrisa y su triste mirada, comparamos aquel rostro violentamente contrariado, con el risueño semblante de la niña muerta y dijimos: ¡Para llegar a sucumbir así... es preferible que hoy la llore su madre! Pero nuestras reflexiones nos guardamos muy bien en aquellos instantes de comunicárselas a nadie.

Donde no hay creencia, ¡el dolor se convierte en hidrofobia!

El amor de la tierra, que es el más sublime de los egoísmos, pero al fin egoísmo, no transige con ninguna clase de consideraciones; se rebela ante todo; es la más inofensiva de las locuras, pero al fin... ¡locura!

Por esto enmudecimos, y al salir de aquel aposento, lloramos abrumados con el peso del dolor ajeno.

Aquella mujer sin creencias nos torturaba el alma; porque es horrible vivir en la tierra sin creer, sin libar los dulces consuelos que el espiritismo nos brinda.

Esta creencia es la única que puede quitarle el horror a la muerte. Sin ella, el corazón se tritura en mil pedazos cuando se ve el cadáver de una niña simpática como Carolina.

EL CIEGUITO

Durante la larga convalecencia de una grave enfermedad que nos aquejó hace tiempo, paseábamos diariamente por los hermosos jardines del Buen Retiro, en cuya ocasión nos hicimos muy amigos de una graciosa joven, hija de uno de los guardas, a la cual encontrábamos todas las mañanas en una glorieta, cerca de su casa, cosiendo afanosamente la ropita de un niño que pasados algunos meses la llamaría con el dulcísimo nombre de ¡madre!...

Juana, sin ser bonita era una de esas mujeres de semblante expresivo, de mirada magnética, bastante instruida, y sobre todo, adornada de bellísimos sentimientos. Intimamos bastante con ella porque conocimos que también le agradaba nuestro trato, y se complacía en hablarnos de su marido, intrépido marino y a la sazón ausente.

Una mañana, paseando con nuestra joven amiga, llegamos a la glorieta que le servía

de gabinete de labor, y le dijimos:

-¡Cómo se conoce que le gusta a usted este sitio! Y no es por cierto de los más agradables que tiene el Retiro. Este lugar parece sombrío, triste.

-Es verdad.

-¿Se ha cometido aquí algún crimen?

-Que yo sepa, no; si sé, que aquí murió de pena un niño ciego.

-¡Un niño ciego!

-Sí, un niño ciego. ¡Pobrecito!

-¿Y cómo fue eso?

-Lo que voy a relatarle es rigurosamente histórico: puede usted preguntárselo a mi padre y a toda la familia; solamente que ninguno de ellos se interesó tanto como yo por aquel pobre ser, y tal vez dirán que el cieguito se murió por casualidad, y porque había de morir, pero yo, que le traté y estudié mucho su carácter, estoy bien segura que murió de pena.

-Con esos preámbulos está usted despertando poderosamente mi atención.

-No vaya usted a creer que sea una historia muy interesante, aunque para mí sí lo es, porque en poco tiempo le tomé mucho cariño a aquel inocente.

-Bien, bien, comience usted su relato.

-Hace cerca de dos años que me casé, y, a los pocos días salió mi marido de viaje. Yo me quedé muy triste, y me gusta venir a este sitio retirado para leer a solas las cartas de mi esposo. Un día, después de las doce, me vine a sentar como de costumbre en este mismo asiento, y me sorprendió encontrar a un niño junto a él. Al sentir mis pasos, y acompañándose de un pequeño organillo que llevaba, dejó oír su dulce voz cantando melancólicamente:

¡Del pobrecito ciego
la pena consolad!
¡Sentid de amor el fuego
y haced caridad!

¡Al pobre pequeñito
que no ha visto la luz,
ayudadle un poquito
para llevar su cruz!

Consuelo necesita
quien vive en el dolor;
¡dadme una limosnita
con cariño y amor!

Yo, que estaba entonces siempre dispuesta a llorar, al escuchar aquellas palabras lloré y besé repetidas veces al pobre cieguito.

-¿Y qué edad tendría?

-¡Qué sé yo! Porque el pobrecito era de una constitución raquítica, y parecía más pequeño de lo que en realidad sería. Vestía muy decentito. Era blanco como la nieve. Sus cabellos, casi blancos de puro rubios; sus ojos grandes, muy grandes, negros, pero sin brillo, sin vida; abiertos, fijos, parecían los ojos de un muerto; tenía la cabeza muy abultada; sus manos y pies eran extraordinariamente pequeños. Se dejó acariciar, y al preguntarle cómo se llamaba:

-No sé - contestó con voz triste.

-¿Tienes madre?

-No sé.

-¿Tienes padre?

-No sé.

-¿Quién te ha traído aquí?

-¡La mujer buena!

-¿Quieres tú a esa mujer buena?

-Sí, porque me ha traído al Buen Retiro. ¿Verdad que esto es el Retiro?

-Sí, hijo mío. Y ¿qué quieres tú hacer en el Retiro?

-Mira, cantar-. Y volvió el niño a repetir su melancólica canción.

-Ven conmigo - le dije. Cogile de la mano y me lo llevé a casa. A mi padre le dio mucha lástima. Mi madre le hizo muchas preguntas, y a todo contestaba: "No se". Mi padre decía: "Este infeliz es tonto, y debe haberse escapado de su casa; tendremos cuidado de él hasta que alguien lo reclame, y si no aparece nadie, daremos parte a la autoridad para que disponga de él". Yo entonces dije que si nadie lo reclamaba, podríamos quedárnoslo con nosotros. Por darme gusto, accedieron mis padres a mi deseo. Por no cansarla, le diré que nadie vino a reclamar a aquel desgraciado, y eso que mi padre puso avisos en los diarios.

-¿Y él no se impacientaba?

-No, no; le puse una camita junto a la mía, y dormía tan tranquilo.

Por la mañana le preguntaba:

-¿Dónde quieres ir?

-Donde estaba ayer - me decía sonriendo.

Pasaron muchos días, y nadie se presentó a reclamarlo. Toméle tanta voluntad que me alegraba muchísimo que nadie viniera, y como era un ser tan inofensivo, a mi familia no le estorbaba.

Comía muy poco; un pajarito podía, llevar en el pico su alimento.

Yo le hacía mil y mil preguntas; pero el infeliz siempre me contestaba vagamente. Se conocía que era medio idiota, o quizá por lo mucho que aquel infeliz habría sufrido estaba como desmemoriado.

Una tarde, estando aquí los dos sentados, vinieron unas cuantas niñas con sus criadas y se pusieron a jugar al corro, y el cieguito, cogiendo su pequeño organillo, principió su acostumbrada canción.

Las niñas, reparando en él, quisieron hacerle blanco de sus burlas, y ya me iba yo incomodando, cuando una de ellas, la más crecida, a quien las otras llamaban Albertina, se acercó al niño, mirólo atentamente y exclamó:

-¡Callad, bachilleras! ¡Pobrecito! ¡No es feo! ¿Verdad que no eres feo?

Y le pasó la mano por la cara, preguntándole cómo se llamaba.

El niño hizo un esfuerzo como si quisiera recordar algo; movió la cabeza y no contestó. Reiteró la niña su pregunta, acariciándole; y entonces oí que decía en voz muy baja: -Me llamo Juan.

Al oírle contestar tan acorde, me alegré infinito. Conté a la niña cuanto había ocurrido con el infeliz, y desde aquel día todas las tardes venían las niñas a jugar en aquel sitio. Albertina hacía jugar al cieguito con ellas, lo cogían de la mano, y le hacían dar vueltas al corro, mientras él cantaba con una voz tan expresiva y tierna que daba gusto oírle.

Más de un mes estuvieron viniendo aquellas niñas todas las tardes. Juan parecía que iba recobrando la memoria, y me contaba muchas cosas, pero todo confusamente. A mi modo de ver, debieron robarle de su casa y hacerle mendigar; qué sé yo; porque me contaba unas historias de la mujer mala, y de la mujer buena, que no le entendía.

Yo le dejaba decir, para ver si su dormida inteligencia se despertaba, llamándome la atención que durante su sueño llamaba muchas veces a Albertina. Se lo conté a la niña, y ella exclamó:

-¡Pobrecito! Se conoce que me quiere mucho; y yo también le quiero a él; ¡me da mucha lástima!

Una tarde vinieron como de costumbre, y Albertina se dejo caer en el asiento, diciéndole a Juan: -No quiero que hoy juegues, que estoy yo mala y no puedo jugar, y estas locas te dejarían caer.

-¿Estás mala? - dijo el niño.

-Sí que estoy mala, sí; me parece que los árboles andan; si no hubiera sido por verte, no hubiera venido.

Juan no le contestó; lloró silenciosamente; y Albertina, que era una niña muy pensadora, le dijo con ternura:

-No seas tonto, no llores; mañana estaré buena y correremos mucho; hoy me vas a cantar muchas cosas.

Nunca los olvidaré; me parece que aún los veo sentados a los dos en este sitio. Ella le acarició mucho, le hizo cantar, y él cantó su romancita y además otra canción que nunca le había oído; pero con voz tan triste y tan sentida, que Albertina y yo le cubrimos de besos, pareciéndonos que cantaba un ángel.

Al fin la niña se fue, repitiendo varias veces: -¡Adiós, Juan! ¡Hasta mañana! - Pero, ¡ay!, aquel mañana no llegó. Al día siguiente vinieron las niñas, pero Albertina tuvo que quedarse en cama, y Juan no quiso jugar. Pasaron algunos días sin que vinieran las niñas, y Juan dejó de comer.

Parecía increíble que aquel infeliz pudiera vivir. Al fin, una tarde las vimos volver vestidas de blanco como de costumbre, pero llevaban bandas negras, y gasas negras en los sombreros de paja. Albertina no venía, Me dio un salto el corazón, y pregunté a una de las criadas por Albertina:

-Dice mamá que se ha ido al cielo - contestó una de las pequeñuelas.

-¡Ha muerto! -dijo la criada con tristeza-. ¡Qué lástima de niña?

Juan que estaba cogido a mi falda, se soltó, lanzó un grito horrible y se cayó al suelo, para no levantarse más. ¡Estaba muerto!...

Yo estuve enferma de sentimiento; me impresioné en gran manera. Parecía increíble que un ser, al parecer tan pequeño, pudiera tener tanto cariño y sentir tanto. ¡Pobrecito! ¡Qué días pasó antes de morir! Sin tomar alimento, y de noche llamando a Albertina.

A veces me parece que oigo su voz, y si vengo aquí al amanecer, creo que hasta le veo y escucho su triste canción.

Mi marido dice que sí no fuera un niño, tendría celos; tan vivo está su recuerdo en mi memoria. ¡Pobre cieguito!

Mucho nos conmovió el relato de nuestra joven amiga, y cuando poco después conocimos el espiritismo, tuvimos ocasión de leer las siguientes inspiradas líneas:

"El niño ciego, olvidado de todos, en otra existencia había subido los escalones de un trono, y el espíritu conocido en la tierra con el nombre de Albertina, fue su esposa, el ángel de amor encargado de regenerar a aquel espíritu indomable y rebelde, que rechazaba la ternura y el sentimiento. El mendigo de hoy, monarca poderoso ayer, dueño de su libre albedrío, miró con profunda indiferencia la abnegación y la santa ternura de su compañera, que se entregó a la más austera penitencia para servir de víctima expiatoria y aplacar la cólera provocada por los grandes desaciertos de su regio consorte, y mientras éste era el terror de sus vasallos, ella murió de pena, creyendo que su adorado esposo se condenaría por toda una eternidad.

"Al dejar el fiero monarca la tierra, comprendiendo cuánto valía el noble espíritu que él no había sabido amar, y que sólo viviera para él formó el propósito de amarle eternamente y buscarle en todas sus existencias para ofrecerle su amor.

"Terrible es su historia y larga su cuenta.

"En sus encarnaciones busca a su ángel de redención, y en todas ellas le encuentra por breves instantes. Sus corazones laten unísonos algunos segundos, y después... cada cual sigue su eterno viaje, hasta encontarse de nuevo en otra estación de la eternidad.

"Amad, amad a los niños ciegos, que son tal vez los ciegos de otras edades!

"¡Amad, que amando os engrandecéis!

"¡Amad, que amando os regeneráis!

"¡Amad, que amando purificáis la viciada atmósfera de vuestro planeta!

"¡Amad, que amando saneáis el pantano de vuestras miserias, y dais nuevas condiciones de vida a vuestra triste cárcel de la tierra!

"¡Amad, amad, porque el amor es el verdadero bautismo de las almas!"

Es cierto; ¡el amor universal será el que un día regenerará a la humanidad!

LOS NIÑOS

¡Cuánto se ha escrito sobre los niños! Y no es extraño, porque ellos son la imagen de la esperanza, la realidad de la vida, la encarnación del progreso; ellos nos hacen sonreír ante una época mejor; "hoy los niños nacen sabiendo", es una gran verdad. Los espíritus que van llegando a la tierra son mucho más adelantados que los de nuestros abuelos; y se ven criaturas nacidas de padres fanáticos, que crecen entre rancias costumbres, y sin embargo, el racionalismo de aquellos espíritus vence a la rutina y domina en absoluto.

Conocemos a un niño llamado Enrique, que tendrá seis años, inquieto y revoltoso en grado máximo, hijo de un matrimonio católico romano que va a misa casi diariamente, en particular el padre, que sigue con fervor la religión de sus mayores, que tiene parientes y amigos eclesiásticos, no oyendo el niño hablar de otra cosa que de Dios y de los santos. Ultimamente estuvo enfermo, y en la convalecencia le dijo su padre:

-Mira, hijo mío, en cuanto te levantes iremos a la iglesia de la Merced a darle gracias a Dios por haberte puesto bueno.

-No quiero ir - dijo el chicuelo con acento enfadado.

-¡Qué dices, hijo! ¿No quieres ir a darle gracias a Dios después que te ha puesto bueno?

-No; no; no quiero ir. ¿Para qué me puso antes malo? - Y el pequeño racionalista no consintió en ir a la iglesia.

Fijémonos bien en el profundo racionalismo de este espíritu.

El niño oye decir constantemente: Sucede esto, porque Dios lo quiere: aconteció aquello, porque Dios lo quiso, y todos los actos de la vida, por insignificantes que sean, Dios los ha dispuesto. El pequeñuelo, de pronto, se sintió enfermo; recibió aquel mal sin que él lo hubiese buscado, y luego, al recobrar la salud, le dicen que vaya a darle gracias a Dios, y él contesta muy oportunamente: -No quiero ir: ¿para qué me puso antes malo? Esto es, ¿para qué me hizo padecer sin causa?

¡Qué profundo pensamiento! He aquí un filósofo racionalista que promete ser un librepensador del siglo XX.

¡Pobre religión es aquella que tienen que reformar los niños!

Conocemos otra niña, casi de la misma edad de Enrique, en cuyos ojos brilla la llama del genio. Si se oye hablar, sin verla, a la pequeña Luisa, nadie creerá que es una niña la que reflexiona con tanto juicio y tanto acierto.

Una tarde, hablando con un amigo nuestro, decía Luisa refiriéndose a las deudas:

-Cuando se debe dinero, no se puede vivir; porque todos los días viene cada uno a pedir lo suyo, y es una fatiga.

No, no; yo no quiero deber un céntimo a nadie.

¡Pobre niña! Aun no ha visto seis veces florecer los almendros, y ya comprende las luchas y las amarguras de la vida.

Hablando después del cielo, y del lugar de las tinieblas, dijo ella:

-Yo quiero ser muy buena; porque así no iré al infierno.

-¡Cómo Luisita! -dijo nuestro amigo-. Tú que tienes tanto talento, ¿crees que hay infierno?, ¿lo crees tú eso?

-Sí que lo creo -dijo la niña encogiéndose graciosamente de hombros. Nuestro amigo le hizo entonces muchas reflexiones sobre esa absurda creencia, y al fin dijo Luisa con vibrante y marcada intención:

-¡Bueno! Ya está bien todo lo que usted me dice, y lo creo así; pero si mi papá y mi mamá me dicen: Sí, Luisita, si, hay infierno; yo... ¿qué he de decir?, ¿qué quiere usted que haga? Decir que hay infierno... porque lo dicen ellos. - Y la mirada de Luisa se iluminó con los destellos de la burla más fina y de la más delicada ironía...

Aquel ser tan pequeñito ya conoce que debe respetar a sus padres; pero al mismo tiempo se ríe de la credulidad de aquéllos, y se doblega a ella, por obediencia, pero no por convicción.

Vemos de vez en cuando a una niña que tendrá siete inviernos, y es la desesperación de su madre por su travesura, por su desobediencia, y por contestar siempre que la riñen con una oportunidad, con una lógica sorprendente; pero todos sus defectos son compensados por tener un excelente, un gran corazón. Es muy amiga de hacer el bien, sin cansarse nunca de hacerlo. Por las tardes se sienta en el balcón a merendar; pero si ve pasar a un pobre , se levanta rápidamente, baja como una flecha la escalera, y le da al mendigo la mitad de su merienda.

Acostumbra ir con su madre todas las mañanas a la plaza del mercado, y siempre observa que su madre da dos cuartos a un moro anciano que pide limosna.

Una mañana vio que su madre pasaba por delante del mendigo moro sin darle la moneda de costumbre, y le dijo:

-Mamá, hoy te olvidas del pobre del turbante.

-No me olvido, no; pero es que hoy no tengo cuartos sueltos.

-No, mamá, no puede pasar.

-Sí..., pues mira, yo no me puedo volver dinero; no me ha quedado ni un céntimo.

-Pues si no te queda ni un céntimo, le daremos pan - Y con admirable soltura sacó un panecillo del cesto, lo partió por medio, y puso dentro de un hoyito que hizo en una de las dos mitades un pedacito de chocolate que ella se iba comiendo, lo unió a la otra mitad y se lo dio al pobre, diciéndole:

-Toma; come, que está bueno, y adiós, hasta mañana.

-Muchacha, ¿qué has hecho? -dijo su madre-; le has dado el panecillo que llevaba para tu padre.

-¿Y qué querías que hiciera? ¿No ves que el pobre nos esperaba? Yo he reparado otras mañanas que en cuanto le das los dos cuartos se va al puesto de pan que hay enfrente y compra un panecillo, y hoy, si el pobre nos esperaba, ¡mira qué triste se hubiera puesto!... ¿Te gustaría a ti, que papá nos dejase un día sin comer?

-No, no me gustaría.

-Pues mira, ese pobre es de carne y hueso como nosotras; por eso es necesario que te acuerdes de guardar dos cuartos cada día para él.

Su madre, por oírla, siguió diciendo:

-No pienses; aunque no le demos limosna no pecamos.

-¿Que no pecamos? ¿Pues no dice el Señor, no hagas a otro lo que no quieras para ti?

-Pero ese pobre no es como nosotros; no es cristiano, es moro.

-¿Y qué? ¿No mantenemos a los animales que no saben nada? Pues más justo es que favorezcamos a los racionales, sean quiénes sean.

¡Cuán bien comprende la pequeña Emma el modo de practicar la caridad! ¡Qué lección dió a su madre tan bien dada!

Estos tres seres, Enrique, Luisa y Emma, serán tres tipos legítimos del siglo XX. El

primero será un buen racionalista, la segunda cumplirá fielmente con su deber, la tercera será la caridad en acción. ¡Cuán hermosa trinidad!

Cuando vemos muchos niños reunidos, los contemplamos y decimos: ¡Cuántos grandes hombres para el porvenir!

Porque, sin duda alguna, la generación que nos sigue es mucho más adelantada que la nuestra. El mañana de la humanidad es espléndido, es verdaderamente grandioso. ¡Vivir siempre! ¡Progresar siempre! ¡Cuán grande y cuán bueno es el esperar los asombros del progreso humano!

Una eternidad sin limites... y mundos innumerables donde poder trabajar, donde poder vivir con ese noble anhelo de acercarnos con nuestras virtudes a lo más hermoso, a lo más sublime, a la ciencia y a la caridad, que son los atributos del sentimiento humanitario.

¡Niños! ¡Flores de la vida! ¡Creced! ¡Engalanad con vuestras virtudes el árido desierto de este mundo!

¡Sonreid! Vuestra sonrisa es el ósculo de paz que los espíritus invisibles envían a la raza humana!

LA MUÑECA DE JUANITA

Por espacio de tres años estuvimos yendo por la noche, y a veces por la tarde, a casa de nuestra amiga Elena, y siempre nos llamaba la atención una niña que estaba sentada en la portería. Cuando la conocimos, tendría seis años, y cuando dejamos de verla, contaría nueve primaveras. Vestía pobremente, casi harapienta, con el cabello cortado como los muchachos, a punta de tijera, con los ojos casi siempre malos, el rostro enflaquecido y amarillento, era un ser antipático y hasta repulsivo por la expresión de su semblante dura y sombría; pero a nosotros nos inspiraba profunda compasión, porque sabíamos, por Elena, que no tenía padre ni madre; la portera de la casa de nuestra amiga la había encontrado en la puerta de la calle.

Una noche, al ir a cerrar, vio un bulto, lo cogió y se encontró una niña recién nacida, envuelta en dos pañales de batista y un magnifico chal de cachemira de la India, y movida por la codicia más que por la generosidad, hizo gran ostentación de quedarse con la niña, creyendo que le sería provechoso encargarse de una criatura envuelta en una mantilla que valía más de trescientos duros.

Con la esperanza de una buena recompensa, crió a la niña, entregándola a una nodriza después de haberla bautizado con el nombre de Juanita. Fue ésta creciendo sin que nadie se acordase de ella para reclamarla, hasta que, perdida toda esperanza, la señora Rita, alma vulgar, espíritu rastrero apegado a la especulación, se sublevó contra la inocente criatura, que para su torpe cálculo ya le servía de estorbo; y no la puso en un asilo, por si acaso algún día parecían los parientes de la niña; pero la trataba con el mayor desvío y la hacía estar de día y de noche vigilando en la portería mientras ella recorría todas las casas de la vecindad.

Conocidos estos antecedentes, mirábamos con pena a la pobre Juanita, que, a pesar de sus pocos años, era un fiel centinela que cumplía muy bien con su obligación, preguntando a cuantos entraban a qué cuarto iban.

Pero se adivinaba en aquella criatura un temor continuo. Cuando veía venir a la señora Rita, no sabía la infeliz cómo quedarse, si de pie o sentada, y le presentaba en seguida el pedazo de media que había hecho; y nunca observamos que aquella mujer sin

sentimiento le dirigiera una mirada cariñosa, antes al contrario, le solía dar un empellón diciéndole con dureza: - ¡Bien poco trabajas, holgazana! ¡No te ganas el pan que comes!

A nuestra amiga Elena le decíamos muchas veces: - ¡Qué lástima nos inspira la pobre Juanita!

-Y a mí también -replicaba Elena-; te aseguro que si mi marido quisiera, me encargaría de esa desgraciada, aunque su madrastra, pues la señora Rita no merece el nombre de madre, es como el perro del hortelano, que ni come, ni deja comer. Sólo porque ve que yo la llamo para darle un poco de sopa al mediodía, suele decir la muy imbécil:

-Sí, a los hijos criados cualquiera se los hace suyos; pero ya estaré con cuidado, que si la trato así, es para educarla, que es muy solapada, y pareciendo una mosquita muerta, es una serpiente de cascabel. - Y puedo asegurarte que Juanita vive tan mortificada, que la infeliz nunca tiene un instante de expansión. Jamás la he visto jugar: para ella, no hay un día de fiesta; todos los días son iguales. Desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche está en la portería haciendo media, y si alguna vez le he dado algún juguete de mis niños, su madrastra me dice:

-Dispense usted, señora; pero yo no quiero que Juanita se entretenga en jugar: esas cosas son buenas para las niñas ricas, más las pordioseras como ésta no tienen otro remedio que trabajar.

Por más que he hecho para convencerla, no he podido conseguirlo, y se conoce que Juanita tiene delirio por las muñecas. ¡Pobrecilla!

Una tarde fuimos a casa de Elena, y al entrar nos dijo Juanita: - La señora Elena ha salido y ha dejado la llave para que usted subiera y la esperara

En vez de seguir subiendo, nos sentamos al lado de la niña, y le preguntamos por la señora Rita.

-Está lavando, y no vendrá hasta muy tarde - contestó Juanita con la satisfacción del que puede respirar algunas horas lejos de su verdugo.

-Qué cansada estarás de permanecer siempre aquí - le dijimos mirándola con tristeza.

-Sí que lo estoy, sí -dijo la niña-; y lo que más siento, que no tengo una muñeca. ¡Oh! ¡si yo tuviera una muñeca como la señorita Susana! ¡Cuán hermosa es!

-Esa Susana será rica, ¿eh?

-¡Que si lo es! ¡Pues si tiene hasta coche! Todas las tardes sale a paseo y se lleva su muñeca, ¡que es más grande!..., y su hermano un aro muy bonito con cascabeles.

-Te gustaría también tener un aro?

-No, no; lo que yo quisiera tener es una muñeca; pero la señora Rita no me la deja tener, porque dice que las pobres como yo sólo deben trabajar. Yo sé que las niñas de las buhardillas también son pobres, hasta van como yo, sin zapatos, y sin embargo, sus madres les compran muñecas. Si yo tuviera madre, también me la compraría; porque las madres son muy buenas.

Al oír estas palabras, nos conmovimos profundamente, y besamos la frente de la pobre Juanita, que nos miró con agradable sorpresa.

Poco después, en el portal de la casa de enfrente aparecieron dos niñas y un niño, una de las primeras llevaba en sus brazos una muñeca hermosísima de gran tamaño. Juanita se levantó exclamando:

-¡Mire usted! ¡Mire usted! ¡Qué preciosa es!

Y asomándose a la puerta comenzó a gritar:

-¡Señorita! ¡Señorita! ¿Quiere usted que vaya a ver la muñeca? - Y sin esperar contestación, la pobre Juanita atravesó la calle con la ligereza de un pájaro, y se quedó parada delante de la lujosa niña, que, a pesar de verla tan sucia, como sin duda la conocía, la miró sonriéndose, al mismo tiempo que ponía en el suelo la muñeca , que se sostenía perfectamente. Juanita se quedó como extasiada, y se comprendía que ni respiraba mirando aquel precioso objeto tan codiciado por ella. Allí hubiera estado toda

la tarde, si los niños no hubiesen subido al coche que vino a buscarlos. Entonces Juanita volvió a su cárcel, y se sentó a hacer media, diciéndome con pena:

-¡Ay! La señora Rita me va a pegar cuando venga, porque no he adelantado la media. Yo no sé qué tengo, pero todas las cosas me parece que dan vueltas. - Y el semblante de Juanita se demudó por completo. Vino Elena, y al verla tan desfigurada, dijo con sentimiento:

-Esta pobre criatura está muy mala. ¡Qué bien haría el destino con llevársela al otro mundo! Voy a bajarle un poco de caldo.

Así lo hizo; pero Juanita se sintió tan mala, que a poco subió, llamó precipitadamente, ya al abrir la puerta le dijo a Elena: - ¡Ay, señora! Deje usted que me esté aquí, que así la señora Rita no me pegará - Nuestra amiga, que tiene un excelente corazón; que es madre y sabe querer muchísimo a sus hijos, la abrazó diciendo:

-No tengas cuidado, hija mía, que ahora mismo te voy a acostar en la cama de una de mis hijas. - Así lo hizo, y en seguida mandó llamar al médico. Al tiempo de venir éste, llegó la señora Rita, a la cual Elena trató cariñosamente para conseguir que dejase a Juanita a su cuidado mientras estuviera enferma. Aquella mujer, ruda y grosera, no quería ceder de sus derechos; pero Elena la persuadió, y el médico le dijo severamente:

-Ha de contar usted que si esta señora no se encargase de cuidarla, yo daría la orden que la llevasen al hospital, porque el estado de esta criatura demuestra claramente que se muere de inanición, esto es, que la han asesinado poquito a poco. Hoy ya su curación es casi imposible; pero al menos, que muera en paz.

La señora Rita enmudeció, y Juanita, en los nueve años que estuvo en el mundo sólo dos meses vivió casi feliz. El tiempo que estuvo en casa de Elena, parecía otra, a pesar de que su enfermedad seguía avanzando lentamente. Por las tardes, según me contaba mi amiga, siempre le pedía que la dejara ir junto al balcón para ver la muñeca de la señorita Susana, y desde allí le enviaba besos.

Elena se conmovió tanto al ver aquellas escenas, que, sin decir a nadie su plan, una mañana se llegó a la casa de la vecina, y pidió ver a la señora. Esta la recibió y Elena le dijo:

-Señora, usted me dispensará la libertad que me tomo; pero usted es madre y yo también, y espero que comprenderá el delirio de una pobre niña que va a morir.

-Sí, ya me figuro que vendrá usted a hablarme de Juanita -contestó la señora-. Ya me lo a contado todo la doncella, y mi hija también me contaba que cuando bajaba al portal, le pedía que le dejase ver su muñeca; ahora quizá querrá verla.

-Verla, la ve todas las tardes cuando ustedes salen; mas yo vengo a pedirle una gracia. Mi posición no me permite gastar en un juguete tan caro. Ya le he dado las muñecas de mis hijas; juega con ellas, pero siempre me dice:

-¡Quién pudiera tener una muñeca como la de la señorita Susana! - Y yo quisiera que usted me la dejase por dos o tres días, pues según el médico dice, será lo que tardará en morir. Ya que la pobre ha sido tan desgraciada, me alegraría mucho que en sus últimos momentos fuera dichosa.

La señora, por toda contestación, le entregó la hermosa muñeca de lujo diciendo:

-¿Ojalá que con este juguete le podamos devolver la vida! Dígale usted a Juanita que Susana se la regala; que es para ella.

Elena, según nos contó, volvió a su casa, y preparó a Juanita para que no la perjudicara tan agradable sorpresa. Cuando le presentó la muñeca, dice que la pobre niña demostró su alegría llorando silenciosamente, estrechando contra su pecho su codiciado tesoro.

Nosotros la vimos después, y nos afectó profundamente el gozo de aquella criatura. Al vernos, exclamó con alegre acento:

-¡Mire usted! ¡Es mía! ¡Es mía! Me la ha regalado la señorita Susana. Mírela usted, ¡qué hermosa es! - Y se quedaba como en éxtasis mirando su preciosa joya.

Efectivamente, la muñeca era encantadora, y estaba vestida con su traje de raso, color de cielo, adornado con blondas blancas, y en sus rubios cabellos descansaba una guirnalda de florecitas azules.

Ocho días vivió Juanita en un paraíso. Dormía con la muñeca; al despertar se sentaba en la cama y hablaba con ella, y, según nos contaba Elena, decía con asombro:

-¡Cuántas niñas bonitas vienen a verme! ¿Quiénes serán estas niñas? Yo no las he visto nunca. - Sin duda eran espíritus amigos, que venían a dulcificar su lenta agonía, y lo consiguieron; porque Juanita, sin fatiga, sin angustia, sonriendo a su adorada muñeca, se quedó dormida. Elena, viéndola tan tranquila, se acostó, y al levantarse por la mañana, se la encontró que estaba muerta, con la muñeca reclinada en su brazo derecho.

En una sencillísima caja colocaron el cadáver de la pobre niña, y junto a ella su amada muñeca. Todos los vecinos de la casa fueron a verla, y la que fue tan despreciada en vida, fue considerada después de muerta. Algunas pobres mujeres lloraron al contemplarla abrazada a su ídolo.

¡A cuántas reflexiones se presta este verídico episodio! El nos demuestra que en todas las almas hay ese amor a lo bello, esa íntima ternura, esa sed de cariño que muchos seres, como la pobre Juanita, no pueden satisfacer en la tierra.

¡Qué desgraciados son los niños huérfanos y pobres!

Siempre que vemos a una niña acariciando a una muñeca, nos acordamos de Juanita y nuestro corazón apresura sus latidos y en nuestros labios se dibuja una sonrisa, mientras se llenan de lágrimas nuestros ojos al recuerdo de aquella niña.

REMINISCENCIAS DE AYER

Hace algún tiempo visitamos una ciudad, que nos es muy querida, porque en ella habíamos descansado una larga temporada de nuestras habituales tareas, y contraído algunas relaciones cuyo buen recuerdo nos ha seguido constantemente en nuestra penosa peregrinación.

Al llegar allí últimamente, tratamos, como es natural, de ver si alguno de nuestros antiguos amigos se acordaba de nosotros; y con profunda satisfacción vimos que nos recordaban multitud de seres, sin que el tiempo ni la distancia hubiesen borrado nuestra imagen de su memoria.

En el número de estas almas generosas que no han podido olvidarnos, se encuentra un hombre, cuya esposa era para nosotros un modelo de virtudes que inútilmente queríamos imitar.

¡Cuántas veces hemos recordado a aquella buenísima familia! Componíase del matrimonio y cuatro hijos, si bien habían sido cinco los frutos de aquella unión venturosa. Cuando conocimos a María y a su esposo Andrés, lloraban aún la muerte del mayor de sus hijos, acaecida cinco años atrás, pero que para ellos siempre estaba reciente; tan profundo era el sentimiento que experimentaban.

Marta, como madre muy amorosa, había guardado religiosamente toda la ropa de su hijo, todos sus libros, y su único juguete, que consistía en un enorme caballo de madera, ingeniosamente construido, que, por un sencillo y perfeccionado mecanismo, corría por sí solo, deslizándose sus ruedas con gran velocidad sin detenerse en una larga distancia. Este curioso objeto era muy codiciado por los demás niños; pro nunca les fue permitido jugar con él, temiendo que lo estropearan y se perdiera o mutilara aquel recuerdo preciado del hijo ausente, único juguete que el niño había pedido a su madre con gran

insistencia.

Como la costumbre forma ley, toda la familia se había acostumbrado a mirar con cierto respeto al caballo de madera; para ellos era no un juguete, sino un objeto con mérito artístico, que, colocado en el despacho particular de nuestro amigo Andrés, nadie se atrevía a tocar.

Cuando llegamos la segunda y última vez al punto de residencia de Marta, fuimos en seguida a verla; pero ¡ay! en el tiempo transcurrido ¡cuán tristes cambios se habían operado en el seno de aquella familia, en otros días feliz!

Marta, la fiel compañera de Andrés, la que durante treinta años había tenido siempre para su esposo una sonrisa y una mirada de amor, había abandonado la tierra, dejando a su marido postrado en ese dolor sin nombre, en esa profunda melancolía en la cual el hombre vive sin llorar y sin reír.

¡Qué impresión tan dolorosa recibimos!

Marta era una de esas mujeres nacidas para el gran mundo, y sabía recibir y hacer los honores de su casa de una manera tan afectuosa, tan cordial, tan delicada, que muchísimas eran las personas que deseaban su trato, y siempre estaba rodeada de numerosos amigos. Su palacio era el centro más animado de la población, y su marido amante de la sociedad como ella, trataba con tanto cariño a cuantos le visitaban, que la morada de nuestros buenos amigos, más parecía un casino que una casa particular y nada más risueño y alegre que aquellas reuniones. Dos niñas y dos niños eran el encanto de Marta y Andrés, y todos los chicuelos de la vecindad eran admitidos para jugar con ellos.

Parece que aun vemos a Andrés, sentado junto al piano, y a su hija Leonor tocando bonitos valses, que bailaban los niños y los jóvenes, mientras que Marta, rodeada de sus amigos y admiradores organizaba visitas a los enfermos pobres, tratando de hacer todo el bien posible, porque era un alma verdaderamente buena y generosa.

Cuando últimamente entramos en casa de Andrés, éste salió a nuestro encuentro, se sonrío con dulzura y nos dijo con voz apagada:

-¡Qué cambio, Amalia! ¡Qué cambio! Ayer... porque los años son un soplo, y aunque han pasado muchos, no dejan de ser menos que segundos en la eternidad. Ayer... ¿Se acuerda usted? Esta casa se reía; hoy... si estos muros pudieran llorar, llorarían sin consuelo. Hace dos años que perdí a Marta, y esta casa parece una sepultura: venga usted, venga usted; yo estoy siempre en el cuarto donde ella murió.

Cruzamos varios salones, y en uno de ellos vimos el piano cubierto con una funda verde. Andrés nos miró, y ¡cuánto nos dijo con su elocuente mirada!

Hay miradas que son un poema de dolor. Llegamos al gabinete de Marta, encontrando en él todos sus muebles predilectos, su mesa de labor, su tocador, su antigua cómoda, su pequeño sofá y sus sillas de rejilla; nos sentamos, y después de contarnos Andrés todos los pormenores de la muerte de su esposa, el casamiento de sus hijas, la marcha de sus hijos, que los dos eran militares, terminó su relación diciendo con amargura:

-¡Ya ve usted, amiga mía, qué triste fin! Mis hijos apenas se acuerdan de mí; sus cartas son como las estaciones, vienen cuatro al año. Mis hijas son más afecutosas; pero mis yernos, los dos son poco cariñosos, y ni uno ni otro congenian conmigo. El único que suele hacerme compañía es el hijo mayor de mi Leonor; ése viene con frecuencia, y le confieso a usted que le quiero con toda mi alma; porque es el fiel retrato de mi hijo mayor, el que se murió. No he visto un parecido más perfecto en figura y en carácter.

-¡Quién sabe si será el mismo!

-¡Quiá! ¡Quiá! Yo no creo en eso, amiga mía; ya sé por la prensa que usted se ha convertido en paladín de las ideas espiritistas, que ya son buenas, ya, pero... ¡ay! Amalia, los que se van, no vuelven más...

-¡Pobre amigo mío! ¡Cuánto le compadezco a usted!

-Soy bien digno de compasión, pero crea usted que soy muy desgraciado. ¡La muerte de Marta me ha dejado tan solo!... ¡Era una mujer que me comprendía tanto!... que aunque yo no le dijese nada, al sentarnos a la mesa, y servirme la sopa, me decía: "Te pongo poca, porque como estás disgustado, no comerás mucho"; y yo entonces le contaba cuanto me ocurría, y hablaba... hablaba sin cesar con ella, y no había penas para mí en el mundo. Pero ahora... me siento solo a la mesa, miro en torno mío, como por el instinto de conservación, nada más, y me levanto huyendo de mi mismo; y si no fuera por mi nietecito... Parece que la adversidad se ensaña conmigo. Cuando estoy más desesperado, llega mi nieto con su carita risueña, se abraza a mí y me dice:

-¡Yo estoy aquí! Estas palabras, no puede usted imaginar qué impresión me causan; porque al decir ¡Yo estoy aquí!, me parece que oigo a mi hijo mayor, que siempre que llegaba del colegio, entraba en mi despacho y echándose en mis brazos, me decía alegremente lo mismo que mi nietecito: ¡Yo estoy aquí!

-¡Qué loco es a veces el pensamiento! ¿De qué creerá usted que me acuerdo yo ahora?

-¿De qué? ¡Qué sé yo! Usted dirá, Amalia.

-De aquel caballo de madera que tenía usted tan conservado.

-Y muy guardado que está todavía. Lo quité de mi gabinete hace mucho tiempo porque tuvimos de huésped a una hermana mía, que traía dos chiquillos capaces de romper el Alcázar de Sevilla; y, para evitar un fracaso, lo guardé con otros trastos viejos en un aposento apartado, y allí conservo el pobre caballo que tanto quería mi hijo, único juguete que pidió en toda su vida. ¡Oh! Si fuera cierto lo que usted dice que los muertos viven... ¡cuán feliz sería yo, si pudiera hablar con mi hijo y con mi mujer!

Aquí llegabamos de nuestro diálogo, cuando oímos un estrépito horroroso, formado por los gritos de un niño, por el ruido de un mueble que rodaba, y por las voces de los criados. Andrés se levantó, sin duda a ver qué ocurría; pero antes de salir él, entró en el gabinete un niño hermosísismo, que tendría de cuatro a cinco años, tirando del caballo de madera que tanto habían guardado Marta y Andrés; dos criados seguían al niño queriendo quitarle el caballo, y el niño se agarró a su abuelo, diciéndole con acento vehemente:

-Abuelito; diles que me dejen mi caballo, que es mío, es mío.

-¿Cómo que es tuyo? - preguntó Andrés tratando de ponerse serio.

-Si que es mío, sí; este era el caballo que yo te pedía, éste es mi caballo, éste. - Y subiendo a él con mucha gracia, le dijo a su abuelo: - Anda, empújale para que corra mucho.

Y Andrés, obedeciendo maquinalmente al niño, empujó al caballo que salió rodando, aunque no con la velocidad que el chicuelo quería, pues pidió a uno de los criados que tirase del viejo alazán., y todos salieron, apareciendo al mismo tiempo una anciana que exclamó:

-Crea usted, señor, que no lo hemos podido remediar. Entré en el cuarto, no me cuidé de cerrar la puerta, y Adolfito entró, y en seguida dio un grito diciendo: "¡Ay!... Aquí está mi caballo...Este era el que yo buscaba"; y tiró de él,... y...

-Bien, bien -dijo Andrés-; dejarle que juegue, que así habrá más ruido.

La buena mujer se retiró, y cuando nos quedamos solos, nos miramos fijamente el uno al otro; y leyendo él en nuestro pensamiento, nos dijo con gravedad:

-¿Qué piensa usted de esto? Hace quizás un año que yendo con Adolfo, me dijo una tarde: "Dame mi caballo". Yo, creyendo que hablaba mal, le dije: "No se dice dame mi caballo, sino cómprame un caballo".

-Yo quiero mi caballo -replicó el niño-, el mío, el mío. - No le hice caso, pero ahora

me llama la atención lo que ha sucedido; y... ¡cosa extraña!, de pronto he pensado en el espiritismo y quiero leer sus obras sin que nadie se entere. ¿Pueden los espíritus encarnados, como ustedes dicen, reconocer objetos que les pertenecieron ayer?

-Deberán reconocer, y recordar; porque no hace mucho tiempo hemos visto lo siguiente: Una amiga nuestra tiene un niño que contara unos cuatro años, y por las tardes le suele decir a su madre: "Ponme el vestido azul", y el niño nunca ha tenido ningún traje de este color; porque es un hijo africano, y nuestra amiga, que es mulata y mujer de muy buen gusto, no usa colores que afeen a su hijo. Este mismo muchas veces dice: "¡Mamá! ¡Mamá! - ¿Qué quieres? -le dice su madre-. No te llamo a ti -contesta el niño- llamo a la otra mama". - Y el niño no tiene abuela ni materna ni paterna, es de muy clara inteligencia, de una comprensión admirable; luego al llamar a otra madre, y pedir un vestido que no tiene, es prueba evidente que recuerda algo de ayer, recuerdos que deben borrarse en el transcurso de los años.

-Pues bien, mándeme usted las obras espiritistas sin que nadie se entere, y le prometo escribirle el fruto que saque de ellas.

Nos despedimos de Andrés, y al salir vimos a Adolfo muy atareado haciendo correr al caballo.

-¡Ahora sí que estarás contento, eh! - le preguntamos. - ¡Ya has encontrado lo que querías!

-Sí, ya tengo mi caballo; es mío; éste es el mío. - Y el niño le daba palmaditas en la cabeza, como si con sus caricias saludara a su antiguo compañero.

Besamos a Adolfo, que es hermosísimo, porque tiene unos ojos encantadores, preciosos cabellos, y todo él es una figura simpática y expresiva sobre toda ponderación.

Tres meses después, recibimos la siguiente carta de Andrés:

"Amiga mía: ¿Quién me había de decir que un juguete de mi hijo había de ser la causa del cambio radical de mis ideas! Hoy no me río del espiritismo, no; hoy leo, mejor dicho, devoro las obras de Allan Kardec, y encuentro en ellas nuevos y dilatados horizontes, y creo posible que los muertos vivan, y no encuentro extraño que los espíritus reencarnen en la misma familia donde hallaron un mundo de amor.

"Mucho le he debido a usted, amiga mía; ya no estoy solo; tengo la completa seguridad que Marta me acompaña, y al mirar a mi nieto parece que alguien murmurara en mi oído: "Amale, que ha vuelto a la tierra, sólo para consolar tu ancianidad". Y le quiero tanto, y me encuentro tan feliz con él, y me asocio de tal manera a todos sus caprichos, que no quiere separarse de mí. Todas las tardes salgo con él, acompañándonos en nuestro paseo el viejo caballo de madera. ¡Misterios! ¡Qué arcanos guarda la vida! ¡Quién, al ver ese juguete, creerá que a él le debo indirectamente la tranquilidad de mi vejez... y, sin duda, el progreso de mi espíritu".

Ciertamente parece una cosa providencial, guardar tan cuidadosamente aquel objeto, que había de servir de instrumento para despertar la atención de un espíritu atribulado que cruza solo el erial de la vida.

Todo sirve para el desenvolvimiento de la verdad, desde el estudio más profundo, hasta el caballo de madera que le sirve de juguete al niño.

La verdad es como el sol; sus esplendentes rayos a todas partes llegan.

¡TITO!

Visitando una tarde el cementerio de una aldea acompañados de varios amigos, nos encontramos a una señora de edad mediana, rigurosamente enlutada, que llevaba un hermoso ramo de flores; nos saludó cortésmente, todos correspondimos a su saludo, y comenzamos a hablar con ella de la melancólica belleza de aquel sitio, precioso jardín donde los muertos parecía que descansaban en un nido de verde follaje, pues cada tumba era un pequeño vergel. La dama enlutada nos contestó con la mayor afabilidad, y entablamos una conversación que llegó a ser sumamente interesante después que ella dejó en una sepultura su poético recuerdo.

Dicha sepultura era sencillísima; dos lápidas de mármol blanco, de forma ovalada, descansaban sobre el verde césped, rodeadas de un marco de flores marchitas, que la señora quitó, poniendo en su lugar las flores frescas que traía. En cada lápida había inscrito un nombre: en la una decía ¡Angela!, y en la otra ¡Tito! La dama, al llegar ante la tumba ahogó un gemido, se prosternó y rezó algunos momentos poniéndose después a limpiar las piedras con su pañuelo. Uno de nuestros amigos se ofreció a desempeñar dicho trabajo, y la señora le dijo:

-Acepto, porque siempre que vengo a este sitio pierdo las fuerzas.

-¿Quizá tiene usted aquí dos hijos? - le preguntamos con interés.

-Tengo una hija ¡mi Angela! que era el ángel de mi vida. ¡Pobre amada mía! Murió de trece años, y, no es pasión de madre, pero era la alegría y el consuelo de esta aldea. Todos sus habitantes la querían, y siempre deseaban que viniese el verano para que ella viniera, porque parecía la diosa de la abundancia; a su lado nadie padecía; de todos se hacía querer; ¡hasta los idiotas la amaban! Hasta los que carecían de todo sentimiento, de fieras se volvían dóciles ovejas tratando a mi hija.

-Por eso se fué -le dijimos-; las almas buenas, realmente buenas, no pueden permanecer en la tierra.

-Ya lo puede usted decir. ¡Oh! Sí, como mi hija, no vienen dos al mundo. Ella me enseñaba a mí a ser caritativa, y lo que siento es que no cumplí en todo su deseo; pero, en fin, yo sé que si no la complací, fué por respetar la opinión de mi marido; pero ¡ay! si yo hubiera sabido que se iba a ir tan pronto, no la hubiera contrariado en lo más leve.

-¿Qué deseaba ella? Si no es imprudente nuestra pregunta, desearíamos saber...

-¡Oh! Sí, si; ya os lo contaré, mucho más que mi único placer es hablar de mi pobre hija. Iremos, si a ustedes les parece bien, a la cumbre de aquella colina, desde donde se disfruta de una vista magnífica, y hay dos cómodos ribazos para sentarnos.

Aprobamos su plan por unanimidad y nos dirigimos a la cercana eminencia, punto desde el cual efectivamente se contemplaba un paisaje encantador, porque nada más bello que un valle florido, cruzado por pequeños lagos, defendido por verdes colinas suaves, y en lontananza el mar uniéndose en estrecho abrazo con el cielo.

Nos sentamos todos, y nuestra compañera de paseo pareció por algunos momentos que reunía sus recuerdos, y luego dirigiéndonos una triste y expresiva mirada, comenzó su relato de este modo:

-Yo principié a vivir cuando vino al mundo mi Angela; pues, si bien he tenido antes y después de ella varios hijos, ninguno ha llenado el vacío de mi alma tanto como la que hoy duerme el último sueño. ¡Pobre Angela mía! Desde muy pequeñita ya revelaba sus buenos sentimientos y su inagotable caridad.

Todos los veranos vengo a pasar tres meses en una quinta que tiene mi marido cerca de las "Tres Cruces". Hace catorce años que el cura de esta aldea bautizó a mi Angela, y después de haber terminado la ceremonia, una pobre mujer de muy mal vivir se presentó al cura pidiéndole la gracia del bautismo para un hijo suyo, al que luego supe que le pusieron por nombre Tito; y por tener aquel niño los mismos días que mi hija, le mandé a su infeliz madre una regular cantidad de dinero. Ella, agradecida, solía esperarme muchas tardes y me salía al encuentro para enseñarme a su hijo. Al cumplir Angela y

Tito dos años, murió la madre de este último; y el pobre niño quedó en poder de todas las mujeres del pueblo; comía en un lado, alborozaba en otro, dormía hoy aquí, y mañana allí, y así iba pasando. Desgraciadamente conocimos que Tito era idiota, idiota en absoluto, y por apéndice, con malísima intención; por sus infernales travesuras era odiado de cuantos le conocían. Mi hija era la única que le trataba con cariño, y la única también que él miraba con cierto respeto, hasta el punto no sólo de no romper ninguno de sus juguetes, pero ni aún de tocarlos.

Durante el verano Tito era feliz, porque en cuanto llegábamos a la quinta, él se instalaba en ella, y Angela y él corrían por el bosque y jugaban juntos todo el día. Cuando regresábamos a la ciudad, mi hija se ponía muy triste, y me decía: "¡Mamá, tráete a Tito; me da tanta lástima! Como es idiota, y no sabe lo que se hace, todo el mundo le riñe y le pega y él se enfada, y lo pasa muy mal: cuando está a mi lado es más bueno, no coge frutas, ni destroza sembrados, ni rompe cobertizos, nadie se queja de él, me sigue como un perrito, y no hace más que lo que yo quiero. ¡Pobre Tito!"

Yo, al oír a mi hija, por darle gusto me lo hubiera traído; pero mi esposo se oponía diciendo, que era una locura, que Tito era un semi-salvaje, cuyos juegos brutales no se podían tolerar dentro de una casa bien amueblada; que el colono decía que era un muchacho insoportable; que tenían que despedirlo muchas veces, porque todo lo rompía, y que cuando se enojaba, parecía una fiera. Mi hija siempre le respondía: -Créeme, papá, todo eso sucede porque no lo entienden; a mí me obedece sólo con que le mire, porque él sabe que le quiero, que le doy de cuanto como, y aunque es tonto, yo no te lo niego, si vieras qué razonable se explica cuando me cuenta que todos le dan pan duro y que les sobra de la comida, añadiendo: "Mira, Angela, me tratan como a un perro, y ya que me creen perro, si puedo les muerdo; pero a ti te quiero mucho porque me das de lo mismo que tú comes, y me das pan tierno, que no lo como sino cuando tú estás aquí; llévame contigo, que seré bueno". Ya ves, papá.

-Nada, nada -replicaba mi marido-; yo daré orden que le traten muy bien, pero no te empeñes en traerlo aquí, porque no es conveniente.

Para abreviar les diré que todos los años era la misma historia. Cuando llegábamos aquí nos encontrábamos a Tito que parecía un oso, con todo el cabello enmarañado, sucio, delgado como un esqueleto, y los colonos se deshacían en protestas diciendo que no se dejaba cortar el pelo, que se negaba a lavarse y que era insufrible; y él mientras tanto se acercaba a mi Angela y le decía sonriéndose: "Ahora haré todo lo que tú quieras"; y a los ocho días parecía que se habían llevado a uno y habían traído a otro; y Angela solía decir: "Ves, mamá, mira cómo conmigo es obediente; ¡qué lastima que esté tan turbada su inteligencia!"

Angela quiso enseñarle a leer, pero no lo pudo conseguir, única cosa que no pudo alcanzar de él. En lo demás era maravilloso el poder que ejercía ella sobre Tito.

Mi hija a los diez años tocaba el piano admirablemente, y mientras ella tocaba, él estaba sentado a sus pies mirándola con adoración, y a veces lloraba silenciosamente.

El verano pasado me dijo mi marido: "Estoy porque este año no vayamos a la quinta; iremos a Deva, para que Angela vea algo nuevo". Pero cuando le dije a mi hija el plan de su padre se afligió tanto, diciéndome que si no venía aquí se moriría, y me dí prisa a venir con ella y su padre vino después.

En la primera entrevista de Tito con mi hija, ¡nunca lo olvidaré!, los dos manifestaron tanta alegría al verse, que me conmovieron profundamente sus demostraciones de mutuo cariño; y durante algunos días corrieron por estos valles como dos pequeñuelos. Mas luego, mi hija comenzó a sentirse fatigada, a palidecer y a perder las fuerzas, de tal modo, que no pudo abandonar el lecho. El pobre Tito entonces pareció recobrar la imaginación, la inteligencia. Sentado junto a la cama de mi hija, adivinaba su menor pensamiento, hasta el punto que mi esposo dijo: "Cuando Angela se ponga buena, le voy a conceder lo que tantas veces nos ha pedido: Tito no se separará de nosotros,

porque es admirable la influencia que tiene ella sobre él". Mi Angela le miraba, y en los ojos de Tito se veía brillar algo grande; se sonreía diciéndole: "Es cierto que quieres esto o aquello". ¡Y nunca se equivocaba!

Al fin los médicos me dijeron que mi hija se moría; y ella, conociendo su estado gravísimo, le dijo a su padre estas palabras:

-¡Papá, me voy a morir, y para morir tranquila, prométeme que no abandonarás al pobre Tito!

Podéis figuraos si mi esposo y yo prometeríamos a Angela cumplir religiosamente sus deseos, lamentando no haberla complacido antes; mas el niño, al oír su ruego, le dijo resueltamente:

-Si tú te vas, yo me iré contigo; porque cuando tú no estás, todos me tratan mal, me dan pan duro, y me tiran la comida que les sobra. - Por más que Angela trató de convencerle, él contestaba siempre: - Nadie me quiere más que tú, y yo me iré contigo. - ¡Ay!, y le cumplió la palabra. Mi Angela murió a las tres de la madrugada, y a las cinco de la mañana no sé quién echó de menos a Tito. Comenzaron a buscarle, y lo encontraron en el estanque en las últimas convulsiones de la agonía.

Nos afectó tanto su muerte, que mi marido y yo decidimos enterrarle junto a nuestra hija; ya que tanto se habían querido en vida, que estuvieran juntos en la sepultura.

-¡Pobre Tito! -exclamamos todos-. ¡La ternura de su alma venció a su idiotismo!

De nuevo visitamos la tumba de los dos adolescentes, acompañamos a la pobre madre hasta dejarle en su casa, y cuando nos vimos solos nos entregamos a profundas reflexiones; que algunas merecen la historia de Angela y la desgracia de Tito.

La primera se conoce que era un espíritu de gran progreso moral, pues por medio del amor trató de ahuyentar las tinieblas que envolvían el alma de Tito, que, sin duda, rebelde en demasía y habiendo hecho mal uso de su inteligencia, tuvo que vivir sin ella, luchando con las innumerables contrariedades que son el resultado de la miseria del cuerpo y de la inteligencia del alma. Pero toda la postración del espíritu no es bastante para rechazar los divinos efluvios del amor; por esto Tito sintió su regeneradora influencia; por esto, al perder a Angela, tuvo necesidad de irse con ella, porque se rompió el único lazo que le unía al mundo.

El día en que todos los moradores de la tierra sean tan buenos como fué Angela, todos los idiotas recobrarán su inteligencia, porque será vigorizado su entendimiento con el vivificante calor de esa ternura íntima, que tiene la potencia suficiente para hacer progresar a todos los habitantes de un planeta.

¡El amor es la ley del mundo! ¡Dios es amor! El que sabe amar, el que compadece a los pequeñitos de inteligencia, el que con su mirada luminosa penetra en el túnel del idiotismo donde vegetan almas enfermizas, ese espíritu, sea cual sea su condición social, es el mejor sacerdote de la verdadera religión. Angela cumplió con la ley de la humanidad.

¿Quién diría viendo a Tito con su mirada extraviada, con su entendimiento turbado, con su infantil travesura, y a veces con su fiereza indómita, que guardaba en su corazón un amor inmenso, un amor tan íntimo, tan verdaderamente profundo, que al perder al ídolo de su alma, corrió tras ella convencido que en la ternura de aquella niña estaba su redención?

¿En qué planeta se volverán a encontrar esos dos espíritus unidos por esa tierna simpatía, por ese amor providencial que purifica y engrandece cuanto toca?

¡Angela y Tito! ¿Dónde estáis?

Responded; decidnos si en el espacio estáis envueltos en ráfagas luminosas. Cuando os amábais en la tierra, debéis sonreír en el infinito. ¿Quién eras, pobre Tito?

¡CELSO!

Ojeando un periódico leímos este suelto:

"Una de estas últimas noches, al revisar los coches de tercera del tren correo de Tarragona, los empleados de la misma encontraron debajo de un banco un niño de siete años, que furtivamente se había metido en el tren. El muchacho, a pesar de sus pocos años, explicó con la mayor desenvoltura que venía de Valencia, que su madre pedía limosna en dicha ciudad, que el autor de sus días sufría condena en aquel penal, y que sólo el deseo de ver a su padre le había inducido a esconderse en el tren; pero que tenía diez reales que le había dado un pasajero, que con esta cantidad pagaría el billete, se compraría unas alpargatas, y lo restante lo entregaría a su padre. Los empleados de la estación no pudieron menos de extrañarse de la verbosidad y desenvoltura intelectual del niño, el que con mayores consideraciones fue puesto a disposición del gobernador de dicha provincia para que lo entregue a su familia".

¡Pobre niño! ¡Tan pequeñito, y ya comienza a sufrir y a pensar! ¡Qué afán de progreso tienen esos espíritus, cuando desde la infancia revelan tanto sentimiento y fuerza de voluntad!

Este episodio nos recuerda la conversación que tuvimos hace algún tiempo con un amigo nuestro, juez de profesión, hombre de bellísimos sentimientos, pero profundamente incrédulo, que se ríe de todas las creencias, siendo el espiritismo una de las que más excitaban su epigramática sonrisa.

Una noche fuimos a su casa a ver a su esposa, que estaba enferma, y al llegar allí nos salió al encuentro nuestro amigo, diciéndonos cariñosamente:

-Vendrá usted a ver a Magdalena.

-Ciertamente.

-Pues bien, por ahora, conténtese usted con hablar conmigo, pues mi esposa duerme, después de haber pasado un día fatal; y crea usted que yo, no sé si de verla sufrir, también estoy enfermo y más que todo preocupado, muy preocupado.

-¿Tan mala está Magdalena? ¿Qué dice el médico?

-No es precisamente por la gravedad del mal; es que me sucede una cosa muy particular, y me alegro que haya usted venido para hacerle varias preguntas, o mejor, para contarle lo que me pasa. Entremos a mi despacho y hablaremos.

Seguímosle a la habitación indicada; nos sentamos el uno frente al otro, al lado de su mesa, y dijo tratando de sonreírse:

-Ya sabe usted que yo me río de todas las religiones con sus aparecidos y sus fábulas, y que muchas veces he dicho era una lástima que usted se dedicase a escribir ese cuento de niños llamado espiritismo: pues bien, amiga mía; ahora le toca a usted reírse a mandíbula batiente, porque creo que los muertos se aparecen.

-¡Al fin! - exclamamos.

-No lo digas usted muy alto, porque no sé aún si me volveré atrás de lo que digo; pero, en fin, lo que es hoy, aseguro que lo creo. - Al decir esto, vímosle palidecer y levantarse azorado.

-¿Qué tiene usted, amigo mío? - le preguntamos con ansiedad, dejando también nuestro asiento.

-Nada, nada -replicó volviéndose a sentar-; es que he visto otra vez a Celso.

-¿Quién es Celso?

-Un muerto, un espíritu, como usted dice; un alma en pena, como dicen los católicos; pero lo cierto es que lo veo yo. Ahora se sienta donde él acostumbraba sentarse. ¿Qué es esto? No lo sé: yo le contaré y usted juzgará. Hace siete años mataron y robaron a una pobre mujer en una villa cercana, y en seguida se logró capturar a los presuntos

agresores, que eran tres hombres. Uno de ellos de buena familia, viudo, con un niño de nueve años, según él mismo me manifestó. A los pocos días de estar los tres criminales en la cárcel, una tarde, al salir yo de la Audiencia, se me acercó un niño de porte decente, de mirada triste y de amarga sonrisa, el cual me dijo con voz resuelta:

-¿Es usted don Justo Escobar?

-Yo soy; ¿qué quieres?

-¡Señor...! Tengo que hablar con usted.

-¡Tú...! -le dije sonriéndome-; ¿y qué tienes que decirme?

-Muchas cosas, señor, pero no aquí; quiero hablar con usted en su casa.

No sé por qué, aquel niño me llamó la atención, me impuso respeto su tono imperativo, y al mismo tiempo, con la dulzura de sus ojos, imploraba algo inexplicable para mí. Así fué que le dije:

-Bien, hombre, iremos a mi casa y me contarás todo lo que quieras.

Seguimos juntos hasta mi casa, mas al entrar en este mismo aposento, el niño palideció y cayó sin sentido.

Le presté los auxilios necesarios y un amargo presentimiento me hizo pensar si aquel infeliz estaría desfallecido por el hambre. Al volver en sí, le pregunté si hacía mucho tiempo que no había comido, y me contestó con voz balbuciente que dos días.

-¡Pobrecito!

-Sí, ya lo puede usted decir; hice que le dieran caldo con malvasía, y pronto recobró aliento, diciéndome al fin:

-Yo soy hijo de don Celso Rodríguez, acusado injustamente de homicidio, y me llamo como mi padre, el cual es inocente del crimen que le imputan. Crea usted, señor, que mi padre no ha matado en este mundo ni a una mosca, porque mi padre es muy bueno.

-¿Y cómo se encontraba entonces con los asesinos en el momento crítico de cometerse el crimen?

-Lo ignoro -replicó el niño-; mi padre me tenía puesto en el colegio, donde estaba todo el día a media pensión; por la noche venía a buscarme, y cenábamos juntos en la fonda, y luego me llevaba a casa de unos amigos suyos, donde cuidaban de nosotros. Él y yo dormíamos en un mismo cuarto. Mi padre es de carácter bondadoso; nunca me ha pegado ni reñido, y los días de fiesta, si tenía dinero, comíamos en el campo o me llevaba al teatro; lo dejaba a mi elección.

El día que le prendieron no pudo venir por mí; pero como otras veces había sucedido lo mismo, no me asusté. Viendo que no venía, fuí a buscarlo a la fonda. Y después a casa. Al fin supe que estaba preso. Quise verle al día siguiente, pero no me dejaron. Estuve yendo con los amigos de mi padre todos los días sin conseguir mi objeto, hasta que supimos que lo habían traído aquí. Entonces, sin decir nada en casa, me vine a pie. Cuando llegué, entré en un mesón, y con los cuartos que me quedaban pedí de comer. Pregunté dónde estaba la cárcel, mas tampoco he logrado ver a mi buen padre. Por fortuna una buena mujer que había allí me escuchó con mucha atención, y me dijo: "Yo te acompañaré a la Audiencia, donde van muchos jueces, y entre ellos uno que se llama don Justo Escobar, que es muy bueno, pregunta por él y te escuchara". Me acompañó, preguntamos por usted al portero, y éste nos dijo a la hora que usted salía. La buena mujer se fue, y yo me quedé esperándole a usted para decirle que me lleve a ver a mi padre, que tendrá mucha pena de estar separado de mí.

No puede usted figurarse lo que me impresionó la relación de aquel niño, aquella fuerza de voluntad, aquel amor inmenso que tenía a su padre, aquella fe profunda con que él exclamaba: ¡mi padre es inocente!

Aquella confianza me llegaba al alma; porque precisamente aquel mismo día había tomado declaración al padre de Celso, y me había confesado que él no dio el primer golpe, pero que había ayudado a terminar el asesinato. ¡Pobre niño! Decidí no

desampararle y hacer cuanto pudiera por él y por su padre.

Enteré a Magdalena, y usted que ya sabe lo que ella es, acarició a Celso, le dio alimento, y decidió quedarse con el niño hasta ver en qué paraba la causa de su padre.

Celso, todo su afán era preguntarme si le llevaría a verle, y no estuvo tranquilo hasta que le prometí que al día siguiente le llevaría conmigo.

Cumplí lo ofrecido, y cuando el pobre Rodríguez vio a su hijo, se quedó tan turbado, se puso tan conmovido, que no pudo pronunciar ni una sola palabra. El niño rayó en lo sublime, preguntándole a su padre con voz vibrante:

-¿Verdad que eres inocente, padre mío? ¿Verdad que tú no puedes haber matado a nadie, siendo tan bueno? Yo me quiero quedar contigo; yo te defenderé.

En fin, Amalia, esto sería muy largo de contar; pero puedo asegurarle que Celso era la admiración de cuantos le escuchaban y que me tenía dominado por el inmenso amor que a su padre profesaba. Todos los días le dejaba ir a verle, y él, para mostrarme su agradecimiento, no puede usted figurarse lo cariñoso que era con Magdalena y conmigo. Tenía una inteligencia tan clara aquella criatura, un discernimiento tan admirable, que me encantaba, y estábamos decididos a encargarnos de su educación, porque sabíamos que su padre, si bien no era un hombre avezado en el crimen, había sido criminal. De los tres autores del delito, uno fue condenado a muerte, y Rodríguez y su compañero a veinte años de cadena. Cuando Celso se enteró de que su padre debía ir al presidio de Tarragona a cumplir su condena, quedó como petrificado.

La víspera de marchar Rodríguez dejé a Celso con su padre más de dos horas por complacer al niño. Por la tarde salió Celso sin apercibirse Magdalena, y al volver yo y notar su falta, mandé ha buscarlo, aunque inútilmente. Yo mismo corrí en distintas direcciones, pero en vano; y ya de noche y fatigado me retiraba a mi casa, cuando me dieron aviso de un conato de evasión de varios sentenciados a presidio, entre ellos Rodríguez, el cual con otro había logrado escapar saltando por una ventana, pero con tan mala suerte que se fracturó ambas piernas.

Su hijo le esperaba al pie de la ventana. Los centinelas hicieron fuego e hirieron gravemente al compañero de Rodríguez y mataron a Celso, que hacía desesperados esfuerzos por llevarse a su lastimado padre. El pobre niño murió víctima de su amor filial. Cuando vi el cadáver de aquel hijo modelo, lloré como un niño y no sabía separarme de él.

Lo acompañé hasta el cementerio, y crea usted que el cariño que me inspiró aquella criatura no lo he sentido por nadie. Estuve mucho tiempo preocupado con aquel tristísimo suceso; se puede decir que lo olvidé, hasta que recibí un gran disgusto con la muerte de un hermano mío.

En aquellas horas de angustia me pareció ver a Celso que me miraba sonriendo. Traté de desechar aquella alucinación; pero, a pesar mío, vi a Celso durante muchos días constantemente al lado mío. Un año después murió mi hija, y volví a ver al hijo de Rodríguez; y hoy, cuando el médico me indicaba sus temores respecto al estado de mi esposa, le he visto otra vez, primero aquí, y luego en el cuarto de la enferma, sentado junto a su cama mirándola tiernamente.

-¿Y va vestido como cuando usted le conoció?

-Las otras veces, sí; hoy, no; hoy lo he visto con una túnica blanca de una tela transparente y luminosa; parece como si lo envolviera una nube, pero su cara es la misma, con sus ojos tristes, Parecía como sí magnetizara a Magdalena, porque ésta se ha quedado dormida dulcemente. Si es que los muertos viven, ¿por qué no vienen mi hermano y mi hija y los veo como a Celso?

-Porque no sabemos en qué estado se hallarán esos dos espíritus. Celso, sin duda, siente por usted una inmensa simpatía y gratitud sin limites, pues usted, como hombre, no pudo ser mejor para él, y es de presumir que cuando le ve padecer, él viene a prestarle consuelo y a alentarle. Amó mucho en la tierra, y continúa amando en el

espacio.

-¡Y tanto como supo amar! Por su padre era adoración lo que sentía. El nunca pudo creer que su padre fuese criminal. ¡Con cuánto entusiasmo me contaba los menores detalles de la vida del autor de sus días! Y en verdad que no comprendo cómo aquel hombre, que era bueno en el fondo de su corazón, se convirtió en asesino.

-¿Y vive aún?

-Sí, en Tarragona está el desgraciado.

Algún tiempo después de esta conversación, Escobar asistió a varias sesiones espiritistas con la idea de ver si se comunicaría Celso, obteniéndose, por último, esta concisa comunicación:

"El niño que murió por salvar a su padre es un espíritu cuyo activo trabajo le aparta de los lugares que en su vida terrena frecuentó, y sólo vuelve a ellos cuando dos seres queridos que dejó entre nosotros sucumben al peso de su prueba; su padre, que ignora en absoluto dónde está su hijo, al que siempre recuerda, y tú, que, más feliz que el pobre presidiario, has podido verle cuando él viene a tu lado para tranquilizarte y decirte: "El que amparo presta, protección recibe". El niño de ayer, al que viste desfallecer de hambre, es el espíritu fuerte de hoy. No lo dudes: los muertos viven. Celso está contigo siempre que necesitas de él; te ama, y será de los primeros que te darán la bienvenida en los mundos de la luz".

Esta comunicación dejó satisfecho a nuestro amigo, que leyó las obras de Allan Kardec, las estudió profundamente, y hoy es un buen espiritista, siendo su mejor consejero en los lances más arduos de su vida el espíritu de Celso.

¡Quién diría al juez de la tierra, cuando recogió en su casa a aquel pobre niño, que llegaría un día en que aquel ser desvalido a quien vio caer a sus pies vencido por el hambre, sería más tarde su guía, su espíritu protector, para pagarle una deuda sagrada, deuda contraída por la más profunda gratitud!

LA NOCHEBUENA

Conocimos en Madrid a una excelente mujer, que está de portera en una gran casa, siendo una de esas mujeres de pueblo llenas de sentimiento y de amor a la humanidad.

Donde hay un enfermo que velar, allí está ella; donde hay un gran apuro producido por la miseria, ella es la primera que acude y arbrita recursos, pidiendo a éste, suplicando a aquél, convirtiéndose en un verdadero agente providencial. Casada y sin hijos, todos los desgraciados son hijos suyos, pudiendo de ella decirse con sobradísima razón lo que decía el Padre Germán: que la mujer siempre es madre.

Durante algún tiempo vivimos en la casa que ella guardaba, y tuvimos ocasión de admirar los bellísimos sentimientos de aquel ser de aspecto vulgar, pero que cuando hablaba nos encantaba; porque se expresaba con tan noble ardimiento, defendía con tanto calor a los pobres, y tomaba una parte tan activa en los dolores de sus vecinos, llorando con la viuda desolada, gimiendo con el niño huérfano, partiendo su escaso pan con el obrero sin trabajo, que adquirió un renombre honrosísimo entre sus conocidos, pues nadie la nombraba Ramona a secas, sino la buena Ramona.

Su marido decía que se había casado con una hermana de la Caridad; reconocía la gran superioridad moral que sobre él tenía su mujer, y la miraba con cierto respeto impropio en un hombre del pueblo.

Ramona no sabe leer; pero le gusta mucho escuchar la lectura de un buen libro; y

muchas noches, cuando cerraba la puerta subía a nuestro cuarto para oírnos leer un rato, gustándole en extremo las obras de Kardec y de Flammarión.

El último año que vivimos en su casa, nos dio una amiga nuestra cien reales para que los diéramos por la Nochebuena a una familia verdaderamente pobre, y como Ramona conocía a todos los desgraciados del barrio, la llamamos y tuvimos con ella el siguiente diálogo:

-Ramona, va usted a oír una buena noticia. Disponemos de cinco duros para dárselos a una familia muy pobre, hoy por la noche, pues han de ser entregados en la misma Nochebuena, y queremos que usted nos indique un pobre realmente necesitado.

-No tenemos que ir muy lejos -contestó ella con cierta tristeza-. Sobre este mismo cuarto está la buhardilla número 2, donde se están muriendo poco a poco un matrimonio y dos hijos. El padre es ciego, la mujer está tullida, la hija está tísica en el último grado, y su hermano, albañil, en camino de ello, y como le ven tan enclenque los maestros no le quieren dar trabajo, y pasan los infelices lo que no es para contarlo. ¡Ay! Si las paredes de esa buhardilla pudiesen hablar, crea usted que habría asunto para escribir muchas historias, y con las lágrimas que se han derramado dentro de esa habitación habría para formar un arroyo. Créalo usted, siempre que la alquilo se me oprime el corazón-. Y Ramona comenzó a llorar con profundo sentimiento.

-¿Qué tiene usted? ¡Le sucede algo desagradable?

-No, señora, sucederme no; sino que cuando llega la Nochebuena, me acuerdo de una desgracia que sucedió en esa buhardilla; desgracia que nunca olvido, pero, en fin, que la recuerdo más el día de hoy; y si no fuera porque tengo que estar entre la gente, crea usted que lloraría sin descanso. ¡Ah, señora! ¡Y cuántas penas hay en el mundo!

-¿Y qué historia es esa? Cuénteme usted...

-Es muy larga de contar; ya se la contaré otro día.

-Esta noche suba usted cuando cierre la puerta, y ya que hoy es el aniversario...

-Sí, sí; y crea usted que me alegro; porque desde que pasó aquello, que hoy hace cuatro años, ninguna Nochebuena me divierto. Mi marido se incomoda, pero yo no lo puedo remediar. Cuando oigo cantar y reír, me parece que veo a Feliciano, y me da una angustia... Nada, lo dicho; mi marido se irá a casa de su hermana, y yo me vendré con usted y le contaré esa historia, y estaré mucho más contenta que entre el barullo que tanto me entristece.

Aquella noche subimos a la buhardilla, y entregamos a la pobre tullida los cinco duros que nos había dado nuestra amiga, impresionándonos penosamente el tristísimo cuadro que presentaba aquel aposento, donde cuatro seres se morían poco a poco, como decía Ramona. Ésta subió temprano muy contenta y muy agradecida de su marido, que le dijo: -Vete, vete arriba, que ésta es muy mala noche para tí.

La hicimos sentar, junto a nosotras y le dijimos: Vamos, comience usted esa historia, que ha despertado poderosamente nuestra curiosidad.

-Verá usted. Hace cinco años que, estando yo en la portería, vi llegar a una joven vestida de negro, con un traje y una mantilla que ni un trapero los hubiera querido, dando la mano a un niño de cinco años, que era un retrato de su madre. Los dos eran muy blancos, con unos ojos tan tristes... que daba pena mirarlos, ¡y tan delgaditos!, ¡tan pálidos!... Ella me preguntó si había alguna buhardilla para alquilar, y al oírla me sentí tan conmovida, y me dieron unos deseos de abrazarla, que tuve que contenerme para no hacer una tontería. En fin, para abreviar, le diré que alquiló la buhardilla número 2; y yo, como si hubiese sido mi hija, me tomé un interés por ella tan grande, y por el niño, que mi marido solía decirme: "Si Teresa fuera hombre, tendría celos". Yo no tenía más placer ni más agrado que estar con Teresa cuantos ratos podía. Al niño le llamaba yo mi Feliciano, y el pobrecito me decía abuela. Teresa no conocía a nadie; la pobre acababa de llegar de Sevilla, según me dijo, y yo le proporcioné trabajo, pues bordaba divinamente. Yo iba a la tienda; yo le hacía la compra; en fin, yo me desvivía por ella, y

Teresa me decía:

-Usted es mi madre; no he conocido a la mía, y la suerte me protege, compadeciéndose usted de mis desgracias. ¡Gracias por su cariñosa solicitud, buena ramona!

-¿Y era viuda, o mal casada, o víctima de algún engaño...?

-Ya verá usted, yo también tenía esa misma curiosidad; porque Teresa era muy reservada, y nunca me hablaba de su vida pasada. Yo conocía que era persona muy fina, muy prudente, incapaz de abusar de nadie. La infeliz no comía, por no deber. Siempre estaba muy triste, miraba a su hijo con una pena... De noche en particular cuando lo acostaba, al besarle lloraba en silencio, y le decía:

-¡Reza por tu abuelito, hijo mío!

Una noche, Feliciano jugaba conmigo, y Teresa a la hora de costumbre hizo que el niño se acostara, diciéndole como siempre: -¡Reza por tu abuelito, hijo mío! - Rezó el niño, y de pronto, incorporándose en el jergoncito que le servía de cama, exclamó:

-Mama, ¿sabes qué estoy pensando?

-¿Qué, hijo mío?

-Que nunca me dices que rece por mi padre; nada más que por mi abuelito.

-¡Hijo mío! Las víctimas no necesitan oraciones - dijo Teresa con voz ahogada.

-¿Y mi padre es una víctima? ¿De quién?

-Calla, hijo mío, calla - dijo Teresa en tono suplicante -; reza por tu abuelito, y pide al cielo que te dé un buen sueño.

Feliciano se durmió, y yo no hacía más que mirar a Teresa. Ésta leyó en mis ojos mi pensamiento, y doblando un pañuelo que estaba bordando me miró sonriéndose, y me dijo:

-¡Pobre Ramona! Usted me mira con dolorosa curiosidad; conoce que soy muy desgraciada, y desea saber algo de mi historia. Le debo a usted mucho, y justo es que pague con mi confianza el verdadero cariño que he encontrado en usted. Hace algunos días que pensaba hablarle, porque se acerca un día fatal para mí, y por si acaso me sucede una desgracia, que sepa usted a quién ha amparado.

Feliciano dió media vuelta, y Teresa se levantó para ver si dormía; lo besó exclamando: ¡pobrecillo mío! Y volvió a sentarse enfrente de mí, diciendo en tono solemne: - Usted es la única persona que por mis labios sabrá mi historia.

Cuando nací murió mi madre, y a los pocos meses casó mi padre en segundas nupcias con una mujer de ruines sentimientos, que se complacía en atormentarme todo el tiempo que viví a su lado. Mi padre, de gran posición social, muy metido siempre en política, estaba en guerra continua con la familia de un noble, cuyo primogénito me quiso desde niño, y yo a él, hasta el punto que, a pesar de toda la oposición de su familia y de la mía, la ley nos amparó y me sacaron de casa de mi padre la víspera de Navidad por la noche. Mi padre trató de comprimir su ira, pero al marcharme dijome al oído: "¡Acuérdate siempre de la Nochebuena!"

Yo temblé al oír aquella amenaza, porque sabía que mi padre era un enemigo terrible; pero nunca hablé una palabra de ello a mi esposo para no despertar más odios. Estuve depositada un mes en casa del juez, y luego me casé con el amado de mi alma. Once meses viví en paraíso, ni un día dejaba de acordarme de la amenaza paterna.

Llegó el día de Nochebuena, y traté de retener a mi marido en casa todo el día. ¡Tenía un miedo de separarme de él...!, que al fin conoció que me pasaba algo, y tanto me preguntó, que le confesé mis temores.

Él se rió, y me dijo que era una tonta, que no tenía confianza en la vida; me animó con sus caricias, y al fin me hizo salir con él por la noche para comprar mis dulces favoritos; y cuando volvíamos, haciendo planes para el porvenir, hablando de nuestro hijo, pues yo estaba próxima a dar a luz, llegamos delante de la catedral, y como el corazón nunca engaña, le dije a mi esposo: -Daremos la vuelta; no quiero pasar por ahí,

que es muy solitario este sitio. -¿No seas niña! -me dijo él-. ¡Qué ganas de dar un rodeo cuando estamos tan cerca de casa!... - Y a pesar mío me hizo pasar por aquel paraje sombrío. No habíamos dado cincuenta pasos, cuando sentí que mi marido se caía diciendo:

-¡Ay, Teresa mía! ¡Soy muerto!... - Y en el mismo instante una mano de hierro ciñó mi brazo... y oí la voz de mi padre que me dijo: -"¡Acuérdate de la Nochebuena! ¡Hoy tu marido! ¡Mañana tu hijo!"

¿Qué pasó por mí?... No lo sé; perdí el sentido, y cuando recobré la memoria me encontré en mi lecho rodeada de personas extrañas; reconocí a mi doncella que tenía un niño entre sus brazos; mil ideas confusas torturaron mi cerebro; instintivamente extendí los brazos, y mi doncella me entregó mi hijo, que era el niño que tenía contra su pecho. Renuncio a pintarle mi dolor cuando recordé claramente lo ocurrido en todo aquello, y más aún, cuando vinieron a pedirme declaración a ver si yo había reconocido al asesino que la justicia no había podido encontrar.

Dije que no había visto a nadie. La primera vez que salí de casa fue para ir al cementerio a rezar en la tumba de mi marido. Allí me pasó una cosa rara: iba yo sola, me senté sobre un sepulcro cercano al de mi esposo; sentí un frío intenso; después me pareció que soñaba despierta, y vi a mi marido que levantándose de su sepultura se acercó a mí, y me dijo: "No reces por mí; reza por tu padre y enseña a rezar a nuestro hijo por el que te ha dejado huérfana en el mundo. Los verdugos necesitan plegarias; las víctimas quedan purificadas. Ruega siempre por tu padre, Teresa, que tu misión en la tierra es obtener su arrepentimiento".

Experimenté una violenta sacudida, y vi junto a mí al guardián del cementerio que me preguntaba:

-¿Se pone usted enferma, señora?

Desde entonces todos los días rezo por mi padre, y, como usted ha visto, enseño a rezar a mi hijo, y le hago besar el retrato de su abuelo, que conservo, siguiendo fielmente las instrucciones de mi marido, con el que sigo hablando con frecuencia.

-¡Que habla usted con el muerto! -le dije.

-Sí, con su espíritu, que se comunica conmigo-. Y entonces me contó lo que es el espiritismo; por eso me gusta tanto oír leer las obras de Allan Kardec, porque Teresa las tenía y me leyó algunas de ellas.

-¿Y qué más le dijo?

.Que la pobre, odiada por su padre y por la familia de su esposo, se encontró sola con su hijo. Fué vendiendo cuanto tenía, se puso a bordar y agostó su vida trabajando sin dejar lugar al descanso, siempre con el miedo de la Nochebuena; pues, por más que el espíritu de su marido le decía que se tranquilizase, ella siempre temblaba por la vida de su hijo, hasta el punto que resolvió trasladarse a Madrid huyendo de su padre, al que nunca había vuelto a ver. Con mil apuros reunió dinero para el viaje; y yo fuí la primera persona a quien ella habló al llegar a la Corte.

-Ya pronto llega la Nochebuena -me dijo por último- y tengo un miedo horrible, por más que mi marido me dice que mi padre está arrepentido, que es muy desgraciado, que desea pedirme perdón, y sobre todo que Feliciano ruegue por su abuelo, porque sus oraciones atraen al asesino al arrepentimiento y al bien. Pero yo he sufrido tanto, Ramona de mi alma; tengo tan gastadas las fuerzas de mi vida, que si yo llegase a ver a mi padre, la impresión creo que me mataría; y yo no quiero dejar a mi hijo. ¡Pobrecito mío!

Desde aquella noche, Teresa y yo hablábamos siempre de lo mismo, y sin saber por qué, yo le decía a Feliciano: -Mira, va a venir el abuelito, y te traerá muchas cosas.

-¿Vendrá por Nochebuena? -decía Feliciano-. Voy a rezar mucho por él para que venga pronto y me traiga muchos caballos.

Teresa, al oír esto, se estremecía, me miraba, y yo trataba de animarla; pero veía que

Teresa iba acabándose por momentos, y yo me acababa con ella, pues lo que sufrí entonces no es para ser dicho.

Llegó el día de Nochebuena, y Teresa no se pudo levantar, Feliciano, el pobrecito, abrazado a su madre, le decía:

-¡Mamá, levántate, que viéndote acostada me pongo muy triste! - Pero Teresa había llegado a los últimos momentos.

Llegó la noche, y la infeliz, aunque hacía esfuerzos para hablar a su hijo y hacerme varios encargos, a lo mejor se quedó como muerta. De pronto, se incorporó, señaló a la puerta, y me dijo con voz entera:

-¡Mi padre! ¡Mi padre sube!...

-¡El abuelito! -gritó Feliciano con alborozo, y corriendo abrió la puerta, y salió a la escalera, gritando-: ¡Abuelito!, ¡abuelito!, ¡abuelito!...

Al oír los gritos del niño, Teresa experimentó una violentísima sacudida; y toda su cara se iluminó; parecía que circundaba su cabeza una aureola de santidad. Ella y yo mirábamos a la puerta, por la cual no tardó en aparecer Feliciano, que tiraba del brazo de un señor viejo, gritando:

-¡Mamá mamá! ¡Levántate, que está aquí el abuelito!

Pero Teresa no pudo levantarse, porque al ver a su padre se quedó muerta. Éste se abrazó a ella, y Feliciano, no comprendiendo que había perdido a su madre, la juzgaba tranquilamente dormida.

-¡Abuelito! -exclamaba-; déjala dormir; tendrá sueño, que está enferma. ¿Por qué has tardado tanto en venir? Ya me cansaba de llamarte con mis oraciones; pero mamá siempre me decía: ¡Reza por el abuelito, reza por el abuelito!

Al oír las palabras del niño, el padre de Teresa cogió a su nieto y lo apretó contra su corazón. ¡Qué cuadro aquel, qué cuadro! Crea usted que nunca lo olvidaré. Teresa parecía que despedía luz, y su padre y el niño abrazados a ella formaban un grupo... que ahora parece que lo veo.

¡Qué Nochebuena tuvimos tan mala! Cuando Feliciano comprendió que no se despertaba su mamá, ¡pobrecito!, partía el corazón el escucharle, pues tenía un entendimiento aquella criatura, que asombraba, y casi me daba más lástima todavía el padre. Como sabía yo toda la historia, conocía muy bien el tormento de aquel hombre, que estaba como aterrado.

Le hizo un entierro a su hija, que no quedó en Madrid un solo cura que no fuera. Se enteró de cómo había vivido; y cada vez que yo le decía: -La señora se conoce que le quería a usted mucho, replicaba él: -¡Mi hija ha sido una santa!

-¿Y el viejo fue al entierro de Teresa?

-Sí, señora, y no se separó de ella hasta verla enterrar. Cuando salimos del cementerio y le di el último beso a Feliciano, parecía que me arrancaban la vida.

-¿Y el niño?

-¡Pobrecito! Él me decía: "No llores, tonta, ¿no ves que me voy con el abuelito, que me comprará muchos caballos?"

-¿Y no ha vuelto usted a saber de él?

-No, señora; pero crea usted que Teresa y su hijo viven en mi memoria; y para mí es una noche muy mala la Nochebuena.

¡Qué lucha sostuvo aquella débil mujer! Sola, enferma y pobre, adorando la memoria de su marido, temblando ante el recuerdo terrible de su padre y despertando en su hijo el más vivo cariño para el ser criminal que le había dejado huérfano... ¡Sólo la comunicación con el espíritu de su marido era lo que le daba aliento!

¡Cuán necesaria es la comunicación espiritual! Ella despierta el sentimiento, nos induce a perdonar al que nos hiere y nos hace devolver bien por mal.

El espiritismo les viene a recordar a los hombres la única ley eterna: ¡el amor!

EL GRAN PROBLEMA

"En el mundo, lo más difícil, lo que llega a ser poco menos que imposible, es que uno se pueda consolar cuando es presa de calamidades y contrariedades sin cuento".

Esto me decía una tarde mi buena amiga Glara Ledesma, mujer que nació con mala estrella (como se dice vulgarmente), puesto que su madre murió al darla a luz, y su padre, no sabiendo qué hacer con aquella chiquilla, se casó con la primera desesperada que encontró en su camino. Lo que Clara sufrió en su niñez y mientras estuvo bajo la tutela de su madrastra no es para contarlo, pues ésta hizo todo cuanto pudo y supo para martirizarla, uniéndose a su mala intención una serie de circunstancias todas desfavorables para la pobre niña, siendo la principal la fecundidad prodigiosa de la mujer de su padre, que daba a luz muchachos a pares. Clara fue la niñera y el ama seca de todos ellos y el blanco de todas sus diabluras y malignidades, dado que se trataba de una caterva de chiquillos capaces de acabar con la paciencia al mismo Job. Harta de sufrir por todos los estilos, en cuanto se le presentó un pobre diablo, poeta de profesión, con más hambre que un maestro de escuela y que un empleado cesante, se casó con él, poniendo en práctica el amoroso adagio: "Contigo pan y cebolla". Tantas fueron las penalidades del enamorado matrimonio y tantísimos los días que ayunaron, que el marido no pudo resistir, y una tisis galopante hizo la caridad de concluir con su existencia.

La infeliz Clara quedó viuda con dos chiquillos y en estado interesante.

Su desconsuelo no tuvo límites, porque como algo había de sonreírle en su vida, su marido la había querido con delirio, con verdadera idolatría; hasta le había dedicado los más bellos versos de su fantasía.

En medio de su espantosa miseria, cuando ella llegaba a su casa después de trabajar todo el día en su taller de modista, encontraba los brazos de su esposo, de su enamoradísimo Romeo, los labios llenos de risa, a la vez que oía las frases más apasionadas y las palabras más bellas y consoladoras, anunciándole días de reposo y de próxima abundancia, en cuanto le pusieran en escena su ultimo drama.

No sólo de pan se mantiene el hombre y Clara tenía media vida asegurada con el entrañable cariño de su pobre marido, rico en ideas y pletórico de lirismos.

Así fue que al perderle, si no puso fin a sus días, debióse a sus hijos que los pobrecitos, vivo retrato de su padre en lo físico y en lo moral, se agarraban a su falda y a las puntas de su mantón y no la dejaban ni a sol ni a sombra. ¡Pobres criaturas!

La desdichada Clara fue viviendo de milagro; no quedó asociación religiosa que no le diera limosna alguna semana, ni confesor ni predicador que no la recomendara a sus devotas; y entre unos y otros fue viviendo y vive todavía, siempre recordando a su marido, oyendo misas por su alma y llevando a sus hijos al Campo Santo para que se arrodillen sobre la tumba común, donde sabe que arrojaron los restos del difunto, y allí recen por el eterno descanso del padre.

En medio de sus desdichas, que no son pocas, de su viudez, de su miseria, de sus enfermedades, pues su chiribitil parece un hospital en miniatura; cuando no tiene a dos de sus hijos enfermos, lo está ella... Clara tiene la suerte, la única, de ser muy simpática a todos cuantos la conocen, lo mismo a tirios que a troyanos. De una honradez ejemplar, nadie ha podido encontrar en ella el más leve defecto respecto a su probidad.

Ya le pueden entregar oro molido, que si ella nota que se cae al suelo una partícula del polvo aurífero, busca, mira, se desvive hasta encontrar el punto luminoso que al fin

su noble voluntad acaba por descubrir; y adondequiera que va se la recibe con cariño, y nunca falta una mano compasiva que deje en la suya el óbolo de la caridad.

Mas, como dijo muy bien Fernán Caballero, el pan de la limosna alimenta, pero no nutre, Clara está cansadísima de vivir.

-Estudia el espiritismo -le dije-, y hallarás consuelos que no conoces, y descubrirás las leyes del infortunio y de la dicha, y podrás prepararte para más dichosas existencias.

-¡Para nuevas existencias...! -replicó Clara con amarga ironía- Pues, si la que tengo me pesa más que la cruz que le cargaron al nazareno, ¿he de estudiar para enterarme de si me tocará volver? ¡Cualquier día me meto yo en esas curiosidades!... ¡Si no fuera por mis hijos, me hubiera dejado morir sobre la tierra que cubre los restos de mi inolvidable esposo! Harto tengo que hacer con mi desgracia, mi aislamiento, mi falta de salud y mi sobra de escaseces; por dondequiera que miro no veo otra mujer tan desdichada como yo...

-Estás en un error -le dije-; hay otras muchas más desgraciadas que tú, muchísimo más.

-¡Imposible! Imposible de todo punto. Tú no sabes lo que sufro, porque no has tenido la inmensa dicha de encontrar un hombre que te amara como mi marido me amó desde que nos conocimos. Es verdad que estábamos muy pobres; es cierto que cuando él vivía yo no encontraba la protección que tengo ahora; pero al llegar a mi casa y encontrarle meciendo la cuna de nuestros hijos al mismo tiempo que escribiendo sus dramas o copiando hojas de una notaría; al encontrar en sus brazos un calor que no se parece a ningún otro, olvidaba todas mis penas y me sentía dichosa. Tal vez ahora no me quede un día sin comer; pero... ¡estoy tan sola! Mis hijos me quieren muchísimo, es indudable, sus caricias me ayudan a vivir, mas el vacío que dejó aquella muerte en mi alma, ellos no lo pueden llenar. Luego, ¡es tan triste vivir de limosna!... Tú bien lo sabes, no es que yo no quiera trabajar; pero de las cuatro partes del año estoy enferma tres, y la cuarta parte lo están mis pobres hijos; así es, que vivo incomodando a todo el mundo, expuesta a la crítica de los unos y a la burla compasiva de los otros. ¿Y aún tienes el valor para asegurar que hay otras mujeres más desgraciadas que yo?

-Y te lo repetiré cien y cien veces; las hay.

-¿Dónde están? Quisiera verlas.

-No te apures por eso; las verás esta misma noche.

-¿Esta misma noche?

-Sí; saldrás conmigo, y te convencerás de que en la escala del dolor, lo mismo que en la del placer, nunca se llega al último peldaño; siempre hay gradas que subir o que bajar, ya que a la felicidad la han puesto en la cumbre y a la desventura en el fondo del abismo.

Y efectivamente, aquella noche salimos Clara y yo y después de recorrer algunas calles, llegamos a la Plaza del Buen Suceso. Allí le dije:

-Ahora vamos a pasar por la calle de Ramalleras, donde hay algunas casas que albergan a varias mujeres más desgraciadas que tú.

-¿Y entraremos en esas casas? -preguntó Clara con febril ansiedad.

-No es necesario; en la puerta de esos tugurios encontrarás a algunas de ellas, cuya sola vista te causará inmensa compasión.

Entramos en dicha calle y a los pocos pasos encontramos una casucha en cuyo portal estrecho y obscuro se destacaban dos mujeres vestidas de blanco, reclinadas en el quicio de la puerta. A corta distancia me detuve diciendo a Clara:

-Fijate en esas dos infelices, que pasarán largas horas de la noche en acecho de los transeúntes. Perdida en ellas la noción del pudor, que es el aroma de la mujer, manchan sus labios con las frases más soeces y repugnantes; sus ademanes desenvueltos revelan el olvido de todos los miramientos sociales; convertidas en cosas, venden su cuerpo al mejor postor; para ellas no existe la santidad del matrimonio ni el sacerdocio de la

maternidad; si por acaso algún espíritu les pide albergue en su seno, tienen que desprenderse de su hijo en el momento que oyen su primer vagido. La meretriz es una esclava, y su esclavitud es peor mil veces que la que sufre la raza negra; las mujeres de color, aun cuando sea por egoísmo de sus dueños, pueden amamantar sus hijos y recibir sus primeras sonrisas escuchando a la vez sus primeras palabras; mas la esclava blanca, o ha de convertirse en asesino del hijo de sus entrañas, o tiene que desprenderse de él para siempre.

Y si un día se arrepiente, si se propone entrar por la buena senda, todos los talleres le cierran sus puertas, y como al judío de la leyenda, todos le dicen: "¡Anda... anda!, no queremos calmar tu sed; no te detengas en nuestro hogar; llevas sobre ti la marca de la infamia y de tu degradación".

Algunas asociaciones religiosas les tienden sus brazos, pero para ellas esto no es más que un cambio de martirio; las buenas madres las obligan a trabajar de un modo brutal, echándoles en cara sus pasados extravíos con la malicia más refinada y la sátira más cruel, como maestras expertas del vicio... Diríase que para ellas escribió el Dante aquellas terribles palabras: "¡Renunciad a toda esperanza!" No; ninguna esperanza les queda. ¿Que están enfermas y van a parar al hospital? Allí no pueden recibir visitas de deudos ni de amigos y conocidos; todos los enfermos tienen el consuelo de ver a lo menos dos veces por semana a las personas queridas, todos menos ellas; y en cuanto pueden dejar el lecho algunas horas, las hermanas de la Caridad las obligan a que ejecuten los trabajos más groseros: ¡he ahí su convalecencia!

Sigamos andando... ¿ves? Otra casa de lenocinio y otra miserable a la puerta pidiéndole al vicio una limosna. Considera bien todo lo horrible de la existencia de esas mujeres. ¡La mujer! El ser que ha nacido poseído del más dulce sentimiento, el de la maternidad; que desde niña ensaya su papel de madre meciendo y arrullando a su muñeca, vistiéndola, desnudándola, arreglándole su casita, preparándole los utensilios de cocina, haciéndole su comidita viéndose en todas sus tendencias y aspiraciones el arreglo del hogar doméstico y su misión divina maternal...

La prostituta es la negación de todo esto, la contradicción viviente de la naturaleza femenina; en ella nada queda de la mujer sino un organismo de barro, más o menos bello, más o menos grosero en su forma; de su mente podría decirse que es un desierto de ideas, si no dominara en ella un deseo, mejor dicho, un instinto, el de la explotación, el del engaño y muchas veces el del crimen.. ¿Quieres mayor infortunio? Nacer para ser ángel, primero y santa después, con esa santidad sublime de la maternidad, y convertirse en el ser más abyecto y degradado, sin voluntad, sin libertad, hasta el punto que, cuando alguna de esas desgraciadas rompe violentamente su cadena, la autoridad civil la obliga a volver a su cautiverio, entregándola a su dueña, que recoge ansiosa a la esclava rebelde que huyendo de su tiranía se arrojó por un balcón a la calle ¿Quieres mayor desventura humana?

-¡No quiero ver más; me doy por convencida! -dijo Clara temblando convulsivamente-. ¡Que horror!... Mi marido me había hablado alguna vez de esas infelices, pero sus palabras no me habían causado la impresión dolorosísima que me producen las tuyas. En comparación de esas desventuradas, tienes razón, ¡yo soy dichosa!... Mi alma sedienta de cariño encontró su alma gemela cuando el sacerdote bendijo nuestra unión me encerré con mi amor en un nido muy pobre, es verdad, pero donde nunca llegó una mirada maliciosa que pudiera profanar nuestra dicha. Al morir mi esposo, su único ruego fue que no les diera padrastro a sus hijos; ruego inútil, porque para mí ya no había hombres en el mundo. Carezco de todo, es muy cierto, pero tengo el derecho sagrado de no separarme de mis hijos; abrazada a ellos me entrego al sueño, y me despiertan sus caricias; cuando están enfermos, me constituyo en su enfermera, y la caridad entra en mi choza y me deja lo más indispensable para alimentarlos. Cuando todo me falte, cuando la desesperación murmure en mis oídos palabras de muerte,

vendré con el pensamiento a esta calle y contemplaré a las esclavas que esta noche me has hecho conocer.

Acompañé a Clara hasta dejarla en su casa y nunca vi su rostro más satisfecho que cuando sus hijos se disputaron sus caricias; todos querían ser los primeros en darle un abrazo y decirle que ya estaban admitidos en la escuela, donde además de enseñarles las primeras letras, les darían la comida del mediodía.

Clara se dejó acariciar de sus hijos y me miró de un modo harto significativo.

¡Cuánto, cuánto me dijo su mirada!...

Muchísimos seres se creen los más desgraciados del Universo, se consolarían si supieran resolver el gran problema de saber mirar.

¡Hay tantos lugares de expiación!: las mancebías, los presidios, los hospitales, los asilos de beneficiencia, los tugurios de los mendigos, etc, etc, que, bien mirado, nadie tiene derecho, ninguno puede decir en absoluto: "no hay dolor que iguale a mi dolor".

LA SEGUNDA MUÑECA

Pocos goces he tenido por esta vez en la Tierra. Cuando llega la hora del crepúsculo vespertino, lágrimas silenciosas suelen rodar por mis mejillas, y es que entonces recuerdo muchos días de angustia, largas noches sin sueño, contrariedades sin cuento, penalidades, al parecer, insignificantes, pero que forman un monte erizado de punzantes espinas.

¡Cuántas ingratitudes...! ¡Qué pocas figuras simpáticas se han quedado fotografiadas en mi mente...! ¡Cuántos desvíos en cambio de mi tierna solicitud...! Pero como no hay existencia que no tenga su rayo de sol, también la mía tiene su ráfaga luminosa que llena de suave claridad el sombrío horizonte de mi existencia. Ese astro que difunde sus fulgores resplandecientes es Niní, una niña que aún no cuenta cuatro primaveras, a la cual hace un año regalé su primera muñeca, y la víspera del día de los Reyes del corriente año le llevé la segunda.

Sabía que Niní, con una constancia impropia de su corta edad, había prodigado las más tiernas caricias a la primera durante el año transcurrido, no contentándose con quererla ella sola, sino exigiendo a su madre y a su abuela que le dijeran cosas dulces a la muñeca, ya desnarigada y con la cabeza abierta, cosas que la afeaban por extremo; a pesar de lo cual le cedía la mitad de su lecho dirigiéndole continuamente las frases más cariñosas.

Cuando le llevé la segunda compañera de sus juegos infantiles, antes de mostrársela le pregunté por la primera.

Niní corrió muy diligente y volvió con su destrozada amiga de cartón, presentándomela con la más dulce y amorosa sonrisa.

-Has cumplido como buena, hija mía; bien mereces una recompensa. -Y le presenté su nueva compañera, que parecía hermosísima en comparación de la otra infeliz, sucia y rota.

Niní le tendió los brazos, oprimiéndola dulcemente contra su pecho y dirigiéndole una de sus más afectuosas sonrisas; pero al mismo tiempo miraba recelosa a la otra como si temiera ofenderla con los agasajos prodigados a su segunda amiguita.

-¿Qué haremos con la muñeca vieja; la tiramos, no es verdad Niní? -le preguntó su madre.

-¡No, no! -le replicó la niña con viveza. Y sus miradas iban de la una a la otra,

notándose en ella gran perplejidad.

-La guardaremos -repliqué yo-, como un recuerdo sagrado, puesto que fue tu primera alegría en esta vida.

-Eso, eso, eso - exclamó Niní, gozosa de que hubiesen adivinado lo que ella sentía, y mirando atentamente a su madre y a mí que envolvíamos a la momia de cartón con el mismo papel que había ocultado entre sus pliegues la muñeca nueva.

Cuando Niní no tuvo delante a su amiguita antigua, dió rienda suelta a su regocijo; entonces miró a la nueva compañera y jugó con ella y sus dorados rizos, dando expansivas muestras de toda su inocente satisfacción.

Yo estaba espiando sus menores movimientos admirando su exquisita delicadeza. Parece mentira que dentro de aquella cabecita puedan madurar ciertas reflexiones; ella había sabido poner coto a su infantil alegría por temor de ofender a su primera muñeca. Era admirable el juego de sus miradas; para la momia de cartón, una mirada compasiva; para la amiga reciente, miradas en que iban envueltas dulcísimas promesas. Parecía decirle que esperase, que aguardase, que jugaría con ella, que bailarían juntas y que le gustaba muchísimo porque era muy bonita. Y de pronto volvía rápidamente la cabeza, y mirando a la anciana de cartón, con su cabeza rota y sus brazos caídos decíale con un mohín graciosísimo que también a ella la quería; por eso al verla empapelada exhaló un suspiro de intima satisfacción; su conciencia, sin duda, ya estaba tranquila. Aun no tiene cuatro años y ya sabe meditar; conoce cuáles son sus deberes y sus derechos, y no quiere ser ingrata. ¡Qué espíritu tan bueno, tan noble, tan delicado! Si alguna vez le riñe su abuela con acritud, en lugar de llorar se le planta delante y le dice con la mayor seriedad:

-A mí no se me riñe así; no se me habla con tanta dureza; se me dice: "Niní, tienes que ser buena; tienes que querer mucho a tu mama".

-¿Y para qué has venido tú a este mundo? - le pregunta su pobre madre, sonriéndose.

-Para hacerte compañía - contesta Niní con cierta gravedad.

Inmensa es mi satisfacción por haber proporcionado a una niña tan tierna y tan discreta uno de los mayores goces de su infancia.

Mucho bien se puede hacer en la Tierra sin grandes sacrificios.

A menudo he contemplado en las casas de los ricos, muñecas abandonadas por el desvío de las niñas felices, y he dicho para mí: miles de inocentes pequeñuelas batirían palmas, si pudieran poseer esa muñeca tan desdeñada de su dueña.

¡Cuántos muchachos pobres se creerían dichosos con un caballo cojo y una lanza sin punta...! ¡Pobres niños...! ¡Cuánta compasión me inspiran los que no tienen juguetes...!

Siempre recordaré a un pequeñuelo que conocí en Madrid, hijo del portero de mi casa. Llamábase Angel. Era un niño débil y anémico; nunca salía de la portería; sus padres le obligaban a que estuviera todo el día en su puesto, mientras ellos atendían a otras ocupaciones; pero sucedía que a lo mejor Angel desaparecía y se iba... ¿a jugar con los chiquillos de la calle?, ¿a romper cristales y llamar a las puertas? Nadie de la vecindad se quejaba de él; pero su padre le pegaba, y su madre le reñía duramente por sus escapatorias.

Angel se callaba, y en cuanto podía ¡pies para que os quiero!, desaparecía como por encanto.

Una noche se fue, y su padre le siguió para sorprender el secreto de sus frecuentes ausencias. Angel corrió con la rapidez de un gamo y cruzó varias calles hasta detenerse ante un gran almacén de juguetes, situado en una rinconada, lo que permitía que en la acera, sin estorbar el paso de los transeúntes, hubiese colocados caballos de madera y de cartón de todos tamaños. Llegó, sentóse delante de un hermoso caballo cuyas blancas crines se puso a acariciar con el mayor cuidado. Así se estuvo media hora.

El padre de Angel, aunque hombre rudo, tenía buen corazón y era un buen padre; conmovióse profundamente al ver a su hijo abrazado al caballo, y entrando en la tienda

preguntó cuánto valía el juguete preferido de su Angel.

-Cinco duros - le contestaron.

-Entonces..., ¡pobre híjo mío!, te quedas sin caballo.

-¡Ah! ¿Es para ese niño que se sitúa todos los días a la puerta? Hace ya tiempo nos suplicó con las más conmovedoras instancias que le dejásemos estar entre los caballitos. Llévese usted el caballo, que merecido lo tiene su hijo en premio a su constancia y a sus afanes. No pasa día que no le veamos llegar sudando, aunque haga frío; se sienta, acaricia el caballito, se levanta, se aleja, vuelve... Son una historia sus idas y venidas.

Cuando Angel se convenció de que le regalaban el caballo, su gozo no tuvo límites; fue tanta su alegría que enfermó; su débil organismo no pudo resistir una emoción tan fuerte como inesperada, y ocho días después murió abrazado a su caballo.

¡Pobre Angel! ¡Cuánto aman algunos niños sus juguetes! Niní, antes de tener muñecas, las formaba con un lío de trapos; hoy que tiene una nueva y bonita la acaricia alborotada, pero no olvida a la otra; no es ingrata con ella; a menudo pide a su abuela que se la deje ver; entonces la mira con ternura, y volviéndose a su gentil compañera, le dice: "Te quiero mucho; sí que te quiero; pero a ésta... ¡pobrecita!, la quiero también". ¡Qué alma tan bella!

SOMBRAS Y LUZ

I

Preguntándole yo a un espiritista si hacía muchos años que había dejado sus creencias de niño, me dijo:

-Muchísimos; porque yo, en punto a religiones positivas, he observado el fruto que daban, y en cuanto al catolicismo, me bastó ver, para dejarlo lo que voy a referir:

Junto a mi casa vivía un matrimonio, honrado a carta cabal, trabajando marido y mujer de día y de noche, lograron reunir un capitalito más que regular, que destinaban para su único hijo, el joven Jacinto, muchacho sencillote, que amaba a sus padres y al cura de la iglesia vecina, a cuyo lado estaba casi siempre, sirviéndole de monaguillo, de campanero y de camarero de todos los Santos Cristos y Virgenes que había en los viejos altares. Tanto se aficionó a las cosas de la Iglesia, que pidió a sus padres permiso para entrar en la Compañía de Jesús. Los pobres no se atrevieron a contrariar su decidida vocación y Jacinto, cumpliendo sus vehementes deseos ausentóse de su pueblo natal para seguir sus estudios religiosos.

Sus padres, ya de edad avanzada, que le querían con delirio, que habían trabajado sin descanso toda su vida para que su hijo viviera como un príncipe, al verse sin él se entristecieron por extremo; el pobre viejo se quedó postrado en la cama, sin poder dar un paso; toda su actividad, toda su energía quedó reducida a la inacción más completa, y mirando a su atribulada compañera, decíale que la ausencia de Jacinto le llevaría rápidamente a la muerte.

Escribió su esposa una carta al hijo ausente, rogándole por el cielo que volviera para ver y consolar a su padre; pero el joven jesuita contestó que ya pertenecía a Dios en cuerpo y alma y que su familia de la tierra había muerto para él.

Cuando el infeliz padre concluyó de leer la carta, a semejanza de Jesús murmuró: "Perdónale, Señor, que no sabe lo que hace".

A los pocos días moría llamando a su ingrato hijo, inúltimente...

Al verse la esposa sin marido y sin el hijo amado, volvió a escribir a Jacinto pidiéndole compasión para su angustiosa soledad.

Esta carta obtuvo una contestación no menos cruel que la anterior; el jesuita había roto todos los lazos y parentescos que antes lo unieran al mundo, y su corazón pertenecía por entero a la Orden, a la Iglesia y a Jesús.

Asistí a los dos entierros, y al tocar las desastrosas consecuencias de la ingratitud religiosa, me quedé creyendo en Dios, pero sin aceptar religión ninguna. Acabó de separarme de ellas un diálogo que tuve con un jesuita que tenía fama de ser muy entendido, elocuente predicador, y consejero, por añadidura, de muchas familias ricas.

Una tarde tuve que ir a un colegio de la Compañía, donde, hablando con el aludido discípulo de Loyola, me dijo después de algunos circunloquios y rodeos:

-Tengo entendido que es usted una oveja descarriada, que no cree en ningún misterio religioso y niega las sagradas revelaciones que forman la base de la religión Católica Apostólica Romana.

-Efectivamente -le contesté-; si por el fruto se conoce el árbol, la religión católica es un árbol seco, sin hojas, sin flores y sin fruto. No da sombra porque sus enseñanzas dividen y desnaturalizan la familia; no da perfumes, porque seca las flores del sentimiento; no da frutos, porque sus ministros tienen que vivir en un estado contranatural, fuera de las leyes de la humanidad; el celibato es la violación de la más hermosa de las leyes de la naturaleza. Infringirla, violarla, es el deber del clero secular y de los institutos monacales, cuyo celibato no suele ser otra cosa que piedra de escándalo, escarnio de la naturaleza y del voto.

El voto lleva a ultrajar la naturaleza, y la naturaleza a pasar por encima de votos contranaturales. Por esto la historia del clero recuerda la de la prostitución, y la de muchos conventos las aberraciones obscenas de Sodoma. La familia es la base de la sociedad, y el voto que obliga al celibato, es un rudo ataque a la organización y santidad de la familia.

Dejando este punto y pasando a otro orden de consideraciones, hallo que es el absurdo de los absurdos el dogma de las penas eternas. Dios en la gloria rodeado de sus santos y de sus vírgenes, desentendiéndose del eterno tormento de una gran parte de sus hijos, sería lo horrible divinizado; negar a Dios es mil veces preferible a creerle tan monstruosamente cruel.

-Amigo mío - me dijo el jesuíta-, sus palabras me prueban cuán acertada estuvo la Iglesia al prohibir a sus fieles el estudio y hasta la lectura de los libros sagrados; al cristiano le basta "creer"; sólo los ateos necesitan entregarse a la "peligrosa manía de pensar" de lo que no entienden. A usted le parece que las penas eternas son el absurdo de los absurdos, cuando ellas demuestran del modo más evidente la grandeza y la justicia de Dios. Veámoslo con ejemplos prácticos:

Un hombre de pueblo, en un arrebato de ira, movido por alguna pasión insensata o algún estímulo brutal, infiere a otro de su misma clase, una o más heridas graves; se le prende, sele procesa y se le condena a presidio por unos cuantos años. ¿Que el gravemente herido es un dignatario de la nación, un título o un personaje influyente? El agresor no pagaría con menos que con cadena perpetua su atentado. ¿Y si es el Soberano el agredido? ¡Oh! Entonces sólo con la vida paga el delincuente su crimen de lesa majestad; no escapará del cadalso y del verdugo. Pues bien, ¿qué significa esta gradación de penas para un mismo delito? Significa que la gravedad de la ofensa y del castigo aumenta con la categoría del ofendido.

¿No es por tanto justo que, siendo el ofendido Dios, expíe el pecador eternamente su pecado?

El jesuita no comprendía, o no quería comprender que la justicia divina no admite comparación con eso que se llama justicia humana; que Dios no puede ser ofendido por la criatura; y que las faltas no son sino infracciones de la ley moral, que en la misma ley tienen su necesario correctivo. ¿Y éste es el hombre sabio? ¿Este es el director espiritual que dispone de la tranquilidad de muchas familias? ¿Este es maestro de virtud y guía de

las conciencias...? No quise perder el tiempo oponiendo a sus argumentos lo míos; pero mi sonrisa y la expresión de mis ojos le dijeron con toda claridad que no había logrado convencerme. Son mil veces más lógicos los argumentos del ateo.

II

Allá por los años 1857 ó 1858 leí las obras de Allán Kardec. medio siglo hace ya. Medité sobre ellas y como si mi cerebro hubiese estado envuelto en múltiples gasas, parecíame que iban cayendo y dejando penetrar en él la claridad; a medida que avanzaba en mi lectura, mis pensamientos sucedíanse unos a otros, cada vez más luminosos. Como los magos de los cuentos orientales, poseía una varita mágica, una llave misteriosa que abría todas las puertas y penetraba en los lugares más recónditos, antes inaccesibles a los ojos de mi alma. Desde entonces, amiga mía, soy espiritista racionalista, y desde entonces sé por qué
vivo, por qué sufro, por qué trabajo, por qué espero; y creo en la ley del progreso indefinido, sin el cual no podría explicarme la razón de la vida. No admito el misterio ni el milagro; para mí no hay más que la ciencia, dispuesta siempre a difundir los rayos luminosos sobre aquellos que se consagran a su culto por la investigación de la naturaleza, de sus leyes y fenómenos. Dos ambiciones agitan a mi espíritu; quisiera ser sabio, para ser grande; quisiera ser bueno para ser justo.

III

¡Qué recuerdo tan agradable dejó en mi mente el relato de mi buen amigo! Si todos los hombres tuvieran semejantes aspiraciones, ¡cuán raído se verificaría el progreso de la humanidad terrestre!

Los sabios enseñando e ilustrando a la humanidad; los buenos espigando el llanto de los atribulados; la ciencia y el amor universal dominando en todos los espíritus... ¡qué hermoso sueño!

¿Cuándo, cuándo será un hecho el triunfo de la ciencia del amor, de la verdadera fraternidad!

¡ANTES MORIR QUE MATAR!

Desde niña atraían poderosamente mi atención las grandes librerías, y entraba en ellas con religioso respeto. Recuerdo que hace muchos años, estando en Deva visité el palacio de don Leopoldo Augusto de Cueto, y al entrar en su magnifica biblioteca, verdadera maravilla en todos los sentidos, al ver aquellos artísticos estantes que contenían lo mejor que se ha escrito en los pueblos civilizados, confieso ingenuamente que no me postré de hinojos temiendo que se rieran de mí; pero si el alma pudiera tomar alguna postura, indudablemente que la mía se hubiera arrodillado orando fervorosamente en aquel magnifico santuario de la sabiduría humana.

Nunca he olvidado aquel salón en el que todo hablaba; allí se respiraba una atmósfera distinta, y en ninguna de las catedrales que he visto, he sentido aquella religiosidad y admiración que experimenté en la biblioteca de Augusto de Cueto.

Y refiero estos recuerdos de mi pasado, para demostrar que soy amantísima de la lectura; pero como para leer con aprovechamiento se necesita tiempo, y a mí me ha faltado siempre por diversos motivos, he aquí una de las causas por que aprovecho en muchas ocasiones las historias que vienen a contarme unos y otros, y hasta la opinión y el parecer de los seres más humildes y más ignorantes, siguiendo en esto el consejo amistoso que me dio en Madrid el inolvidable escritor Roque Barcia, que, con su gracejo particular, me dijo así:

-Amiga mía, le causaría a usted risa si conociera algunos censores de mis obras; no acostumbro consultar con mis más íntimos amigos, por dos razones muy poderosas: la primera, porque a los unos les ciega el cariño, y la segunda, porque a los otros el gusano de la envidia les roe las entrañas, y el voto de ninguno de ellos es válido para mí.

Durante algún tiempo, observó mi mujer que cuando venía el carbonero, se paraba, al salir, delante de mi despacho y escuchaba con deleite lo que yo leía en voz alta, haciendo él signos de aprobación en los puntos más culminantes de mis escritos. Yo tengo la costumbre de escribir y leer cada párrafo que trazo en el papel.

Una mañana, hice entrar en mi despacho al carbonero, diciéndole:

-Vamos, hombre, dice mi mujer que eres inteligente, y te voy a leer un capítulo de una obra que estoy escribiendo, a ver qué te parece.

El muchacho se sentó muy serio, y se volvió todo oídos para escuchar mi lectura. Cuando concluí le miré, y noté que en su semblante se retrataba el disgusto y la contrariedad.

-¿Qué te parece? ¿No te gusta lo que te he leído?

-No, señor.

-¿Por qué?

-Porque usted se ha quedado muy satisfecho insultando, pero no lo estarán así los insultados. Usted hiere con ese escrito; pero no enseña como en otros muchos que he leído de usted.

Se fue el carbonero, volví a leer el capítulo censurado y rasgué inmediatamente las cuartillas, porque, en realidad, en mi vida había escrito nada peor; las advertencias de aquel ser tan humilde, ya ve usted, mozo de una carbonería, las tuve muchas veces en cuenta: hubiera sido un crítico admirable.

Mas veo que, entregada a mis recuerdos, me aparto algún tanto del objeto principal de este artículo, que es tributar un homenaje de profunda admiración a dos hombres que nunca he visto, que no sé cómo se llamaron, y que, sin embargo, a serme posible, haría un viaje para dejar en su tumba unos ramos de flores.

Hablando hace algunos días con un guardia civil, espíritu muy adelantado, muy estudioso y muy observador, me dijo lo siguiente:

-Amalia, ya que tanto te fijas en las cosas, te contaré un hecho rarísimo, que lo presenció un compañero mío, el cual merece toda mi confianza, y que, además de a él, lo he oído referir a otros varios; pero mi amigo, sobre todo, es para mí la mejor garantía de su autenticidad, porque a formal y a verídico no hay quien le gane.

Hace bastantes años que la provincia de Extremadura se vio invadida por tantos forajidos, que la guardia civil no tenía descanso ni sosiego, siempre en persecución de los salteadores, que robaban, mataban, incendiaban, y eran el terror y el espanto de los pobres labradores, que perdían sus ahorros, sus casas, y hasta la vida. A tanto llegó el descaro y la osadía de los malhechores, que el general que mandaba entonces los tercios de la guardia civil, ordenó que sin formación de causa se fusilara a los bandidos donde se les encontrara, pues sólo arrancando la mala hierba de raíz podrían vivir tranquilas centenares de familias consagradas al trabajo más rudo.

Se obedeció la orden, y en los bosques de aquella pequeña India de España, pagaron con su vida sus muchas fechorías una gran parte de aquellos facinerosos sin corazón.

Una tarde, un pelotón de guardias civiles al mando de un sargento, cogieron a nueve

salteadores, los ataron fuertemente y emprendieron la marcha hasta llegar a un sitio a propósito para despacharlos al otro mundo.

Entre los guardias, había dos individuos que hacía poco se habían incorporado a la fuerza que perseguía sin cuartel a los bandoleros; se enteraron, como los demás, de lo que tenían que hacer con los amigos de lo ajeno, y se callaron, porque el que manda, manda, y no hay más.

El sargento hizo alto en un ventorro, esperando que el sol se pusiera; los presos, bien custodiados, estaban sentados al pie de unos matojos; y los guardias, unos paseaban esperando la orden para marchar, y otros permanecían sentados. Entre éstos estaban los dos individuos que habían llegado últimamente. Nadie estaba contento; porque eso de matar a sangre fría no es ningún plato de gusto; pero como en la milicia el que no obedece paga con su vida, nadie decía una palabra, ni mala ni buena.

Al fin, el sargento dijo: ¡marchen! y los bandidos fueron los primeros en ponerse en pie, rodeados de los guardias, emprendiendo todos el camino; mas a los pocos pasos, dijo el sargento con extrañeza:

-Aquí falta gente. Volvió la cara y vio a dos guardias sentados, a lo lejos, al pie del ribazo. Tanto le extrañó aquella desobediencia, que él mismo retrocedió, y llegando hasta ellos, tocándole bruscamente al uno en el hombro, exclamó: ¿Hasta cuándo durará ese sueño? Al tocarle, el guardia se inclinó sobre su compañero, y los dos cayeron rodando por el suelo como masas inertes. El sargento, a pesar suyo, retrocedió asombrado; aquellos dos hombres ¡estaban muertos...!

Cumplió el jefe de las fuerzas su cometido, y en dos carros fueron conducidos los cadáveres al cementerio del vecino pueblo. A los dos guardias muertos les hicieron la autopsia, y los médicos que los reconocieron, dijeron que no tenían lesión alguna; que eran, por el contrario, dos cuerpos sanos y robustos; que habían muerto de ¡angustia!

Entonces, los otros guardias recordaron, incluso el sargento, el disgusto, la repugnancia, el enojo que habían mostrado al saber que tenían que matar a los malhechores; y conforme vieron que se aproximaba la hora, ¡qué sensación tan dolorosa deberían sentir, qué angustia tan extraordinaria experimentarían aquellos dos espíritus, para separarse de su organismo, fuerte, sano, vigoroso, en el pleno de su juventud! Para romper tales ligaduras, debieron de sentir todos los horrores de la más cruenta agonía, diciendo con la entereza de los mártires: ¡Antes morir que matar!

¡Qué dos espíritus tan elevados! ¡Qué almas tan desprendidas de las miserias terrenales! ¡He ahí dos héroes, dos redentores, que prefirieron morir antes que destruir a sangre fría la vida de los otros! ¡Cuán grato me sería recibir una comunicación de esos espíritus! ¿Quién diría, al verlos con su uniforme, que eran dos espíritus que odiaban los procedimientos de la fuerza? ¿Tomaron por expiación tan enojosa carrera, y no pudieron doblegarse a sus horribles exigencias? ¡Quién sabe...! ¡Hay tanto que estudiar en la eterna vida del espíritu...!

A veces, en el fango, se encuentran perlas; y entre flores perfumadas, reptiles repugnantes que se ocultan entre sus matizadas hojas.

¡Cuántos que pasan por filántropos y por hombres de gran corazón, se encogen de hombros cuando están en la intimidad de la familia, si oyen contar el relato de una desgracia horrible; y en cambio, otros que quieren la nivelación social, cuando ven una de esas escenas dolorosas, se estremecen, y si no tienen qué dar, piden una limosna para socorrer a los que lloran!

¡Qué pocos espíritus viven en su centro! Esto ¿qué nos enseña? Que la vida de aquí es un capítulo de nuestra eterna historia; no puede ser de otra manera, tiene que admitirse la supervivencia del alma.

Mucho me ha hecho pensar la muerte de los dos guardias civiles, que vivieron tan fuera de su centro. ¿Por qué eligieron la carrera de las armas? ¿Por qué estuvieron tan en contacto con los vengadores de oficio de los atropellos?

¡Almas generosas! Yo os admiro y os consagro mi recuerdo, y creo, que al llegar al espacio, mi primera pregunta será: "¿Dónde están aquellos dos espíritus que dijeron en la Tierra: Antes morir que matar?" Y quizá una voz amiga me responda: "¿Ves aquellos dos soles, cuyos rayos no puedes mirar por su refulgencia deslumbrante? Pues es la nube fluídica que envuelve a esos espíritus, cuya luz aún no puedes contemplar sin cegarte con sus vívidos resplandores".

LA MUJER DEL PORVENIR

Hace algunos días visité un colegio de niñas, de esos de gran lujo, con muchas profesoras, maestros de dibujo, de idiomas, de música, de canto, un buen gimnasio y todo lo necesario para una esmerada educación y desarrollar a la vez las fuerzas físicas, ejercicio muy beneficiosa para la generación que nos sigue, endeble, enfermiza, anémica, raquítica, etc.; pues la generalidad de las niñas parecen muñequitas de porcelana, o mejor dicho de alfeñique, delgadillas, paliduchas, para convertirse en la juventud en un manojo de nervios inservibles para la lucha de la vida; pero vamos a mi asunto. Estuve hablando con varias niñas que respondieron como loros y papagayos a mis preguntas; en ninguna de ellas encontré originalidad, ni buen sentido; recitaban, como relación de ciego, fábulas y consejas, sin saber lo que decían; cansada de tanta charla inútil le dije a la buena amiga que me acompañaba:

-Vámonos, Rosa, mi visita me ha sido del todo improductiva.

-¿Por qué?

-Porque ninguna de estas chiquillas dice nada a mi alma. No son éstas, indudablemente, las mujeres que engrandecerán el porvenir de la humanidad. ¿No has observado que en ninguna de ellas hay esa chispa luminosa del genio, de la soberanía de la inteligencia, de los esplendores refulgentes de la razón? No piensan; no discurren; ¡qué espíritus tan atrasados! ¡pobres familias las que se formen a la sombra de estas mujeres de mañana!

-Tienes razón en lo que dices; y veo que no me ciega el cariño cuando, escuchando a mi nieta Fifí, le digo a mi hija: "Esta niña será una gran mujer del porvenir".

-Creo que estás en lo cierto; porque he observado que tu nieta no razona como una niña.

-¡Quiá!... Si a mí me da veinte vueltas y a su madre lo mismo; nunca dice ni hace una cosa sin meditarla detenidamente. A veces le pregunto sobre cualquier asunto, y, por trivial que sea, no contesta en seguida: me mira fijamente, y al fin da una contestación tan categórica, tan acertada, que me deja atónita. Para que juzgues te contaré algo de nuestros diálogos.

Como tú sabes, estamos en la mayor miseria, y tanto su madre como yo le decimos todas las mañanas:

-Fifí, ruega a Dios que no nos abandone la divina Providencia. Tú no puedes todavía trabajar, porque no tienes más que cuatro años, tu madre está enferma y tu abuelita es muy vieja. Ya ves, ¿qué será de nosotras si tú no rezas y no imploras la protección del cielo?

Yo observaba que cada vez que le decíamos a Fifí que rezara, hacía un mohín de disgusto, hasta que una mañana, al decirle su madre lo de costumbre, contestó Fifí resueltamente:

-Pero si Dios ve cómo estamos, si se lo he dicho tantas veces, ¿a qué repetirlo más?,

¿para qué pedir al que todo lo da?

¿No dices tú que Dios ha hecho el sol y las estrellas, y los mares, y los peces, y los pájaros y las flores? Pues bien dará pan al que no tiene, como nos la da a nosotros; que yo veo venir a Margarita que con mucho disimulo te da un papelito con dinero; pues si viene la Providencia, ¿para qué la he de llamar?

Y efectivamente, Margarita es una amiga nuestra que siempre que puede nos presta auxilio, y tiene la delicadeza de no decir nada delante de la niña, y mira tú, ella cómo ha observado que nos deja dinero y dice muy lógicamente: - ¿Si nos dan, a qué pedir?

-Ciertamente que razona con muy bien sentido.

-Es muy enemiga de hablar en vano; diariamente le hago rezar un "Padrenuestro", y ella se ha fijado que no compramos pan todos los días; y una mañana, al decirle yo: "Fifí, reza el "Padrenuestro", me dijo ella: -Hoy, ¿para qué he de decir el "Pan nuestro de cada día dánosle hoy", si estoy viendo encima de la mesa un pan entero?, ¿para qué quieres que pida lo que ya tenemos?"

-He ahí un espíritu enemigo declarado de la rutina y de la añeja costumbre de rezar sin ton ni son.

-Y si vieras ¡qué buen corazón tiene!, ¡cuánto ama a los pobres! Ya tú supondrás que en casa, faltando lo más necesario, no sobrará lo superfluo; pues bien, su mayor placer es dar limosna a los necesitados.

Este verano le regalaron un sombrero de paja y estaba contentísima cuando se lo ponía, se miraba en la sombra, se ponía muy derecha y le decía a su madre: -Siempre que salga quiero que me pongas el sombrero.

Una tarde salió con su madre y vio muchos pobres en la Rambla de Cataluña: unos cojos, otros mancos, ciegos, tullidos, ¡qué sé yo!, y al ver tantos desdichados, exclamó Fifí:

-Mamá, ¿por qué hay tantos pobres?

-Porque el dinero está muy mal repartido y porque muchos ricos no se acuerdan de los que no tienen pan. ¿Ves tantas señoras con sombrero y tantas niñas tan compuestas?, pues si tuvieran mejor corazón no habría tanta miseria en el mundo.

Fifí enmudeció, llegó a su casa, se acostó, y a la mañana siguiente le dijo a su madre con mucha gravedad:

-Mamá, aunque me gusta muchísimo no me pongas más el sombrero, porque yo quiero amar a los pobrecitos que no tienen pan, no quiero ser como esas niñas que tú dices que no se acuerdan de los que sufren.

-¡Cuánto disfruto escuchándote! Tu nieta es una mujer del porvenir, cual yo la sueño, cual yo la presiento, cual yo la quiero; háblame de ella, que aprendo oyéndote; porque me enseña más un niño que un célebre sabio, y aunque un niño precoz es una notabilidad de ayer, como manifiesta sus ideas con tanta naturalidad, sin la sombra más leve de orgullo ni vanidad, acepto sus razones con tanto placer que no me canso nunca de escuchar a un pequeñuelo de inteligencia clara.

-Pues yo te aseguro que con mi nieta tendrías una excelente compañera, porque es capaz de distraer y enseñar, como tú dices, al que presuma y alardee de ser muy entendido. El otro día le dieron una estampa muy bonita, que tiene dos ángeles abrazaditos, y ella, mirando atentamente las figuras, le dijo a su madre:

-¿Por qué tienen estos niños esas cosas salientes en la espalda?

-No sé, esas cosas son alas - y como mi hija no quiere que Fifí se entere en lo más leve de nada que huela a religión, se guarda muy bien de hablarle de ángeles, serafines, querubines y todo el ejército de gente alada que vuela por los cielos católicos; así es que Fifí no tiene la menor idea de los ángeles ni de nada que se le asemeje; mas llamándole la atención el aditamiento de las alas, no hacía más que mirar la estampa con la mayor fijeza, hasta que por fin, volviéndose a su madre le dijo gravemente:

-¿Sabes por qué estos niños tienen alas?

-¿Por qué?

-Porque indudablemente cuando el artista los pintó, estaría pensando en los pájaros; y pensando en ellos pintó estas alas tan preciosas.

Mi tarea sería interminable si te siguiera contando sus ocurrencias; cuando su madre le habla de Dios, le dice:

-Has de querer a Dios sobre todas las cosas, porque Dios es tu padre.

-Entonces, yo he visto a Dios.

-Verle precisamente, no.

-Pues, ¿qué enredos me armas tú? Yo me acuerdo de mi padre, de aquel que me quería tanto, que me enseñaba canciones durmiéndome en sus rodillas, luego se murió, es decir, se fué al espacio y ya no tengo padre; tú dices que Dios es mi padre, ¿pues cuántos padres tengo yo?...

-Dios es el padre de tu alma, y el que está en el espacio es el padre de tu cuerpo.

-¡Ah! Eso es otra cosa; pero yo quiero más al padre que he visto, porque él me quería mucho.

Y sostiene unas polémicas con su madre que me asombran, y creo que si sigue así será una gran mujer ilustrada.

-De su madre depende, y me gusta la marcha que ha emprendido, porque no le enseña ninguna religión positiva y rutinaria. Nada de cielos imaginarios, de infiernos aterradores, de santos ni de legiones seráficas; la virtud como principio constituyente de la moral eterna, la ciencia como el desarrollo natural del entendimiento, y el exacto cumplimiento de todos los deberes en todas las edades y situaciones en que el hombre se encuentra: ¿qué mejor Catecismo?

¡Nada de embrollos teológicos, nada de historias ni tradiciones religiosas!

-No te apures por eso, no; porque aunque mi hija quisiera, Fifí rechazaría todas las mentiras; quiere y busca en todo una consecuencia lógica.

-¡Qué hermosa esperanza para el porvenir! Porque la mujer, que es la que forma la familia, cuando sea verdaderamente racionalista, dará hombres al mundo que valdrán más que todas las celebridades de los siglos pasados. De la mujer depende la regeneración de la raza humana; ni los Redentores, ni los guerrilleros, ni los grandes sabios, ninguno hará un trabajo tan beneficioso como la mujer educada e instruida, sin falsas creencias, inculcando en sus hijos el amor universal y la adoración, el culto reverente a todas las ciencias, a las bellas artes, a las buenas letras y al trabajo, porque éstas son la Biblia Sagrada donde se escribe la historia de las verdades supremas.

El día que Fifí forme mañana una familia numerosa, serán sus hijos los más útiles a la humanidad.

¡Bendita seas, Fifí!; ¡tú llevas en tu mente la semilla preciosa que al florecer mañana, hará de ti la mujer de mis sueños, la mujer del porvenir!

¡AY... LO QUE HE HECHO!

Existe en las afueras de Valencia una pobre familia compuesta del matrimonio y cuatro hijos; tres de éstos tienen imperfecciones físicas que los imposibilitan en absoluto de trabajar; y el padre, de edad algo avanzada, ha de ganar el sustento de todos labrando la tierra; porque el hijo mayor, engatusado por los jesuitas, cuando podía ser útil a su desgraciada familia aligerando con su trabajo y con su ayuda la pesada carga que llevaba su anciano padre; sin conmoverse, sin enternecerle el doloroso cuadro de su

hogar; sin sentir la separación de sus pobres hermanos, condenados a perpetuo sufrimiento por su impotencia física, pues dos están tullidos y el otro es idiota y cojo; sin escuchar las súplicas y lamentaciones de María, su tierna madre, que le quería con delirio; sin causarle compasión el bueno de su padre que trabajaba de continuo, Andrés dijo fríamente que Jesús le llamaba, y salió de su casa sin volver siquiera la cabeza para contemplar por última vez la humilde morada donde dio sus primeros pasos y su madre le enseñó a rezar.

Más de cinco años transcurrieron sin que María olvidara a su hijo Andrés, al ingrato, al mal nacido.

El padre siguió con su trabajo, mudo y sombrío, para dar pan a sus pobres hijos, en tanto que Andrés, subiendo como la espuma, se dedicaba a "convertir infieles". De fácil palabra, de arrebatadora elocuencia, convertido en ferviente misionero, atraía a las ovejas descarriadas predicando por villas y aldeas, siendo el asombro de las gentes.

Como el que bien quiere, tarde olvida y procura, por todos los medios imaginables saber del objeto amado, María no ignoraba los triunfos de su hijo y se los refería a su marido, que se encogía de hombros y ahogaba una maldición. También él quería a su Andrés; también le recordaba continuamente, puesto que era el mayor, el primer niño que le había hecho sentir lo que él no se sabía explicar. Con él había corrido por el campo jugando alegremente como un chiquillo travieso; con él había formado las más risueñas esperanzas. Andrés era la única flor que había embalsamado su hogar, la única sonrisa que había llenado de alegría su corazón; porque sus otros hijos no le habían servido más que de pesadilla, haciéndole gastar cuanto tenía y lo que no tenía también; así es que Andrés lo era todo para él; porque ni su esposa, su fiel María, le proporcionaba el menor goce; consagrada por completo al cuidado de sus pobres hijos, no le quedaba tiempo para alegrar los días de su marido, y Andrés era el único en quien él confiaba, para que le sirviera de apoyo en su vejez; así es que, al perderle, no se despertó en él la horrible pasión del odio, no le maldijo, pero... no le alegraron sus triunfos. El hubiera querido que todos le hubiesen apedreado, para que al fin buscara el refugio de su casa, y entonces él, abriéndole los brazos le hubiera dicho: "Tu padre siempre te quiere". El quería a su hijo sólo para él; la madre era más generosa, ella siempre que sabía que su hijo predicaba en este o en aquel lugar, hubiera corrido afanosa a escuchar su predicación. Su marido, no; éste no quería oírle, pero María era madre y madre amantísima, y, como dice muy bien un escritor:

"Hay un ser en esta tierra de martirio y de expiación de quien no es dado hablar sino con profundo respeto y veneración.

¡Arrodillaos!...

¿Sabéis cuál es su nombre?

¡Madre! ¡Madre! ¿Verdad que nunca habéis oído nombre más dulce?

No; lo sé muy bien. No hay palabras, no puede haber sonido que conmueva tanto al corazón como el de madre...

Es un canto del paraíso, es un himno de los cielos. Quien dice ¡madre! dice amor, ternura, felicidad, recuerdo de besos que humedecieron nuestra frente, sonrisas que enjugaron nuestras lágrimas, sollozos y cantos que mecieron nuestra cuna...

Angel de bendición proscrito del cielo, mensajera del amor en el hogar, ella es la que vela nuestro sueño, la que nos colma de caricias, arrullándonos en sus brazos; la que da aliento a nuestra vida con el dulcísimo bálsamo de sus pechos; la que forma nuestro corazón de hombre, despertándolo al sentimiento; la que alimenta nuestra conciencia con la savia de la verdad; la que llora nuestras penas y goza con nuestras dichas.

Desdichados aquellos que no han siguiera sentido el calor del primer beso de una madre, ni siquiera han dormido en su regazo el primer sueño de la inocencia.

¡Pobres flores, sin las gotas de rocío que las refresca y vivifica, sin el rayo de luz que las colora y engalana, vivirán efímeramente, secas, sin perfume, abandonadas en su

páramo infecundo, a los rigores de la intemperie!

¿Qué criatura humana habrá en la tierra que pueda querer más que una madre?

Hasta hoy no la ha habido y nunca la habrá. Su corazón es una fuente de celestial ternura, su amor el más grande y el más puro de los amores".

Es muy cierto. María, mientras más tiempo pasaba, más deseaba ver a su hijo, más trataba de inquirir dónde se encontraba, cuando una tarde fue a verla una parienta suya muy cercana, diciéndole con el mayor alborozo:

-María, ahora sí que podrás oír a tu hijo; está muy cerca de aquí, el viaje sólo cuesta cuatro pesetas, ya sé que no las tienes disponibles, pero yo te las daré, y malo será que Andrés no te dé el dinero para la vuelta. Vete que yo me quedaré al cuidado de la casa.

María vio el cielo abierto, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, echó a correr a la estación, subió al tren, y durante el camino a ella le pareció que iba en carreta. ¡Qué es una locomotora comparada con el ardiente deseo de una madre!...,

Al fin llegó al punto deseado; se encaminó a la iglesia, preguntó por la casa del cura; llegó a la presencia de éste, y le explicó el objeto de su llegada al pueblo. El cura la hizo sentar, suplicándole que se tranquilizara y se preparara para ver a su hijo.

Andrés no se hizo esperar; pronto llegó con otros compañeros y varios sacerdotes.

María, al verlo se levantó delirante, corrió al encuentro de su hijo, y Andrés se arrojó en sus brazos gritando: "¡Madre!... ¡Madre mía!..." Pero cuando su madre le cubría de besos y de lágrimas, cuando le dirigía esas frases incoherentes que sólo las madres saben pronunciar, Andrés, como si hubiera sentido la mordedura de un reptil venenoso, se separó bruscamente de los brazos de su madre, y pálido, convulso, retrocedió espantado, diciendo con la más profunda amargura: "¡Ay..., lo que he hecho!..." ... ...

María, a pesar de ser madre, al ver la acción de su hijo, se quedó como herida por el rayo, y más aún cuando Andrés dijo:

"Dejadme en paz, afectos de la tierra; ya no tengo padres ni hermanos, yo soy únicamente un siervo humilde de la Compañía de Jesús. ¡Me habéis hecho pecar! ¡Ay..., lo que he hecho!..." Y temblando y acongojado salió Andrés de la estancia mientras su pobre madre no se daba cuenta de lo que le pasaba.

El cura le aconsejó prudentemente que se volviera a Valencia cuanto antes mejor, y María, llorando amargamente, dijo que se iría a pie porque no tenía ni un céntimo. Entonces el cura y algunas señoras, compadecidos de su infortunio, le dieron lo suficiente para el viaje, la acompañaron hasta dejarla dentro del vagón, y María llegó a su casa más muerta que viva; arrojándose en los brazos de su marido y diciendo a su vez: ¡Ay..., lo que he hecho!...

La infeliz, en su amor inmenso, sentía el disgusto que había dado a su hijo; en tanto que su marido, apretando los puños miró al cielo, y de las muchas maldiciones que han caído sobre la Compañía de Jesús, quizá ninguna de ellas iba tan cargada de odio como la de aquel desdichado padre, que, sin pronunciar una sola frase, ¡cuánto dijo con su silencio!

Si por el fruto se conoce el árbol, hay asociaciones religiosas que indudablemente son como el manzanillo, cuya sombra envenena y causa la muerte.

A cuántas y cuán amargas consideraciones se prestan las palabras del joven jesuita.

Romper los únicos lazos que se pueden llamar en la Tierra indisolubles... ¡qué horror!

Una víctima del 93 de Francia, una mujer de gran talento, al marchar a la guillotina dijo con amargura: "¡Oh, libertad... libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!" Y yo digo también: "¡Oh Jesús! ¡Cuántas infamias se cometen a tu sombra! Mas día llegará en que cada uno de esos ilusos jesuitas dirá al verse en el espacio dominado por el remordimiento: ¡Ay..., lo que he hecho!"

TRAS DE LA CRUZ, EL DIABLO

I

Siempre he tenido costumbre de respetar las opiniones religiosas y políticas de todos en general y de cada uno de por sí; pero esto no es un óbice para que ciertas demostraciones de los creyentes me llamen más o menos la atención cuando las hacen en público.

He creído y creo que en todo pueblo civilizado debía existir la libertad de cultos; que junto a la mezquita de los hijos de Alá, debía levantarse la pagoda de los indios; que cerca de la sinagoga de los judíos, debían escalar los cielos las torres de las catedrales católicas; más lejos, en el templo evangélico debían entonar sus salmos los discípulos del reformador Lutero, levantando sus torrecillas todas las iglesias, santuarios y monasterios que necesitan todos los creyentes de las diversas religiones; pero que estos devotos, sólo dentro de sus templos rezaran y cantaran y se santiguaran para librarse de todo mal.

Era yo muy niña, y recuerdo perfectamente que me causaba profundo disgusto ver en las tardes de los domingos a centenares de mujeres cantando el Santo Rosario por las calles más céntricas de Sevilla. Veía yo en aquel acto una verdadera profanación; me parecía que la oración no debía pronunciarse en público, sino en secreto; aun más: yo creía que al elevar el pensamiento a Dios, perdía la plegaria del alma cristiana la mayor parte de esa purísima esencia que emana del sentimiento espiritual, su delicadísimo perfume, si se traducía en frases y éstas las pronunciaba el creyente. Entre Dios y el hombre siempre he creído que no debía haber la comunicación hablada. Si Dios todo lo ve, y lee eternamente en el pensamiento de sus hijos, porque para él no hay nada oculto, no hay antes ni después, no hay ayer ni mañana, no hay más que el presente de su eterna sabiduría, ¿a qué hablar, a qué pedir, a qué gritar pidiendo misericordia, si Dios tiene que ser justo?

Si esto me ocurría cuando era muy niña, por razón natural, conforme he ido adquiriendo más conocimientos filosóficos, más inútiles, más insulsas me han parecido las oraciones que se confunden con los gritos de los muchachos callejeros y otros mil ruidos que hay en las vías públicas de las grandes poblaciones.

Ahora que con el uso del tranvía, cuando se sale va uno siempre acompañado poco menos que en familia, he tenido ocasión de observar la costumbre que tienen muchas personas de santiguarse y rezar una breve oración al sentarse en el coche o al pasar ante algún templo religioso.

Los sacerdotes murmuran algunas palabras, sacan un Breviario y se ponen a leer con la mayor devoción.

Nunca me ha parecido el tranvía ni el tren lugares a propósito para lecturas ni practicas religiosas, puesto que éstas parece que reclaman silencio, sosiego, recogimiento y absoluta soledad; pero, en fin, cada cual lee y medita donde mejor le acomoda; mas lo que no he podido borrar de mi memoria , fue una escena que presencié ha unos meses, en un tranvía del Paseo de Gracia.

Era por la mañana, temprano, y entre los pasajeros que fueron tomando asiento, me llamaron mucho la atención dos señoras de mediana edad y una joven, bellísima por cierto.

Las tres llevaban ricos trajes negros de seda brochada, y elegantes sombreros con grandes lazos; las tres sostenían entre sus manos un libro de misa con tapas de marfil y un rosario de nácar, con gran cruz de oro afiligranado. Las tres al subir se santiguaron, y la joven llevó su devoción hasta el extremo de abrir su libro, leyó una breve oración

besando la cruz de su rosario, mirando después a su familia y cambiando con ella una alegre y maliciosa sonrisa.

Cada cual reza donde se le antoja, pero no sé por qué las manifestaciones religiosas de aquella muchacha bellísima, me hicieron recordar el vulgar adagio: "Tras de la cruz, el diablo".

Al poco rato se paró el tranvía y subió un hombre joven, que por su desgracia era jorobado; su cabeza grande y cuadrada quedaba medio oculta entre las dos enormes corcovas que desfiguraban por completo su pecho y espalda. Pobremente vestido, parecía que iba de viaje, pues llevaba un maletín, una gran cartera pendiente del cuello por medio de una correa, amén de un grueso rollo de papeles y un pequeño lío de ropa envuelto en un pañuelo de hierbas.

Pequeño de estatura, y rechoncho, las piernas correspondían naturalmente a su figura, y eran cortas, muy cortas; y como llevaba las dos manos ocupadas, al quererse sentar, si no es por una buena mujer que le tomó el maletín y el rollo de papeles, se hubiera caído redondo al suelo, mas ella le ayudó a sentarse, quedándose con el maletín, que era lo que más le estorbaba.

El tranvía iba lleno; las plataformas de bote en bote, y nadie se rió del jorobado ni se dio por entendido de los apuros que pasó el pobre hombre para colocarse; sólo la joven devota, la que se santiguó, la que leyó una oración y besó la cruz bendita de su rosario, fue la que descaradamente miró al corcovado, cambió señas de inteligencia con su familia y lanzó una ruidosa carcajada que quiso ahogar tapándose la boca con el libro de misa y haciendo muecas y visajes. Las dos señoras que la acompañaban, una de ellas secundó su risa, mientras la otra, sofocada y violenta, les hacía señas que contuvieran su imprudente hilaridad.

Todos los pasajeros miraron a la joven sorprendidos, mas ninguno la secundó; todos fueron más humanos y más compasivos que la devota que se santiguó al entrar. Al pobre jorobado no le pasó desapercibida la risa burlona de aquella mujer sin corazón; y alargando cuanto pudo la cabeza, la miró de una manera tan significativa, relampagueó en sus ojos el fuego de la ira con tanta violencia, que parecía que las llamas del odio quemaban su semblante. Tanto la miró, tal esfuerzo hizo para enviarle efluvios de su cólera, que la muchacha, a pesar suyo palideció, y a poco rato bajó del tranvía seguida de las dos señoras, cuyo semblante estaba rojo como las amapolas. Fue una escena muda, pero terrible; nadie dijo una palabra, todos respetaron el infortunio y la justa indignación del pobre corcovado, que a toda persona medio sensible tenía que inspirar profunda lástima.

II

¡Qué contraste formaban el libro de misa y el rosario bendito, con su preciosa cruz afiligranada, con la burla y chacota de aquella mujer sin corazón, que se reía de lo que debe inspirar más respeto en este mundo: un desgraciado!

¡Qué cerca de ella iba el genio del mal, (si el mal pudiera tener forma tangible), cuando a pesar del rezo y de haberse persignado, haciendo la señal de la cruz, pudo más la perversión de su alma, y se rió despiadadamente ante la defectuosidad física de un infortunado; en tanto que una pobre mujer del pueblo, cargada con dos chiquillos pequeños, se apresuró a evitar su caída, y después le ayudó a bajar, hablándole afectuosamente, bajando ella primero con el maletín y el rollo de papeles!

¡Cuán cierto es que los que más gritan Señor... Señor... son los que están más lejos de cumplir su ley!

El recuerdo de aquella desventurada no se borra de mi memoria, como tampoco la mirada de odio implacable que sobre ella lanzó el pobre jorobado.

¡Quién sabe las funestas consecuencias que tendrá algún día aquella risa sin piedad, y

aquella exhalación de encono de un alma herida en sus fibras más sensibles!..., que harta desgracia pesa sobre aquel que tiene un defecto físico que atrae las miradas de todos.

¡Pobre religión la que no consigue inculcar en sus adeptos el respeto al infortunio y la compasión al defectuoso!

¡Pobres mujeres que os santiguáis al emprender un pequeño viaje, creyendo que con esto apartáis el peligro de vosotras! No basta gritar ¡Señor!... ¡Señor!...; es necesario rendirle culto con las buenas obras, porque de no hacerlo así, tras de la cruz que formáis con vuestros dedos, está el diablo de vuestra mala intención y de vuestra falta de caridad, que os arroja al hondo abismo de la burla, y hay risas que se convierten en ríos de lágrimas con el transcurso del tiempo, y de los siglos. No siempre el espíritu es dueño de venir a la Tierra con su envoltura perfecta; no siempre la existencia se desliza entre flores y aromas.

La belleza física que se posee un momento, no es un patrimonio eterno; el organismo humano es de frágil arcilla; un paso mal dado, un leve resbalón destruye a veces los atractivos del cuerpo más gallardo y más gentil. Sobre el cutis más delicado extiende la lepra sus manchas y sus pústulas. Sobre los ojos más hermosos caen las nubes de las cataratas, la belleza física se destruye más fácilmente que un vaso de cristal en manos de un pequeñuelo.

¡Pobre mujer que te reíste del jorobado! ¡Quién sabe de qué modo volverás a la Tierra!

DOS ALMAS VESTIDAS DE LUZ

Los que alardean de sentir por la humanidad el más noble y desinteresado de los amores, los que predican por calles y plazas los mandamientos de la ley de Dios, cuando se los ve muy de cerca, cuando se los trata con alguna intimidad, semejantes a los castillos de naipes que con un solo soplo se deshacen, o a las burbujas de jabón que mientras más grandes se forman más pronto se rompe su cristal de espuma, así muchos predicadores, muchos apóstoles de nuevas y regeneradoras ideas quedan convertidos en entes hipócritas, en sepulcros blanqueados, en fariseos, o sea, rezadores de plazuela, no quedando de sus decantadas virtudes más que la triste y desconsoladora realidad de sus muchos defectos; y esto acontece en todas las clases sociales; y a semejanza de Diógenes que iba con una linterna por las plazas de Atenas a la luz del sol del mediodía, buscando un hombre, así el espíritu fatigado se deja caer, diciendo: - ¡Cuánta sombra! Los rayos del sol, con ser tan potentes, no pueden iluminar los antros tenebrosos de tantas conciencias aletargadas en el sueño del crimen.

Por mi parte, confieso ingenuamente que no me canso de buscar almas buenas, no puedo convencerme de que sea la Tierra un criadero de víboras, pues creo que si así fuera, les sería imposible resistir la mala influencia de tantos espíritus perversos a las almas que, deseosas de progresar, no hayan cometido grandes desaciertos hace algunos siglos.

Yo creo que así como se buscan las minas de oro y de diamantes en las entrañas de la tierra, y las perlas y los corales en el fondo del mar, de igual manera, para encontrar las virtudes, no debe uno contentarse con las que aparecen en la superficie social; se debe ir más lejos, no ascendiendo a las alturas de los palacios y de las clases privilegiadas, porque los que viven hartos, si de lo que les sobra dan algunas migajas, no es ningún sacrificio, no es ningún hecho heroico que merezca grabarse en mármoles y en bronces.

En cambio, el pobre que carece de lo más necesario, de lo más indispensable, si se acuerda de los que no tienen pan y se apresura a partir con un desventurado su escasa ración, éste es digno de alabanza, éste se puede decir que cumple estrictamente con las leyes humanas y divinas.

Yo que en esta existencia rindo culto al progreso; yo que sueño con una humanidad regenerada, busco sin descanso a los seres virtuosos para seguir su ejemplo; y si no tengo su fuerza de voluntad, ni su generoso desprendimiento, me apresuro en cambio a relatar los hechos más culminantes de su ignorada historia, para que otras almas se impresionen y sigan por el mismo camino de aquellos héroes ocultos, porque hay almas muy buenas, buenísimas; pero que, semejantes a las violetas, que se ocultan humildemente entre las hojas, así pasan completamente desapercibidas en su modestísima posición social.

Conozco dos mujeres del pueblo a las que conceptúo dos almas vestidas de luz; las dos viven en la mayor miseria; las dos llevan la cruz de su expiación con la resignación del mártir; tienen hijos que reclaman sus caricias, y sin embargo de estar desarrollado en ellas el purísimo sentimiento de la maternidad de un modo admirable, las dos han dicho: - Sean nuestros hijos todos los que lloran - y con una abnegación sin limites, con una constancia a toda prueba, ¡cuánto bien han hecho estas dos mujeres a los desvalidos!

Las dos acuden a los hospitales, las dos visitan a los niños y a otros enfermos, pero a los pequeñitos con preferencia. Las dos piden ropa para el desnudo y pan para el hambriento, las dos demandan auxilio para los desheredados; y lo hacen con tan noble afán y con tanto anhelo, que no hay quien resista a sus súplicas.

Ultimamente hablé con una de ellas y ¡cuánto aprendí escuchándola!... ¡Qué lección me dio! Se hablaba de la propaganda espiritista, y me dijo ella muy seriamente:

-Créame usted, el Espiritismo no está tan extendido como debiera, porque no hay espiritistas; no señora, no los hay. No le negaré que hay muchos que escriben, y escriben cosas muy buenas, de mucha instrucción, de gran enseñanza, pero a la palabra escrita hay que unir la acción. Yo que soy una ignorante, que para comprender lo que leo, he de leer un párrafo cien veces, cuando voy al Hospital y a la Cárcel, los enfermos de ambas partes, porque (para mí) un criminal es un enfermo como el que tiene tifus o las viruelas, y en peores condiciones todavía; porque de los males del cuerpo se suele ver uno libre de ellos, pero los del alma, ni en el campo santo se dejan; porque allí sólo queda un montón de huesos, y el espíritu se encuentra con todos sus vicios al llegar al espacio si no ha podido o no ha querido desprenderse de ellos. Pues bien, cuando yo voy a la Cárcel o al Hospital, ¡si viera usted, con qué alegría me reciben aquellos infelices!... Y no será porque les lleve muchas cosas, pues ya sabe usted que a pobre no hay quien me gane; pero a los unos y a los otros les hablo del Espiritismo, les cuento las comunicaciones que escucho en el Centro espiritista, les digo según mis alcances lo que deben hacer para aligerar la carga de su expiación; y, ¡si viera usted qué contentos se ponen!... No quieren que les deje; siempre les parece que llego tarde y que me voy pronto. ¡Qué mirada la de aquellos desgraciados!... Yo creo que los enfermos y los presos miran de otra manera. ¡Dicen tanto con sus ojos!... Pues hágase usted cargo, si yo que soy una infeliz, que no tengo sobre qué caerme, que no les puedo llevar nada que valga una peseta, que no tengo instrucción ninguna, que no poseo el don de la elocuencia, les consuelo con mis visitas y les doy ánimo con mis palabras, ¿qué no harían los espiritistas que tienen bienes de fortuna y que poseen profundos conocimientos? Pues harían, créalo usted, una verdadera revolución social. No le quede la menor duda; si los espiritistas quisieran, ¡cuánto bien harían a los desgraciados! Señora, si lo hago yo, que soy la última palabra del credo; pero yo digo: Si hablando y pidiendo puedo vestir a un desnudo y dar de comer a un hambriento, hablaré a tiempo, y fuera de tiempo, como decía San Pablo; la cuestión es servir de algo, y no irme al espacio lo mismo que he venido.

¡A cuántas consideraciones se prestan los argumentos de que hace uso esta mujer del pueblo!

¡Cuánta razón tiene! En los antros del dolor es donde los espiritistas debíamos ir a predicar la buena nueva; allí donde todo es sombra es donde debe brillar el sol esplendoroso de la verdad suprema; pero... ¡escasean tanto en la Tierra las almas vestidas de luz!

No es una penitenciaría la mansión predilecta de los justos; mas de nosotros depende sanear estos pantanos insalubres, abonar la tierra endurecida, abrir nuevos caminos cortando las malezas espinosas; tenemos a nuestra disposición tiempo sin fin, inteligencia perfectible en vías de completo desarrollo, y pruebas innegables de la vida de ultratumba.

Yo, por mi parte, haré cuanto me sea posible por seguir las huellas de dos mujeres del pueblo, que me han enseñado a sentir y a compadecer; siempre que las veo no aparecen a mis ojos con su humilde traje, no; sus virtudes las transfiguran; y cuando se alejan parece que van envueltas en flotantes túnicas de impalpable tul, el cual tiene todos los bellísimos colores del arco iris, y cuando desaparecen, cuando sólo queda de ellas un vago resplandor, escucho una voz que murmura dulcemente en mis oídos:

- ¡Benditas sean las almas vestidas de luz!

AMOR DESPUES DE LA MUERTE

Recuerdo que dijo un poeta:

"Mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!"

Y yo creo que debe decirse:

Mientras existan almas que se amen,
¡habrá poesía!

Porque el amor, semejante al sol y al viento, lo mismo penetra en el regio alcázar que en la humilde choza, su influencia la sienten todos los habitantes de la Tierra, aun en medio de las mayores torturas, y de esto me acabó de convencer y persuadir la conversación que tuve con una pobre mujer de la cual me he ocupado en varios artículos, porque su triste historia da suficiente para escribir muchos tomos en folio.

Juana vino a contarme sus cuitas hace algunos días y yo le dije:

-Parece hasta imposible que puedas sufrir tanto, porque cada día trae un nuevo dolor.

-Ya lo puede usted decir; gracias que él me sostiene con sus palabras, con sus consejos. ¡Ay, si no fuera por él!, ¿dónde estaría yo?

-Y, ¿quién es él?

-¡Toma! Pues mi marido.

-¡Tu marido!... ¿Pues, no se suicidó?

-Sí, señora, que se ahorcó; pero... no se ría usted de lo que voy a contarle, porque es tan cierto y tan verdad, como lo es que usted y yo estamos hablando aquí.

-No temas que me burle.

-Así lo creo; pues, verá usted: él y yo nos casamos enamoradísimos, nos queríamos con delirio; él no podía estar sin mí, ni yo sin él; jamás tuvimos una riña: si había un pan él lo partía y me daba la mayor parte, diciendo:

-Come, come, que yo soy más fuerte que tú, y no necesito tanto alimento. Tengo más resistencia física.

Nuestros seis hijos eran su encanto, pero yo sobre todo, para él, era la más hermosa de todas las mujeres. Cuando me apuraba porque él no tenía trabajo, siempre me decía:

-Mujer, ten paciencia, hazte cargo que la desgracia es como una tormenta: se pone el cielo muy negro, llueve, relampaguea, truena, caen rayos, y luego sale el sol y todo recobra nueva vida. Pues lo mismo nos sucede a los pobres, viene una temporada sin trabajo, se empeña lo poco que hay, se vende lo que estorba, se ayuna aunque no se esté en cuaresma; pero si un matrimonio se quiere, el amor que los une es el sol que puede más que todas las nubes del infortunio, y salen adelante venciendo a la desgracia.

Mira, Juana, me decía muy serio; yo te quiero tanto, tantísimo, que si me muero antes que tú, aunque me vaya al cielo, como yo no pueda verte desde allí, no estaré tranquilo y ¡ay de ti si te casaras!, porque yo te juro que no quedarías viva la segunda noche de novios; yo te amaré después de muerto lo mismo que ahora, tenlo por seguro.

Y he de advertir a usted que mi marido ni era espiritista, ni creía que hubiera nada después de muerto, y se reía de los milagros, de las apariciones, y de todo lo sobrenatural; él decía: "el pan es pan y el vino es vino, dejarse de cuentos"; y al mismo tiempo, siempre que se hablaba de la muerte, me decía:

-Acuérdate, Juana, que yo no te dejaré nunca y que me verás siempre para que no puedas querer a nadie más que a mí.

Yo me reía, porque la verdad es que nunca he creído que se pudiera ver a los muertos, y como mis convicciones religiosas eran muy arraigadas, fuera de ellas no he buscado nunca saber más de lo que buenamente sabía.

Cuando menos lo esperaba, cuando más aliento y esperanza me daba mi marido para sobrellevar las muchas penas y escaseces que nos rodeaban, por la falta de trabajo, se levantó una madrugada, como usted sabe, me arropó muy bien, y diciéndome:

-Duerme, que hace mucho frío, se fue al taller y allí se mató sin hacer el menor ruido. Ya usted sabe cómo yo me quedé, no solamente por haberle perdido sino que no volvía de mi asombro recordando sus constantes consejos de que tuviera resignación y no perdiera la esperanza, que tras de un día nublado brillaba el sol.

Pasó mucho tiempo sin que yo supiera darme cuenta de lo que sentía, pero la muerte de uno de mis hijos, la separación, aunque momentánea de mi hija más pequeña que, como usted sabe, la puse en la Casa de Caridad y la saqué a los pocos días, la ingratitud de mi hijo mayor que me ha abandonado por completo, la continua zozobra que me atormenta sin dejarme un minuto de tranquilidad pensando en el casero, que de todas partes me arrojan porque no tengo dinero para pagar más que el primer mes, los accidentes que me dan cada lunes y cada martes, que no me dejan ni un hueso sano, todo este cúmulo de angustiosas penalidades, me han hecho pensar y decir: "Mi marido era muy bueno; era el hombre más honrado que había bajo la capa del cielo; si él, con toda su bondad, cuando no pudo resistir más se mato, yo que estoy muy lejos de ser tan buena como era él, bien me puedo matar sin tener el menor remordimiento; a mis hijos no les saco de ningún apuro, les queda Dios que mirará por ellos; yo no puedo resistir más; las deudas me agobian, no tengo más que mi vida, pagaré con mi muerte a tantos acreedores que viva me llenarán de improperios, y muerta quizá me encomienden a Dios".

Y persuadida que no podía hacer otra cosa mejor que matarme, una noche, sabiendo que al día siguiente me pondrían en medio de la calle los pocos trastos que tengo, decidí acabar de una vez; esperé a que mis hijos estuvieran bien dormidos en el primer sueño.

¡Qué noche! ¡Oh cielos, qué noche! Porque la niña más pequeña, abrazada a mi

cuello, me miraba fijamente y me decía: !¡Duérmete, mamá, duérmete! Mientras tú no te duermas, yo no me dormiré", y me cerraba los ojos la pobrecita, arrullándome como si yo fuera un niño chiquito y ella la madre amorosa. AL fin se durmió y me desprendí de sus bracitos. Contemplé a mis hijos, los besé mil veces con el pensamiento para que no se despertaran, y descalza para no hacer ruido, me dirigí al balcón que de intento había dejado entreabierto, y cuando me disponía a tirarme a la calle, sentí que me tocaban en el hombro, volví la cabeza espantada pensando que era mi hijo y me encontré que era la sombra de mi marido, con su traje gris de los días de fiesta; era él, que cogiéndome del brazo me hizo retroceder diciéndome:

-¡Infeliz! ¿Y nuestros hijos? No tomes ejemplo de mí. ¡Fui un criminal!... ¡Y mi remordimiento es tan grande como mi culpa!

Yo me quedé que no sabía lo que me pasaba; pero no dudaba de que mi marido estaba allí; era su voz, sentía el calor de su aliento; di algunos pasos y abracé a mi pobre hija que se despertó con mis besos lanzando gritos, no sé si de espanto o alegría, y vi a mi marido que se alejaba, sintiendo sus sollozos.

Me quedé tan rendida que caí en un letargo del que me desperté a la mañana siguiente, gracias a mi hija que a fuerza de besos y abrazos me volvió a la vida real.

Me pareció al levantarme que había nacido de nuevo; mi cuerpo lo tenía más ligero, y, a pesar de tener las mismas penas, me encontré más fuerte, más animosa; recordé lo que tantas veces me había dicho mi marido, que no me dejaría nunca, y cuando llego la noche dije:

"¡Espíritus! Si no fue una alucinación, que yo vea otra vez al padre de mis hijos, que oiga su voz". Y se volvió a presentar la sombra de mi esposo, diciéndome:

"Siempre estoy a tu lado; mi castigo es ver tu infortunio, tu sufrimiento; no pretendas morir, que no se muere; llámame, mi amor me une a ti y jamás nos separaremos. ¡Jamás!"

Desde entonces muchas veces he visto a mi marido que se inclina para decirme muy quedito:

"¡Siempre estoy contigo!"

Yo, esto que le digo a usted, no se lo he dicho a nadie para que no se rían; pero yo sé que usted es espiritista y no le extrañará lo que me ha sucedido.

Ni mis penas, ni mi falta de tiempo, ni mi modo de ser, me inclinan a meterme en averiguaciones ni en estudios de muertos ni vivos; pero le puedo asegurar que he visto y veo a mi esposo con mucha frecuencia, y para cercionarme de si no me engañaba a mí misma, dije una noche:

-¿Espíritus! ¿Si esto es verdad, mi madre que tanto me quería, por qué no viene a consolar mis penas?

Aquella noche no vino nadie, y cuando menos lo esperaba, estando una madrugada llorando mis angustias, vi de pronto una claridad que parecía como si estuviera amaneciendo, claridad que fue aumentando, llenando mi habitación de una niebla en la que parecía que nadaban chispas de fuego; se formó una nubecita muy blanca, después se rasgó aquella nube y vi la cabeza de mi madre que estaba rodeada de un vivo resplandor, y desde entonces no me queda la menor duda que los muertos velan por los vivos.

¡Mi marido me ha cumplido su palabra; su amor no me ha faltado ni después de la muerte!

¡Cuánto gocé escuchando la narración de Juana! Y gocé, porque en su relato encontraba la verdad. No es una imaginación soñadora, no es una mujer que apele a la ficción ni a la mentira para conmover ni interesar a nadie, es sencillamente una mártir de la miseria, que no ha tenido en este mundo más gloria que ser amada.

En medio de su actual abandono, enferma, cadavérica, al hablar del amor de su marido, aun sus ojos enrojecidos por el llanto se animaron y un relámpago de placer los

iluminó; aun sus mejillas pálidas se colorearon suavemente, aun sus labios blanquecinos y secos se enrojecieron como si recibieran la impresión de un beso de amor, y la más dulce sonrisa dio a su semblante un tinte de felicidad. Yo la contemplé ávidamente sin perder el más leve detalle de aquella prodigiosa transfiguración, y cuando le dije adiós, murmuré al verla alejarse:

Mientras existan dos almas que se amen,
¡habrá poesía!

¡CUANTA PEQUEÑA!

Hace algunos días que leyendo un artículo con la admiración que siempre me inspiran los escritos de Castelar, me detuve asombrada ante unas cuantas líneas, pareciéndome imposible que el gran tribuno las hubiese transcrito.

Refiriéndose al goce inmenso que debió experimentar Colón en su segundo viaje al Nuevo Mundo, y las penalidades que tuvo que sufrir por las naturales consecuencias de todas las obras humanas, pues por regla general se concibe con placer y se pare con dolor, así mismo debió suceder a Colón: tras del "período gozosísimo del descubrir, semejante a los primeros versículos del Génesis, donde surgen la virgen luz y el inmaculado paraíso, un período aunque subsiguiente por el tiempo contradictorio por necesidad, el período de administrar y gobernar y combatir, el período de las conquistas y apropiación, por fuerza lógica irremisible había éste de parecerse al segundo capítulo del Génesis, en que surge la culpa, y Dios mismo, cuya vista se complaciera contemplando la creación recién nacida en el espacio celestial, se arrepiente, cuando el pecado la obscurece, de haberla hecho, hasta concluir por aborrecerla y maldecirla".

Y yo pregunto:

¿Dios puede arrepentirse de su obra?

¿Dios, al ver que el pecado la obscurece, concluye por aborrecerla y maldecirla?

Y esta afirmación monstruosa, groseramente materialista, la aplica Castelar al goce y al dolor que Colón debió sentir con el descubrimiento maravilloso del segundo paraíso y las penas infernales que la ingratitud le proporcionó después.

Pero, ¿merecen acaso los primeros versículos del Génesis que se tomen en cuenta semejantes aberraciones?

¿Qué Dios es ese que puede arrepentirse de su obra, hasta aborrecerla y maldecirla?

La escuela atea no podrá tener en sus fundamentos mayores absurdos, ni principios más erróneos que los que sustenta el Génesis; pero lo que a mí me sorprende y me asombra, es que haya hombres sabios que mencionen semejantes atrocidades.

Si así tratan a Dios los primeros escritores de la escuela religiosa, prefiero mil veces la escuela materialista, los ateos, los escépticos, los que todo lo niegan, antes que creer en un Dios que aborrece y maldice su obra.

Vengo observando desde hace mucho tiempo, que todos los escritores que se ocupan de Dios, rivalizan en usar un lenguaje impropio, vulgar, falto de lógica; y no se sabe dónde hay más pequeñez, si en la forma de la frase, o en el fondo de la idea.

Desde muy niña, cuando he leído referente a Dios, me ha hecho sonreír, compadeciendo a aquellos espíritus que tienen ojos y oídos y no ven ni oyen.

Cuando entraba en los templos, éstos me parecían cavernas; sentía miedo, horror; me encontraba mal, muy mal, y mientras más suntuosas eran las funciones eclesiásticas,

cuantos más servidores del Señor se prosternaban ante los altares con sus luengas capas y sus mitras, más deseo tenía de correr al campo, de internarme en los bosques, de buscar los riachuelos, en cuyos bordes encontraba florecillas de vivísimos colores y plantas aromáticas, y en las copas de los árboles bandadas de avecillas entonando el himno más hermoso, el canto más conmovedor que puede escuchar el hombre en este mundo. Y allí, allí sí que yo encontraba a Dios; allí sentía su aliento acariciar mi frente; allí resonaba su voz en mi oído; allí sentía el contacto de su diestra que me guiaba en aquel paraíso; metafóricamente hablando, allí todo me hablaba de El, desde la hormiga hasta el águila, desde la escondida fuentecilla, hasta el sol, que difundía con su luz el calor y la vida. Cuantos monumentos han levantado los hombres, por grandes, por anchurosos, por elevadas que hayan sido sus cúpulas, por bellezas artísticas que hayan contenido sus altares, sus arcos, sus columnas, su reja del coro, sus ventanales con cristalerías de colores, sus órganos llenando el espacio de dulcísimas armonías, todo me ha perecido más pequeño que las fortalezas que levantan los niños a la orilla de los mares, amontonando conchitas y piedrecitas y amasándolas con arena; frágil construcción que se deshace cuando las olas, impulsadas por la marea, extienden su manto de espuma sobre la playa. Pues ese mismo efecto me hacen a mí los templos de la Tierra, desde la Basílica de San Pedro, hasta la humilde torrecilla de la ermita escondida entre montañas.

Yo siento a Dios en mi cerebro; yo reconozco algo superior a mi inteligencia, sé que tengo que aprender durante la eternidad, miro los mundos que me envían sus resplandores desde distancias no medidas aún por los matemáticos, y exclamo: "Esos puntos luminosos son otros tantos templos donde las humanidades deberán adorar a Dios". El modo de adorarle no lo ha encontrado aún mi pensamiento, pues no hallo forma que me satisfaga, ni que interprete fielmente lo que debe sentir el espíritu. Para mí, todas las humanidades que han habitado la Tierra han sido multitudes de ciegos o de espíritus enfermos que no han vislumbrado, que no han presentido, que no han adivinado, ni remotamente, lo que es Dios en su naturaleza, lo que es su esencia y su eterno ser, y locos dignos de compasión todos los fundadores de las escuelas religiosas: ¡qué modo de delirar!... ¡qué Códigos sagrados!... ¡qué imagen presentan de Dios tan raquítica! ¡tan inadmisible! ¡tan fuera de lógica!...

Por eso los hombres más grandes, los pensadores más renombrados, los sabios más profundos, al llegar al escollo religioso, todos caen al fondo de la sima; no hay ninguno que se salve de la caída del ridículo.

Por eso las escuelas científicas se han engrandecido; por eso Darwin, con su evolución eterna, ha encontrado tantos adeptos. Yo soy darwinista a mi modo; yo acepto el progreso de mi espíritu desde el fondo del átomo, pasando por todas las transformaciones hasta adquirir lo que hoy poseo: memoria, entendimiento y voluntad.

Dice la ciencia, y lo creo, que hay una distancia inconmensurable, distancia que aun no ha podido medir la vista humana, desde el cuadrúmano hasta el hombre. Yo hoy no puedo medirla; mi inteligencia no puede penetrar en la noche de los siglos que habrá necesitado el espíritu para adquirir su individualidad, para sentir, para querer, para soñar, para subir a la altura en que hoy se encuentra.

Yo creo en Dios, pero no en los paraísos ganados con dinero, ni en los infiernos con sus penas eternas; no en la primera pareja humana, sino en la evolución incesante de algo que no tiene nombre apropiado en nuestro lenguaje, durante su trabajo de transformación hasta llegar a construirse un aparato que se llama cuerpo humano en este mundo, con el cual el espíritu realiza trabajos asombrosos, haciéndose dueño paulatinamente de su patrimonio, que es inmenso, porque tiene el infinito para progresar.

El Dios de la ciencia no le podemos comprender todavía los habitantes de la Tierra, tan es su grandeza; en cambio, el Dios de las religiones con sus libros sagrados, con sus

Códigos, con sus cielos y su primera culpa, con el arrepentimiento de su obra, concluyendo por aborrecerla y maldecirla, inspira al espíritu pensador profunda compasión, no amor inmenso, y hay que decir leyendo los primeros versículos del Génesis: ¡Cuánta pequeñez!

¡MAÑANA!

He aquí una palabra que se pronuncia con alborozo, con admiración, con tristeza, con dulce esperanza del creyente, y con todos los tonos que tiene la voz humana para expresar lo que siente el alma.

Los labriegos, los navegantes, los sabios naturalistas, todos aquellos que con la luz del día emprenden importantes trabajos, saludan alborozados los arreboles de la aurora diciendo: "¡Qué mañana tan hermosa!"

Los desheredados, los mártires de la Tierra, los que comen hoy y nada les queda para el día siguiente, dicen con amargura: "Hoy he comido; pero mañana... ¡quién sabe!"

Los místicos, los que viven fuera de este mundo soñando con cielos y bienaventuranzas eternas, dicen: "La vida de aquí es un soplo; la vida de mañana es la que hay que asegurar con buenas obras, o sean actos de verdadera contrición".

Los indolentes, los perezosos, los que dudan y vacilan en tomar una resolución, murmuran: "Mañana será otro día; lo que es hoy no estoy para resolver nada, esperemos a mañana". Y... ¡cuántas buenas obras dejan de hacerse por dejar para mañana lo que debíamos de hacer hoy, trayendo a veces fatales consecuencias para el que debía ser favorecido y el que había de representar el sagrado papel de protector!

Estas consideraciones me recuerdan una conversación que tuve hace algunos días con un médico espiritista que acaba de dar la vuelta al mundo para estudiar la mejor manera de curar la locura, y contándome uno de sus ensayos, me dijo lo siguiente:

-Me hablaron que en uno de los cementerios de una gran ciudad se pasaba una gran parte del día una señora que tenía perturbadas sus facultades mentales, pero que era una loca completamente inofensiva, y su familia no quería someterla a ningún tratamiento, temiendo empeorarla, esperando que el tiempo, más sabio que los hombres, obraría en la enferma un cambio favorable. Con estos antecedentes, me fui al cementerio indicado una mañana, y en el lugar destinado a la fosa común encontré a una mujer de mediana edad, vestida con elegante sencillez. En su diestra llevaba una sombrilla blanca, cerrada, que le servía de bastón; daba algunos pasos y se detenía, comenzando a escarbar con la contera de la sombrilla la tierra removida, murmurando algunas frases, que al pronto no comprendí; la seguía a respetuosa distancia un lacayo con librea blanca, que tenía sumo cuidado que la señora no le viera al dar la vuelta. Yo, por el contrario, me puse en mitad de su camino y le saludé cortésmente; ella me miró y correspondió a mi saludo; me puse a su lado con ánimo de pasear juntos; mas ella se detuvo y comenzó a escarbar de nuevo, haciendo yo lo mismo con mi bastón; al ver la pobre loca lo que yo hacía, se acercó a mí con el mayor cariño, diciéndome con voz dulcísima:

-¿Tú también llegaste tarde?

-¿Sí, también.

-¡Cuánto se sufre!... ¿Verdad?

-No hay contrariedad que le iguale.

-Tienes razón; yo desde aquel día ni duermo ni sosiego - y la pobre loca se llevó la mano izquierda a la frente, como si quisiera contener el turbión de sus pensamientos.

-Cuéntame por qué llegaste tarde al punto que deseabas - le dije mirándola fijamente, tratando de dominarla con la fuerza de mi voluntad.

-Ya verás: Julia estaba en el Hospital; era una pobre joven que vivía frente a mi casa, y que sin tratarla, la quería; me pasaba horas y horas viéndola coser a la máquina (pues se mantenía de su trabajo). Un día me acerqué al balcón de mi gabinete y no la vi detrás de los cristales de su ventana; miré por la tarde, a la mañana siguiente, unos cuantos días más, hasta que se me ocurrió mandar a preguntar por ella, y entonces me dijeron que estaba en el Hospital. "¡Pobre Julia!, exclamé con tristeza; iré a verla; desde que no la veo junto a su ventana, parece que en mi gabinete falta algo; mañana iré a verla".

Al día siguiente amaneció nublado, tanto, que a pesar de ir siempre en coche, tuve pereza de salir de casa; pasaron algunos días más, todos nublados y lluviosos, y mirando a la ventana de Julia, siempre repetía lo mismo: mañana iré a verla.

AL fin llegó el día deseado; fui al Hospital, y al preguntar por Julia, me dijeron: -Ya está enterrada. -Dejadme ver la cama donde murió-. Me acompañaron hasta el lugar donde la joven había exhalado el último suspiro, y su lecho no estaba vacío; Julia estaba en él, envuelta en su sudario blanco y sus manos cruzadas atadas con una blanca cinta, con los ojos abiertos, como si me estuviera diciendo: -"Te esperaba!" - Caí de rodillas pidiéndole perdón por mi tardanza, me rodearon las enfermeras, me hicieron levantar, y yo les dije: -Dejadme, que Julia está ahí esperándome: la veo tan perfectamente como os veo a vosotras.

-¡Está loca!... ¡Está loca!..., dijeron algunas voces; y que quise, que no quise, me condujeron a mi carruaje, acompañada de dos médicos. Yo jurando y perjurando que había visto a Julia, y los médicos diciendo que yo veía visiones, que Julia estaba enterrada y mal podía estar de cuerpo presente.

Estuve algunos días enferma, y en cuanto pude, me vine al cementerio y removí la tierra para ver si la encontraba; ¡inutil tarea! La busco y no la encuentro, y hasta que la encuentre no he de parar. Yo la reconoceré entre mil.

-Pues yo te llevaré donde la podrás ver sin necesidad de pasarte los días en el cementerio.

-¿De veras?

-Lo que oyes; ahora vamos a tu casa.

Salimos del cementerio; me puse en relación con el lacayo, diciéndole mi profesión, y subí al coche con la enferma; llegamos a su casa y hablé con sus hermanas (personas muy finas), a las que les dije lisa y llanamente que yo me comprometía a curar a su hermana, que nada quería por mi trabajo, únicamente que me dejasen estudiar su enfermedad, asegurándoles que no le haría tomar ninguna medicina. La familia (tuve suerte), aceptó mis proposiciones, les caí en gracia (como se suele decir), y al día siguiente fui con la enferma y una de sus hermanas al Hospital donde murió Julia. Pedí que nos llevasen a la sala, y ante le lecho donde expiró aquella; la cama en cuestión estaba vacía, pero la pobre loca, al llegar, dio un grito de inmensa alegría, diciendo:

-¡Gracias al cielo que te encuentro!...

Y cayó de rodillas derramando abundantes lágrimas.

Hice que se alejaran, y yo solo me quedé junto a ella, que decía sollozando: -Perdóname, Julia; tú vivías en mi memoria; yo sentía tus penas, y siempre me decía al acostarme: "Mañana iré a verla, ¡mañana!" ¡Ay!... ¡Qué tarde vine! ¡Cómo te encuentro... muerta! ¿Pero cómo estando muerta estas aquí y tienes los ojos abiertos? ¿Esperas quizás que yo te los cierre?

Y levantándose, hizo el ademán de cerrarlos, y luego los besó, diciéndome con la mayor sencillez:

-Ya podía yo buscarla en el cementerio y estaba aquí. ¡Pobre Julia! Esperaba que yo viniese a cerrarle los ojos. Como por encanto ha desaparecido. Ya no está aquí.

Más de seis meses me detuve en aquella ciudad, hasta dejar curada completamente a

la que todos creían loca, que en realidad lo que trastornó a la pobre señora fue la ignorancia de cuantos la rodeaban. Aquella señora era "médium" vidente; desde niña había visto lo que no veían los demás; pero nadie de su familia se preocupó nunca de lo que ella veía; le llamaban romántica y soñadora; de organismo endeble, de constitución enfermiza, muy sensible, muy impresionable, todos los suyos la consideraban como un ser excepcional; la querían muchísimo, la mimaban a porfía, y la "médium" seguía viendo sin utilidad ninguna, ni para ella, porque no se lo explicaba satisfactoriamente; ni para los demás, porque creían que eran delirios de su imaginación calenturienta.

Cuando murió Julia, su espíritu indudablemente no se apartó de su lecho mortuorio, y la médium vidente la vio al llegar, lo que nada tenía de extraordinario, sino que era la cosa más sencilla y más natural para los que estuvieran al tanto de los fenómenos espiritistas; pero desconociendo la supervivencia del alma y lo turbado que se queda el espíritu según el lugar y las condiciones en que deja su envoltura, dio lugar a una serie de escenas dolorosísimas entre la "médium" vidente (que llegó a enfermar de veras) y su familia y cuantos médicos la visitaron.

Gracias a que sus deudos la querían muchísimo y que su locura era inofensiva, resultado de todo este cúmulo de circunstancias que se libró de ir a un manicomio, y yo pude arrancar una víctima de las garras de la ignorancia.

Hoy la "médium" vidente y su familia todos son espiritistas convencidos; ya ve usted, amiga mía, qué malas consecuencias suele traer la costumbre arraigada de la mayoría de los hombres de decir ante la ejecución de una buena obra; "Lo haré mañana".

¡A cuántas consideraciones se presta el relato del médico espiritista! Dichoso él que se ha propuesto curar la locura motivada (muchas veces) por el desconocimiento absoluto de las leyes naturales que no otra cosa son los llamados fenómenos espiritistas.

No guardemos para mañana estudiar las verdades que encierra en sus científicas enseñanzas el Espiritismo.

¡POR MIEDO!

A semejanza del pequeñuelo que busca ansioso los brazos de la madre para huir de algún peligro o apoderarse de un nuevo juguete, el ser pensante, cuando sufre o cuando goza, vuelve los ojos a la causa primera y le pide auxilio en su dolor, o la bendice en sus breves horas de felicidad. Porque el alma dichosa es generosa expansiva, agradecida, y como todo cuanto gozamos proviene de una sola fuente, a ese manantial de vida se acerca el pensamiento humano, y los labios piden clemencia o dan gracias, según el estado de nuestro ánimo.

Por esto, cuando entro en las iglesias y escucho el rezo del Rosario, con el rumor monótono de su murmullo misterioso, me inspiran profunda compasión aquellas máquinas vivientes que repiten palabras centenares de veces, sin que el sentimiento preste a la voz esa inflexión dulcísima que es verdaderamente la esencia de la oración.

Y ¿qué diremos de las ofrendas presentadas a Cristo, a la Virgen y a los Santos? No ha muchos días me convencí una vez más del escaso valor que tienen la mayor parte de esos objetos que los devotos llevan a la iglesia.

Yendo en el tranvía de San Gervasio, llamóme la atención una mujer de edad regular, sencillamente vestida, que sentada junto a mí, dirigía melancólicas miradas al exterior, dejando adivinar que desconocía el país que atravesaba; enfrente de ella iba un niño, hijo suyo, de unos seis años, de rostro agraciado y mirada expresiva.

La buena mujer me miró varias veces con cierta timidez, y al fin se atrevió a preguntarme si estaba muy lejos la iglesia de la Bona Nova.

-Aún hay que dar muchas vueltas antes de llegar al santuario.

-¿Y sabe usted si cerca del templo hay alguna cerería?

-En la plaza de la iglesia hay lo menos dos.

-¡Cuánto me alegro! Porque he salido de casa tan de prisa, que ni siquiera me acordé de comprar un cirio de tres libras que le tengo ofrecido a la Virgen. ¡Qué... si tengo una cabeza!... ¡Válgame Dios!

-Tendrá usted mucho en qué pensar.

-¡Que si tengo!... No lo quiera usted saber. Comienzo por decirle que tengo siete hijos, todos chiquitines, y a mi marido loco de algunos años acá, con lo cual ya comprenderá usted si mi vida es de gloria o de martirio. Seis meses hace que ingresó en un manicomio, pues me daba mucha pena separarme de él, a pesar de que me atormentaba de un modo extraordinario. El infeliz, en sus horas de lucidez, solía decirme: "No me separes de mis hijos; si llego a verme separado de vosotros, entonces sí que acabaré de perder la razón". Pero sus accesos han ido en aumento, y en uno de ellos yo misma le acompañé al manicomio.

-Así estará usted más tranquila.

-En parte, sí; mas es el caso que desde que salió mi marido de casa, no he tenido un día de salud; con decirle que me dio el tifus y estuve a la muerte, creo que basta. Al verme tan mala, creí que me moría, y considerando el desamparo en que iban a quedar mis hijos, pedí a la Virgen de la Bona Nova (muy milagrosa, según dicen), que prolongara mi vida siguiera hasta dejarlos criados, prometiéndole, si curaba, llevar a su camarín un cirio de tres libras.

Púseme buena, y entre unas cosas y otras me olvidé de cumplir la promesa, cuando, hará cosa de un mes, me caí por la escalera y me lastimé un brazo y un pie. Tuve que guardar cama otra vez, y me dijo éste (señalando a su hijo): "¿Sabes, mamá, lo que tú tienes? Es un castigo de Dios, porque prometiste a su Madre un cirio y no se lo has llevado".

Me quedé mirándole y pensando si serían un aviso del Cielo sus palabras. Así, en cuanto he podido moverme (pues el andar me cuesta trabajo), he dicho; "Nada, no hay más remedio que cumplir la promesa; no sea cosa que Dios me envíe otro castigo peor".

-De manera que cumple usted su promesa a la Virgen, no por devoción, sino por miedo.

-Sí, señora; temo que me sobrevengan más desgracias. Crea usted que la camisa no me llega al cuerpo desde que mi hijo me echó en cara mi olvido: ¡dice este chiquillo unas cosas... que son sentencias!

-Dejemos a un lado las palabras de ese inocente; lo que yo quisiera saber es el sentimiento que mueve su corazón al ofrecer a la Virgen el cirio prometido.

-¡El sentimiento que me mueve!... Ahora sí que me pone usted en grave apuro. Porque, la verdad, ni yo misma lo sé; pero recuerdo haber oído de mi padre que Dios castiga sin palo ni piedra; que me he caído; que estuve a punto de romperme una pierna, y que mi hijo me ha dicho: "Mamá, Dios te ha castigado". Y antes que me sucedan cosas peores, me he apresurado a venir. Ahora veo que le camino es más largo de lo que presumía, y lo siento, porque me he dejado en casa mis chiquillos, de los cuales el mayor no llega a diez años, la mitad de ellos llorando a lágrima viva por mi ausencia.

Me quedé mirando a la buena mujer, y mil reflexiones se agolparon en mi mente. Quise hablar; quise decirle que Dios no había de inspirar miedo, sino absoluta confianza a los hijos de su bondad, de su sabiduría y amor; pero en el semblante de aquella mujer infeliz apenas irradiaba su luz el crepúsculo de una inteligencia naciente; su frente era estrecha y deprimida; su mirada nada expresaba; tal insignificancia interior acusaban todos los rasgos de su rostro, que no me atreví a turbar el sueño de aquella dormida

conciencia, con tanto más motivo cuanto que íbamos a separarnos muy pronto, y mis palabras hubieran resbalado por su obtuso entendimiento, como el agua por el mármol.

Cuando llegamos delante del templo, ella se bajó con mucha pena, y cogiendo a su hijo de la mano, dirigióse con paso inseguro a la cerería, mientras que yo, siguiéndola con la mirada, me hacía estas reflexiones:

He ahí el fruto podrido de las absurdas religiones. Esa infeliz tiene miedo de la cólera de Dios, y sólo por el temor acude al templo. Su cuerpo endeble apenas puede sostenerse en pie; su espíritu, preocupado por las tragedias de una azarosa existencia, no piensa en Dios, y ofreció a la Virgen un cirio por rutina. Con tales devotos, ¡qué inseguros, qué frágiles son los cimientos de la Iglesia!

Se me dirá que hay países donde el clero domina en absoluto; donde el fraile es el soberano dueño de vidas y haciendas; donde su influencia clerical todo lo avasalla; es muy cierto, y en esos países será todavía duradero el poderío de la Iglesia; pero no se olvide que en la mayor parte de los pueblos católicos abundan los creyentes al estilo de la buena mujer de mi verídico relato, que no aman a Dios, que no les inspira paternal confianza su omnipotencia suprema, y el miedo es un lazo mucho más fácil de romper que los que forman el amor y la seguridad de llegar siempre a buena hora ante el tribunal de la Justicia.

¡Cuán responsables son las religiones del oscurantismo de las masas populares!... Todo su trabajo ha consistido en apagar el entusiasmo y la admiración en las almas sencillas. Jamás han dicho los sacerdotes a los pueblos: "¡Levantad vuestras miradas al cielo; el infinito os cubre con su esplendente manto; contemplad las moradas luminosas donde otras humanidades bendicen a Dios y trabajan en su progreso!" Mas, ¡ay! que en vez de iluminar con estas verdades al hombre, le han sumido en las tinieblas del espíritu, gritándole: "¡Mortal, mira al suelo; contempla la tierra que huellan tus plantas; de ella saliste; polvo eres y en polvo te convertirás; busca tu salvación por el ayuno, la penitencia, el cilicio!... ¡Ay de ti si provocas la ira de tu Dios; que entonces será el crujir de dientes y el quebrantamiento de tus huesos; entonces pedirás misericordia y nadie te escuchará, porque sordos estarán para ti los cielos y la tierra!"

¡Qué modo de blasfemar! ¡Qué manera de empequeñecer al espíritu separándolo de todas las bellezas que encierra la creación!

¡Sentir "miedo" ante el Ser Omnipotente, que todo lo llena con su aliento y de quien emana el suave perfume de las violetas y el aliento del volcán que en la cumbre de la montaña nos recuerda el génesis de la tierra!

¡Sentir "miedo" ante el Gran Arquitecto del Universo, que ha poblado el espacio de innumerables mundos!

¿Sentir "miedo" ante el Creador eterno, que ha dado a los espíritus la inmortalidad y el progreso para ir ascendiendo, en evolución eterna, desde el átomo invisible hasta la inteligencia creadora del artista y del poeta y la investigación constante del filósofo, del matemático, del químico, del físico, del astrónomo, del geólogo, del historiador, de tantos y tantos otros sabios que han dado vida y nombre a los siglos con sus maravillosos descubrimientos y con sus inventos asombrosos!

Sentir "miedo" ante Dios, contemplando la grandeza de la especie humana, es verdaderamente delirar, es desconocer las leyes eternas de la vida.

¿Dios castigar a ninguno de sus hijos porque se le olvide, en medio de sus tribulaciones, de dar lo ofrecido a una imagen de madera?... ¡Qué Dios tan pequeño conciben ciertos hombres!

He ahí el fruto de las religiones: la ceguedad en el espíritu y el idiotismo en el entendimiento; el temor al castigo de Aquel que nos ha dado la vida, por el cual somos, por el cual sentimos, pensamos y queremos.

¡Dios!... Tú eres la ciencia exacta; tú eres la verdad y la vida en el pasado, en el presente y en el porvenir.

GOTAS DE ROCIO

I

Leer los periódicos asusta y entristece el ánimo, viendo tanta miseria moral, tanta ruindad y mala fe "arriba", "abajo" y en todas partes. Uno de estos últimos días leí tantas atrocidades, que dejé caer los periódicos con desaliento, murmurando: "¡Y aun dicen que el hombre es el rey de la creación! ¡Pobre soberanía la que levanta su trono sobre tantas miserias!... ¿Cómo puede ser rey de lo creado el que se arrastra como los reptiles y comete delitos bajo techos artesonados, en ahumado tugurio y hasta en medio del campo, donde todo eleva un himno a Dios?

El hombre de la tierra es el embrión de algo que responderá en otros mundos a la grandeza de su origen, cuando la evolución, que es la ley del perfeccionamiento, transforme a la fiera domesticada en ser moral, en criatura racional, amante de su dignidad y de su gloria.

Para distraerme, hice aquel día algunas visitas, y en una de ellas, la última, encontré gratísimo consuelo, Sobre la tierra seca que cruza mi alma cayeron algunas gotas frescas de rocío.

¿Entre tantos abrojos encontré una flor?...

No todos los hombres son miserables; no todos venden su honra por un "plato de lentejas". ¡Cuán hermosa es la virtud en sus manifestaciones!

Sin presumir de virtuosa, declaro ingenuamente que amo y admiro la virtud en sus múltiples aspectos, y experimento un goce inefable si oigo relatar acciones generosas. Pues bien, de este purísimo goce disfruté cuando más batido estaba mi espíritu por la lectura de varios crímenes cometidos en Francia, Inglaterra y España.

Estoy muy conforme con un pensamiento atribuido a Santa Teresa, quien según cuentan, decía que ni en el cielo querría estar sola, porque para ser dichosa, necesitaba comunicarse con otro ser a quien participar la satisfacción de su alma. También yo gozo haciendo participes a los demás de las escasas fruiciones de mi vida, y por lo mismo, obedeciendo a esta condición moral de mi carácter, voy a referir los motivos del consuelo que me proporcionó la visita a que acabo de aludir.

II

Cuando entré en casa de mi buena amiga Luisa de Alcaraz, la encontré rodeada (por ser su cumpleaños), de varias amigas y algunos señores, que hablaban entre ellos de asuntos políticos. La conversación insensiblemente se hizo general, y Luisa me presentó uno de sus amigos, don Andrés de Azara, librepensador de ideas avanzadas. Saludóme don Andrés muy cortésmente y comenzamos a hablar sobre diversos asuntos.

Rodando la conversación, se vino a parar a los sufrimientos de un hombre honrado, a quien acusan de un crimen que no ha cometido, contándose sobre este particular algunos episodios dramáticos. Azara, que parecía preocupado desde que se tocó esta cuestión, exclamó de pronto:

-¡Desdichados!... Que me digan a mí lo que se sufre, no digo con una acusación falsa, con la sombra de una sospecha. Esta basta para padecer horriblemente; para buscar en el suicidio la rehabilitación, si no se puede hallarse de otro modo.

-Habla usted con un calor; que no parece sino que ha figurado en alguno de esos dramas.

-Ya lo creo; fui el actor principal en uno que por poco concluye trágicamente para mí. Tendría yo unos treinta años, cuando me nombraron cajero de una sociedad mercantil a que yo pertenecía. Más de veinte mil duros tenía en caja, y al mes de estar encargado de dichos valores, se hizo un arqueo y resultó que faltaban diez y ocho mil reales. El compañero que me ayudaba a contar y anotar las cantidades que yo iba nombrando en voz alta, se equivocó en un número, mejor dicho, en una palabra, pues puso escudos en vez de reales, y al terminar la operación, los dos nos miramos sorprendidos y exclamamos a un tiempo: "¡Aquí faltan diez y ocho mil reales!... Volvamos a contar". Contamos con una rapidez asombrosa, y la operación dio el mismo resultado. Entonces llamamos a un tercero; quizá estaríamos ofuscados. Para no casar vuestra atención, me limitaré a decir que en el término de tres días contamos el oro, la plata y los billetes que había en la caja, cinco, ¡cinco veces!... y siempre aparecía la falta de los diez y ocho mil reales.

Mis compañeros me miraban asombrados; yo los miraba a mi vez, pero nadie me decía una palabra, hasta que viendo que me levantaba, dijome el más amigo:

-No digamos nada a nadie; dejemos pasar unos días; volvemos a contar y entonces veremos de arreglarlo.

-¡Cómo! ¿no decirlo?... Ahora mismo voy al gerente y al presidente, y a todos cuantos tienen derecho a pedirme cuenta de los fondos que me entregaron, a decirles lo que pasa.

Y como si tuviera alas en los pies, corrí a casa del gerente y le dije:

-En la caja nadie pone las manos más que yo; estoy seguro de mí mismo, y sin embargo, aparece que yo he substraído diez y ocho mil reales.

-¡Imposible!... ¡Imposible! Usted no es capaz de semejante cosa.

-¿Lo cree usted así? - le pregunté, angustiado y gozoso.

-Sí, hombre, sí; el criminal no tiembla como usted; no lleva retratado en su semblante el dolor que revela usted en sus ojos.

Salí un poco más consolado, y me fui a ver al presidente, que también me oyó con la mayor benevolencia, concluyendo por decirme:

-Váyase usted a su casa y acuéstese; la fiebre le devora. Cuando esté más tranquilo, haremos que otros empleados ajenos a este asunto cuenten otra vez lo que haya en caja, y si al fin falta lo que usted dice, veremos de encontrar el ladrón, porque lo que es usted -tranquilícese por completo- estoy bien convencido y seguro que está limpio de pecado.

Ya ven ustedes que mis jefes no podían estar más cariñosos conmigo; leía yo en sus ojos la compasión de un padre amorosísimo que contempla a su hijo enfermo; estaba seguro, segurísimo, de que no sospechaban de mí; y sin embargo, yo no vivía; el sueño había huido de mis ojos; las necesidades materiales no se hacían sentir en mi organismo; me sobraban todos los manjares; sólo tenía una sed horrible, que me devoraba; pero esta sed no se saciaba con el agua: era sed de honra, y sólo un milagro, como suele decirse, podía calmar mi sed de consideración social.

III

Se reunieron mis compañeros. Yo caí anonadado sobre una silla, mirándoles con la espantosa fijeza del que está pendiente de una sola palabra para ser condenado o absuelto. Uno de ellos, poniéndome una mano en el hombro, díjome con cariñoso y conmovido acento:

-Azara, estamos solos; estás entre verdaderos amigos; sé franco. Cinco veces se ha contado ese dinero; es tarea enojosa volverlo a contar, si ha de dar el mismo resultado. Dinos la verdad y entre todos lo arreglaremos: nadie sabrá nada; te lo juro por la memoria de mi madre, que es lo más sagrado para mí. ¡Quién no tiene en la vida un momento de extravío! Nadie está exento de hacer una locura, y los amigos son para las

ocasiones.

Al principio oía confusamente lo que mi compañero iba diciéndome; quería hablar y tenía un nudo en la garganta; quería moverme, quería levantarme y estrangular a los que dudaban de mí; pero no podía; por eso aquel hombre pronunció impunemente aquellas palabras, que cayeron como lava hirviente en mi corazón, en mi razón y en mi cerebro. Por fin, pude ponerme de pie: paseé mi mirada alrededor, y... no sé qué leyeron mis compañeros en mis ojos, que todos a una, cogiendo apresuradamente los saquillos del dinero, exclamaron: "¡Contemos, contemos!"

Caí de nuevo en mi sitial, y como el condenado a la argolla que mira el suplicio de su cómplice, así estuve yo mirando a los que contaban las monedas; para mí contaban los instantes de mi vida; pues nunca he creído que se pueda vivir sin honra. ¿Cuánto tiempo duró mi tormento? No lo sé; por la inquietud, por la ansiedad, por la angustia que yo sentía, hubo de durar un siglo. La lengua se me pegó al paladar; los oídos me zumbaban; los objetos comenzaron a dar vueltas y las monedas de oro volteaban ante mi vista con una rapidez asombrosa. Las sienes y el corazón me latían tan violentamente, que mi cuerpo temblaba como si tuviera un ataque de epilepsia.

De pronto oí una voz que dijo: "No falta nada, ¡La suma está completa! ¡Azara, estás salvado!..."

Yo no sé cuántos brazos rodearon mi cuello, ni cuántas manos estrecharon las mías; sólo sé que lloré como un niño; digo mal, lloré como un hombre que recobra su honra y se desahoga con su llanto; ¡al recordarlo todavía me conmuevo, todavía lloro!...

Y efectivamente, por las mejillas de Azara resbalaban algunas lágrimas, que yo sentí se apresurase a enjugar, porque ellas eran el rocío bendito que caía sobre mi cerebro torturado por las miserias humanas.

-Mis compañeros -continuó Azara-. también lloraban conmigo, y se horrorizaban al pensar que por una equivocación involuntaria podían haber ocasionado mi muerte, porque yo estaba decidido a morir; no me hubiera contentado con reponer la cantidad en la caja confiada a mi custodia.

Para ciertos delitos, no bastan los códigos de la tierra; para el ladrón de su propia honra, no hay castigo apropiado en este planeta.

Desde entonces tomé tal horror al dinero, que siempre rehusé contar cantidad alguna y guardar dinero ajeno. En aquella ocasión, recibí pruebas de verdadero compañerismo; me convencí de que todos me respetaban; pero mi organismo había recibido tan brusca, tan violenta sacudida, que durante muchos meses estuve enfermo, y como habéis visto, al recordar aquel suceso, aun hay lágrimas en mis ojos.

IV

Cuando Azara se levantó, marchándose conmovido, dije a mi amiga Luisa:

-¡Cuánto me alegro de haberte visitado! Esta visita me ha reconciliado con la humanidad, viendo que hay en la tierra quien estima en tanto su dignidad de hombre de bien. Entre tanta miseria y tanta degradación, las lágrimas del hombre honrado son cual gotas de rocío que al caer en la tierra hacen germinar la semilla de la virtud, promesa de copioso y sazonado fruto.

UN DIA FELIZ

I

Hay días en que se desea ardientemente salir de la monotonía que ocasiona una existencia humilde y melancólica, como la que ahora me ha cabido en suerte; días en los cuales el espíritu va a la caza de aventuras e impresiones; en que el hombre necesita nuevas imágenes para llenar el objetivo de la máquina fotográfica de su cerebro; en que se hace necesario interrumpir durante algunas horas las tareas acostumbradas para respirar aire nuevo impregnado de oxígeno moral indispensable al sostenimiento del espíritu y de la resistencia vital del cuerpo; días en que se estudia sin leer en ningún libro y se aprende sin asistir a ninguna cátedra; porque no hay mejor libro que la humanidad.

Mi espíritu, que es muy aventurero, que siempre ha mirado con horror los conventos, por la monotonía que ha de abrumar al hombre cuando diga: "¡Aquí he de morir! Aquí ha colocado mi inexperiencia o mi ignorancia el non plus ultra de mis destinos terrestres; aquí se han de desvanecer todas mis ilusiones y han de sucumbir por asfixia todas las aspiraciones de mi alma".

-¡Qué horror! Empequeñecer el círculo de acción donde el espíritu tiene que pensar, sentir y querer... El amor a la libertad está tan arraigado en mí, que siempre he sentido profunda aversión hacia todo aquello que pudiera coartarla; por eso hago uso de él cuando la prosa de la vida llena mi alma de hastío y la inflexible lógica de los números me convence de que el oro es la palanca de Arquímedes, y la pobreza una verdadera calamidad. Bien pintó esta calamidad un poeta del siglo XVII, en estos gráficos versos:

EL MUNDO

-¿Qué papel es tu papel?

LA POBREZA

-Es mi papel la aflicción;
es la angustia, es la miseria,
la desdicha, la pasión,
el dolor, la compasión,
el suspirar, el gemir,
el padecer, el sentir,
importunar y rogar,
el nunca tener qué dar,
el siempre haber de pedir.

El desprecio, la esquivez,
el baldón, el sentimiento,
la vergüenza, el sufrimiento
el hambre, la desnudez,
el llanto, la lobreguez,
la inmundicia, la bajeza
la sed, la penalidad
y la vil necesidad:
¡que todo esto es la pobreza!

¡Magnífica descripción! El que escribió las anteriores líneas, debió beber más de una vez la hiel y el vinagre que bebemos todos aquellos que, como dijo un sabio, "debemos más de lo que pagamos". Así, para ahuyentar las tristes reflexiones que me inspiran siempre las continuas y perentorias necesidades de la vida, salgo de vez en cuando de mi gabinete de trabajo para estudiar en los seres que determinadas circunstancias ponen

en mi camino.

Hace pocos días interrumpí mis habituales tareas, necesitada de reposo y al mismo tiempo de adquirir filosofía, que tanta falta hace cuando el huracán del infortunio bate sus formidables alas y nos amenaza con el naufragio en el embravecido mar de la vida.

Fui a casa de mi amiga Anita, y allí encontré a uno de esos seres cuya existencia parece enmarañada madeja que por ninguna parte se le encuentra el cabo; como Tesco, se halla en un intrincado laberinto, mas sin hilo de Ariadna, con cuyo auxilio pueda acertar con la salida. ¡Pobre Palmira!

¡Cuánto aprendo hablando con ella! Es uno de los muchos seres que tienen, como decía Eugenio Sué, ingenio para hacerse desgraciados. La base que sustenta su felicidad, es una invencible repugnancia al trabajo; pero le acontece lo que dice un amigo mío, hombre de muy buen criterio, el cual asegura que los criminales y los holgazanes trabajan mucho más que los hombres honrados; y tiene muchísima razón, porque el falsificador de letras y documentos comerciales, el que penetra en las alcantarillas para llegar al despacho del opulento banquero por medios hábiles de escalamientos ingeniosos, todos esos hombres dedicados al mal, trabajan mucho más que los que viven honradamente de su trabajo, porque accionara con miedo, trabajan con la zozobra del que sabe que si sus cálculos salen fallidos, les espera el presidio o la muerte.

Algo parecido les pasa a los holgazanes, que queriendo vivir sin trabajar, trabajan más que los otros. Palmira es uno de ellos. Mujer que en su juventud vivió entre flores, que perteneció a lo que se llama la buena sociedad, cuando la desgracia la hundió en le abismo de la pobreza, no quiso descender de su olímpica altura. Encontró denigrante el trabajar humildemente en labores propias de su sexo, o en dirigir y gobernar la casa de otro, ya que la suya había desaparecido en el terremoto de la adversidad, y le ha sucedido que "huyendo del perejil, le nació en la frente"; desdeñó el trabajo del ama de llaves y de la costura, por creer que se humillaba y que se rebajaba su dignidad, y en cambio, su humillación es constante, acudiendo continuamente a todas las sociedades benéficas, a todos los confesores de las señoras ricas y a todos aquellos que tienen fama de generosos y caritativos.

Palmira no descansa ni sosiega, convertida en correo de gabinete, corriendo de acá para allá, escuchando vanas promesas por un lado, desdeñosas negativas por otro, acres censuras de la generalidad, pues ya se sabe que la persona pobre tiene todas las faltas, no quedándole siquiera, como decía Cervantes, el derecho de ser honrada. El pedir continuo acaba por cerrar todas las puertas. Nada más enojoso para el rico que el incensante clamor del pobre; ni más doloroso para el que sufre que ver sufrimientos y desventuras sin poderles prestar el menor alivio. Por esto, cuando veo a Palmira y escucho sus amargas quejas, la miro con inmensa compasión. ¡Qué pobre es el pobre que no quiere trabajar!... ¡Qué humillado se vive! ¡Pobre Palmira! ¡Qué lástima de inteligencia empleada en el vergonzoso arte de pedir limosna!

II

Cuando se fue Palmira, respiré mejor, y dije a Anita:

-Hoy se me prepara un día feliz.

-¿Por que?

-Porque Palmira es para mí un libro en el cual aprendo a odiar la indolencia, y el día que se aprende algo, es un día de sol en la noche de la ignorancia.

-Pues mira, tienes razón en creer que hoy es para ti un día feliz, porque deseo me acompañes a ver una sonámbula que según dicen es de una lucidez maravillosa; con decirte que lee en el pasado, en el presente y en el porvenir del que la interroga, está dicho todo.

-Mucho leer es, por vida mía; me parece, Anita querida, que recibirás un gran desengaño.

-No lo creas; dicen que Salomé es una mujer extraordinaria.

-Pues no perdamos tiempo.

Y en busca de impresiones, nos fuimos a ver a la sonámbula, que era una joven muy simpática por cierto, con unos ojos hermosísimos y una dulcísima sonrisa.

-Si hay tanta luz en su mente como en su rostro, tienes razón, Anita, que será una cosa extraordinaria.

Mas ¡ay!... cuando cerró los párpados ocultando los ojos, todo fueron tinieblas. ¡Qué modo de divagar!... ¡qué confusión!... ¡qué torpeza!... Y para punto final, dijo la sonámbula a mi amiga:

-Mira, cuando yo tengo más lucidez es el viernes de cada semana; entonces se presenta todo claro para mí; nada hay oculto ante mi voluntad de saber. Pero hoy me encuentro fatigada.

Cuando nos encontramos en la calle, me dijo Anita:

-Veamos, ¿qué provecho has sacado de escuchar a Sálome?

-El íntimo convencimiento de que se necesita estudio y método si se quiere que la práctica del magnetismo sea útil y beneficiosa a la humanidad. Esa pobre niña, en poder de un hombre inteligente, quizá podría prestar algún servicio útil a la ciencia; pero en manos de la ignorancia y del negocio, trabajando ocho horas diarias para repetir una relación poco menos que estudiada y aprendida de memoria, sólo servirá para fomentar la credulidad de los incautos y explotar a los ignorantes que crean buenamente posible leer en el porvenir. Desengáñate, Anita, no son las sonámbulas las que te han de decir cuál será mañana tu destino; eres tú misma la que puedes leer en tu pasado y en tu porvenir.

-¿Cómo?

-De la manera más sencilla: considerando tu presente como el efecto de tu pasado, puedes profetizar cuál será tu mañana. Si te gozas en el dolor ajeno, ten la seguridad de que otros gozarán en tus dolores; y si te sacrificas por tus semejantes, alguien se sacrificará por ti.

-¿Lo crees tú de veras así?

-Sí, porque los hechos y el estudio me han hecho creer. El escuchar a Salomé, me ha sido útil, persuadiéndome una vez más de que para leer en mi porvenir no necesito acudir a nadie: en el libro de mi vida sólo yo sé leer de corrido, y lo mismo que me pasa a mí, les sucede a los demás; ningún sonámbulo, por lúcido que sea, leerá en tu conciencia como leerás tú misma, si es que quieres leer. Nada, lo dicho, Anita: hoy para mí es un día feliz, porque estudio y aprendo.

III

En la noche de aquel mismo día, fui a ver a mis buenos amigos Celso y María, matrimonio tan feliz como puede serlo teniendo que luchar con la adquisición del pan cotidiano. Dos hijos sonríen en su hogar, un niño de dos años y una niña de tres meses.

Celso es para mí un buen libro: hombre trabajador, no descansa de día ni de noche, pensando en su esposa y en sus hijos. Es lo que se llama un hombre de bien.

La noche a que me refiero, estaba yo en la sala hojeando un libro de Historia Natural, cuando vi entrar a Celso dando saltos de contento, y diciéndome:

-Mira, Amalia, mira el objeto que yo encuentro más precioso en la tierra, los zapatitos del niño, de mi hijo, ¿entiendes? Siempre que llego, a la hora de cenar, él ya duerme, y sobre la máquina suelo encontrar sus zapatitos; los tomo y me quedo mirándolos con tanta alegría... ¡con tanto placer!... que no te lo puedo explicar. Me parece mentira que yo haya podido vivir tantos años sin él, ¡pobrecito!... Mira qué rotos los tiene... Si los

niños no durmieran, estaba resuelto el problema del movimiento continuo, ya que despiertos no dejan de moverse incesantemente. ¡Son los primeros andarines de la tierra!

Y Celso, con los ojos humedecidos, animado su rostro por una de esas sonrisas humanas que iluminan, que santifican, dejó los zapatitos del niño sobre la consola con un cuidado y un mimo que parecía que estaba colocando figuritas de frágil cristal.

¡Cuánto gocé en aquellos momentos! ¡Con cuánto placer seguí escuchando a Celso!

Cuando más tarde volví a mi casa, pensé en lo que había visto y oído durante el día, y exclamé, con verdadero agradecimiento:

-No es la tierra una penitenciaría de la Creación, como la llaman los pesimistas.

¡Feliz el hombre que al entrar en su casa busca con afán los zapatitos del niño!

El día en que se estudia y aprende es indudablemente un día feliz.

LA VIAJERA DE LOS SIGLOS

I

La hora del anochecer es la más favorable a los recuerdos. En esa hora en que las estrellas comienzan a fulgurar, es cuando me senté, un día, junto al balcón de mi gabinete. Sin embargo de hallarme en estado de vigilia, desaparecieron de mi vista las casas que a regular distancia estaba contemplando distraídamente, viendo en lugar de ellas una inmensa llanura iluminada por los últimos rayos del sol en su ocaso: en el suelo, cubierto de arena blanquecina, no brotaba ninguna florecilla silvestre, ni naciente hierbecilla interrumpía la monotonía de aquel extenso arenal. Mi espíritu, sorprendido a causa de semejante mutación, miraba atentamente aquel desierto preguntándome qué significado podría tener un tan maravilloso cambio.

Y cuando con más atención miraba las rojizas nubecillas, que trazaban en el horizonte extrañas figuras, vi adelantarse hacia mí la figura de una matrona caminando con suma lentitud: iba envuelta en una especie de túnica cenicienta de luenga cola y mangas flotantes; su rostro era hermosísimo; de sus ojos brotaban abundantes lágrimas, que resbalaban por sus mejillas, sin que la aflicción contrajera sus facciones; en su boca se dibujaba la sonrisa divina que ilumina el semblante de los mártires.

Al llegar junto a mi, se detuvo, y entonces vi que con su diestra oprimía un gran libro contra su pecho, mientras que en la otra mano llevaba un ramo de flores secas, que iban cayendo al suelo lentamente. Nada más bello que aquella aparición, a la vez tan triste y tan hermosa.

Miraba yo con asombro a aquella figura simbólica, la cual parecía querer hablarme. No era ilusión de mis sentidos, porque yo estaba perfectamente despierta. ¿Qué me quería decir? Interroguéla con la mirada y con el pensamiento, preguntándole quién era. La aparición permaneció muda, pero sobre su cabeza aparecieron cuatro letras luminosas: "La Fe", que muy pronto desaparecieron para ser reemplazadas por estas otras: "¡Adios!"

La hermosa matrona se alejó lentamente, y mientras se alejaba: vi dibujarse en el horizonte las altas cúpulas de gigantescas catedrales, por entre cuyas torres se levantaban columnas de humo y montañas de fuego.

Al desaparecer La Fe, hundiéronse las basílicas, se apagó el incendio y volví a ver las humildes casas de la plaza del Sol y brillar en el cielo un sinnúmero de estrellas.

La Fe religiosa, la primera de las tres virtudes llamadas teologales, que consiste en creer todo lo que la Iglesia establece como revelado por Dios, se había desvanecido,

dejando en pos de sí las cenizas de un culto que sólo ella podía perpetuar sobre la tierra.

Es la viajera de los siglos que huye cuando la razón fija en ella su investigadora mirada. Es el fuego fatuo que brilla en la noche de la ignorancia y se apaga a los primeros albores de la ciencia. Porque de la ciencia, la humanidad terrestre no ha vislumbrado aún sino los primeros resplandores, y no obstante, han bastado para que la Fe se hundiese en los abismos.

II

Dos o tres días después de lo que acabo de referir, vino a verme una señora, acompañada de una elegante joven que, sin saber por qué, me pareció una oveja descarriada del redil católico. Pronto comprendí que no me había equivocado. Por su conversación, conocí que no había leído más libros que el de Misa y el Año Cristiano, y que, sin embargo, sus creencias se bamboleaban, próximas a desplomarse a los embates de la reflexión y de la duda. Aquel espíritu levantaba por primera vez su vuelo.

No sé cómo, en el curso de la conversación vinimos a hablar de los fusilamientos por delitos políticos y de sus terribles consecuencias para las pobres familias de los rebeldes. Al tocar este punto, dijo la joven, con voz apasionada y vibrante:

-¡Ah! eso es horrible: ¡es necesario verlo para comprenderlo! Yo lo comprendo, porque he visto lo que se sufre. Mi padre tuvo una vez que mandar el cuadro que había de fusilar a unos oficiales sublevados, y nunca, nunca olvidaré aquel día.

Estaba mi padre enfermo, muy enfermo; pero no podía excusarse de mandar la fuerza, por no hacerse sospechoso en un tiempo de odios y rencores encarnizados. Yo le vi llorar como un niño. Salió de casa diciéndonos a mi madre y a mis hermanas: "Idos a la iglesia y pedidle a la Virgen del Carmen, que es tan milagrosa, que haga un milagro, consiguiendo el indulto de estos infelices".

Entonces le manifesté que varias Hijas de María estábamos haciendo una novena a aquella Virgen, para conseguir su intercesión en favor de aquellos desdichados; y dominada por la más profunda convicción, abrigando la más dulce y consoladora esperanza, me fui con mi familia a la iglesia, donde encontré a mis compañeras. Todas nos arrodillamos delante de la imagen y comenzamos a rezar el Rosario con la mayor devoción. Ya llevábamos rezadas dos partes, cuando hizo temblar el templo la primera descarga de la fuerza que mi padre mandaba. Yo no sé lo que sentí: miré a la Virgen, que siempre me había parecido preciocísima, y la encontré sin expresión, ¡sin vida!... Me levanté maquinalmente y me fui a una capilla: necesitaba estar sola para llorar. ¿Querrá usted creer que quise seguir rezando, y no pude decir ni un Padrenuestro? Y no lloraba solamente por los pobres fusilados y sus atribuladas familias; lloraba también por el desengaño que mi fe acababa de recibir. Apoderóse de mí un miedo tan grande, que me tuve que ir junto a mi madre y decirle al oído: "Vámonos a casa: me parece que la iglesia se va a caer sobre nosotras; aquí dentro siento pavor; los santos de los altares me inspiran una repulsión invencible; esa Virgen, antes tan milagrosa, me parece que se mofa de mi desconsuelo; vámonos, que aquí me encuentro muy mal".

Mi madre me miró como asustada, y me siguió, quedándose mis hermanas en la iglesia. Desde aquel día no he vuelto a pedir nada ni a la Virgen, ni a los santos, y crea usted que siento en gran manera la pérdida de la fe, porque creyendo se vive muy bien. Aunque mi confesor hace lo que puede para devolvérmela, todo es tan vano, y aunque para evitar cuestiones hago el papel de convencida, me es imposible olvidar aquella mañana en que vinieron a interrumpir mi fervorosa plegaria las descargas que borraban del libro de la vida a tres infelices sublevados. ¡No creo en nada, absolutamente en nada! ¡Cómo he de creer en un Dios que se hace el sordo a las súplicas y a los sollozos de los que creen en su bondad y en su poderosa influencia?

Mientras hablaba la joven, yo recordaba mi visión.

III

A los pocos días entró en mi gabinete una mujer del pueblo. Su semblante nada expresaba; parecía un libro en blanco. Iba enlutada. Preguntéle qué quería de mí, y contestó en voz apenas perceptible:

-¡Consuelo!

Y dejándose caer en una silla, su rostro impasible adquirió súbitamente expresión, sus ojos llenáronse de lágrimas y murmuró con voz entrecortada por los sollozos:

-Me han dicho que usted podía consolarme. ¡He perdido a mi hija!... Hice decir más de cincuenta misas ante el Cristo de Lepanto para que le devolviera la salud, y ¡de nada me han valido!... Muerta mi hija, he ido a la capilla y he dicho al Cristo: "Ya no creo en tu poder: estoy desengañada de todo, porque de nada me han servido las misas, ni las ofrendas, ni los martirios que he dado a mi cuerpo por salvar la vida de mi hija, de mi hija, que era mi única alegría en este mundo; que ha dejado tres niños huérfanos y un marido inconsolable". Estoy loca de desesperación, viendo que tantos ruegos no han sido escuchados. ¡Parece mentira que Dios no escuche el ruego de una pobre madre! ¡Oh! esto no es creíble. Y si hay Dios, ¿cómo es insensible a mi dolor? ¿Si será verdad lo que me dice mi yerno?

-¿Qué os dice vuestro yerno?

-Que los santos, los Cristos y las Virgenes son figuras de yeso y de madera, sordas como el material de que son hechas. Pero, ¿y los milagros que han obrado? Porque yo he visto muchas ofrendas que los atestiguaban. Recuerdo de una vez que estuve en Sevilla por Semana Santa, que en la capilla del Señor de los Desamparados no se podía entrar: tantos eran los cuadros, piernas y manos de cera y mortajas de niños, que demostraban la gratitud de los fieles favorecidos por el poder milagroso de la sagrada imagen. ¡Y no favorecerme a mí, que tanto he pedido y tantos sacrificios he hecho, viéndome además obligada a sostener una lucha terrible con mi yerno, que no quería de ninguna manera que hiciera decir misas ni celebrara novenas.

-Pídame usted dinero para darlo a los pobres -me decía-, pero no para emplearlo en ceremonias religiosas, que de nada sirven ni han de servir a la enferma. - Yo me indignaba, le llamaba ateo, hereje, renegado, qué sé yo lo que le llamaba... pero al ver que mi hija ha muerto... ha caído la venda de mis ojos, y en nada creo; ¡un Dios que no escucha el ruego de una madre desesperada!... ¿qué podrá esperarse de él?...

Y la pobre mujer se deshacía en llanto al verse confundida entre la ruina de sus creencias religiosas.

IV

La relación de aquella pobre mujer me recordó de nuevo mi visión. ¡Oh, Fe religiosa! ¡Oh , viajera de los siglos! ¡Los días de tu reinado expiran; los seres más sencillos, los más ignorantes te rechazan en sus horas de dolor! ¡Ya no inclinan la cabeza ante los mandatos divinos! ¡Ya no dicen "Dios lo quiere"!, antes al contrario, la exasperación se apodera de los que sufren, y el escepticismo derrumba sus místicas creencias de otros tiempos. Tu poder ha terminado en las naciones civilizadas. Los observatorios astronómicos valen más, mucho más que las gigantescas catedrales; los laboratorios de los sabios valen inmensamente más que todos los santuarios. Cuando la ciencia avanza, tú tienes que desaparecer. ¡Adiós! ¡Cierra. tu libro de la tradición y vete con tus flores secas, las flores de las religiones positivas! Terminó tu misión en el mundo.

¡ME VOY AL CIELO!

Hay seres en este mundo que parece que nacieron en "mes negro" (así llaman los irlandeses al mes de noviembre) y que escogieron para hacer su entrada en la tierra el "fatídico" viernes o el "aciago" martes: tantas son sus penalidades, tantos sus azares y angustias.

Entre estos desheredados, entre estos mártires, figura en primera línea una pobre mujer que conocí en una de las épocas más tristes de su vida, cuando la muerte le había arrebatado a su esposo, dejándole por herencia seis hijos, el mayor de catorce años, y una miseria espantosa, una de esas situaciones dificilísimas en que a dondequiera que se mire no se ve más que simas insondables.

Dormía una noche la infeliz Juana tranquilamente, en compañía de su esposo; éste se levantó de madrugada, tratando de no hacer ruido, pero su esposa se despertó, no causándole la menor extrañeza que su marido se levantara tan temprano, puesto que tenía costumbre de comenzar su trabajo antes que la rosada luz del alba tiñera el horizonte con sus nubecillas de zafir y grana.

Por algo inexplicable, a pesar de que no dio la más leve importancia a la acción de su marido de abandonar el lecho cuando aun las sombras de la noche extendían su manto sobre una parte de la tierra, Juana sintió una sensación extraña cuando su compañero le dijo: "Abrígate, mujer, que hace frío, y duerme tranquila, que aun tardará en amanecer".

Salió Pedro de la estancia, y Juana, obedeciendo la indicación de su esposo, se envolvió en la manta y trató de conciliar el sueño, pero fue su empeño vano: comenzó a sentir angustia; el calor la sofocaba, sin embargo de estar en pleno invierno; luchó más de una hora en una como somnolencia agitadísima, hasta que al fin hubo de exclamar con angustiosa voz:

-¡Pedro! ¡Pedro!... dame un vaso de agua; no sé qué tengo...

Juana esperó algunos segundos; volvió a llamar a su marido, y nadie le contestó; entonces, dominada por un temor indefinible, se levantó y recorrió apresuradamente su pequeña morada, sin encontrar a Pedro. Salió al portal, convertido en taller de carpintería, y como la lámpara que pendía del techo estaba a media luz, no vio de pronto el cuerpo de su marido, que se balanceaba delante de la puerta de entrada.

El infeliz se había ahorcado. Al descubrirlo, con la rapidez del rayo, cogió una herramienta y cortó la cuerda, cayendo entonces Pedro contra el pecho de la desdichada, que rodó con su carga por el suelo.

A los gritos horribles de Juana, se despertaron los niños y todos se levantaron, encontrando a su padre muerto y a su madre desmayada.

¡Qué cuadro más espantoso!... En ninguna novela de folletín se describió jamás una escena tan sombría y aterradora. Cuando Juana recobró el conocimiento, el cadáver del padre de sus hijos no estaba allí: la justicia había cumplido con su deber llevándose al suicida.

II

Desde entonces la pobre Juana se ha ido consumiendo lentamente. Algunas veces viene a verme para contarme sus cuitas, y al mirarla no puedo menos de decir interiormente "¿Qué valen las imágenes de las Dolorosas en comparación de este rostro macilento, de estos ojos hundidos, enrojecidos por el llanto, cuyas miradas revelan un sufrimiento inagotable?"

La última vez que la he visto, la encontré más triste que de costumbre.

-¿Qué tienes? -le pregunté-; ¿qué nueva calamidad ha caído sobre ti?

-Desde que murió mi marido, ni una sola vez he podido sonreír. La miseria más horrible me ha hecho sentir todos los tormentos del hambre, del frío; las amenazas y los insultantes desprecios de mis acreedores me han humillado y abatido; más de una vez no he sabido dónde guarecerme al llegar la noche; pero todo lo he sufrido con resignación; con todo me he conformado, pensando que puesto que tal suerte tengo, debo tenerla merecida; pero, ¡ay! la pérdida que ahora acabo de experimentar, me ha llegado al alma de tal modo, que no me explico lo que siento. Yo creí, después de la desgracia de mi esposo, que ya nada me haría llorar en este mundo; que sería insensible a toda desgracia, a toda muerte. ¡Lloré entonces tanto, que podía creer agotado el manantial de mis lágrimas! ¡Yo no sabía cuánto se quiere a los hijos! ¡Ignoraba que pudiese haber palabras pronunciadas por un niño que no se olvidasen nunca!...

Y la pobre Juana, al decir esto, se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar con el más profundo desconsuelo.

Dejé que llorase cuanto quiso. El raudal del llanto me inspira más veneración que todos los ríos sagrados de las religiones. El agua del dolor es una lluvia bendita que regenera al espíritu más culpable y presta nuevo aliento al ser más abatido.

Juana lloró largo rato, y cuando se tranquilizó, le dije:

-De tus palabras infiero que alguno de tus hijos ha dejado de existir.

-Sí, uno que tenía cinco años: el pobrecito ha muerto, se puede decir, de hambre. Como yo siempre estoy enferma y el hijo mayor gana tan poco, nuestra alimentación es insuficiente. Me aconsejaban que pusiera en un asilo de beneficiencia a los dos más pequeños; pero Emilio, que es el que se ha muerto, si alguien hablaba delante de él de encerrarlo para que estuviera mejor, se agarraba a mi vestido y decía con voz muy grave: "No, yo no quiero salir de mi casa; yo no soy pobre, porque tengo a mi madre".

Cuando se puso enfermo, hablé de llevarle al Hospital, donde no le faltaría, como a mi lado, lo indispensable para su curación. "No, madre mía -me dijo-, no me separes de ti, si he de morir, quiero morir en tus brazos".

La mañana del día que murió, vino a verme una señora. Salí de la habitación un momento, y oí que mi hijo le decía:

-Señora, ahora que no está mi madre voy a pedirle un favor.

-¿Qué quieres, hijo mío? - le contesto ella, acercándose a la cama.

-Quiero que me deje usted unos cuartos para comprar un pan muy grande...

-¿Tanta gana tienes?

-¡No! ¡si no es para mí! es para mi hermanita: le gusta mucho el pan Yo no necesito de nada, porque hoy mismo "¡me voy al cielo!"

Y al oír aquellas palabras, no pude contenerme: corrí y me abracé a mi hijo que se incorporó para decirme: "No llores, que ¡me voy al cielo!". Y efectivamente, abrazado a mí se quedó muerto, sonriendo como nunca le había visto sonreír.

¿Querrá usted creer que estoy oyendo siempre las palabras de mi hijo? Lo repito: a todos los dolores me he resignado; pero esta pérdida me ha trastornado por completo. Momentos hay en que dudo de todo. Mi vida es un infierno horrible. ¡Cuántas veces recuerdo que mi hijo abrazado a mí me decía:

-Dime que me quieres mucho, ¡madre mía! y dame muchos, besos, que cuando tú me besas... no tengo hambre...

Jamás olvidaré sus últimas palabras: "Yo no necesito nada; ¡me voy al cielo!"

III

¡A cuántos comentarios se presta este verídico relato! Si no hubiese un pasado y un mañana en la vida del espíritu, habría que enloquecer pensando en esa causa

desconocida que a algunos seres como la desventurada Juana, al darles la vida, les da por patrimonio el dolor y la desesperación.

¡Pobre madre! Ella dice que no puede olvidar las últimas palabras de su hijo.

También a mí, desde que Juana me contó tan triste y conmovedor episodio, me parece a veces estar oyendo una voz dulcísima que murmura en mis oídos: ¡me voy al cielo!

¿POR QUE?

He aquí en pocas letras simbolizados todos los deseos humanos de saber y todas las aspiraciones de universal progreso.

-¿Por qué? - se pregunta el médico haciendo la autopsia de uno de esos desventurados, cuyo cuerpo quizá habrá rodado por el torno de la inclusa a la cuna helada de un asilo benéfico, saltando más tarde al patio de una cárcel, después al sombrío recinto de un presidio, luego al cadalso, y por último a la fría mesa de un anfiteatro, donde el anatómico, para útil enseñanza de sus discípulos, busca en aquellos miembros y en aquella cabeza separada del tronco, la causa de sus perversas inclinaciones, de sus múltiples desaciertos, de su lucha incesante con la virtud, de su amor al libertinaje, que le condujo a la degradación, síntesis de todas las miserias humanas.

-¿Por qué? -interroga el matemático- todos mis cálculos no consiguen medir la distancia que separa al hombre de la verdad suprema? Yo bien amontono cifras sobre cifras; yo bien trazo sumas sobre sumas, ecuaciones sobre ecuaciones, y nunca puedo despejar la última incógnita, aquella que arroje luz sobre todas las demás incógnitas. En las ciencias exactas está la verdad, pero no toda la verdad; hay algo que escapa a la mirada del matemático calculista, ¿Por qué para la ciencia de las ciencias hay algo incomparable?

-¿Por qué? -dice el astrónomo, mirando por el objetivo del gigantesco telescopio- no he de poder descubrir el sol de los soles, aquel en cuya luz están todos los otros sumergidos y de quien reciben el movimiento y la vida? ¿Por qué no he de poder contar todas las estrellas que hormiguean en los abismos del espacio?

-¿Por qué? -exclama el naturalista con el microscopio en la mano-, no he de descubrir el infusorio de los infusorios, la primera palpitación de la vida en el insondable océano de lo infinitamente pequeño?

¿Por qué?... Los sabios no se cansan de repetir esta palabra. Nadie más descontentadizo que el verdadero sabio, pues cuanto más sabe, más lejano ve el término del saber y más indescifrable el enigma de la vida, de la inteligencia, del progreso, de la naturaleza y de sus leyes.

-¿Por qué -dice la mujer enamorada y mal correspondida-, he de ser tan desgraciada, que mis desvelos y mis afanes no reciben otro premio que la indiferencia y el desvío?

-¿Por qué -lamenta la madre cariñosa-, mi hijo predilecto, aquel en cuyos ojos encuentro el cielo, es el más ingrato para mí y el que más huye de mis caricias y halagos?

-¿Por qué -murmura el artista desatendido-, yo que en mis lienzos copio una parte de las bellezas y encantos de la naturaleza; que sorprendo los secretos que encierran las miradas de unos ojos enamorados; que en mis cuadros presento las escenas más interesantes de la vida; por qué mis obras pasan completamente desapercibidas y vivo confundido entre las más vulgares medianías?

-¿Por qué -balbucea el fanático-, mi Dios, que es el único Dios verdadero, no reina en todas las conciencias, como reina en mi corazón?

-¿Por qué -añade el materialista-, la fuerza y la materia no son admitidas y consideradas como las únicas verdades científicas demostradas por fenómenos innegables?

Meditando acerca de algunos de los innumerables misterios en que se estrella la razón, también yo los interrogo algunas veces. ¿Por qué, niños cuya educación es incompleta, cuya instrucción es limitadísima, en muchas ocasiones revelan una penetración tan prodigiosa y un conocimiento tan perfecto del corazón humano, que aventajan sus opiniones a las de sus abuelos, que, por su edad y experiencia, debieran conocer mucho mejor las virtudes o defectos de la raza humana?

Tengo una amiga, Luisa Esquivel, que es una mujer de corazón excelente, toda sentimiento; se ha consagrado a su familia desde que supo pensar; se casó muy joven, y entre su marido, sus hijos y sus nietos, ha distribuido el inmenso tesoro de su ternura. De mediana inteligencia, siempre inclinada al bien, no sabe pensar mal de nadie, ni jamás se ocupa en sondear los misterios de la vida.

En cambio, su nieta, Aurea, en la rosa más bella encuentra el gusano roedor.

No contaba Aurea más que seis años, cuando aconteció lo siguiente:

Fue su abuela a una visita, y en ella encontró a un filántropo, a un hombre por completo consagrado a derramar el bien, en términos que de una sola vez empleó más de 40.000 duros en mejorar la situación de los pobres: el hecho lo publicaron los periódicos. El día que este bienhechor de la humanidad encontró a mi amiga en la visita, al despedirse de ella le entregó un periódico diciéndole que lo hojeara.

Al llegar Luisa a su casa, con esa curiosidad natural e innata en la mujer, se puso a leer el periódico, y al llegar al relato del cuantioso donativo del filántropo, lo leyó en voz alta para que su familia admirara aquel acto de espléndida caridad, diciendo al terminar su lectura: "¡Qué hombre tan bueno! ¡Vale más que muchos santos: este hombre es un ángel!"

-No tanto como te parece, abuelita -dijo Aurea, que estaba jugando con unos gatitos, al parecer muy distraída.

-¿Qué murmuras, muchacha? - le dijo su abuela con cierto reproche.

-Lo que oyes: que no es tan ángel como te parece; si lo fuera, no te hubiera dado ese papel; los ángeles no cuentan lo que hacen.

Luisa se quedó mirando a su nieta con el mayor asombro, y los demás individuos de la familia confesaron ingenuamente que la niña tenía muchísima razón, porque la propia alabanza arrebata su delicado perfume a la aromática flor de la caridad.

Y yo pregunto: ¿por qué Aurea, niña entonces de seis años, emitió una opinión tan profundamente sabia, encontrando una gran miseria en medio de un acto al parecer tan espléndido, mientras que su abuela, con toda su experiencia, no supo ver más que el lado bueno que la acción tenía?

¿Por qué unos son sabios y otros son ignorantes?

Esta desigualdad de aptitudes ha sido el tormento de toda mi vida, pues como las religiones no me han dado nunca explicaciones satisfactorias de por qué estas anomalías, de por qué éstos son tan hermosos y simpáticos y aquéllos tan feos y repulsivos; estos efectos tan diversos me han causado siempre una impresión tan desagradable y desconsoladora, que cien veces me he preguntado: ¿por qué naciendo todos del mismo modo a la vida, hemos de ser las criaturas tan distintas unas de otras? ¿El hombre, al nacer, no deja nada tras de sí? ¿Es todo su porvenir el sepulcro?

¿Por qué la virtud es el patrimonio de los unos y el crimen la herencia de los otros?

¿Se vivió ayer? ¿Se vivirá mañana? ¿Qué es el presente? ¿Por qué mi pensamiento vuela? ¿Por qué mis ideas, en perpetua lucha, no alcanzan a comprender el por qué de la diversidad en los sentimientos y en los caracteres?

¿Por qué la humanidad está dividida en castas?... Y creo que si mi espíritu vive eternamente, irá preguntando de mundo en mundo: ¿Por qué vivo? ¿por qué soy? ¿por qué tengo entendimiento, memoria y voluntad?

Filosóficamente pensando, sin esa eterna pregunta la vida no tendría razón de ser.

EL ARBOL SECO

Hace algunos días que buscando reposo para mi intranquilo espíritu, salí al campo, donde siempre encuentro algo que admirar, algo que me haga pensar ante la espléndida naturaleza, pródiga en bellezas infinitas.

Me senté al pie de un álamo, y maquinalmente miré a un árbol seco que había cerca; su tronco, ennegrecido y carcomido por el tiempo, tenía grandes y retorcidas raíces, que salían a flor de tierra; sus ramas, sin hojas, se inclinaban tristemente al suelo; y tres o cuatro chiquillos arrancaban una pequeña parte de su seco y abundante ramaje.

No sé cuanto tiempo hubiera durado aquel desmoche, si no hubiera aparecido una anciana, que puso en precipitada fuga a los pequeños leñadores. La mujer me saludó con esa afabilidad de los campesinos, y se sentó cerca de mí, diciéndome:

-¡Jesús!... ¡y qué malas entrañas tienen los chiquillos! La han tomado con este pobre árbol, que era el predilecto de mi abuelo, y todos los días han de venir a destrozarlo.

-¡Qué quiere usted!... ¡del árbol seco todos hacen leña! No son únicamente los niños los que se ocupan en destruir lo que el tiempo derrumba...

-Ya lo creo: decía mi padre que los viejos eran también árboles secos, y que todo el mundo se creía con derecho para desecharlos y negarles protección.

-¡Exacta comparación la de su padre! Entre un anciano y un árbol seco, hay perfecta semejanza.

-¡Si la hay!... Yo lo sé por experiencia. Mire usted: mi padre era uno de los hombres más honrados que he conocido; entró de diez años en una fábrica de tejidos de algodón, y allí estuvo cincuenta años. El día que cumplió los sesenta, le dijo un sobrino del amo, que hacía de mayordomo: "Jerónimo, ya estás muy viejo: ni tienes fuerza para trabajar, ni vista para vigilar a los trabajadores; con que, así, toma cinco duros y vete con tu hija, ayudándote con lo que de den en la puerta de alguna iglesia; que la caridad no abandona a nadie".

Mi pare se le quedó mirando y le rechazó indignado los cinco duros.

-Guárdese usted ese dinero -le dijo-, que le hará más falta que a mí; los "árboles secos" no necesitan que nadie los riegue.

Le volvió la espalda, salió de la fábrica y se vino a mi casa llorando como un niño... Un mes después estaba en el campo santo.

Mi marido, mi hijo y yo hicimos por distraerle cuanto nos fue posible; pero nada conseguimos: a nuestras cariñosas demostraciones siempre respondía con estas palabras: "Hijos míos, los árboles secos no dan sombra; nada puedo hacer por vosotros, que sois pobres y necesitáis de amparo; dejadme morir..." Y murió de pena. Yo la tuve tan grande y le tomé tal odio al matador de mi padre, que un día le esperé a la puerta de la fábrica y le dije al verle salir:

-Dios permita que llegue usted a ser muy viejo y más pobre que mi padre; éste ha muerto en mis brazos, y el que muere en brazos de una hija, no muere desamparado; a usted sus hijos lo abandonarán, y será usted el árbol seco del que todos harán leña...

Y mire usted, se ha cumplido mi deseo.

-¿Sí?

-Ya lo creo; por fuerza habían de obtener este resultado las fervorosas plegarias que, para lograrlo, elevaba todos los días a Dios y a la Virgen de la Soledad.

-¿Y vive aún ese fabricante?

-Sí, señora; pero ya no es fabricante, ni es nada; su tío se casó y le puso de patitas en la calle, si bien le dio un pequeño capital, que no tardó en perder.

Murió su esposa; sus dos hijos se fueron a América y no se ha vuelto a saber de ellos. El se ha quedado medio ciego; vive de limosna, y cuando algunas veces le encuentro, le doy dos cuartos y le digo:

-Tome usted; se los doy en memoria de mi padre, de Jerónimo, de aquel pobre viejo a quien usted ocasionó la muerte. ¡Dios me ha oído!

-¿Y él que contesta?

-Nada; se calla como un muerto. ¡Qué quiere usted que diga, si sabe que la razón me sobra, no digo para alegrarme de su daño, sino para haberme tomado la justicia por mi mano! Porque mi padre estaba bueno, sano, ágil, cumplía con su obligación, y aquel hombre le mató con despedirle de la fábrica, que era su mundo. Allí había crecido; allí conoció a mi madre; allí se casó; allí bautizó a sus hijos; allí enterró a su esposa; allí pensaba morir rodeado de sus compañeros; y de pronto verse en la calle por el solo delito de ser viejo... eso, señora, ¡es tan triste!... ¡que hay para morirse de pena!...

Y por el arrugado semblante de la anciana rodaron abundantes lágrimas en memoria del autor de sus días.

-Usted, aunque cuenta sus años, se conoce que no es árbol seco.

-No, señora; mi marido es colono de una quinta inmediata; tengo hijos, nietos, todos están en mi casa y vivo bien: pero el recuerdo de mi padre siempre me persigue, siempre; lo mismo que el de su matador, cuyo mal tanto me alegra, me alegra y me entristece a la vez, no sé por qué. Hace pocos días le vi, le di limosna, y como él apenas ve, no me conoció, ni yo me di a conocer; luego me arrepentí de no haberle recordado su infamia.

-No se tome usted semejante trabajo, créame usted; su padre vive en la memoria de ese desgraciado.

-He hecho lo posible para que viviera.

-No era necesario; el remordimiento es un recuerdo imperecedero.

-¿Y cree usted que tiene remordimientos?

-Sí, señora; tan convencida estoy de que los tiene, como de que estamos hablando las dos. El remordimiento es la cosecha del crimen. Arboles secos llamaba su padre a los ancianos; árbol seco también es el criminal, no le quede a usted la menor duda, y árboles secos son todos aquellos seres cuyas intemperancias y malos procederes van creando el vacío en torno suyo. La ancianidad es triste, muy triste, la paralización de las fuerzas vitales, la amarguísima experiencia de una vida dilatada imprimen en el ánimo del anciano inexplicable melancolía; y cuando a esta tristeza natural se une el remordimiento, la vida es un horrible cautiverio. La prueba la tiene usted en su padre y en el matador de su padre.

-Crea usted que no me he cansado de pedir la ruina del infame.

-Eso es el tiempo que usted ha perdido. La venganza es un mal pensamiento. El que siembra vientos, recoge tempestades; el que despoja, más tarde será despojado; el que calumnia, llega tal vez a ser víctima de la ciega justicia de la tierra, acusando de crímenes que no ha cometido ni pensado cometer.

-Me asombra lo que usted dice.

-Las leyes eternas establecidas en la creación son tan justas, que vengan a todas las víctimas de los abusos y los atropellos cometidos por espíritus débiles o malvados, que en su maldad se creen fuertes. La fortaleza del malvado se asemeja a las burbujas de jabón que forma el niño.

-¿Y cree usted que todos los criminales son castigados, todos.. todos?

-Todos, sí; ni uno se salva de sufrir la condena. Y crea usted que en el bosque de la vida terrestre hay muchos árboles secos. Para no verse usted como ellos, cuando encuentre al matador de su padre, al darle la limosna dígale: "Yo te perdono en nombre de Jerónimo: te encuentras convertido en árbol seco, y sobre tus muertas raíces yo debo arrojar la semilla de la caridad y el rocío de la compasión".

La anciana me miró con asombro y murmuró con tristeza:

-No sé por qué las palabras de usted me conmueven y tengo como ganas de llorar.

-Pues llore usted; ese llanto le hará bien.

-¿Por qué?

-Porque son el rocío del arrepentimiento, suavísimo para los corazones y refrigerante para las almas. El que se arrepiente y perdona, atrae sobre sí el perdón de sus faltas y las bendiciones del cielo.

La anciana no contestó. Lágrimas silenciosas rodaron por sus enjutas mejillas sin el menor esfuerzo, sin la más leve contracción: eran la esencia de un alma arrepentida. ¡llanto bendito!, llanto que vino a enjugar una chiquilla hermosísima, de cinco primaveras, que se arrojó en sus brazos, exclamando:

-Ven, que el abuelito te espera: han cogido muchas naranjas y quiere que tú las repartas.

La buena mujer se levantó sonriendo y diciendo a su nieta: "Dale un beso a esta señora". La niña me presentó su rostro, sin soltar las faldas de su abuela.

En presencia de aquel cuadro, la ancianidad y la niñez enlazadas por el más puro de los amores, dije a la anciana:

-¡Dichosa usted que ha llegado a la vejez sin convertirse en árbol seco!...

¿QUIEN HABLO?

Reunidas en mi casa varias personas, entre las cuales reinaba gran diversidad de opiniones políticas y religiosas, se pasó a la discusión más apasionada.

Entre los concurrentes, sólo una mujer guardaba silencio: era Inés Leiva, que había venido a contarme sus penas.

Los unos negaban en absoluto la existencia del alma; los otros creían en ella; y entre tan opuestos pareceres, sólo Inés no emitía sus ideas. Su silencio llamó la atención.

-¿Y usted, señora, qué dice? ¿a qué bando pertenece? ¿a la religión, o al racionalismo? - le preguntó un materialista.

-A ninguno de los dos: soy... indiferente.

-Imposible, señora; eso no puede ser de ningún modo: aunque lo jure no lo creo. Sus ojos demuestran al más topo que no rueda usted por el mundo como una hoja seca sin saber dónde detenerse.

-Si hubiera usted dicho que me detenía en algún sitio para llorar, hubiera estado en lo cierto.

-Esto es capítulo aparte, señora. Su luengo manto y el negro crespón que envuelve su cabeza demuestran claramente que ha perdido un ser muy querido; y lo demuestra más que el luto exterior, el dolor retratado en su semblante; pero el dolor, señora, ni es una religión, ni es un ideal político o religioso, y bien se puede llorar ante una tumba aceptando la nada como fin de todo lo creado, o esperar en un cielo habitado por seráficas legiones; preferir un monarca absoluto o el sistema gubernativo del porvenir,

la república. El llanto, por amargo que sea, no excluye la facultad de pensar, escoger y preferir.

-Es cierto; pero cuando el dolor avasalla por completo, cuando se apodera en absoluto de nuestro ser, nuestra religión, nuestra filosofía, y fuera de su pequeño círculo, la vida no tiene ningún objetivo.

-Romanticismo puro, señora.

-Pues crea usted que nunca he sido romántica - contesto Inés, con marcada altivez.

-En fin, yo estoy persuadido de que usted cree en algo. ¿Qué juicio ha formado de cuanto aquí se ha dicho?

-No he perdido una sola frase de las que han proferido, y lo único que he sacado en limpio de la discusión, es la dificultad de encontrar la verdad. Yo la busco con empeño algunas veces; en otras ocasiones me cruzo de brazos. Mientras más pregunto ¿qué es el alma? ¡qué papel representa después de la muerte del cuerpo? menos satisfactorios son los resultados de mis indagaciones; pues siempre tropiezo con algo incomprensible que no puedo definir. Hoy mismo he venido a ver a Amalia para preguntarle quién me hablo la última vez que estuve en el cementerio a dejar un ramo de flores sobre la tumba de mi inolvidable Jaime.

-Su contestación ya es cosa sabida: le dirá a usted que le habló un alma del otro mundo -replicó el materialista, riéndose alegremente-, y yo le diré que usted misma fué la que se habló: el silencio, la soledad, la tristeza de aquel paraje, convida a la meditación; los melancólicos recuerdos de un pasado quizá venturoso, ese Jaime que ha nombrado, y que tal vez fue su esposo; todas esas reflexiones exaltan la fantasía, y ya en este terreno, la propia voz tiene ecos y resonancias de todas las voces imaginables.

-¡Ah! no; estoy segura de que alguien independiente de mí; alguien extraño a mi entendimiento y a mi voluntad, me habló en el cementerio.

-¿Pues qué le pasó, Inés? -le pregunté estrechando su mano entre las mías-. Cuénteme lo que aconteció. Mis amigos tendrán diversas opiniones en política y en religión; pero son tolerantes como personas ilustradas y de esmerada educación. Ninguno ridiculizará lo que usted diga.

-Y lo creo. Y hasta me complazco en contar a otros lo que a mí me preocupa, para ver si en sus opiniones hallo un rayo de luz, ya que en mi cerebro no hallo más que tinieblas.

Ya saben ustedes que ignoro lo que soy respecto a creencias religiosas. Reñí con los Cristos, las Vírgenes y los santos, cuando le pedí inútilmente la vida de mi inolvidable esposo Jaime: ni oír misas, ni vestir hábitos me sirvieron para detener en la tierra al que era alma de mi alma. Acudí a los espiritistas para que evocaran al espíritu que había sido vida de mi vida, y no encontré en las comunicaciones nada concreto, nada íntimo; todo era abstracto, indeterminado. Consulté con los materialistas, y éstos me hablaron de renovación eterna, de evolución atómica, de cohesión de moléculas y de la pérdida de los afectos y de los recuerdos; el fatalismo de sus leyes destruyendo todo lo más noble de nuestro ser, no me seduce. No acaricio, pues, en realidad, ningún ideal religioso ni filosófico. Voy con frecuencia al cementerio; leo cien veces el nombre de mi marido, grabado en la lápida de su tumba, y exclamo: "¿Por porqué no me contestas, si es que existes?..." ¡Y nunca me ha contestado!

Hace pocos días fui a la mansión del reposo; cuando llegué ante el sepulcro de mi marido, iba fatigada, rendida. En busca de apoyo, enlacé mis brazos a un ciprés inmediato a la sepultura, y apoyé en su tronco mi cabeza. Refiero estas minuciosidades para que se vea que permanecí de pie; que no fue cosa de sentarme, dormir y soñar, no; estaba bien despierta. Dirigí mis miradas a la lápida, y después al mar, que en lontananza se unía con el cielo, y pensé con amarga tristeza: "Tras de esa atmósfera azulada, lo desconocido, lo incomprensible; tras de esta piedra labrada, también lo desconocido; ¡lo único que no me deja dudas es mi profunda soledad y mi aislamiento!"

¡Bien mirado, no encuentro ninguna razón bastante poderosa para seguir viviendo: ¿qué me une a la tierra? ¡Nada! Mis deberes de hija y de esposa ya los he cumplido; he perdido toda la felicidad a que yo podía aspirar en el mundo; soy pobre, de consiguiente, no puedo gozar, como otros, practicando la caridad; mi organismo está ya tan debilitado, que no puedo asistir a los enfermos y prodigarles consuelos; soy una hoja seca. Si es que hay Dios, bien podría acordarse de mí y borrarme de la escena de la vida. ¡Dejar de sufrir!... ¡dejar de luchar con la sociedad maldiciente!... ¡no sentir el dolor de los recuerdos; no preocuparme por los días del porvenir!...

¿Por qué he de vivir? ¿por qué ha de prolongarse mi martirio?...

Y seguí haciendo análogas reflexiones, deseando de todo corazón dejar la vida, porque en realidad no tiene ningún atractivo para mí. Yo quería morir, no matarme; para matarse, se necesita valor y fuerzas, y yo, en aquellos instantes, había agotado toda mi energía, toda mi actividad. Permanecí largo rato hablando conmigo misma, hasta que mi pensamiento se agotó. De pronto experimenté una sensación indefinible: mi cuerpo sufrió una violenta sacudida, como si una chispa eléctrica hubiese trazado en él un jeroglífico luminoso; y no precisamente en mis oídos, pero sí en el viento, a gran distancia, me pareció oír una voz cuyo timbre no me era desconocido. Levanté la cabeza, que durante mi largo monólogo había tenido apoyada en el ciprés, y di algunos pasos como si quisiera salir al encuentro de quien me hablaba, porque oía bien claramente que una voz muy lejana decía "¡Inés!... no merece reposo quien no emplea todas sus fuerzas en provecho y beneficio de la humanidad. Dices que estás sola, habiendo tantos desgraciados a quien consolar. La batalla más gloriosa es la más reñida; el erial de la tierra se convertirá en un oasis cuando sus moradores comprendan que las fuerzas para progresar no se gastan, ni se debilitan, ni se extinguen".

Conforme iba escuchando aquellas palabras, sentía que mis miembros entumecidos se vigorizaban, que mi inteligencia despertaba de su atonía. Entonces, con la mirada puesta en la sepultura de mi Jaime, me avergoncé de mí misma; sentí hasta remordimientos, por haber querido morir... "¡Qué locura! -exclamé para mí misma-, ¡qué ingratitud! ¡He querido dejar el lugar bendito donde he sido tan dichosa!... ¡dejar esta tumba sin flores, sin los recuerdos de nuestro amor!... ¡Cuánto egoísmo en el corazón humano!" Porque ya no soy dichosa, quiero abandonar a los que sufren más que yo y me piden consejo en su agonía.

Abandoné aquel lugar, resuelta a no volver a pensar en la muerte mientras pueda ser útil a mis semejantes, que sufren más que yo.

¿Quién me habló en el cementerio? No lo sé: mi relato es verídico en la forma y en el fondo; yo no creo en nada; nada me ilusiona ni me seduce; pero es tan cierto que oí aquella voz lejana, como es cierto que nos encontramos aquí reunidos.

Las explicaciones que podrán dárseme, quizá no me satisfagan; pero la verdad del hecho me convence de que hay que decir como el sabio griego: "Sólo sé que no sé nada". Ahora, señores, os pregunto: ¿quién me habló?

Mis amigos se miraron unos a otros, y en aquella mirada podía adivinarse esa pregunta: ¿Quién le habló?

LO QUE DICEN LOS NIÑOS

I

Cada cual tiene su monomanía, y yo tengo la de escuchar lo que dicen los niños.

Después de oír las frases de los pequeñuelos, hago mis comentarios más o menos acertados. El ave enjaulada en mi cerebro tiende sus alas, y va mi pensamiento lejos, muy lejos. Mi alma suele sonreír alborozada y exclamo con íntima satisfacción: "¡Qué hermosos serán los días del porvenir!... ¡Cuántos librepensadores difundirán la esplendente luz de la verdad!..."

Los niños me lo demuestran con lo que dicen; son filósofos en miniatura.

Conozco un niño llamado Miguelín, que aun no ha cumplido seis años; tiene madre, abuela y un hermano mayor, que le sirve de padre amorosísimo. Las dos primeras le llevan todos los domingos a misa, a lo cual se deberá que entre sus muchos juguetes figure en primera línea un altar con muchos santitos, libritos de oraciones, candeleros con sus correspondientes cirios, y sobre una silla pequeña una casulla, un alba y todo lo necesario para revestirse de sacerdote y decir misa. Es el chiquillo más mimado que he visto en la tierra.

Como la felicidad absoluta no existe en el mundo, Miguelín, que podía ser dichoso y es una criatura hermosa y adorable, tiene en su débil organismo un encarnizado enemigo, y con la mayor frecuencia en su cabeza, por extremo desarrollada, se aglomera tal cantidad de sangre, que el pobre niño, aturdido, abrumado por un peso irresistible, se deja caer en su lecho, desde el cual llama angustiosamente a un hermano suyo, Pepe, distinguido médico, que cuando ve a Miguelín enfermo se vuelve loco y revuelve todos sus libros pidiendo a la ciencia torrentes de luz, manantiales de sabiduría para salvarle.

Ultimamente estuvo enfermo el niño, llegando a tal extremo su gravedad, que todos desconfiaban de volverle a ver corriendo por la casa; y mientras Pepe llamaba a otros colegas suyos para que uniesen sus inteligentes esfuerzos a los propios, su abuela, santa mujer, que en su sencillez confía en la protección divina, sacaba de su urna una imagen de la Virgen, autora de muchísimos milagros, y la acostaba al lado de Miguelín, diciéndole: "Mira, hijo mío, pídeselo con fe, y yo le prometo que si te pones bueno, le compraré un vestido magnifico y una corona nueva, en premio del bien que te habrá hecho intercediendo por ti para que su divino Hijo te deje salir a oír una misa en la catedral".

Miguelín repetía dócilmente las palabras que le iba dictando su abuela, al mismo tiempo que Pepe devoraba los libros y consultaba con sus compañeros, y cambiaba los medicamentos y velaba incansable al lado del enfermito.

El chico recobró felizmente la salud. Su abuela, creyendo que la Virgen era la autora del milagro, vistió la imagen con el mayor lujo, le puso la corona prometida y le arregló el altar, diciendo que en su vida había gastado tanto dinero con igual satisfacción. Todo le parecía poco para celebrar el restablecimiento de su nieto.

Llevaron al niño al campo, y allí ha recobrado las fuerzas perdidas en tantas dolencias.

Una tarde, hablando con su madre, me contaba todo lo referido. Miguelín, sentado sobre las rodillas maternales, jugaba distraídamente con unas banderitas de papel.

-Sí -decía su madre-, su abuelita le quiere tanto, que hasta quitó a la Virgen del altar para que se acostara con el niño y le pusiera bueno; y gracias a la Virgen Santísima curó.

Cuando hablaba aquella madre amorosa, yo miraba atentamente al niño. Parecióme que en sus labios se dibujaba una sonrisa de incredulidad, y le pregunté:

-¿Y a ti, quién te parece que te puso bueno, la Virgen, o Pepe?

-Pepe, que fué el que me dio las medicinas. Los santos de palo no pueden hacer nada.

-Magnífica contestación -le dije a su madre-, he aquí un librepensador del porvenir. Y no se diga que este niño crece entre gente descreída, pues usted y su abuela cuidan de llevarle todos los domingos a misa; entre sus juguetes dominan los objetos religiosos, su abuela en su supersticiosa devoción, ha llegado hasta quitar la imagen del altar para colocarla en su lecho; y a pesar de todos sus afanes por que el niño creyera en un

milagro, Miguelín ha sabido apreciar y medir la inmensa distancia que existe entre la ciencia y la fe religiosa, y cree que los desvelos de su hermano valen mucho más que todos los santos de madera.

¡Con cuánto placer miré a Miguelín! ¡Cómo su clara inteligencia se abre paso a paso a través de las creencias de su familia!

El será un librepensador del porvenir.

II

Otro niño, Víctor, es un niño que contará tres años, grave y melancólico; le contemplo muchas veces sentado junto a una mesa, apoyando su frente en ambas manos.

¿Qué habrá dentro de aquella cabecita cubierta de rubios cabellos? Esta pregunta tuvo contestación hace pocos días, y ya sé que dentro de aquel pequeño cerebro hay el noble afán de investigar.

Víctor hizo no sé qué travesura, y le dijo su madre:

-Niño, estate quieto, y te encargo que cuando venga tu padre no le hagas incomodar, que harto enojado vendrá él.

-¿Y por qué vendrá enfadado?

-Porque le habrán puesto de mal humor.

-¿Quién?

-Un hombre.

-¿Quién es ese hombre?

-Uno que tiene negocios con tu padre.

-¿Y por qué le pone de mal humor?

-Porque las cosas no les van bien.

-¿Por qué no les van bien?

-¡Qué sé yo! Déjame en paz, no lo sé.

-¿Y por qué no lo sabes?

La madre, al oír la última pregunta de su hijo, se quedó perpleja, y no sabiendo qué contestar, se levantó y salió del aposento, Pero no se libró de las preguntas de Víctor, que se fue tras de ella repitiendo con impaciencia.

-¿Pero por qué no lo sabes?

Tal vez con el tiempo será Víctor un segundo Leibnitz, que consagrará su existencia a buscar el "¡por qué del por qué!"

III

Vino a verme, no ha mucho, la pobre Juana, la desgraciada viuda de un suicida que referí en otros artículos, y dejándose caer en un sillón, me dijo con amargura:

-¡Ay!... ¡ay, señora! ¡qué cansada estoy de luchar! Le confieso que más de una vez pienso en mi marido y digo: "El no era malo, y se mató; bien me puedo matar yo, que no tengo sus virtudes, y quizá muriendo seré más útil a mis hijos".

-¡Juana, tú deliras!

-No, no deliro: como mis hijos tienen madre, no se dan prisa para recibirlos en ningún asilo, y yo he visto cómo han recogido en el hospicio a cinco huérfanos en el momento que enterraron a su madre. Crea usted que sirvo a mis hijos de estorbo.

-Juana, tú estás loca: el beso de una madre vale más que todos los asilos del mundo.

-Así piensa mi Angelita, que tendrá unos seis años. Yo no sé qué penetración tiene esta criatura; pero puedo asegurar que si no me he tirado ya por el balcón, se lo debo a ella, Hace dos días estaba tan desesperada al ver que no puedo trabajar, que tenía hambre y carecía de pan para acallarla, que formé el propósito de suicidarme.

Me levanté y abrí el balcón con el mayor cuidado para no hacer ruido y distraer a mi hija, que jugaba con otra niña. Llorando silenciosamente, miré al cielo; miré las casas de enfrente, que son nuevas y bañadas por el sol, respiraban alegría; me fijé en un balcón lleno de macetas de flores y murmuré casi con envidia: "¡Dichoso el que tiene tranquilidad para cuidar las plantas!..."

Ya iba a lanzarme al espacio, cuando sentí que me abrazaban la cintura, y vi a mi Angelita que me atraía hacia ella, mientras con inefable ternura exclamaba:

-¡Mamita mía! ¡dame muchos besos! ¿Verdad que no te quieres morir? No estés triste porque no tengo padre: con tenerte a ti, lo tengo todo, pues tú me quieres por los dos. ¿Es verdad, mamita que me quieres mucho?

Y no se cansaba de darme besos. En aquellos momentos sentí haber querido morir. A toda costa quería vivir para mi hija, es decir, para todos mis hijos. Ya puede estar mi Angelita jugando con otras niñas; cuando yo entro, aunque no me queje, aunque no llore, ella conoce cuando me rinde la pena. Entonces se abraza a mí y me dice muy quedito:

-No te aflijas porque no tengo padre: te tengo a ti, y en ti lo tengo todo.

Y me mira de una manera que me hace estremecer. ¿Qué le parece a usted de todo esto?

-Que muchas veces, si pusiéramos atención en lo que dicen los niños aprenderíamos más que revolviendo volúmenes en las bibliotecas.

Los niños son los hombres de ayer y de mañana.

Lo que dicen los niños no responde siempre a su presente: es un eco de su pasado; es la voz de las generaciones que sembraron en la tierra la semilla del progreso, cuyos frutos recogen en el presente y recogerán con abundancia en lo venidero.

¡LA SOLEDAD!

I

En cualquier página familiar que fijo mis ojos veo escrita esta palabra fatídica: ¡Soledad!

Hay grupos de seres, más o menos afortunados que duermen bajo un mismo techo, que comen juntos, que comparten penas y alegrías, y a pesar de esta unión íntima. ¡qué solos están la mayor parte de los terrenales! Si yo creyera en un Dios que maldice a sus hijos, diría que sobre la raza humana pesa una terrible maldición, porque cada ser, con rarísimas excepciones, dice con amargura: "¡Estoy tan solo!... ¡vivo tan aislado en medio de mi numerosa familia!... Mis quejas nadie las escucha; mis suspiros nadie los recoge... mis lágrimas nadie las enjuga; y ¡qué triste es la vida en semejantes condiciones!"

Me sucede con frecuencia, estudiando en las diversas familias con las cuales tengo amistades, que en la mayor parte de ellas encuentro en sus individuos grandes virtudes; cada uno de por sí es un tesoro desconocido, ignorado, y puestos en contacto unos con otros, estos seres verdaderamente virtuosos, forman un conjunto detestable, realmente desconsolador; y viéndolos, hay que decir con el poeta de las "Dolorosas":

"Sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta;
pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía".

No siempre mis estudios me impresionan de la misma manera, porque no todos los seres que trato me son igualmente simpáticos, y me conmueve menos el infortunio de aquellos que no han despertado mi afecto, aunque sin dejar de compadecerlos en su desventura. ¡Cuánto impresionan, en cambio, mi espíritu, las amarguras de las personas que me son simpáticas o queridas, o de aquellas en quienes descubro virtudes recomendables y dulces sentimientos!... En estos casos se apodera de mí cierto escepticismo, y digo con Campoamor:

"Voy a decirte una verdad, y es ésta:
No vale nuestra vida lo que cuesta".

Que los seres imperfectos sufran las ineludibles consecuencias de sus actos ruines y mezquinos, lo encuentro justo y razonable, porque siempre la cosecha se obtiene según la calidad del grano que se arroja en el surco de la vida; pero esas almas buenas, esos seres que llevan en sus ojos todas las dulzuras de los más delicados sentimientos, que su voz es armoniosa y acariciadora, que siempre hablan para bendecir y sólo piensan en perdonar, ¿por qué estos seres han de vivir en las tinieblas y en el frío, cuando semejantes al sol han difundido siempre en torno suyo luz esplendente de su ternura y el calor vivificante de su bondad?

Hace ya muchos años ocupa un lugar preferente en mi memoria una mujer buenísima. Sí, Lía es uno de esos seres que en esta existencia no ha perdido, como diría un creyente de la Iglesia Romana, la gracia del bautismo...

La inocencia, la candidez, la ingenuidad de la niña han conservado en ella su adorable encanto, sin que hayan podido destruirla o desnaturalizarla, ni la risueña coquetería de la juventud, ni la melancólica gravedad de la edad madura.

Lía siempre será una niña encantadora, aun cuando la nieve de los años esparza sobre su frente sus blancos copos.

Lía vistió las galas de la desposada, y envolvió amorosa a sus hijos, estrechándolos contra su seno, sin que la pureza inmaculada de su alma perdiera nada de su suavísimo perfume, de su espiritual esencia. La mujer ángel descendió a la tierra para imprimir un ósculo de paz en la frente de un hombre; cumplióse en ella la ley de la naturaleza, que es la sabia ley de la reproducción, y Lía fue madre para bendecir a sus hijos, para depositar en ellos el tesoro de amor que guardaba en su corazón; pero cumplidos sus sagrados deberes de esposa y madre, Lía no es una mujer; Lía es un ser que no pertenece a este mundo. ¡Es tan buena!

Algunas veces, cuando las miserias humanas me abruman, cuando las decepciones me hacen decir con amarga ironía: "¡Penar tanto por tan poco!...", voy a ver a Lía para reconciliarme con la humanidad, para convencerme de que no todos los terrenales somos un conjunto de imperfecciones.

No ha mucho estuve a verla, y la hallé más triste que de costumbre.

-¿Qué tienes? -le pregunté.

-No lo sé; yo misma no me lo explico; sólo te podré decir que cada día me encuentro más sola. ¡Y es tan triste la soledad!

-¿Pues y tu marido y tus hijos, no son buenos para ti?

-No acabo de comprender lo que son ellos para mí: lo que yo sé es que los quiero con todo mi corazón. ¡Tengo, sin embargo, en mi alma, un vacío tan grande!... A veces me acrimino, y lo hago con toda la dureza de que soy capaz; hasta llego a creer que soy injusta; no sé... Hoy, por ejemplo, es el día de mi cumpleaños, y de mi familia, sólo mi hijo, el más pequeño, me ha regalado una flor; en cambio, la servidumbre y algunas amigas me han ofrecido el testimonio de su afecto y me han obsequiado con presentes. ¡Qué contrastes hay en la vida! ¿No debieran ser los míos los primeros en manifestarme

su adhesión y su amor y celebrar como una fecha venturosa el día de mi nacimiento? Se han llevado las primicias de mi corazón, y no obstante, ¡con qué indiferencia me tratan! ¿Merezco ese proceder? ¿Soy yo culpable?

En aquel instante entró el marido de Lía. Enseñóle ésta con inocente alborozo los regalos, diciendo a cada objeto que le presentaba el nombre de la amiga o del sirviente que se lo había ofrecido, y concluyó diciendo:

-Margarita me ha enviado una pañoleta de felpa color de bronce preciosa.

-¿Y en dónde está? -dijo el marido, distraídamente.

-¡Con qué poca atención me miras! -exclamó Lía con inmensa amargura-, ¿No ves que la llevo puesta?... ¡Ay! Amalia, a la pregunta que hice anteriormente, ¡cuán pronto ha contestado mi esposo!...

El marido de Lía miró a ésta sorprendido de la inflexión de su voz, en que se adivinaba amarguísima ironía; y mientras su rostro se coloreaba, en sus labios se ahogaba un melancólico suspiro.

II

¡Cuánto daño me hizo aquella escena! En ella comprendí que Lía vive completamente sola; y no merece una mujer tan buena vivir en tan profunda soledad. ¿Por qué, pues, vive así? ¿Qué ley es ésta tan absurda y tan tiránica que condena a los buenos a vivir esclavizados? ¿Por qué han de estar infinitamente solos la mayor parte de los habitantes de la tierra? ¿Por qué individuos de familias que al parecer viven en paz y amor, acarician la idea del sucidio para concluir de una vez con su soledad?

¡Qué mal se vive en la tierra! Indudablemente debe haber otras moradas donde se viva mejor que aquí: si el espíritu ha de vivir eternamente, es imposible que siempre se viva tan solo, tan aislado, tan encerrado dentro de sí mismo.

La vida ha de tener otro desenvolvimiento, otro desarrollo, otra expansión; la soledad no puede ser perpetuamente el patrimonio del espíritu.

Ayer se mataban los hombres unos a otros con un encarnizamiento feroz para poseer el más fuerte un pedazo de tierra; hoy los hombres se toleran unos a otros; mañana se amarán.

Decía un filósofo que el mañana del mañana será la apoteosis del amor; falta hace que lleguen esos días de sol, pues si hoy en nuestro sistema solar hay calórico suficiente para sostener la energía de los cuerpos, falta en nuestra atmósfera el calórico que necesitan las almas.

El que vive solo, vive muy mal, y guarda en el pecho todas las esperanzas que nos alientan y todos los desengaños que nos desesperan; ¡es tan triste!...

Cuando uno mira en torno suyo y se dice con melancolía: "Si supieran que espero, se mofarían; si se enteran de que éste o aquél me ha olvidado, me despreciarían; lo mejor es ocultar lo que siento". Este afán de esconder los verdaderos sentimientos va formando la muralla de hielo que separa a los unos de los otros. En vez de buscar un pecho amigo para depositar en él una parte de nuestras penas, se procura sonreír y agasajar a aquellos a quienes nada importan nuestras cuitas, y de consiguiente, no se toman el trabajo de sondear el abismo de nuestra alma; y la soledad abrumadora, a semejanza de la araña, va extendiendo sus redes en el palacio de los magnates, en el hogar de la clase media y en la cabaña del pobre, y cada espíritu vive encerrado dentro de su cárcel, en la oscuridad más horrible.

La "soledad" debe desaparecer de la tierra; las almas deben amarse y comprenderse, y las familias deben constituirse a manera de oasis donde reposar de las fatigas de la vida.

Cuando llegue esa época, ¡qué grato será vivir en la tierra! Cuando las almas no oculten sus sentimiento, ¡qué hermosa será la existencia!

DONDE MENOS SE PIENSA...

Hace algún tiempo que voy con frecuencia a un hospital para ver a un amigo, víctima de una accidente desgraciado, una caída que lo imposibilita durante algunos meses para el trabajo.

La fractura de un miembro, ¡cuánto hace sufrir! Toda nuestra voluntad, toda nuestra energía se estrellan ante la impotencia de un brazo dislocado o de una pierna rota. Luego, el que se levanta después de una operación quirúrgica, se levanta más torpe y más débil que un pequeñuelo cuando principia lleno de temor a dar los primeros pasos. Durante esas temporadas tristes de la vida es cuando el hombre necesita de todos los consuelos: por esto dice el refrán que "en la cárcel y en el hospital se conocen los amigos".

Cuando veo en el hospital un enfermo rodeado de amigos me siento consolada; en cambio, cuando veo esos lechos abandonados, en los cuales el enfermo, recostado en las almohadas, fija sus ojos en la multitud de visitantes, como diciendo amargamente: "¡Nadie se acuerda de mí!...", estos desdichados me inspiran tan grande compasión, que en aquellos instantes quisiera poseer la varita mágica de las "hadas" y de los encantadores de que "Las mil y una noches" nos hablan, para decir a aquellos infelices: No lloréis porque estáis enfermos; yo os daré una familia amorosísima; no os preocupe vuestra pobreza: yo os daré tesoros que no se agoten jamás"; pero como en la vida real no hay más varita mágica que el propio esfuerzo de cada uno, me encuentro impotente ante los grandes infortunios, y toda mi acción queda reducida a compadecer sinceramente a los desdichados.

"Llórame solo, y no me llores pobre", dice el vulgar adagio con gran sentido de la realidad; el enfermo que en un hospital no tiene nadie que se acuerde de él, ofrece en su semblante una expresión más dolorosa que la de todos los mártires de la miseria.

He podido convencerme de esto en mis asiduas vistas a un desgraciado, postrado en el duro lecho de un hospital. Para llegar a su sala, tenía que pasar por otra, y me llamó la atención un anciano envuelto en una manta, sentado en su lecho: en el rostro de aquel hombre demacrado brillaban dos grandes ojos, tan hundidos en sus órbitas, que parecían dos abismos insondables. A pesar de estar envuelto en la manta y tener la cabeza cubierta con un gorro, en el rostro de aquel enfermo, en el modo de estar reclinado y en algo inexplicable, se adivinaba que aquella persona había frecuentado grandes salones; que no siempre había sido su lecho el de un hospital.

En todas mis visitas dirigía mi mirada a aquel anciano, junto al cual nunca vi una persona amiga o compasiva. Siempre que yo pasaba por delante de su cama, sentía un deseo vivo de dirigirle la palabra; sin embargo, nunca me atreví a interrogar sus amargas reflexiones.

Llegó el amigo a quién yo visitaba, al período de la convalecencia, y tuvo que pasar a otro departamento. ¡Cuál no fue mi sorpresa y hasta mi alegría, al encontrarme una mañana, hablando con mi amigo, el anciano cuya triste soledad tanto había llamado mi atención!

Su traje era pobre, muy pobre; pero en él se adivinaba al hombre distinguido: Su cabeza descubierta mostraba espaciosa frente, y sus cabellos escasos eran blancos como la nieve.

Nos sentamos, y se comenzó a hablar de las ingratitudes y decepciones que se reciben en la desgracia. El anciano dijo:

-¡Quién habrá recibido más desengaños que yo!...

-¡Lo presumía! -le repliqué-. En su porte se reconoce que no siempre ha sido tan humilde como ahora, su posición social.

-Ciertamente, señora; y ya había observado que usted me miraba compasivamente. Crea que soy digno de compasión, y que me cuadran perfectamente unos versos que aprendí de memoria y que son la pintura exacta de lo que acontece en el mundo.

-Sería usted tan amable que nos recitara esos versos?

-Con el mayor gusto, señora; es mi poesía favorita. Se titula: "¡Oh, la amistad!" Dice así:

En una edad de mi vida
me sonrió la fortuna,
y fui por entonces una
persona muy distinguida.
Yo a los círculos subí;
yo en los teatros entre,
y en todas partes brillé,
y en todas partes lucí.
Y este marqués me quería,
y aquel conde me adoraba,
y el mundo me saludaba,
y el mundo me sonreía.
.....
Pasó un año, y ¡ay de mí!
¡Cuanto tenía se fue!
Ya ni en los teatros entré,
ni a los círculos subí.
Tornase la suerte mía:
ya el mundo no me miraba,
ni el marqués me saludaba,
Todo el mundo me olvidó.
Las amistades se van...
¡Pedí un pedazo de pan,
y el mundo me lo negó!
.....
Viéndome en tal indigencia,
tuve un herencia bendita,
y volví a vestir levita,
disfrutando de mi herencia.
Y hoy el orgullosos conde,
cuando el sombrero se quita,
dígole yo a mi levita:
-¡Que te saludan! Responde.

Estos son los versos. Los últimos no son la expresión de mí estado presente, ni mucho menos, pues estoy en la miseria; mi edad avanzada me hará concluir mis días en este asilo de beneficencia.

-¡Quién sabe! Cuando menos se piensa, brota la fuente de la prosperidad.

-También es cierto; y yo acabo de tener de ello una prueba. No siempre he vivido en la indigencia. Hijo de familia noble, uní a viejos pergaminos gran cantidad de viejas peluconas. Con mi árbol genealógico y mis arcas repletas de onzas mejicanas, a nadie tenía envidia; pero desgracias y descalabros de fortuna, unas que se vinieron solas, y otros que yo les salí al encuentro, es lo cierto que comencé a jugar para ganar lo

perdido, y perdí cuanto tenía y además enormes sumas prestadas. Quise trabajar, y mi deseo llegó tarde; viejo ya y sin los conocimientos necesarios para desempeñar ningún cargo en fábricas o en establecimientos industriales, mal vestido y conservando cierto orgullo de raza que nunca se pierde, me encontré reducido a la más espantosa miseria. ¡Cuánto he sufrido!

Cuando se llega al último extremo, se pierde hasta el derecho de tener un asilo donde recogerse, van relajándose y rompiéndose todos los vínculos que a la sociedad nos unen. ¡Qué importa que se hunda el mundo cuando uno se encuentra completamente hundido! Yo, sin embargo, que he tenido muchas excentricidades, he conservado aún en medio de mis grandes privaciones, mi afán por leer periódicos; compraba muchos diarios, siempre a un mismo vendedor. Mientras pude, le pagaba el doble de lo que valían los periódicos, porque me inspiraba simpatía aquel pobre viejo trabajando en los postreros años de su vida; compadecía su pobreza y admiraba su incansable actividad, diciéndome a mí mismo muchas veces: "Ese hombre vale más que tú, porque quiere y sabe trabajar".

Llegó un día en que no pude comprarle más que un periódico diario, y, por último, ninguno. Caí enfermo, me vine al hospital y aquí he estado seis meses sufriendo una dolorosa enfermedad. De mis antiguos vicios, he conservado el de fumar; y como nadie venía a verme, nadie me obsequiaba con cigarros. Mi carácter poco comunicativo no es a propósito para crearme simpatías entre los enfermos; así es que, sentado en mi lecho, veía fumar a mis compañeros de infortunio, que h sido siempre para mí una necesidad imperiosa.

Así pasé cuatro meses, cuando una noche, habiendo despertado, al mover una de las almohadas, me encontré debajo una cajetilla de cigarrillos y una cajita de fósforos. Mi sorpresa fue tan grande y mi alegría tan inmensa, que lloré como un chiquillo y empecé a fumar con el mayor deleite.

Durante dos meses, dos veces por semana, me encontraba por la noche el misterioso presente. Propúseme, como es muy natural, averiguar quién era el que se acordaba de mí; mi enfermero nada sabía; a mí todas las noches me rendía el sueño, a causa del recargo de la misma enfermedad, y así, continuaba encontrando el efecto e ignorando la causa. Por fin, hace dos noches, mejorado de mi dolencia, pude resistir el sueño y ver, hacia las tres de la madrugada, acercárseme un enfermo envuelto en su manta y sorprenderle en su caritativa ocupación.

-¿Quién eres?... ¿Por qué te interesas tanto por mí? -le pregunté.

-¿No me conoce usted? Soy el vendedor de periódicos, aquel a quien usted pagaba el doble de lo que valía cada diario. Muchas veces he pasado por aquí, y como siempre le he visto sin fumar, se me ocurrió devolverle una parte de los muchos céntimos que usted me había dado de más.

-¿Y por qué aguardabas, para hacerlo, a que estuviese dormido?

-Me daba vergüenza, y temía ver rechazado el testimonio de mi cariño y de mi gratitud.

Me quedé tan sorprendido de la delicadeza de aquel hombre, que estreché su mano entre las mías, y dije: Donde menos se piensa... se encuentra un amigo; puedes creer que mientras viva me acordaré de ti.

El pobre hombre no cabía en sí de gozo; más tarde hablamos de mi crítica situación, y me exigió que al salir de aquí he de irme a su casa, donde su familia me cuidará.

Me impresionó muchísimo el relato del anciano aristócrata, que ha recogido en el hospital la semilla que él sembró, admirando y compadeciendo al hombre que, a pesar de sus años, resistía la intemperie en las frías noches de invierno para ganarse honradamente la vida.

¡Cuán cierto es que donde menos se piensa se encuentran grandes virtudes! Almas generosas que, en medio de su propio infortunio, no piensan sino en ser el consuelo de

la desdicha ajena.

¡El amor a nuestros semejantes es el primer deber que jamás debemos olvidar!

LO QUE SIEMPRE NOS QUEDA

I

Hace unos días compré en una librería de libros viejos, uno que se titula "Comentarios filosóficos", encontrándome entre sus hojas dos plieguecillos de papel muy fino, en los cuales leí los siguientes fragmentos, encabezados con el título que antecede a estas líneas.

II

"¡Qué horrible es la vida! ¡Qué tormento es contar las horas, los días, las semanas, los meses y los años, sin que una ilusión nos haga sonreír, sin una lejana esperanza que nos presente un agradable porvenir!...

"Esto nos ha dicho muchas veces un amigo nuestro, perseguido por eso que el vulgo sapiente suele llamar fatalidad o predestinación, y que en realidad no es otra cosa que el saldo de una cuenta más o menos larga.

"Nuestro amigo no tiene creencias religiosas. Es lector de libros escépticos y sostiene la idea de que el suicidio es la única tabla salvadora para dejar de vivir, que es lo mismo que dejar de padecer.

"Le hemos rogado que estudiara la filosofía espiritualista, pero no hemos conseguido más que sonrisas compasivas de profunda lástima y estas frases:

"-¡Dichosos los que creen! Te envidio la certidumbre que tienes en la vida del mañana, en la cual nunca podré creer.

"Y sigue nuestro pobre amigo su penosa peregrinación por la tierra, cerrando sus ojos a la luz y huyendo de la explicación racional de sus penas y de su continuada agonía. Mucha lástima nos inspira, porque se vive muy mal cuando en nada se cree ni nada se espera.

"Lo sé por experiencia: antes de conocer la filosofía espiritualista, sufrí una de estas tempestades que nunca se olvidan. Vivía en aquella época en la fastuosa corte de España; una dolencia pertinaz robó a mis mejillas el rosado color que las matizaba: la miseria más horrible me hacía sentir esas angustias que sólo sufriéndolas pueden apreciarse en su inmenso valor, y grandes y profundos desengaños me hacían apurar el amargo cáliz hasta las heces. Para colmo de males, estaba semi-ciega.

"En la vorágine de las calles de Madrid me perdía envuelta entre el tumulto, salvándome milagrosamente de morir aplastada bajo las ruedas de los coches, pues mil veces dejaba un camino seguro y atravesaba las plazas más céntricas cuando los vehículos cruzaban en distintas direcciones. Aquel temor que tenía a la muerte causábame una verdadera contrariedad, y sentándome a veces para tomar aliento, en alguno de los jardines que se encuentran en las calles madrileñas, comenzaba el siguiente monólogo:

"-¡Qué estúpida es la humanidad! Y yo figuro en primera línea entre los imbéciles, puesto que huyo de la muerte como si mi vida fuera digna de conservarse, como si una ilusión y una esperanza me hicieran presentir horas serenas en el ignoto porvenir.

"¿Qué lazo me une a la tierra? ¿Qué medios tengo para subvenir a las más precisas y

perentorias necesidades de la vida? Todos me son negados, puesto que no tengo familia que procure por mi sustento, ni luz bastante en mis ojos para dedicarme a ningún trabajo; los desengaños más crueles me han ofrecido su copa de hiel, que he bebido hasta el fin. ¿Por qué este miedo de dejar de ser, si con perder la vida ganaría ciento por uno? ¿Será cobardía? Sólo sé que no sé medir el tiempo, pues entre sufrir un gran número de años y padecer brevísimos momentos, no debería ser dudosa la elección; y sin embargo, por desfallecida que me encuentre, al sentir el ruido de los carruajes, huyo con la mayor ligereza hasta encontrar puerto de salvación. ¿A qué este afán de conservar un cuerpo que sólo me sirve para sentir todas las agonías físicas y morales? - Y filosofando de esta manera llegaba a mi solitario albergue, donde continuaba mi soliloquio, sin conseguir consuelo alguno, ni esperanza de ninguna clase.

"Como si mi ser fuese doble, parecíame que en mí había dos entidades, una que sufría sin murmurar, y otra que se preguntaba: "¿Por qué sufres? ¿Por qué cometes la necedad de amar la vida, cuando la tierra te niega amor para tu alma y luz para tus ojos? ¿Por qué luchas, cuando el desequilibrio que hay en tu organismo te demuestra claramente que cesó tu trabajo y tu obligación de vivir?"

"-Porque algo queda en mí (respondíame a mí misma), que me hace, si no amar la vida, al menos rechazar la idea de morir voluntariamente. ¿Qué es este algo indefinible que me impide acabar de una vez con tantos tormentos? Dímelo, quienquiera que seas el que respondes a mi pensamiento.

"Y me quedaba escuchando atentamente; pero nadie contestaba a mi pregunta. Hasta que una tarde, cuando menos lo esperaba, obtuve una contestación satisfactoria de un ser al que no he vuelto a ver jamás y a quien debo el emprender serios estudios, que obraron un cambio radical en mis ideas.

"Hallándome en le Paseo de Atocha, vino a sentarse cerca de mí un hombre pobremente vestido, pero de figura aristocrática, que me saludó cortésmente y comenzó a hablar del tiempo, temo obligado entre dos que no se conocen y comienzan a cambiar sus impresiones.

"Llamáronme la atención su buen decir y sus atinadas reflexiones, y, preocupada con mi idea dominante, le dije:

"-Usted, que me parece un observador profundo, a ver si puede darme una contestación satisfactoria a la pregunta que voy a hacerle. ¿En qué consiste que algunos seres, por desesperados que se encuentren, huyen de la muerte, evitando con el mayor cuidado todas las ocasiones en que puedan peligrar en su existencia, cuando su permanencia en la tierra es una serie no interrumpida de tribulaciones? ¿Es necedad huir del fin de la agonía? ¿Por qué muchas veces el desgraciado que piensa en suicidarse, huye instintivamente de morir aplastado bajo las ruedas de un coche en el mismo momento en que va a poner fin a sus días?

"-Eso consiste en que al hombre siempre le queda el recuerdo inexplicable de su ayer y la poderosa intuición de su mañana.

"-No a todos les quedará ese recuerdo, porque son muchos los que se suicidan.

"-Es que los suicidas tienen el cerebro enfermo, y yo me refiero únicamente a los que tienen sus cinco sentidos cabales. Un hombre dominado por una fiebre intensa, si no le vigilan, suele cometer mil imprudencias; y el suicida es un enfermo en estado gravísimo, cuyos actos no obedecen a una resolución hija del cálculo razonado. El suicidio es el efecto de una fiebre devoradora: nunca el resultado de maduras reflexiones.

"-Pues bien, hay suicidas que piensan y meditan su plan largo tiempo, como que dejan bien ordenados sus asuntos y cartas que explican el por qué de su muerte.

"-No todos los locos llevan la camisa de fuerza. Si ha visitado usted algún manicomio, habrá visto que hay alienado que habla correctamente, dedicándose a la música y a otros trabajos, sin que por eso su razón deje de estar herida peligrosamente. El suicida,

créame usted, es un pobre loco, digno de inmensa compasión. El ser desgraciado que, en medio de las mayores desventuras, conserva intacta la clara luz de su razón, es el que piensa en el suicidio (sin no tiene ningún ideal religioso), a la vez que le aterra la idea de morir, porque ve, sin darse cuenta de ello, el ocaso de su vida pasada y el aurora de su porvenir.

"-¿El ocaso de su vida pasada? ¿Pues qué, el hombre tiene más de una vida?

"-Sí, señora; el principio inteligente que hay en nosotros anima sucesivamente a un sin número de organismos, y siempre nos queda el recuerdo imperecedero de la continuidad de nuestra vida. Si nada nos ligara al pasado y al porvenir, la tierra estaría deshabitada hace muchos siglos; porque la vida, para la mayoría de los seres, es una carga abrumadora, que se dejaría con el mayor deleite si el hombre no tuviera la intuición de su inmortalidad. A veces todo se pierde en la vida: bienes, familia, salud, amigos, esperanzas; pero en una mente sana siempre queda algo, que un sabio llamó "el amor a lo desconocido"; y verdaderamente, el hombre en la tierra ignora siempre lo que le acontecerá; no le quepa a usted la menor duda; lo sé por experiencia: el temor instintivo a la muerte es el convencimiento profundo, la plena certidumbre que tiene el "***yo pensante"*** de su inmortalidad. Yo también he querido morir; yo he apoyado en mi frente el cañón de una pistola, y sin que nadie viniera a detenerme, he bajado mi diestra y dejado caer el arma homicida, diciéndome: "Así como el hombre vive a pesar de la amputación de uno de sus miembros, de igual manera mi yo vivirá eternamente, aunque inutilice mi cuerpo y otros mil que tuviera. ¡Violencia inútil!... La máquina del pensamiento tiene un motor eterno, cuya fuerza nunca se extinguirá."

III

Esto decían los fragmentos del borrador que encontré dentro de los Comentarios filosóficos. ¿Quién será la mujer que trazó esas líneas? ¿Estará aún en la tierra?

¡Quién sabe!... Mas, ¿qué importa su personalidad? Lo que dejó escrito encierra una profunda enseñanza. Yo tengo también un grande amor a lo desconocido. Es lo que siempre nos queda.

PLURALIDAD DE EXISTENCIAS

I

No hace muchos días que sin pensar hice un nuevo estudio en dos mujeres a las cuales me permitiré llamar "Luz y Angustias", por las circunstancias especialísimas en que viven.

Luz habita en una casa grande, ventilada, alegre y risueña; por sus muchos balcones penetran los rayos del sol, y nada más agradable que aquella morada, lujosa a la antigua usanza, con los muebles que datan a lo menos de veinte años, desde cuando se casó Luz. Su marido, Anselmo, es el tipo más perfecto del hombre honrado; en su rostro se descubre algo puro, sencillo y casto. Cuando se le mira, hay que exclamar involuntariamente: ¡Qué bueno es este hombre!... Y lo es en realidad. Católico, apostólico, romano, oyendo misa con ejemplar devoción, confesando sus imaginarios pecados a un hombre que indudablemente estará muy lejos de ser tan bueno como él, haciendo cuantos favores puede con el mayor sigilo, ruborizándose como una niña cándida cuando alguno le da las gracias por los beneficios que de él ha recibido; Anselmo, es sin duda alguna, un hombre ejemplar, que por no tener nada que

reprocharse, no ha conocido más amores que los de su esposa: niño aún, la amó con la pureza de su inocencia; para él no había en el mundo más mujeres que Luz; ella fue el bellísimo ideal de sus ilusiones juveniles, y para Luz fueron sus únicas, sus primeras, todas sus caricias, después que un sacerdote los bendijo. Sólo dos mujeres habían hecho latir su corazón: su madre y Luz. Dos hijos sonríen en su hogar, y para ellos tiene Anselmo tanta dulzura , tanto cariño, que cuando los contempla, la felicidad resplandece en su mirada y circunda su frente con una aureola luminosa.

A fuerza de trabajo, ha reunido una modesta fortuna. Con semejante hombre, se comprende perfectamente que Luz tiene que ser todo lo feliz que puede ser una mujer honrada y modesta. En aquella atmósfera apacible, entre aquellos seres tan dichosos y tan buenos, el espíritu se regocija , presintiendo la realidad de un estado eternamente venturoso.

Refiero estas minuciosidades para pintar con sus verdaderos colores el cuadro donde se destaca la agradable y simpática figura de Luz, que, sin ser hermosa, es tan distinguida y elegante, que cuando se la encuentra no es posible dejar de mirarla hasta que se la pierde de vista.

¿Y qué ha hecho ella en esta existencia para merecer tal felicidad? Nada absolutamente de extraordinario: niña aún, conoció a Anselmo; se casó muy joven y ha vivido disfrutando de su felicidad sin hacer méritos para obtenerla; gratuitamente le ha dado su destino una serie no interrumpida de años venturosos. Luz es feliz porque sí, si no se mira más que su vida presente.

Angustias, en cambio, es desgraciadísima, también porque sí, pues comenzó su infortunio mucho antes que pudiera merecerlo. Hija de una opulenta familia, su madre muy dada a los goces mundanos, nunca tuvo para ella los tiernos cuidados que la maternidad inspira. Y no porque la pobre niña no los mereciera. Era dócil, humilde, sensible, compasiva, generosa; no podía ver una desgracia que ella no acudiera a consolarla con los ahorros de su alcancía. El único que la amaba era su padre, anciano y achacoso: sus hermanos, siguiendo el ejemplo de su madre, no tenían para Angustias más que desdenes y desvíos. Lloraba ésta en silencio su desventura, deseosa de ocultar a su padre, para no entristecerle, una gran parte de sus penas.

A los quince años, un joven estudiante le juró amor eterno; Angustias sonrió dichosa en medio de sus lágrimas, viendo que había en el mundo quien le prometiera las dulzuras de un sentimiento que echaba de menos en su hogar.

Sus amores permanecieron ocultos algún tiempo; sólo su padre tenía noticia de ellos. Pero un día la llamó su madre y le dijo:

-Ya sé que amas a un chicuelo, mas como a mí no me conviene que te cases con él, te prohibo en absoluto que vuelvas a verle: he arreglado una boda excelente para ti: esta noche te presentaré a tu prometido, y dentro de un mes te casarás. Vivirás con nosotros, para que tu padre no eche de menos tus cuidados. Ya ves si pienso en el bien de todos. No me repliques, porque será inútil.

Angustias quedó anonadada. Tímida por carácter y por costumbre, tenía el hábito de la obediencia y nada contestó. Buscó el amparo de su padre; mas éste, dominado por su esposa, le dijo que no contase con su protección y que obedeciese a su madre, casándose con un hombre que no la separaría de su lado. El anciano sacrificaba su hija a su tranquilidad doméstica.

Creyó Angustias volverse loca al verse abandonada por la única persona en cuyo amor había creído, y un mes después daba su mano a un hombre que sólo repulsión le inspiraba. El día de sus desponsorios, fue el del suicidio de su amado... ¡Pobre Angustias!

Podía ser aún más desdichada, y lo fue incomparablemente más. Los hechos no tardaron en revelarle que el miserable con quien la habían unido era... ¡¡el amante de su madre!!

Al comprender Angustias el lazo que se le había tendido, sintió uno de esos dolores que desgarran todas las fibras del alma; la fatalidad la llevaba a ser la encubridora de su madre adúltera, y a ser cómplice, con su silencio, de la deshonra de su padre. Dejarle adivinar lo que pasaba, habría sido condenarle a muerte.

Durante algún tiempo, la desventurada hija vivió muriendo, protegiendo los criminales amores de su madre y velando el sueño intranquilo de su padre.

No contentos aún sus verdugos con su doloroso sacrificio, tal vez para que desapareciese el testigo de su infame proceder, trataron de envenenarla, salvándose de la muerte gracias a un antídoto que ellos mismos le dieron, o por temor de que el crimen se descubriese, u horrorizados de su obra. Dos meses estuvo Angustias entre la vida y la muerte, durante los cuales enfermó gravemente y falleció su padre, sin que ella tuviera el consuelo de asistirle en sus últimos momentos.

Un notario sin conciencia, vendido a los adúlteros amantes, falsificó la voluntad del difunto, y Angustias quedó desheredada y pobre, sin embargo de haber muerto su padre en la seguridad de que la dejaba dueña de algunos millones.

En la actualidad vive sola, rodeada de privaciones y sufriendo todas las amarguras de un corazón ulcerado en sus más dulces sentimientos. Aborrecida y engañada vilmente por su madre, escarnecida por sus hermanos; ultrajada por su marido y despojada miserablemente de sus bienes, su vida es la desolación más espantosa. A los desgarramientos de su alma se juntan dolores físicos irresistibles, porque su organismo quedó destrozado por los efectos del veneno.

Siempre asustada y temblorosa, el menor ruido la impresiona en tales términos, que causa compasión ver cómo su cuerpo se estremece y cómo se lleva las manos a las sienes, exclamando: "Me parece que va a caer sobre mi cabeza una piedra enorme; siempre tengo miedo..." ¡Desdichada! Hasta teme a la muerte, que debiera ser su esperanza suprema.

II

En un mismo día había visitado a Luz y a la pobre Angustias. Cuando puse los pies en casa de la primera, acababa Luz de llegar con su marido de paseo. ¡Qué dichosa pareja, ella tan elegante y tan distinguida, con su traje de terciopelo negro; él con su semblante risueño y su mirada luminosa, fijándola en Luz y en sus hijos con esa ternura, con esa solicitud que adivina los pensamientos del ser amado!

Aquel día recibían, y Luz dio los últimos toques al ornato del salón, colocando algunas plantas, mientras iba preguntando a su marido:

-Anselmo, ¿qué te parece? ¿te gusta así? ¿crees que de otro modo estaría mejor?

Y él sonriendo, le ayudaba en sus tareas de ama de casa, mirando con infantil complacencia todo lo que le rodeaba.

¡Qué hermoso cuadro! ¡Qué serenidad en aquellos semblantes! Ella es una niña mimada que no abusa de sus ventajas, él un hombre complaciente, con la conciencia tranquila, por la pureza de sus sentimientos y costumbres.

Salí de aquel paraíso encantador, y sin pensar en el contraste, fui a ver a Angustias, que vive en una calle estrecha y en una habitación con honores de sótano. Al oír mi voz, salió a mi encuentro. Estrechando sus pequeñas manos, noté que temblaban entre las mías.

-¿Qué tienes? ¿Tiemblas? - le dije.

-¡Ah! Yo siempre tiemblo. No sé por qué he de tener este miedo. Siempre me parece que me van a asesinar.

-¿Por qué no procuras distraerte?

-Imposible; está tan decaído mi ánimo, tan postrado, que no hay medios humanos que lo levanten. De mis antiguas relaciones, la compasión de unos me lastima; las preguntas

de los otros reavivan mis recuerdos. No visito a nadie, y cuando veo en la calle una persona conocida, huyo de que me hable; ¿para qué? ¿para que me digan que viven juntos mi madre con mi marido? No necesito que lo recuerden; demasiado lo sé. El sueño huye de mis ojos y paso la mayor parte de las noches pensando en los sucesos de mi existencia. ¡Cuán desgraciada he sido, y cuán desgraciada soy!

Hay momentos que me vuelvo loca. Me han engañado de la manera más infame; me han vendido; me han usurpado lo que legítimamente me pertenecía; ¿y quién? Mi madre y mi marido. ¿Hay desgracia comparable a mi desgracia? ¿dolor comparable a mi dolor?

Recordé a Luz: mi pensamiento le dio forma, y la coloqué al lado de Angustias, que temblando convulsivamente, se encogía y acurrucaba, envolviéndose en su chal, como si tuviera frío.

¡Qué contraste! ¿Y por que? ¿Cómo habiéndose casado las dos cuando aun conservaban toda su inocencia, Luz fue digna de encontrar a Anselmo , que creía ofender a su amada mirando a otra mujer, y Angustias hubo de unir su suerte a un hombre tan miserable y depravado?

La armonía es ley de la naturaleza, y sin la pluralidad de existencias, el destino de muchos seres sería una monstruosidad. Angustias y Luz han vivido y volverán a vivir: sólo así se explica y se comprende el horrible contraste de sus existencias actuales.

Para que la razón humana no se estrelle en la roca del escepticismo, hay que admitir la pluralidad de existencias del alma. Con ella desaparecen todos los contrastes, y la armonía del universo y la justicia brillan en toda su plenitud.

Las existencias se eslabonan, y la una es corolario de la otra.

Así el que sufre como el que goza, recogen el fruto de sus merecimientos. ¿Queréis ser dichosos mañana? Sed buenos hoy; sed honrados y virtuosos. ¿Queréis ser amados? Amad.

¡MISTERIOS!

Entre los muchos descontentos que conozco, figura en primer término Margarita: a pesar de no tener hijos que le pidan pan, ni marido jugador que la martirice, ni padres ociosos a quienes mantener, ni sobrinos que le hagan pasar penas, es de suyo profundamente triste y se ahoga en un vaso de agua. Y ya se sabe que el dolor, lo mismo que el placer, adquiere proporciones gigantescas, según la condición y el temperamento del individuo, o disminuye hasta quedar reducido a la más mínima expresión.

Margarita, que en honor a la verdad tiene poco que agradecer a la munificencia divina, aumenta sus penalidades con el presentimiento de los sucesos adversos: como si tuviese el don de profecía, los adelanta de un modo sorprendente. Mas como todo en la tierra tiene su compensación, con la misma facilidad con que se entristece, experimenta inusitada alegría en cuanto ve entre los trigos las rojas amapolas, o en la falda de las montañas las matas olorosas de la retama.

Yo le digo:

-En vez de llamarte Margarita, debieran llamarte Misterios, porque toda tu vida se compone de extraños acontecimientos; y lo que más choca en ti es la variedad de tus impresiones, puesto que tan pronto lloras como te ríes alegremente.

-Tienes razón en lo que dices; tan pronto me hundo en la desesperación como me siento feliz. ¿Me asisten motivos justificados para dudar de todo y renegar de la hora en que nací? ¿Es fundada mi esperanza de gozar algunas horas de reposo? No lo sé; pero

creo que deliro cuando lloro, lo mismo que cuando me acaricia la felicidad. Un hombre ilustrado me ha dicho no pocas veces, que "yo vivo en las nubes", y hay que concederle que está en lo cierto; porque lo que a mí me hace llorar, no causa impresión ninguna en la generalidad de las mujeres, y lo que me hace sonreír pasa desapercibido a la mayoría de los mortales.

Que en mí hay un gran desequilibrio, es indudable; entre mí "yo pensante" y mi organismo hay una lucha sin tregua; yo le mando a mi cuerpo que no se conmueva y que permanezca indiferente; pero, ¡imposible!... Veo cerrazón en el horizonte cuando los demás sólo ven una ligera bruma, y hasta creo que percibo el rumor de las humanidades que en otros mundos se agitan, mientras que las demás gentes se encogen de hombros.

Si yo pudiera, me pasaría la vida en los observatorios astronómicos, pidiendo a los astros lejanos noticias de mi vida. No puedes imaginarte lo que me encantan esas moles enormes que sostenidas en su envoltura atmosférica siguen su rotación en los espacios.

Te digo que yo misma no me entiendo. Lo que es innegable, es que me ahogo, como tú dices, en un vaso de agua. Ya que me llamas "Misterios", voy a contarte lo que me ha sucedido últimamente.

Tú ya sabes que yo no creo en nada; que si no he puesto fin a mis días, ha sido... ¿qué sé yo lo que ha sido? Pero más de cien veces he pensado en la manera de morir sin sufrimiento, creyendo, como Dumas padre, que el día en que se encuentre el secreto de morir dulcemente, la muerte será la mejor amiga del hombre. He preguntado a las religiones, y éstas me presentan unos dioses inverosímiles y unos santos, que la mayor parte merecerían morir en el patíbulo, por las muchas atrocidades que cometieron; si interrogo a los materialistas, tampoco me satisfacen sus evoluciones, sus células y sus átomos; y si son espiritualistas en sentido racional, con su Yo independiente de la materia, sobreviviendo al cuerpo siglos sin fin, como yo no he visto ningún espíritu, tampoco me convencen sus razonamientos. Sin embargo, cuando menos lo esperaba, un hecho ha venido a sorprenderme, haciéndome confesar que la vida racional encierra profundísimos misterios. Tú ya sabes que yo tenía fundadas esperanzas en poder asegurarme una pequeña renta vendiendo libros en comisión, haciendo todas las economías posibles para vivir algún día lejos del mundo, en un pueblecillo a orillas del mar, a solas con mi conciencia, con la cual indudablemente siempre tiene uno mucho que hablar. Pero como soy la segunda edición de "El Judío Errante", corregida y aumentada, me encontré hace pocos días con todos los caminos de mi vida llenos de abrojos; el castillo de naipes que había levantado, se vino al suelo de repente; la pompa de jabón se deshizo entre mis manos, no quedando ni la más leve espuma; miré en torno mío, y vi el caos. No creas que esto es romanticismo puro; es, por lo contrario, la más amarga de las realidades. No sabía qué hacer, ni qué decir, y como no tengo creencia ninguna, no me quedaba el consuelo de ir a postrarme delante de este santo o de aquella Virgen milagrosa, ni de leer el "Nuevo Testamento", pues yo, "por gracia", ni la vida quiero, y no admito la sangre de Jesús como salvación de nadie, ni tengo relaciones con los seres de ultratumba, que, según cuentan, dicen muy buenas palabras y dan grandes esperanzas. Para mí no hay santos, ni biblias, ni evangelios, ni comunicaciones de los espíritus; pero como nadie vive sin tributar culto a algo, mi culto y mis ídolos son las flores, así las que crecen sin que nadie cuide de ellas, como las que necesitan invernáculos para abrir su corola.

Sin duda porque todas las personas que me tratan saben mi monomanía floreal, nunca falta quien me regale flores, y como yo las cuido tanto, nunca deja de haber en mi tocador esos ídolos de mi especial adoración.

Con todo, en este nuevo temporal de mi vida, hasta de flores he carecido. Durante un corta temporada, nadie se acordó de traérmelas. Una mañana, con mi desesperación, exclamé con profunda pena: "¡Hasta las flores me abandonan!..." Parecíame que

resonaba en mi oído la trompeta del juicio final.

Pues bien, sin que nadie oyese mi exclamación, ni yo manifestase a nadie la pena que me dominaba, en la tarde de aquel mismo día vino un caballero a comprar libros, y presentándome un hermoso ramo de rosas, violetas y camelias, me habló así: "Mi esposa esta mañana bajó al jardín, y ella misma le ha formado este ramo: recordaba haber oído decir que a usted le gustan mucho las flores y ha querido, aunque no la conoce a usted, obsequiarla con este ramo".

¿Querrás creer que sentí frío al tomarlo? A la misma hora en que yo me lamentaba del abandono de las flores, una mujer que no me conoce, ni conozco, se entretenía, pensando en mí, en hacerme de ellas un precioso ramillete. ¿Qué corriente misteriosa, que fluido invisible le llevó el eco de mi amarga queja?

Aquellas bellísimas flores me hablaban, revelándome algo que mi mente concibe, pero que no acierto a explicar ni definir; pero puedo asegurarte que mi dolorosa apatía y mi desaliento se desvanecieron sin darme cuenta de ello; miré las flores, besé sus frescos pétalos y exclamé profundamente conmovida: "Ya puedo luchar de nuevo; ya no me falta todo; en la soledad de mi aposento exhalé una queja y he recibido el consuelo del modo más misterioso y delicado. ¿Qué es esto? Misterios consoladores de la vida humana".

Desde aquella tarde, ya no veo obscuro el horizonte; mis pies aplastan los abrojos del camino de mi vida; y cuando el desaliento quiere invadirme, miro el ramo misterioso y murmuro "¡Hay algo! El alma, cuando se queja, encuentra eco; la soledad no existe; si nadie estaba conmigo cuando me quejé, ¿cómo pudo encontrar eco mi queja?"

No me reiré en adelante cuando oiga contar algo extraordinariamente misterioso: la vida del hombre es una cadena de misterios.

-Esa es la verdad, Margarita, amiga mía -le dije-, la vida es un misterio no interrumpido, y hemos de emplearla en estudiarlo y descifrarlo.

CADA UNO ES HIJO DE SI MISMO

I

Fui a dar la bienvenida a mi buena amiga Clotilde, que acababa de llegar, mujer ilustradísima, que ha leído cuanto bueno se ha escrito, y tiene la intuición de conocer lo selecto; así es que aprovecha sus lecturas admirablemente.

La encontré rodeada de varios amigos, discutiendo el tema siguiente:

El hombre, ni es bueno, ni es malo: es una masa blanda de cera que se amolda a las circunstancias que le cercan, al ambiente que le rodea.

-Niego la tesis -decía Clotilde-. Justamente he presenciado ahora en Madrid varios hechos, o mejor, he estado haciendo un estudio que me ha dejado muy preocupada, haciéndome sospechar lo que nunca había sospechado: que el alma humana es inmortal. Y en este caso, su existencia se amolda, no a las circunstancias que al presente la rodean, sino a las condiciones de su pasado. En un mismo día conocí a dos niños, y durante dos meses los he visto, se puede decir, diariamente: ambos tenían la misma edad; y digo tenían, porque el uno ha muerto: contarían diez años.

Hablemos del que vive. Su nombre es Pedro. Es hermoso, con un cutis más blanco que la nieve, unos ojos azules que hacen creer en los cielos, y una espléndida cabellera, de un color rubio pálido, que le cae sobre los hombros, naturalmente rizada. Heredero de un nombre ilustre, y de varios títulos de Castilla, es el encanto de su madre, señora buenísima, que se casó por amor, y que habiendo perdido a su esposo, se ha consagrado por completo al cuidado de su hijo. Le quiere tanto, que no se fía que el niño salga con

su ayo o con alguno de sus profesores. Ella asiste a todas sus lecciones; le acompaña a paseo, le desnuda, le acuesta, y no se separa de él hasta que lo deja profundamente dormido.

Si algún ser en la tierra ha crecido entre delicias, es sin duda Pedro: habita en un palacio; su lecho es un nido de plumas, blondas y flores; rodéanlo amor y las consideraciones, y no ve nada que pueda endurecer sus sentimientos. Y sin embargo, Pedro odia todo lo bello, y se complace en destruir cuanto encuentra a su paso.

Su palacio está rodeado de extensos jardines. Paseándome un día por ellos mientras aguardaba a su madre, llamóme la atención no ver una sola flor, a pesar de haber muchísimos rosales y otras plantas que debían tenerlas en abundancia. Preguntéle al jardinero, que, con acento en que se revelaban la contrariedad y la pena, contestó:

-En cuanto el señorito puede burlar la presencia de su madre, en un abrir y cerrar de ojos arranca todos los capullos que encuentra, y si hay alguna camelia abierta o alguna rosa, la deshoja con una prontitud que asombra. Al llegar su madre, le enseña los capullos pisoteados y le dice:

-¡He ganado la batalla: mira cuántos soldados he muerto!- La señora, que es una bendita, le amonesta horas y horas, y le dice... ¡qué sé yo! que las flores sienten... que es un criminal el que las maltrata; pero, ¡que si quieres!, en cuanto puede, vuelve a las andadas, y si no hay capullos que arrancar, troncha ramas, destroza canastillos, apedrea las estatuas; en fin, él solo hace más daño que un terremoto, ¡y su cara parece la de un ángel!... ¡Le digo a usted que se ven unas cosas tan raras!...

En esto llegó la condesa, y como viese unas varas de azucenas mutiladas, volviéndose a mí, díjome tristemente:

-¡Qué cruz tengo, amiga mía, qué cruz tengo! Mi hijo parece el genio de la destrucción. Tiene horror a todo lo bello: no goza más que destrozando. Estos jardines pronto parecerán incultas selvas. Yo no sé de quién toma esos feroces instintos, porque ninguna persona extraña ha tenido contacto con él. Yo le amamanté, yo le he vestido siempre; yo he sido su niñera, su aya, su preceptora; pues aunque tiene ayos y maestros, en realidad soy yo todo para él. No puedo decir que de otros ha aprendido la destrucción y la crueldad, porque, además de que pongo especial cuidado en la elección de las personas que han de rodearle, procurando que sean dignas y de elevados sentimientos, al fin y al cabo han de ser puramente figuras decorativas, porque yo las substituyo a todas. No ha pisado ningún colegio; no ve más que buenos ejemplos: amor a los pobres, protección a los animales y a las plantas, y no obstante, todo su afán se dirige a destrozar flores, romper jarrones y estatuas, y martirizar animales y pájaros. ¿Por qué mi hijo es enemigo de lo bello? ¿Por qué ha de poner en la destrucción todos sus goces?

En esto llegó Pedro. Dejóme deslumbrada su espléndida belleza. Nadie habría adivinado en aquellos hermosos ojos la perversidad de los instintos. Su madre le contempló con inmenso amor, como si quisiera, a fuerza de cariño, transformar a aquel Calígula en embrión...

II

No me hubieran impresionado tanto las diabluras de Pedro, si al llegar a casa de mi hermana no hubiese visto a ésta sentada en la cocina, hablando con un niño que vendía arena. Era un chicuelo moreno, con el cabello cortado, pero lo bastante largo para que se viese cuan enmarañado y sucio lo tenía. No llevaba calcetines ni zapatos; su pantalón, de color indefinido, y su camisa cenicienta, desabrochada, dejaba ver un pecho hundido y huesoso. Desde luego me hubiera sido repugnante, antipático, a no haber visto a mi hermana hablándole y sonriéndole cariñosamente.

Me acordé de Pedro y murmuré: "¡Qué diferencia! Para aquél... ¡todo!... Para éste... ¡nada!... Y... ¡quién sabe! ¡Tal vez éste valga más!"

Mi hermana, como si adivinara mi pensamiento, me dijo:

-¡Aquí tienes un buen libro! En este niño tiene cabal cumplimiento aquel refrán que dice: "Debajo de una mala capa se encuentra un buen bebedor". Aquí le dejo contigo: habla con él y estudia.

Me quedé sola con el chiquillo, que me miraba a hurtadillas, como receloso, como si yo no le inspirara gran confianza. Por decir algo, le pregunté:

-¿Cómo te llamas?

-Lino

-¿Tienes familia?

-No.

-¿No tienes a nadie?

-Sí, a la tía Esperanza, que está ciega y pide limosna a la puerta de San Isidro; por la noche la recojo y nos vamos a una covacha que nos da un carbonero en la Ronda de Embajadores.

-¿Y te quiere tu tía?

-Cuando no se emborracha, me quiere mucho; pero como siempre bebe, cuando está bebida me pega sin motivo, hasta que se cae. Mis compañeros me dicen que soy un tonto en ir a buscarla y en darle dinero; mas como me acuerdo de que ella me daba de comer cuando yo era chiquitín, me parece que tengo obligación de darle lo que gano.

Al oír tal razonamiento, miré a Lino con dulzura y le besé con el mayor afecto. Aquella caricia le reanimó, y continuó diciendo:

-Mis compañeros me dicen que me emancipe, y yo no quiero; aunque mi tía Esperanza tiene muy mala bebida, el día que no bebe, nos vamos a casa contentos: me compra dulces, me abriga con su mantón, me habla de mi madre, a quien ella quería mucho; me dice que no quite nada a nadie, y nos dormimos tan a gusto...

-¿Tenéis cama?

-¡Quia!... no, señora: un montón de paja y un lío de trapos. Y sin embargo, nada les envidio a los ricos, como no sea las flores que tienen en sus jardines.

-¿Amas las flores?

-¡Si las quiero!... Ya lo creo: se me pasan las horas muertas en la plazuela de Santa Cruz, donde las hay muy bonitas... Mi ambición se cifra en llegar a ser jardinero.

En este punto de nuestra charla, entró mi hermana, que había oído las últimas palabras, y dijo:

-Mira si le gustan las flores, que hace unos días trajo una macetita de albahaca, pidiéndome que se la tuviera en la ventana de la cocina, y todos los días viene a verla, la riega y la contempla como embobado. ¿No te decía yo que en este chiquillo hay no poco que estudiar?

¡Qué ambiente tan distinto rodeaba a los dos niños! El uno vivía en el regazo maternal, entre perfumes y encajes; su casa era un palacio de hadas; era bello cuanto le rodeaba, y él gozaba en la destrucción. ¿Correspondián sus perversos instintos al ambiente que respiraba? No. En cambio, ¿cómo vivía el otro desventurado? Sin madre, sin cariño y sin hogar. Por todo amparo contaba con una ciega de cuerpo y con frecuencia también de alma, embrutecida por el abuso del alcohol. Su lecho, paja y trapos. Veíase golpeado brutalmente, y sin embargo, había en aquel ser desheredado un gran sentimiento de justicia y un amor inmenso: olvidaba el constante agravio, para recordar únicamente el bien recibido en sus primeros años; y por si esto no era prueba bastante de la dulzura de su carácter, amaba con delirio lo que aman los corazones buenos: las flores. Aquel amor a lo bello , aquel sentimiento delicadísimo, ¿era efecto del ambiente que le rodeaba?

Vi a Lino todos los días por espacio de dos meses. Entraba en la cocina: mi hermana le daba de almorzar: comía de pie junto a su macetita, de la cual no apartaba los ojos; hablaba con nosotros y se despedía dirigiendo su última mirada a su tesoro.

Un día vino llorando amargamente, diciendo que a su tía Esperanza la habían llevado al Asilo del Pardo, de orden del cura de San Isidro, por los escándalos que armaba a la puerta de la iglesia. Dirigióle mi hermana palabras consoladoras, diciéndole que en lo sucesivo le tendría en su compañía, hasta que estuviese instruido y se le encontrase una colocación ventajosa. Demostró Lino su agradecimiento, más que con palabras, con la expresión de sus ojos; pero el agradecimiento no disipó su tristeza ¡Pensaba en su pobre tía Esperanza!

Mi hermana hizo prodigios: en pocas horas, Lino quedó desconocido. Limpio, cortado el cabello y vestido, parecía otro. Entonces notamos la extremada delgadez de su cuerpo, y nos alarmamos. Hicimos venir a un médico, quien después de reconocerle, nos dijo:

-Este niño tiene una afección del corazón: para él no hay remedio: vivirá muy pocos días.

En efecto, a los ocho días moría Lino, abrazado a su maceta, que se había hecho llevar a la cabecera de su cama, y repitiendo dulcemente el nombre de su tía...

Mi hermana y yo le acompañamos al cementerio, y sobre su tumba esparcimos las hojas de su planta predilecta.

He aquí por qué he dicho que no es el medio en que vive lo que determina el modo de ser del hombre. Estas contradicciones destruyen el supuesto de que cada uno es hijo del medio que le rodea. Hay en nosotros algo propio, subjetivo, que se sobrepone a todo lo objetivo y circunstancial de nuestra existencia. Somos hijos del pasado y no del presente. Cada uno es hijo de sí mismo. El espíritu lleva su ambiente propio, que determina sus vicios o sus virtudes.

¿HASTA CUANDO?

I

Conocí en mi juventud a una muchacha, por nombre Magdalena, tan simpática como desgraciada. No sabía aún pronunciar el dulce nombre de madre, cuando la muerte le arrebató la suya, y su padre hubo de contraer segundas nupcias a los pocos meses, obligado por la necesidad de dar a sus hijos, todos chiquitines, una persona que substituyese a la madre y velase por ellos el tiempo que él pasaba en la oficina.

Su nueva esposa fue para los pequeños una segunda madre; así es que Magdalena no sufrió en su infancia grandes penalidades. Pero esta plácida existencia duró poco, pues no había llegado la niña a los quince años, cuando tuvo que constituirse en enfermera de su madrastra, que víctima de una parálisis, quedo postrada en un sillón hasta la muerte. Con tal motivo, Magdalena se convirtió en Hermana de la Caridad, no disfrutando ni de bailes, ni de paseos, ni de teatros, ni siquiera de visitas, porque como en su casa no se ofrecía la menor distracción, antes al contrario, no se oían más que lamentos y desgarradores gemidos, las pocas amistades que la familia cultivaba se fueron entibiando, huyendo de presenciar aquel infortunio permanente; dos o tres familias no menos infortunadas que Magdalena, eran las únicas que no habían renunciado a acompañarla en aquellos días tristes y en aquellas veladas aun más tristes y más negras.

Magdalena sufría sin murmurar, su adversa suerte; como era joven, conservaba la esperanza de hallar un ser que, por el amor, hiciera brillar un rayo de luz en el horizonte de su tenebrosa existencia, y sólo cuando se cansaba de sufrir, hastiada de su soledad, la desesperación se apoderaba momentáneamente de su ánimo, y entonces solía preguntarse con amarga ironía: "¿Hasta cuándo durará mi martirio?..."

II

Me ausenté de Sevilla, y como quería a Magdalena, le escribía para enterarme de su suerte. Así supe la muerte de su madrastra, la de su padre y la traslación de mi amiga a Cuba, donde tenía un hermano casado.

Desde entonces, Magdalena fue para mí gota de agua sepultada en el mar. Pasó el tiempo, y siempre recordaba a mi amiga, pero nadie me daba noticias de ella.

Una mañana me levanté pensando en Magdalena, y en la tarde de aquel día vi entrar en mi aposento a una señora, con el cabello blanco como la nieve. Abrazóme al mismo tiempo que exclamaba:

-¡No me conocerás... he cambiado tanto!

-Sí que te conozco: ¡Eres Magdalena! -exclamé con inmensa alegría-. He presentido tu llegada: hoy mismo, todo el día he pensado en ti.

Hice que se sentara, y mirándola con atención, vi que de la amiga de mi juventud sólo quedaba el eco armonioso de su voz. Habían desaparecido la belleza de su rostro, la esbeltez de su talle y el brillo magnifico de sus grandes ojos. Su mirada triste, muy triste. Vestía pobremente y sin el menor indicio de su antigua elegancia. Su traje de luto revelaba la mayor miseria. Leyó en mis ojos cuán poco me satisfacía el examen de su persona y atavío, y me dijo sonriendo tristemente:

-Mi suerte no ha cambiado todavía. Huyó mi juventud sin dejarme aspirar el aroma de sus flores, y llegó la edad madura sin que haya conocido en mi hogar esos goces tranquilos que hacen sonreír a la mujer y son el alimento de las almas. No me he casado; no he podido crearme una familia. Estoy a las puertas de la vejez y no tengo un ser amigo que endulce con su cariño las amarguras de mi azarosa existencia. Mis hermanos, cada uno se fue por su lado; el mayor, con quien yo vivía, murió; su viuda se volvió a casar, y aquí me tienes rodando a la ventura, sin saber qué hacer de mi persona. Aunque no soy maestra de ninguno, he aprendido no sé cuántos oficios: me he dedicado a bordar, a zurcir en paño, a traducir el francés, a dar lecciones de piano, a adornar sombreros y a hacer flores, todo con el fin de ganarme la vida honradamente; pero nada me sale bien; tal es mi suerte, que si encuentro ocupación o trabajo, no me lo pagan; si en alguna tienda me protegen, quiebra la casa y me quedo... como estoy ahora, sin saber a qué santo encomendarme. Por casualidad he sabido de ti. No sé qué me han contado: que escribes mucho; que te has emancipado de la Iglesia; que proclamas una nueva religión sin sacerdotes ni templos, y una nueva filosofía, en virtud de cuyos principios afirmas que nuestra presente existencia no es más que una de las fases de nuestra vida eterna. Deseaba verte, y heme aquí, llena de curiosidad y de afán de interrogarte. ¿Es cierto lo que me han dicho? Y si tanto estudias y tanto escribes y tanto discurres acerca del pasado, del presente y del porvenir de la criatura humana, ¿podrás explicarme, por mi pasado, la causa de mi desdichado presente?

-Es cierto que emborrono mucho papel, y que creo en la pluralidad de las existencias del alma; pero de esto a poder contestar categóricamente a tu pregunta, hay una distancia inmensa.

-¿Estás bien convencida de que no es ésta nuestra primera y última existencia?

-La misma vida me convence; tú me enseñaste a preguntar al infortunio: ¿hasta cuándo viviré en la esclavitud? Y la historia de la humanidad me ha contestado que durará mi esclavitud hasta que mi progreso me haga libre.

-¿Y no te parece a ti, toda falsa modestia aparte, que yo no merecía ser tan desgraciada? Abundan las mujeres de condiciones físicas y morales inferiores a las mías, que son profundamente amadas y viven en la opulencia, mientras que yo no he encontrado un corazón que vibre respondiendo a las vibraciones del mío, ni he podido crearme un hogar, y estoy en la extrema miseria. Creo haber cumplido los deberes de buena hija. He sido por espacio de diez años la enfermera de mi madrastra, sufriendo lo

indecible y sin proferir una queja. Hice, después, de madre de mis sobrinos, que me han pagado con ingratitudes y desprecios; y a la postre, cuando ya los pies en el umbral de la vejez, por premio de una vida consagrada a la práctica del bien y al sacrificio por los demás, me encuentro abandonada de todos y sumida en la soledad y en la pobreza. ¿Hasta cuándo durará mi via-crucis?

-¡Ay, amiga mía! En tu pregunta se revela tanta ironía como amargura. Yo también me pregunto muchas veces lo mismo, y aleccionada por los desencantos y los dolores, éstos me han enseñado que cada uno es hijo de sus obras; que todos tenemos nuestra historia. Esta existencia es la cosecha de un pasado, bueno o malo, infame o virtuoso. ¿Quieres ser dichosa en otra vida futura? ¿Quieres que los demás te amen y se hallen dispuestos a hacer por ti los mayores sacrificios? Vive en esta existencia para los demás y derrama el bien a manos llenas. Créeme, amiga mía, nuestras propias manos son las que labran el porvenir que nos espera; somos hijos de nuestras obras.

-Así, los sectarios de Mahoma hacen bien cuando se cruzan de brazos, inclinando la cabeza y murmurando con melancolía. "¡Estaba escrito!" ¿Tú crees en la ley del fatalismo?

-No; estás en un error gravísimo: yo no creo en un destino aciago, en un "hado adverso", en la necesidad de un suceso cuya causa se ignora, en una desgracia misteriosa que tiene necesariamente que hacernos sentir su enorme pesadumbre; no, yo no creo más que en la fatalidad de nuestros vicios, malos instintos, envidias, rencores, odios arraigados, pereza, ignorancia y otras miserias análogas. Si la justicia de la tierra, tan defectuosa como es castiga al delincuente; si persigue al ladrón, al asesino, al falsificador, al calumniador, al que infringe los artículos del código social en daño de los intereses individuales o comunes, ¿quieres que queden impunes los delitos cometidos en menosprecio de las leyes universales? Hemos de recoger el fruto de nuestras obras. Fácil es conjeturar lo que fuimos, por lo que somos; no precisamente si hemos sido reyes o esclavos, aristócratas o plebeyos, ricos o pobres; el rango o la posición social es lo de menos; sino si hemos sido dulces o desalmados, virtuosos o criminales, generosos o egoístas, dignos del amor o de la animadversión de las gentes.

¿Somos realmente buenos, Magdalena? No; y cuenta que no personalizo: hablo en general. Tú que has leído mucho, y que has aprovechado tu tiempo, sabes bien que los terrenales no hemos hecho otra cosa que devorarnos unos a otros. ¡Cuántos actos de barbarie habremos cometido los que hoy somos miembros de pueblos cultos, en el seno de una civilización relativamente adelantada! ¿Podemos ser ya perfectos los que llevamos todavía en nuestra alma la marca de la iniquidad, de una iniquidad reciente? No, Magdalena; es imposible: en la persona mas buena, aquella que parte su pan con el hambriento, que se quita su capa para abrigar al anciano, que se convierte en hermano de sus semejantes, hallarás, si lo tratas a fondo, si profundizas su conciencia, el limo de su pasado egoísta; cuando no otro móvil más impuro, el afán del aplauso, el amor propio excesivo, el deseo exagerado de aparecer más bueno de lo que es en realidad.

-Entonces para ti nada es bueno.

-Ya te he dicho que hablaba en general, no de los hombres, sino de la humanidad. La regla tiene muy honrosas excepciones. Hombres hay, yo así lo creo, en realidad virtuosos; pero esto no quita que tengan su historia, y que en su historia haya manchas negras como la infamia, rojas tal vez, como la sangre.

En los presidios hay criminales arrepentidos, a quienes sus jefes citan como modelos de mansedumbre y de bondad, y sin embargo, no los sueltan: es preciso que cumplan su condena, que salden su cuenta con la sociedad.

Hazte, pues, cuenta de que en la penitenciaria de la tierra eres tú uno de los penados sinceramente arrepentidos, y puedes, con tus sacrificios y abnegaciones, saldar tus deudas de otro tiempo. No siempre habrás sido un modelo de virtudes, tenlo por cierto. Y ten por cierto también que en lo porvenir aspirarás con deleite el delicado aroma de

las buenas obras que hoy hagas.

-Pues si para allá me emplazas, largo me lo fías; y dejas al fin sin contestar lo que de nuevo te pregunto: ¿Hasta cuándo he de sufrir?

-No hay en la tierra nadie que pueda precisar la fecha del advenimiento de tu felicidad: tú sola puedes presentirla. Si en medio de tu soledad y de tu abandono, ves a otros seres más imperfectos que tú, gozando de bienes que a ti te faltan; si te alegras de su felicidad y no sientes tristeza ni envidia por su dicha, regocíjate y exclama: "Hoy he andado jornada doble; ya estoy más cerca del puerto".

Si en la escasez en que vives ves cerca de ti quien padece hambre, y sin esperar a que te lo pida partes con él tu pan suplicándole que te lo acepte y experimentas dulce satisfacción, entrégate a la alegría, porque la hora de tu redención se acerca.

Penetra con el microscopio de la razón en el fondo de tu conciencia, y hallarás en ti misma tanto que estudiar y aprender, que te faltará tiempo para preguntar hasta cuándo has de sufrir.

-Tienes razón, Amalia - exclamó Magdalena precipitándose en mis brazos-, viviendo para los demás, no pensaré en mí y acortaré el tiempo de mi condena.

UN MINISTRO DE DIOS

¿Qué es un sacerdote? Según el "Dicionario", es "un hombre dedicado y consagrado a hacer celebrar y ofrecer los sacrificios a la divinidad. Consagrado a Dios, ungido y ordenado para celebrar el sacrificio de la misa"; y según la razón natural, el sacerdote debía ser un hombre, no diremos exento de todos los vicios, porque eso es imposible, pero sí poseedor de grandes virtudes, ya que está en contacto continuo con la misma substancia de Dios, toda vez que (el catolicismo lo asegura), en la hostia que se ofrece para el sacrificio de la misa está Dios en esencia.

El sacerdote, por regla general, tiene cubiertas las primeras necesidades de la vida, lo que da indudablemente tranquilidad al espíritu, y sabido es que el espíritu tranquilo se halla más predispuesto a la benevolencia, a la piedad y a todo dulce y generoso sentimiento: vive halagado y respetado por la gente sencilla y crédula, que ve en él al médico o al curandero de las almas. Con todo, la experiencia enseña que no es la clase sacerdotal la que se distingue por la dulzura del alma, y un hecho reciente acaba de convencerme de que hay sacerdotes que no tienen corazón.

No hace mucho que asistía al casamiento de una amiga mía, y el cura que le echó la bendición me impresionó de una manera especial, impresión a la vez de repulsión y simpatía. En su espaciosa frente se adivina una inteligencia clara; sus miradas no se fijan, se clavan como agudas saetas, y en sus labios se dibuja una sonrisa, mezcla de dulzura y amargor. Hay momentos que su semblante revela beatitud, reposo, calma perfecta; parece un bienaventurado que está gozando anticipadamente del éxtasis de la vida celestial; mas de pronto cae aquel antifaz de mansedumbre, y en el rostro del justo aparecen, con la sombría expresión del réprobo, el descontento, el hastío, el cansancio de una existencia contrariada.

Los sacerdotes me inspiran, por regla general, profunda compasión, porque no viven de la manera digna y libre como debe vivir el hombre; si tienen afectos, si se crean familia, han de ocultarlo como si cometieran un crimen. El sacerdote célibe tiene que ser, por necesidad, piedra de escándalo, y el que no lo es, el que se resigna a vivir sin vivir, ¡cuán desgraciado! ¡cuán digno de compasión! La soledad petrifica el sentimiento, y el hombre que no siente, deja de pertenecer a la noble raza que se ha enseñoreado de

la Tierra, a la raza humana. Esto le ha sucedido indudablemente al cura que acabo de aludir. El hombre que no se conmueve ante el dolor de una madre afligida, deja de ser un ente racional y es inferior a muchas fieras.

Entre los muchos desgraciados que me cuentan sus penas, figura una pobre mujer, viuda de un suicida. Ha visto morir a uno de sus hijos de hambre, y temerosa de que otra de sus hijas siguiera el mismo camino, la puso en un Asilo benéfico. Tanto se desesperó la niña al verse separada de su madre, que la devolvieron a la infeliz, quien la recibió llorando de alegría y de pena al mismo tiempo.

Después, la pequeñuela, falta de alimento, volvió a enfermar, y las piadosas señoras benéficas volvieron a instar a la madre para que la devolviera al Asilo. "Está usted cometiendo un verdadero asesinato -le decían-; esa criatura morirá, y usted tendrá la culpa, por haberla sacado de donde las acogidas comen bien, descansan en cómodo lecho y aprenden a ser mujeres útiles".

La infeliz Juana creía volverse loca; pues mientras las señoras le aconsejaban y hasta le ordenaban que encerrase a su hija, ésta le decía: "Mamá, no las escuches: ¡son más malas esas mujeres!... No las quieras... ¿oyes?" Pero la pequeñuela enflaquecía, su piel amarillenta se cubría de granitos rojos purulentos, y las señoras insistían en que fuese devuelta al Asilo.

Juana cedió y entregó su hija en brazos de la caridad oficial, cuyo pan, como dijo Fernán Caballero, alimenta, pero no nutre.

Pasaron algunos días. La niña, cuando su madre iba a verla, le hablaba en estos términos:

-Ya ves cuán buena soy; no lloro, pero... sácame de aquí, y no te apures por darme de comer, porque no tengo gana: que te lo digan las madres; ya no como; todo me sobra, hasta las galletitas y el chocolate que me da una madre que me quiere mucho, que me dice ¡pobrecita!... ¡pobrecita!... y me da besos cuando nadie la ve. Yo no te entiendo: me has traído aquí para que coma mucho, y yo no como nada; ya no necesito comer; así, llévame contigo. Si tú supieras la pena que tengo cuando vienes y te vas... no sé lo que me pasa. Mira, si no me has de sacar de aquí no vengas a verme, porque al irte y dejarme, me parece que me abren la cabeza. Voy a beber agua, y entretanto, vete; no me beses, no, que cuando me besas, todo el cuerpo me duele. Sácame de aquí, que no te pediré pan.

¿No es verdad que para una madre estos razonamientos en una niña que tendrá seis años, son motivo suficiente para volverla loca? Y no es esto sólo; cuando Juana llega a su casa, la asedian sus hijos a preguntas y le dicen que Angelita era la alegría de todos y que si se muriese, ella tendrá la culpa, por haberse dejado llevar de consejos de mujeres sin entrañas. Y la infeliz mujer se vuelve de nuevo al Asilo para sacar a su hija; pero el director se la niega, diciéndole que allí está la niña mejor que en su casa, y que no saldrá del establecimiento. Y hete a Juana entre la espada y la pared, corriendo en busca de recomendaciones influyentes que obligasen al director a devolverle su hija. En estos apuros, alguien le dijo que nadie mejor para una buena recomendación, que el cura párroco de la iglesia donde se casara mi amiga; y Juana, llena de esperanza, fue a prosternarse ante el confesionario donde se encontraba el cura en cuestión, el sacerdote que me fue simpático y repulsivo a la vez.

Antes de referir el diálogo que hubo entre los dos, debo advertir que a Juana no hay más que verla para compadecerla. Es la imagen de la dolorosa. Quien no se conmueve al verla, es un ser más desdichado que ella, porque el hombre sin corazón es un miembro maldito del cuerpo de la humanidad.

Juana, con la muerte en el alma, pero con la fe del creyente, se arrodilló ante el confesionario, y juntando sus manos en ademán suplicante, dijo:

-¡Padre mío! Todos me tiran piedras, y alguien me ha dicho que viniera a verle, porque usted es el único que puede salvarme. Con una carta suya me devolverán mi

pobre hija, que está en un Asilo de beneficencia. Voy a contarle una pequeña parte de mis penas, para que comprenda que usted es hoy para mí la imagen de la Providencia en la Tierra, y Dios mismo en figura de hombre; la religión es mi único puerto. ¡Ay! ¡Me parece mentira que haya podido llegar hasta aquí!

-Pues como si no hubiese llegado, porque yo no vengo al confesionario para escuchar lamentaciones. Si no tiene más relatos que hacer, hemos terminado; yo no quiero saber historias tristes.

Y levantándose el cura salió del confesionario y se alejó a buen paso, dejando a Juana petrificada de asombro.

La pobre permaneció largo rato sentada en el suelo, sin darse cuenta de lo que le pasaba, hasta que por fin salió del templo y vino a contarme sus pesares.

-Muchos desengaños he recibido en este mundo -me dijo-, muchas humillaciones y desprecios: los ricos me han cerrado sus puertas; los pobres se han hartado de oír mis lamentos; pero nada me ha llegado tan al alma como lo que me ha sucedido hoy. Yo pensaba que un ministro de Dios era un paño de lágrimas de los desgraciados; yo creía que sus brazos siempre estaban abiertos para recibir a los desvalidos; yo imaginaba que de sus labios no brotaban más que palabras de consuelo, y me encuentro que el sacerdote es un hombre sin sentimientos humanos.

Hasta los chiquillos de mis vecinos me compadecen, diciendo al verme: "¡Pobre señora, siempre llora!...", y él, en quien había yo puesto mis naturales esperanzas, me rechaza contestándome que no quiere oír historias tristes. ¿Y ese hombre tiene a Dios en sus manos cuando levanta la hostia? ¡Imposible! O todo es mentira, o concluiré por volverme loca de remate. Si no consuelan a los desgraciados, ¿por qué se llaman padres de almas? En mi casa hay un trabajador del muelle, que siempre que me encuentra en la escalera, no me dice nada pero veo que se limpia los ojos con la manga de la blusa. Si a éste le hubiera contado mis penas, ¿cree usted que hubiera hecho lo que hizo el sacerdote?...

-No; es un hombre del pueblo, padre de familia, y siente como suelen sentir los maridos y los padres. Por esto, cuando la ve, se le saltan las lágrimas; sabe lo que quiere a los hijos, y sufre las angustias y las ansiedades que proporciona la familia; vive amando y es sensible. En cambio, el ministro de Dios es un desterrado, un proscrito; no tiene patria, porque no tiene familia; podrá tener hijos, pero infamados, sin nombre; podrá amar a una mujer, pero esa mujer es la manceba y lleva la deshonra en la frente. Compadece a ese hombre, a ese desdichado, a ese sacerdote a quien tu inmenso dolor no ha conmovido. Tú eres una desgraciada, y él es un miserable. Entre tú y él hay la distancia que va del santo al réprobo; del alma purificada en el sentimiento, al alma hundida en el fango del egoísmo.

-¿Pero hemos de considerar a esos hombres como ministros de Dios?

-¡Jamás!... No puede ser ministro de Dios aquel que no sabe compadecer, aquel que no siente el fluido divino del amor.

¡Pobres sacerdotes! ¡Cuán dignos son de lástima! El mendigo que sabe sentir, vale infinitamente más que el rico prelado que no se conmueve ante un dolor como el de Juana. Tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen...

UN RACIONALISTA

Me gusta estudiar en los seres más humildes, en aquellos que no han recibido educación ninguna, que han crecido como las amapolas en los trigos, la retama en los

collados, el romero al borde de los caminos y la hiedra al pie de las ruinas.

¡Cuántos hombres entendidos, verdaderamente sabios, pasan por la Tierra sin que nadie se fije en ellos!... Y en cambio, ¡cuántos necios rematados se dan ínfulas de sabios y pasan por celebridades, pudiéndose decir de ellos lo que decía Roque Barcia refiriéndose a los magnates: "Muchos grandes nos parecen grandes porque los miramos de rodillas"! Hay a veces más sentido práctico y más recto discernimiento entre los hijos del pueblo, que entre esas supuestas eminencias, sabios hueros que venden sus tonterías por ciencia de buena ley, de los cuales no es raro ver algunos llenando huecos en las Academias científicas.

En apoyo de mi tesis, voy a repetir una conversación que tuve con una amiga mía, mujer observadora y discreta. Díjome ella:

-A menudo me acuerdo de ti cuando hablo con Francisco, el portero de mi casa, un pobre zapatero que toda su vida ha estado en la mayor miseria, que desconoce por completo los primeros rudimentos de la enseñanza, y que, sin embargo, se explica tan bien y discurre con tan buen sentido, que me quedo maravillada. Fíjate en lo que voy a contarte: El bueno de Francisco tiene una hija, fina, delicada; parece una flor de estufa trasplantada a un erial. Su poética figura se despega del kiosco de una portería; se comprende que estaría en su centro en un gran salón de suntuoso palacio. Su padre la quiere con toda su alma. Hablándome de ella una noche, se expresaba en estos términos: "Nadie sabe lo que sufre un padre cuando ve en peligro la vida de uno de sus hijos. No quiero acordarme de las angustias que pasé cuando mi hija tuvo el garrotillo: al ver que se ahogaba por momentos, pedía al médico que hiciese un milagro, que salvase a mi hija, prometiéndole el oro y el moro si la arrancaba de las garras de la muerte, que la tenía fuertemente asida, a lo cual replicaba el galeno que él podía curar a los vivos y no a los muertos, añadiendo que ni Dios podría hacer que aquella niña recobrase la salud. Y se fue mi hombre, dejándome más muerto que vivo. De pronto me reanimé: miré a mi hija, que se ahogaba, y pensando que mientras hay vida hay esperanza y que más ven cuatro ojos que dos, eché a correr en busca de otro médico, doctor de gran nombradía, que no se desdeñó de venir en su coche a visitar a la hija de un zapatero remendón. Frunció el entrecejo al verla, pero le recetó dos medicinas. A la hora de haberlas tomado, mi hija gritaba con todas las fuerzas de sus pulmones, y a los pocos días corría por la calle, como si nada hubiese tenido. Vino después el primer médico reclamándome el precio de sus visitas; pero no tuvo más remedio que volverse sin cobrar. Lo que yo le decía: "No le pago su cuenta, porque no debo pagarla: cuando yo equivoco la medida de un cliente, o le echo a perder un par de zapatos, el parroquiano no me paga y me quedo con ellos sin decir esta boca es mía; usted me dijo que curaba vivos, pero no resucitaba muertos, dando por muerta a mi adorada hija; tomó usted mal la medida; equivocó usted las recetas; quédese usted, pues, con ellas, como yo me quedo con mis zapatos". Yo soy así: no engaño a nadie, y me gusta que la justicia sea igual para todos. Si mi hija se hubiera muerto, yo habría pagado al primer médico hasta el último ochavo, creyendo que él había hecho un trabajo de ley; pero habiendo visto que el otro, en una hora, me la puso fuera de peligro, comprendí que el primero había equivocado la medida, y no pagándole hacía dos cosas buenas: enseñar a aquel hombre a no pedir lo que no gana y obligarle a estudiar más las enfermedades y los medios de combatirlas, para no exponerse a que otros le paguen con la misma moneda que yo el precio de sus visitas. Tal vez así habré salvado la vida de muchos enfermos".

-¿Pues sabes que tu portero discurre con mucha lucidez?

-No puedes formarte idea: mejor lo comprenderás si te explico por qué hace cuarenta años que no asiste a ninguna ceremonia religiosa.

-Cuéntame, cuéntame eso, amiga mía.

-En su infancia, el protagonista de mi historia vivía con un hermano de su padre, hombre chapado a la antigua, que llevaba a su sobrino a misa todos los domingos y

fiestas de guardar. Pero valdrá más que ceda la palabra al mismo Francisco, quien, oyéndome una noche, al entrar en casa, ponderar la magnificencia de una fiesta religiosa a que acababa de asistir, cuando hube concluido, me dijo:

-¿Viene usted de una iglesia? También yo gustaba cuando muchacho de frecuentar la casa de Dios, como decía mi tío, hombre que primero se hubiera dejado arrancar una muela que consentir en perder la misa, o que yo la perdiese en día de precepto. Llevárame siempre consigo a las ceremonias eclesiásticas, hasta que se persuadió de que podía ir solo, por el recogimiento con que asistía a las prácticas del culto y por mi veneración a los santos, entre los cuales había algunos de mi especial predilección. Entonces me manifestó que en lo sucesivo iría yo a misa los domingos solo, y después iría él, para que de ese modo no hubiese de quedar cerrada toda la mañana la tienda. Satisfecho con esta prueba de confianza que me dispensaba mi tío, íbame derechito al templo, y oía misa con más fervor que la más escrupulosa beata.

Tendría yo como unos catorce años, cuando una mañana me dirigí a la iglesia de Belén, cuyas puertas, abiertas de par en par, dejaban ver el interior, adornado con magníficas colgaduras de terciopelo grana con flecos de oro; también de puertas afuera había colgaduras de la misma clase. Subí los escalones más contento que unas pascuas. Dos mozos de la Escuadra guardaban la puerta de la iglesia. Y ya iba a traspasar los umbrales, cuando me sentí cogido de un brazo y rechazado. El autor de la agresión era uno de los mozos, que al rechazarme me decía:

-Tú no puedes entrar hoy aquí, pelele, granuja, pobretón; hoy sólo entra gente gorda.

Quise, sin embargo, entrar, no comprendiendo aquella prohibición, y el mozo, de un empellón, me hizo rodar los escalones. Levantéme sin decir una palabra y me situé en la acera de enfrente, mirando al interior del templo con envidia y con profundísima tristeza. Reflexioné. Yo que tan devoto era de los santos, tan creyente, tan asiduo al cumplimiento de mis deberes religiosos, que consideraba la iglesia como la casa paterna de todas las almas piadosas, siempre abierta a los fieles, sin distinción, me contemplaba vergonzosamente arrojado a la calle sólo porque no era rico ni magnate... ¡Algún Creso pagaría los gastos de la fiesta, cuando no se admitía a los pobres! ¡Y el clero cerraba la casa de Dios a los infelices por el dinero de los potentados! ¡Entonces el templo no es la casa de Dios, a cuyos ojos ricos y pobres son iguales; es una casa que se alquila, cobrando el clero el alquiler! ¡Dispone de ella el que mejor paga! ¿Qué es, pues, la religión, que tales cosas consiente? Estas reflexiones iban convirtiendo en humo mis creencias: una transformación rápida se verificaba en mi interior: a la amargura y a la envidia de los primeros momentos sucedieron el despecho y la ira, y últimamente el más soberano de los desprecios. Levanté la mano; hice una cruz en el aire, jurándome a mí mismo no volver, aunque viviese cien años, a poner los pies en ningún templo; di media vuelta y me dirigí tranquilamente a la casa de mi tío. Cuarenta años han pasado, y no he faltado a mi juramento. Ya ve usted si soy pobre; pues bien, si me ofrecieran millones a condición de poner los pies en una iglesia, rechazaría los millones y me quedaría tan pobre como soy, con mi conciencia tranquila y satisfecha.

-Es verdaderamente un profundo racionalista el portero de tu casa. Ya podrían envidiar muchas eminencias la rectitud de su criterio y la entereza de su carácter.

-Y con la misma lucidez que sobre religión, discurre sobre todos los asuntos que trata. Por eso cuando hablo con él suelo acordarme de ti, y pienso que tienes razón cuando dices que a menudo en la pequeñez es donde se encuentra la grandeza.

-Y ahora, a la lista de los casos que vienen en apoyo de mi aserto, añadiré el de Francisco, el humilde zapatero remendón de tu historia.

LA FELICIDAD ETERNA

Recibí la visita de una familia cubana, compuesta de un matrimonio con dos hermosos niños y dos hermanos del marido, uno de ellos de bastante edad, pero bien conservado, con el cabello blanco, elegante, distinguido y sobre todo revelando su rostro una inteligencia no común. Mario es su nombre.

Hablamos, entre otras cosas, de la felicidad, y Julia, la joven cubana, dijo sonriendo con cierto desdén:

-La felicidad se parece a Dios: mientras más se la busca, menos se la encuentra.

-Pues qué -le repliqué-, ¿no encuentra usted a Dios mirando los ojos de sus hijos?

-Eso es pura poesía, señora; como usted no los ha tenido, no sabe lo que cuestan. De mí he de decirle que tengo dos hijos, y en ninguno de ellos he visto nada que me hablase de Dios; lo que sí he visto ha sido todas las "estrellas" (como se dice), cuando los médicos me han operado, porque mis dos partos han sido el martirio de la Inquisición. Tan mal he quedado de ellos, que, según aseguran los doctores, ya no tendré más hijos. ¡Mejor! Mi marido se enfada porque digo esto; pero yo estoy contentísima cuando pienso que no volveré a sufrir el tormento de las operaciones quirúrgicas.

-Mi esposa -dijo el marido-, tiene la desgracia de no creer en nada; con decir que piensa que la muerte lo borra todo, comprenderá usted que todo sacrificio lo cree inútil.

-¿No profesa usted ninguna religión?- le pregunté.

-No; cuando niña fui católica por mis padres. Recreábame en esas costumbres simples de la vida religiosa: procesiones, fiestas, cánticos, música celestial...; pero tuve la desgracia de que el confesor de mis compañeras de colegio hiciera una de esas barbaridades, una atrocidad que no tiene nombre con varias educandas, y como algunas de ellas eran hijas de familias poderosas, el hombre a quien había confesado mis inocentes secretos y tantas veces besado la mano creyéndole un santo, fue condenado a presidio para no sé cuántos años. Aquel desencanto dio en tierra con el edificio de mis creencias religiosas.

Me case civilmente. En suma, no sólo no tengo ninguna creencia religiosa, sino que ni necesito tenerla.

-¡Vive usted sin esperar ni temer! ¡sin preocuparse del mañana! ¡sin pensar en el porvenir de su alma cuando se desprenda de su cuerpo!- le repliqué.

-Me tiene completamente sin cuidado -contestó-, mi porvenir de ultratumba. La muerte pone el broche a todas las cosas. Si mi marida me tratara mal, o como un señor a su esclava, me suicidaría sencillamente, sin romanticismo amoroso. Positivismo puro; substitución de una lucha dolorosa por el sosiego absoluto, del dolor por la insensibilidad.

Amé con delirio desde mi niñez a un joven que me correspondía con cariño igual al mío.

A causa de viejos odios políticos, las familias de ambos se opusieron a nuestro enlace.

Murió en la desesperación el hombre que había cautivado mi alma; y yo no sé lo que hubiera sido de mí, si no me hubiese salvado el deber que tenía de cuidar a mi madre, paralítica.

Tan pronto como el que hoy es mi esposo llegó a La Habana y se anunció como médico, mi madre, que nunca se cansaba de probar médicos y medicinas, le consultó acerca de su enfermedad y logró curarla. La gratitud de ambas fue inmensa. Cuando mi madre, para agradecer tanto bien, le entregaba una suma no despreciable, por honorarios, rehusóla, manifestando que sólo anhelaba mi cariño y mi mano.

Fui sincera con él. Le dije que opinaba como Pérez Galdós, que el amor es un don que no se otorga más de una vez en la vida, y que yo había ya amado tanto como se puede amar a un hombre, Contestóme que quien sabía curar los cuerpos, también sabría curar un alma; y nos casamos. No hemos sido tan felices como hubiéramos podido serlo si

nuestra unión hubiera sido obra del amor; probablemente no alcanzaremos ese grado de felicidad; pero somos relativamente dichosos: la vida conyugal no es para nosotros una carga: se desliza suave y agradablemente, sin convulsiones ni trastornos. En estas condiciones, la acepto; la rechazaría suicidándome, si viera mi tranquilidad turbada por veleidades o injusticias de mi marido; pues si podría resignarme a una vida de sufrimientos independientes de la voluntad humana, no transigiría con los que la mujer experimenta por gracia y obra de la omnímoda voluntad del hombre.

-Yo entiendo -dijo Mario-, que cada uno lleva en sí mismo los elementos de su propia felicidad, y que no hemos de buscarla fuera, sino dentro de nosotros.

-Convengo en ello -añadió Julia-; hay días que me considero dichosa pensando que soy dueña de mi vida; que puedo dejarla en el instante en que el infortunio me abrume. La nada tiene para mí inapreciables encantos. ¡Morir!... ¡desaparecer de entre los vivos, donde tanto se sufre y se llora!... ¡Dejar de lamentar ingratitudes cuando uno se cansa de sufrirlas!... ¿qué mayor felicidad?

-Hay otra felicidad muy superior a la tuya -replicó Mario.

-¿Cuál?- preguntó Julia con visible interés, avivando la curiosidad de todos.

-Permiteme, antes de contestar a tu pregunta, hacer un poco de historia, para que Amalia, que gusta de estudiar en el corazón humano, pueda añadir una línea más a las muchas que lleva escritas sobre este género de estudios.

Me casé a los diecisiete años, loco de amor, y a los veinticinco era el hombre más desgraciado del mundo. Mi esposa me abandonó para seguir en otro país una vida aventurera, dejándome un hijo tan hermoso y tan perverso como la mujer que en su seno le llevara. Baste decir que después de haberme hecho encanecer a los treinta años -tales eran sus fechorías de niño- me hizo perder la mayor parte de mis bienes, y no retrocedió ni ante el crimen. Comprendiendo que la justicia humana le condenaría a muerte o a cadena perpetua, se levantó la tapa de los sesos con un pistoletazo. Su muerte me dejó sumido en la desesperación después, habían podido disminuir el loco amor que por aquel hijo sentía. Lamentaba sus yerros, pero al verle, la compasión y el amor los borraba de mi memoria. La reflexión me ha dicho después que aquel amor ciego podía haberme conducido a un abismo.

Con la desastrosa muerte de mi hijo coincidió la de su infeliz madre, que murió en un hospital de Nueva York, a donde llegué a tiempo para recoger su último suspiro.

Quedéme tan acobardado, que yo mismo me daba miedo; hasta mis pasos me hacían temblar: la noche con su sombra me horrorizaba; el día con su luz me enloquecía. No sé cuánto tiempo hubiera permanecido en aquel lamentable estado, si una herencia cuantiosa y poco menos que inesperada no hubiese reclamado mi presencia en Madrid. El viaje y las múltiples atenciones de mi nueva situación de hombre rico e influyente contribuyeron en gran manera a mi curación moral, sin que esto signifique que lograra un segundo de alegría: adquirí relaciones que me dieron muchísimos disgustos, y ya iba acariciando la idea de poner fin a mis penas, cuando una tarde, hallándome en el Jardín Botánico, vino a sentarse junto a mí un hombre, al parecer provinciano, decentemente vestido, que iba acompañado de dos niños. Mientras los niños jugaban, el recién venido y yo entramos en conversación, que no tardó en ser animadísima.

-¡Dichosa edad! -dije yo, refiriéndome a los niños.

-No soy de su opinión -replicó mi interlocutor-; será que, cuando muchacho, fui muy desgraciado; me daba mi padrastro cada paliza, que me dejaba el cuerpo verde. No recuerdo nada risueño de mi niñez. En cambio, cuando fui hombre, me emancipé de aquella maldita tutela; me casé, tuve hijos y nietos, y medios y libertad para buscar la verdadera felicidad, que yo llamo felicidad eterna.

-Esa ya nos la procuran los curas, si les pagamos bien el corretaje.

-No; la felicidad de que yo hablo no se consigue con salmos y letanías: me la proporciono yo mismo haciendo todo el bien que puedo.

-¡Hombre! No me hable usted de obras benéficas; a cada obra benéfica que he hecho, ha correspondido una ingratitud, un desengaño y un disgusto: he aquí el fruto que uno recoge del bien que hace.

-Usted tendrá la culpa; no espere usted el fruto de sus obras; haga como yo: conténtese con contemplar una que otra vez alguna flor.

-No comprendo bien lo que quiere usted significar con esas palabras.

-Pues no es difícil comprenderlo: me entero, por ejemplo, de que hay una necesidad que socorrer; tomo una parte de mis ahorros y me voy, acompañado de uno de mis nietos, a ver la familia atribulada: dejo lo que puedo, y saboreo (no encuentro otra palabra) el placer de hacer el bien, a la vez que recibo la recompensa en miradas de agradecimiento, que le recuerdan a uno esos cielos de las religiones donde los ángeles entonaban alabanzas al Señor.

Si la persona socorrida es una madre con hijos y sin pan, al ver que éstos comen y se sonríen, ella se vuelve loca de alegría y me la comunica a mí; si se trata de un viejo que tirita envuelto entre guiñapos, y se le abriga con una buena manta de lana, ¡qué ojitos tan alegres se le ponen!... Balbucea como los niños, pronuncia palabras incoherentes y no sabe cómo expresar el infantil regocijo de su alma. A estas espontáneas manifestaciones las llamo yo las flores del agradecimiento.

Dejo aquella morada y no vuelvo a poner los pies en ella, para no dar ocasión a que madure y caiga el fruto de la ingratitud. Si la necesidad es muy grande, la socorro desde lejos, huyendo de presenciar escenas de miseria moral, más horrible a veces que la carencia de ropas y alimentos. No quiero significar con lo que dejo dicho que todos los pobres sean ingratos; pero el que quita la ocasión, quita el peligro. En una palabra, he encontrado la felicidad haciendo todo el bien que puedo sin intimar nunca con los que favorezco: así conservo el gratísimo recuerdo de las flores que nacen de las buenas obras, y no me hieren sus espinas.

Así habló aquel hombre, exteriormente insignificante y en el fondo pensador discreto. Seguí sus consejos, y confieso que he hallado la felicidad, cuyos horizontes había creído cerrados para siempre. Como mis rentas me permiten hacer cuantiosas limosnas, cuando entro en una casa donde falta todo lo necesario y gracias a mis donativos, la sombra se vuelve luz, la miseria en relativa abundancia, la tristeza y el abatimiento en esperanza y regocijo, soy tan feliz, que me parece un sueño que mi esposa muriera en un hospital y mi hijo tuviera que matarse para no ser ajusticiado.

Ya ve usted, Amalia, por cuan distinto camino buscamos la felicidad mi hermana y yo; ella en la muerte, no pensando en la orfandad de sus hijos ni en lo mucho bueno que puede hacer mientras esté en la Tierra, pues ahí donde usted la ve, con su materialismo y todo, es un alma generosa, que se quita el pan de la boca para darlo al primer pobre que ve; y yo busco la felicidad enjugando las lágrimas de los afligidos, en cuyos ojos, cuando se alegran, sorprendo relámpagos de gloria que enajenan y hacen dichoso.

Y a esa felicidad bien puedo llamarla eterna. Lo que hago en este planeta, continuaré haciéndolo en otros mundos en el curso de mi vida eterna, compuesta de innumerables existencias.

Mis hermanos se ríen cuando les digo que en la tumba sólo quedan los despojos materiales y que la vida del espíritu es eterna; se ríen, pero no tienen argumentos que oponer a la bondad de mis doctrinas.

Julia y Mario, la negación materialista, y enfrente la afirmación espiritista, haciendo consistir la felicidad, la primera, en la paz y el silencio del sepulcro, en la cesación de toda lucha, en el no ser, en la nada; y la segunda en el alivio de los dolores y de las miserias humanas. En hacer el bien está la felicidad eterna.

A UNA JOVEN ARTISTA

CARTA PRIMERA

Querida niña: Permíteme que te llame así, a pesar de que has llegado al completo desarrollo de la juventud; me es grato recordarte cuando te conocí; cuando tus gracias infantiles te hacían más bella y más seductora; cuando el mundo era para ti un vergel florido; cuando todas las ilusiones de la vida te sonreían; cuando esperabas ser tan grande en el arte divino de la pintura, que eclipsarías el recuerdo glorioso de los maestros del arte. ¡Con qué entusiasmo pintaste tus primeros cuadros, y con cuánto desaliento has pintado después los últimos! Tu imaginación volcánica no se aviene con una existencia humilde llena de contrariedades y angustias en el ignorado rincón de tu hogar; sueñas con viajes imposibles; comprendes que si te pusieras alas de cera como Icaro, al calor del sol se derretirían, y si aquél cayó en el mar Egeo, tú caerías vencida por ese monstruo de cien cabezas que se llama la miseria. Has luchado desesperadamente, y al fin has tenido que dejar los pinceles para coser un vestido o hacer de un abrigo viejo otro que parezca nuevo, y ocuparte en los medios de satisfacer las imperiosas necesidades de la vida.

Con todo, las contrariedades que te rodean no han podido destruir tu afición al arte: aún sueñas en la gloria que hubieras podido conquistar siguiendo las huellas de los pintores más famosos.

Cuando muere el día y el sol nos envía sus últimos reflejos, suspendes tu trabajo, te levantas, te asomas al balcón o subes al terrado, y exclamas con todo el entusiasmo de tu alma: "¡Ah! Si yo tuviera medios y tiempo, ¡cómo trasladaría al lienzo esos colores! ¡Cómo pintaría esa hermosísima puesta de sol, tan poética, tan arrobadora! Tal como yo concibo el cuadro, sería un pedazo de cielo robado por el pincel a la naturaleza y a la poesía". Mas, ¡ay! en aquel momento llega a tus oídos una voz: es tu pobre madre que te llama diciéndote: "Sofía, no te entretengas en vanas contemplaciones, que esta noche he de entregar el trabajo". Y entonces, como si cayeras de una altura llena de luz al fondo de tenebroso abismo, tu espíritu recibe una violentísima sacudida, y muda y triste reanudas tu tarea sin exhalar un quejido. Otras veces oyes el bélico sonido de los clarines, ves pasar fuerzas de caballería en rápida carrera, y exclamas en el fondo de tu alma: "Un caballo en el instante de lanzarse a galope tendido, ¡qué asunto para un cuadro! Tal como yo lo veo en mi fantasía, la ilusión sería completa: creeríase oír el ruido de los cascos del caballo chocando contra las piedras". Y así pasas la vida soñando con pintar maravillas, en tanto que la más amarga realidad te obliga a coser sin descanso para ganarte tu pan y el de tu pobre familia.

Ante la fuerza del imposible, has dejado de pintar cuadros históricos, paisajes hermosos, y te contentarías con pintar cuadros sin pretensión alguna; sé que me dices, pero tú no encuentras ahora asunto para tus cuadros, y yo a cada momento lo encuentro para docenas de ellos, llenos de color, de sentimiento, de vida. ¡Quién supiera pintar!, exclamo entonces.

Pocos días ha, entré en una de esas casuchas que tanto abundan en la parte antigua de Barcelona, con un portal húmedo y frío y una escalera oscurísima. Llegué al piso tercero, y entré en un cuartito, donde anida la miseria. Una anciana, una joven y una niña de dos años y medio son los habitantes de aquella triste y reducida habitación. La niña, a la que llaman Niní, sin ser bonita, sin poder figurar entre las bellezas infantiles, tiene, como dirían en Andalucía, mucho ángel. Nada más dulce que sus ojos; nada más risueño que su boca; nada más expresivo que sus ademanes: cuando acaricia, no se

contenta con besar dulcemente, sino que en su idioma dice: "¡Cuánto te quiero!" Niní ha nacido en un hogar tan pobre, que no tiene muñecas, por las que siente tal delirio, que de un lío de trapos hace un bebé, al que pasea, duerme y llena de tiernas caricias.

Sabiendo que deliraba por una muñequita, le compré una de cartón, que le llegaba al hombro, sin más adorno que una gorrita de tul y la camisa, pero con una cara simpática y unas mejillas tan frescas y encarnadas como manzanas.

Cuando entré, estaba Niní sentadita en su silla. Le presenté la muñeca, la estrechó contra su corazón, sin decir una palabra; una sonrisa que envidiarían los ángeles iluminó su semblante; con cierto temor le pasó la mano por la cara, y con la mayor delicadeza le imprimió un beso en cada mejilla, mirándola después con arrobamiento. No hablaba, pero, ¡cuánto decían sus ojos y sus graciosas inclinaciones de cabeza! ¡Cómo la contemplaba y cómo se iba familiarizando con la nueva compañera!

A los primeros besos, siguieron las caricias repetidas, acabando por hacerla bailar con verdadero deleite. Niní, en aquellos momentos, era la imagen de la perfecta felicidad. Mi paso por la Tierra no había sido inútil en esta existencia, habiendo podido regalar la primera muñeca a una niña pobre que deliraba por ellas, y dije a su madre: "He aquí un buen asunto para un cuadro, que podría titularse "¡Felicidad!"

Después de acariciarla mucho, tomó los pies de la muñeca, diciendo con voz dolorida: "¡Pobrecita! ¿qué fríos tiene los pies!" Y luego se afanaba por subirle el escote de la camisa para abrigarla mejor; pero al ver que tanto como la arropaba por arriba, quedaba descubierto por abajo, se quedaba pensativa, miraba a la muñeca y para contentarla sin duda, la besaba con mimo y decía: "dormirás en mi cama".

¿No te parece éste un precioso asunto para que tu genio de artista pueda inspirarse en él? ¡Cuánta luz había en el semblante de Nini!... ¡Cuántas cosas se leían en sus dulces ojos y cuánta felicidad en sus expresivas sonrisas!

Un día encontré en la calle un niño mendigo junto a una tienda lujosa. Contaba catorce años y parecía de tres por su estatura; sus hombros subían casi tanto como su cabeza, y su rostro expresaba tanta tristeza y amargura, que al mirarle, las lágrimas se agolparon a mis ojos. Me acerqué, y entablé con él el siguiente diálogo:

-¿Cómo te llamas?

-Antonio.

-¿Tienes familia?

-Padre y seis hermanos pequeños.

-¿Y madre, no?

-Madrastra.

-¿Te quiere?

-No.

-¿Te pega?

-Eso... tampoco.

-¿Y cómo sales a pedir limosna, estando enfermo?, pues se conoce que lo estás.

-Salgo porque somos muchos de familia: mi padre gana poco, y yo tengo el deber de ayudarle. Efectivamente, estoy enfermo; me siento mal.

Y el pobre niño temblaba de frío, a pesar de hallarnos en la canícula.

Me inspiró mucha simpatía aquel infeliz niño, que tenía tan encarnado en su espíritu el cumplimiento del deber. Todo para él había sido ingrato, y sin embargo, creíase obligado a no ser gravoso a los suyos, prestándoles auxilio, pasando horas y horas a la intemperie. ¡Qué alma tan grande en un cuerpo tan pequeño!

Después le he visto varias veces. Una mañana lo encontré en la Rambla de San José: iba muy despacio y con el semblante casi risueño, mirando los puestos de flores; se detuvo; se inclinó y cogió del suelo una rosa casi deshojada. Al ver su acción, una florista le dio una rosa menos marchita. El niño la miró con deleite, aspirando su perfume.

-¿Te gustan las flores? -le pregunté, acercándome.

-Mucho, mucho.

-¿No las tienes en tu casa?

-¡Ay, no!...

Y al decir esto aspiró con delicia la fragancia de la flor que llevaba, sonriendo dulcemente.

¡A cuántas consideraciones se prestaba en aquel momento el infeliz enanito! ¡Tan pobre, tan enfermo, con su carita pálida y sin embargo sonriente, feliz con la posesión de una rosa!

Otro motivo precioso par un cuadro, ¿verdad?

¡En la vida hay asuntos para tantos cuadros! Créeme, Sofía: no se necesita pintar deslumbradors paisajes, históricos episodios de matanzas y exterminio, sorprender en su carrera al indómito alazán; otras escenas hay en la vida real dignas de pasar a la posteridad en cuadros inmortales. En mis cartas sucesivas te iré ofreciendo asuntos con mi pluma, para que tú los traslades con tu pincel al lienzo, para el divino arte.

A UNA JOVEN ARTISTA

CARTA SEGUNDA

Sofía querida: Te contaré la impresión que recibí hace algún tiempo en una casa de comercio.

Fui a cobrar una letra y tuve que esperar largo rato, porque a causa de hallarse dos dependientes enfermos, las notas en los distintos libros tenía que ponerlas un suplente de ambos, y éste lo hacía con una lentitud desesperante. Otra señora y yo, más impacientes que los demás que aguardaban su turno, entramos en otro despacho contiguo, donde había dos mesas y dos escribientes; el uno casi un niño, de rostro alegre y simpático; el otro un anciano, que contestó a nuestras preguntas con bastante sequedad, pero sin ofrecernos sillas al hacerle presente que hacía más de una hora que estábamos de pie.

Nos sentamos. Yo me entretuve en contemplar al anciano, que escribía sin levantar la cabeza, en tanto que su joven compañero pasaba el tiempo ociosamente, y el viejo le dijo:

-¡Si tu padre te viera!... ¿Pero, no ves, hombre; que tiras piedras a tu mismo tejado?

-¿Por qué, porque no trabajo? Ya trabajan mi abuelo y mi padre por mí. El que se mata, se muere. ¿De qué le ha servido a usted trabajar como un negro toda su vida?

Al oír estas palabras, el buen viejo soltó la pluma, y mirando al muchacho con profunda tristeza, le dijo con acento suplicante:

-No prosigas; no despiertes mis recuerdos.

El chico enmudeció, y su compañero se quedó tan pensativo, que sin darse cuenta de lo que hacía, cerró maquinalmente el libro en que estaba escribiendo, apoyó el codo izquierdo sobre la mesa, en tanto que introducía la mano derecha en su abotonada americana, y fijando su mirada en un estante de libros, se quedó inmóvil.

¡Cuánto abatimiento se leía en el semblante de aquel hombre! Sus ojos grandes y hundidos tenían una expresión tan dolorosa, tan abstraído estaba en su meditación, que no vio entrar a su principal, conocido mío, que recogió varios papeles, hizo seña al adolescente y a nosotras también, indicando que le siguiéramos a una oficina inmediata, y cerró la puerta del despacho con sumo cuidado, sin hacer el más leve ruido.

Yo, que en viendo a un ser que sufre, ya estoy en ascuas deseando conocer la causa de sus pesares, no pude contenerme, y dije a don Carlos, el jefe de aquella casa:

-Encuentro singular lo que acabo de ver: en el rostro del anciano he creído adivinar un gran infortunio.

-Ese hombre ha sufrido cuanto se puede sufrir en la tierra. Ya le contaré su historia en casa de nuestra amiga la de López, donde nos veremos el lunes próximo. Usted escribe, y tendré gusto en darle asunto para uno de sus artículos.

Espere con impaciencia el día dicho, y don Carlos llegó a cumplir su promesa, diciéndome:

-El anciano cuya tristeza conmovió a usted se llama don Tomás. Es amigo de mi padre. Juntos, en su niñez, se fueron a La Habana; trabajaron con suerte, y jóvenes aún, regresaron a España, dueños de una gran fortuna. Ambos se casaron un mismo día, mi padre con una rica heredera, y don Tomás con una mujer hermosísima, de la que se había enamorado ciegamente. Hombre de talento comercial y muy emprendedor, en pocos años cuadruplicó su capital, y como unía a una incansable actividad una honradez a toda prueba, muchos fueron los hombres de negocios que le pidieron como favor especial les dejara tomar parte en sus atrevidas y arriesgadas empresas. El, franco y generoso, trabajó para los demás con el mismo celo con que lo había hecho para sí, y durante algunos años todo marchó a pedir de boca. De pronto volvióle la espalda la fortuna, y las desgracias llovieron sobre él, rápida, vertiginosamente. Cruzaban los mares multitud de buques suyos, de gran porte, y en menos de tres años los perdió todos, pasto de las llamas, unos, destrozados otros por embestidas horribles o juguete de los demás de violentos huracanes y naufragios: en una palabra, que vino el juicio final para el buen compañero de mi padre. Mas no perdió por esto don Tomás su serenidad de espíritu: antes al contrario, animado por sus amigos, reunió los fondos necesarios para comprar otros dos barcos, en los cuales puso de capitanes a sus dos hijos, que ya eran pilotos, y a quienes amaba como el mejor de los padres.

Pasaron algunos meses sin recibir don Tomás noticias de sus hijos, y cuando las tuvo, fue para lamentar un nuevo desastre: su hijo mayor había muerto en un naufragio y héchose astillas el buque que mandaba. Después supo también que su segundo hijo hallábase en Márselle haciendo reparaciones en el buque, pero por cuenta propia, sin acordarse de que existía su padre. Voló éste a Marsella y halló a su hijo, que al verle, le volvió la espalda y se alejó rápidamente. No quiso seguirle don Tomás, horrorizado de tan impía ingratitud: rogó a Dios por el hijo desalmado y se volvió para ir a llorar en los brazos de su esposa el mayor de sus infortunios. Cuando volvió a su hogar, sólo encontró a un viejo mulato, criado que le servía hacía muchos años. Su esposa se había fugado a América, con un indiano que la requirió de amores en su ausencia, llevándose la adúltera el dinero y alhajas que en la casa quedaban, restos de una inmensa fortuna. Este último golpe, que le hundía en la soledad, en la miseria y en la deshonra, anonadó a don Tomás por completo. Arrojóse en los brazos de mi padre, que llegó en aquel momento, sin que de los ojos del desdichado brotara una lágrima, ni sus labios exhalaran una queja.

Comprendiendo mi padre que su viejo amigo no admitiría un pedazo de pan sin ganarlo, le dijo: "Vente a mi despacho, que tengo los libros en mal estado y tú los arreglarás".

Al día siguiente, don Tomás estuvo en el despacho en el momento de abrirse, y desde entonces se pasa los días haciendo números y riñendo a mi hijo porque no trabaja; a veces se queda sumergido en sus tristes meditaciones, y estos casos le dejamos solo, respetando su dolor ilimitado. Jamás pronuncia el nombre de su esposa, ni el de su hijo: únicamente oí decir una vez que mi padre le preguntaba dónde pasaba las tardes de los domingos, que se iba a la orilla del mar a rezar por los ingratos.

-¿Y vive solo?

-Sí, vive solo; no se le ha podido convencer de que la soledad no le conviene. Hace pocas semanas se puso enfermo; fui a verle y salí de su casa tan hondamente conmovido, que estuve mareado de tristeza.

No quiere tener criada: la portera le limpia la casa. Sentado en un sillón, mirando el retrato de su esposa y de sus hijos, de cuando eran pequeñuelos y ella le hacía feliz con su amor y su admirable belleza, se pasó don Tomás días de fiebre y noches de insomnio, sin decir esto me duele.

Con los ojos y el pensamiento fijos en el risueño cuadro de su perdida felicidad, cruzado de brazos en un abatimiento inmenso; contraída su boca por el dejo amarguísimo de la hiel de los más crueles desengaños, y con el corazón manando sangre, herido por las traiciones más horribles, no había necesidad de ver coronada de espinas su cabeza, ni herido de una lanzada su costado, ni taladradas sus manos y sus pies, para que mi alma le colocara entre los mártires más resignados y que más atroces dolores han sufrido. Su semblante afligido reflejaba todas las amarguras, todos los dolores, todas las torturas que pueden martirizar a un hombre. En los museos mejores del mundo no se ve ningún Cristo que hable al corazón como ese desdichado: su dolor mudo es el dolor heroicamente soportado; en su rostro parecen resumidos los sufrimientos y las angustias de todos los mártires de la humanidad. No es, pues, extraño, Amalia, que tan honda impresión dejase en el ánimo de usted la presencia de don Tomás: de él se puede decir que se queja sin hablar.

¿Verdad, Sofía, que para pintar imágenes dolorosas no se necesita acudir a los manoseados asuntos de Cristos crucificados y de los mártires de las religiones positivas?

Espantoso suplicio el del ser quemado a fuego lento, descuartizado por cuatro caballos indómitos; pero hay dolores y agonías morales en la tierra superiores a todas las torturas inventadas por la ferocidad humana, agonías y dolores que se sufren en la obscuridad y pasan desapercibidos.

¡Hay tantos que viven en palacios suntuosos que son pobres de solemnidad! A veces veo bajar de un carruaje soberbio a un sexagenario envuelto en un gran abrigo de pieles, y al verle suele ocurrírseme este pensamiento: "¡Por mucho que te abrigues el cuerpo no te podrás quitar el frío del alma!"...

Querida Sofía: la historia de la humanidad, la que no se escribe ni deja tras de sí monumentos, te dará siempre asunto para cuadros de gran afecto. El talento del artista consiste en sorprender esa historia inédita y apoderarse de su secreto. ¡Ah! Si tú hubieses visto al padre sin hijos; al esposo sin compañera; al millonario arruinado en la miseria, con el pensamiento y los ojos fijos en el cuadro de su pasado, hubieras indudablemente exclamado: "He aquí un asunto digno del pincel del primero de los artistas".

A UNA JOVEN ARTISTA

CARTA TERCERA

Estimada Sofía: Vives en mi memoria y eres uno de los recuerdos más puros y melancólicos de mi vida. Sé que sufres; tienes en tu mente las alas del genio y vives luchando con las apremiantes y tiránicas necesidades de una posición humilde, obscura: ¡vives en la sombra, cuando en tu cerebro todo es luz!

Ave prisionera, nunca puedes tender tus poderosos vuelos. Has sido, además, muy desgraciada en amores, y a la mujer le es doloroso llegar a la mitad de la vida sin

haberse creado una familia; el matrimonio es para la mujer el complemento de todas sus aspiraciones. La aspiración de toda mujer es adornar su frente con la simbólica y perfumada corona de azahares.

Dijo un gran escritor que abundan las personas que no son felices porque no han sido nunca desgraciadas, y esto les pasa a las solteras: como no han tenido que sufrir las impertinencias de un hombre adusto y descortés y no saben lo que es luchar con cinco o seis chiquillos enfermos y voluntariosos, la monotonía de su vida las entristece, se juzgan desairadas, y el hastío y una profunda amargura llenan la mayor parte de su vida. Me ha sugerido estas consideraciones, extrañas al tema de estas cartas que te escribo, el pensar que también tú, no sé si por suerte o por desgracia, perteneces al número de las mujeres que no han unido su suerte a la de un hombre y profesado en la estrecha religión de la maternidad. ¡Pobre Sofía!... ¡Cuánto me acuerdo de ti! Siempre que veo algo que habla a mí alma, veo en ella tu recuerdo, y exclamo: "Si Sofía viera este cuadro, ¡cómo se apoderaría de él! ¡Llevada de la inspiración, su pincel perpetuaría en lienzos estas escenas conmovedoras!

Esto pensé hace una semana, al presenciar el encuentro de un hombre de unos once lustros, con un niño de cuatro o cinco primaveras, travieso por excelencia.

El primero, Felipe, es alto, enjuto, de facciones muy pronunciadas, de rostro avejentado; viste el humilde traje del obrero; franco y sencillo, agrada su trato por la sinceridad que llevan sus palabras.

Hallándose un día en mi casa, entró una familia con un niño de cuatro a cinco años, por nombre Germán. Este chicuelo, revoltoso, exigente hasta la tiranía, necesita mortificar a alguien para estar contento; rechaza las caricias; por su carácter no se granjea amigos, pero impone su voluntad como un soberano absoluto.

Entró en mi aposento refunfuñando, como es su costumbre, pero al reparar en Felipe, el rostro del niño se iluminó con una sonrisa celestial; acercóse a él, se apoyó en sus rodillas, con la mayor destreza se encaramó sobre ellas, y extendiendo sus bracitos, le abrazó, le colmó de besos, de apasionadas caricias, pasando y repasando sus manecitas por las mejillas de Felipe, que miraba sorprendido al pequeñuelo, el cual no cesaba de acariciarle, diciendo:

-¡Pobrecito mío!... ¡Pobrecito!

Y vuelta a besarle y a rodear su cuello con estrechos abrazos, restregando su carita en el rostro de su amigo con tanta gracia, con tanto cariño, con tanto mimo y monería, que no pudo menos que llamarme vivamente la atención, sabiendo que Germán es naturalmente arisco, despegado y que rehuye las caricias y los besos. Felipe no es una figura atractiva: su traje es modestísimo, su rostro grave, serio; por manera que el niño no tenía el menor motivo para acercarse a él. Sus demostraciones de júbilo y de entrañable afecto, la expresión de su semblante de ordinario contraído por el enojo y la impaciencia de su carácter voluntarioso y descontento, en aquellos momentos transformado, su dulzura, su templanza, la satisfacción inefable de su alma, aquel cambio tan rápido, tan prodigioso por lo instantáneo, aquella mutación de la sombra a la luz, aquel afán del pequeñuelo de abrazar a Felipe con tanta fuerza, aquella prodigalidad de caricias que se multiplicaban del modo más sorprendente, ¡cuánto me hicieron pensar, Sofía!

Llegó el momento de marcharse todos, y el niño German dijo a Felipe sin soltarle la mano: "Ven a mi casa y cenarás conmigo; no quiero que te vayas, no". Y sus hermosos ojos irradiaban tanto cariño, que no pude menos de pensar: ¿Dónde se habrán visto? ¿Qué vínculos existirán entre estos dos espíritus?

Repetidas veces se han vuelto a encontrar en mi casa Felipe y Germán, y siempre se repiten iguales escenas afectuosísimas. Como ya tiene más confianza, juega con Felipe como si fuera un compañero de su edad, prodigándole siempre sus mimosas caricias y mirándole con verdadero arrobamiento.

¡Qué cuadro tan hermoso ofrecen estos dos seres! Felipe, en el invierno de la vida, con la frente surcada por profundas arrugas, con las mejillas enjutas y tostadas por el sol de muchos estíos, con la mirada reveladora del cansancio y la pesadumbre de una existencia fatigosa, y el niño con su carita sonrosada, con sus bellos ojos brillantes con el fuego de la vida, con su boquita sonriente, acariciando con sus besos y sus palabras, los dos representan la alegoría de la existencia humana: Germán la primera mañana de la vida; Felipe la caída de la tarde, preludio en el hombre de la vejez del cuerpo. Y sin embargo, entre dos espíritus, en apariencia de tan opuesta condición ¡qué unión tan estrecha! Felipe parece que renace con las caricias del niño; el abuelo más complaciente no tendrá para su nieto más querido una sonrisa tan dulce y una mirada tan amorosa; uno y otro, juntos, se olvidan de cuanto les rodea. Yo los contemplo con el mayor placer y me acuerdo de ti, pensando que el asunto es digno del pincel más inspirado. Lo que sienten Germán y Felipe cuando se encuentran, es superior a todas las demostraciones más tiernas que yo he visto entre viejos y niños.

¡Quién pudiera levantar una punta del velo que cubre el pasado! ¡Cuán hermoso sería comprender el lazo que habrá unido en otra existencia a Felipe y a Germán! Si otras pruebas no hubiese tenido de que el pasado del hombre es el prólogo de su porvenir, el encuentro de Germán y Felipe me hubiera bastado para comprender que la muerte puede destruir los cuerpos, pero no las almas, destinadas a vivir en todas las edades siguiendo la órbita de su existencia eterna dentro de la vida universal.

Los espíritus de Germán y de Felipe, ¡cuánto deben haberse amado! Bendito sea el amor de las almas que siempre vive y siempre se manifiesta.

Basta encontrarse dos seres que se han querido, para sentir lo que aún en la tierra no tiene nombre, y si lo tiene, imperfecto, insuficiente para expresar lo que pasa en el fondo de las almas unidas por estrechos lazos.

Adiós, querida amiga; traslada al lienzo el cuadro que te he bosquejado, y mientras no encuentres una palabra más propia, más adecuada para pintar la misteriosa atracción que aproxima a los seres, bautiza tu nueva obra poniéndole por nombre: ¡Simpatía!

IMPRESIONES

Estando una vez en uno de los sitios más pintorescos de Barcelona, rodeada de algunas familias que habían ido a disfrutar las delicias de un día espléndido, encontré un matrimonio al que me une un afecto íntimo, un cariño fraternal que motiva entre nosotros alegrías y cambio de agradables impresiones.

El marido es un hombre digno de estimación; la mujer, que se llama Matilde, pertenece a esa clase de mujeres impecables que han tenido la fortuna de no caer en la resbaladiza pendiente de la vida y que orgullosas de ello, son la intolerancia personificada, convirtiendo su honradez en arma terrible contra las miserias y debilidades ajenas.

¡Dios nos libre de esas virtudes asustadizas que no tienen por base la caridad, virtudes acaso triunfantes porque no tuvieron que luchar con el infortunio o el hambre, virtudes que no tropezaron y cayeron, tal vez porque se deslizaron sobre un camino llano y fácil, bordeado de césped y flores, no de precipicios y zarzales!

Son virtudes crueles, a menudo más nocivas a la sociedad que los mismos vicios de que debieran ser el contrapeso y correctivo.

Cuando más distraída me hallaba viendo a varios niños, pasaron junto a nosotros tres mujeres lujosamente ataviadas, seguidas de dos criados con librea, llevando uno de ellos

un perrito microscópico, sujeto por un cordón de seda verde atado a un soberbio collar.

-¡Qué perro más precioso! -exclamó Matilde, acariciando al falderillo.

-Me cuesta mil pesetas -dijo la dueña muy satisfecha de las alabanzas dirigidas a su diminuto can.

Pasaron de largo. A los pocos momentos acercóseme Matilde, diciendo en voz atribulada:

-¡Jesús! ¡Jesús mil veces! ¡Quién lo había de creer! Parece hasta imposible que en sitio de honesto recreo para familias honradas, puedan concurrir mujeres perdidas. ¿Se ha fijado usted en esas que acaban de separarse, seguidas de dos lacayos y un perrillo que yo he tenido la imprudencia de alabar?

-Sí... ¿Y qué? ¿Qué ha visto usted en ellas para que se alarme de ese modo?

-¡Que son unas rameras! ¡Ay, Dios mío, y qué ligereza he cometido!... ¡Entrar en conversación con tales mujeres!... Si alguien lo ha observado, ¿qué habrán pensado de mí? Lo que debíamos hacer era reunirnos todas las familias honradas y protestar ante el dueño del Hotel de semejante abuso. Pues no faltaba sino que no podamos venir con nuestros hijos a este agradable lugar por impedirlo la presencia de esas mujerzuelas, que envenenan con su aliento el ambiente que respiran. Esto no se puede tolerar; no se puede consentir; semejantes mujeres, repulsivas aves nocturnas, no merecen, y no debiera permitírseles, compartir la luz del día con las mujeres honradas.

Miré compasivamente a Matilde, porque acababa de nacer en mi ánimo esta duda: ¿qué miseria será más honda, la de aquellas mujeres que el hambre o la seducción hunden en el lodazal del vicio, o la de aquellas otras que sólo tienen palabras y sentimientos de desprecio y anatema para las que cayeron, sean cuales fueren las causas de la caída? Y como si mi conciencia se dejara oír una voz diciendo "compara y juzga", súbito invadió mi alma un dulce y melancólico recuerdo, y murmuré con tristeza: "¡Rosita!...". Lleva este bellísimo nombre una joven que encontré una tarde en uno de los coches que hacen viajes al cementerio del Sudoeste, de Barcelona.

Desde que entré en el vehículo, reparé en una mujer de distinguidos modales, vestida con la mayor pobreza, de negros cabellos sencillamente peinados y cubiertos con un velillo acentuadamente pardo. Llevaba puestos unos guantes largos, muy usados. Tenía un aire especial, y su semblante una expresión indefinible. Sus ojos, grandes y expresivos, parecían un depósito de lágrimas, en tanto que en sus labios jugueteaba una graciosísima sonrisa, que adquiría a intervalos una expresión marcadamente desdeñosa. Tanta altivez denunciaba su rostro, tanto desdén sus menores movimientos y tanto hastío su modo de reclinarse en los averiados almohadones del desvencijado carricoche, que si el traje no hubiese atestiguado su pobreza; si en vez de una falda de merino negro roido por el uso y de un saquillo deteriorado, hubiese llevado una amplia túnica de terciopelo negro, habría podido pasar por una duquesa viajando de incógnito, separada por capricho de su numerosa servidumbre. Durante el trayecto no cambiamos una sola palabra, pero no pocas veces nuestras miradas se encontraron.

Al llegar al cementerio, bajé para visitar la tumba de un librepensador, y cuando, media hora después, subí al coche, encontré a la misma joven sentada delante de mí, mirándome de hito en hito y sonriendo entre desdeñosa y benévola. Sentíme impulsada a dirigirle la palabra.

-¡Qué casualidad! -le dije-, otra vez nos encontramos frente a frente.

-Eso mismo pensaba yo al verla subir. Pronto ha terminado su paseo.

-No vine a visitar más que la tumba de un librepensador.

-Yo he venido a dar mi paseo favorito. Para mí este cementerio es el lugar más bello de Barcelona; ni el Parque, ni la típica Rambla de las Flores, ni las calles-paseos del Ensanche y San Gervasio me atraen tanto como este cementerio, mejor dicho, los cementerios, porque donde quiera que voy, es lo primero que visito. Y siempre he tenido el mismo gusto.

-Gusto algo extraño, porque los cementerios son lugares poco agradables, y por añadidura, antihigiénicos.

-Serán todo lo que usted quiera, pero es donde existe la verdadera igualdad. Aunque los panteones de los ricos se distingan de la fosa común donde descansan los pobres, los muertos se disgregan del mismo modo bajo una capa de cal y tierra, que bajo estatuas de mármol de Carrara.

-Mucha filosofía es ésa para una mujer tan joven; debe usted haber sufrido mucho.

-Sí, algo: lo suficiente para conocer a fondo la sociedad y lo que son las miserias humanas, lo mismo que lo erróneo que es juzgar por las apariencias y la inmensa distancia que existe muchas veces entre el modo de vivir y el modo de pensar. ¿Quién diría, al verme paseando a menudo por los cementerios, huyendo siempre de los sitios concurridos, sin acudir jamás a ningún espectáculo ni a ninguna diversión, que me gano la vida cantando y bailando en un café?

-¿Así se gana usted la vida?

-Sí, señora; y canto por lo flamenco, y tengo fama de graciosa y de mujer ocurrente. Hace más de tres años que canto y bailo en un café, donde todos me quieren, por lo divertida que soy. Si me viera usted allí vestida de chula, con mi mantón de Manila y mi falda floreada, no me reconocería.

-¿Y cómo siendo usted tan enemiga de las diversiones, vive en un medio tan contrario a sus ideas, a sus sentimientos y a su tipo? porque su aire es más de una gran señora, que de una cantante de café.

-Historias, señora, historias; pasos que se dan en falso; sendas que se siguen... porque todas las demás están cerradas.

-¿Y tiene usted familia?

-Sí; pero vivo sola, porque prefiero vivir a solas con mi pensamiento. ¡Qué sorprendida se ha quedado usted! ¿no es verdad? ¿Y qué son las novelas, sino páginas de la historia humana? Le gustaría oírme cantar, lo comprendo: pues vaya una noche y pregunte por Rosita, y entonces me verá disfrazada con mi traje de chula, y se convencerá una vez más de que hay que mirar muy hondo para llegar a las profundidades del alma. Cantar y bailar: es el trabajo forzado a que me condenó la infamia ajena. ¡Adiós, señora!

-Adiós, Rosita: su imagen y su recuerdo quedan grabados en mi mente.

-Serán la imagen y el recuerdo de una mujer caída. Entre las mujeres caídas las hay del cuerpo, las hay del alma, las hay del alma y del cuerpo, y las hay también cuyo espíritu, en apariencia hundido en el cieno, vive más arriba, de donde anidan las águilas, en la región purísima del éter.

Estreché la mano de Rosita y me quedé profundamente preocupada.

Cuando Matilde, la honrada, la virtuosa, la impecable Matilde hizo tantos aspavientos por haber hablado dos segundos con una de esas mujeres que comercian con su honra, como si el aliento de ésta hubiese bastado para manchar su alba túnica, me acordé de Rosita, comparé a Matilde con ella y encontré un mundo de distancia entre la mujer virtuosa y la pobre bailarina de un café. En Matilde, ¡qué estrechez de miras! ¡qué círculo tan pequeño el de la evolución de su espíritu! ¡qué crueldad para el caído! Y en Rosita, ¡cuánta filosofía! ¡cuánta sed de verdad! Su afán es buscar en la muerte el gran ideal de la vida: ¡la igualdad! Mientras la mujer caída lleva su alma al infinito en alas de sus aspiraciones generosas, sedienta de redención, la mujer virtuosa, intolerante, hunde la suya en el abismo del egoísmo, de la crueldad y del orgullo. ¿Cuál de las dos saldrá más pura del crisol de la existencia?

NO HAY EFECTO SIN CAUSA

I

Desde mi infancia comencé a fijarme en la vida íntima de la familia: las interioridades del hogar doméstico han atraído siempre poderosamente mi atención. He pasado por alto las exterioridades, las falsas grandezas; no me han causado la menor impresión las agradables y fingidas sonrisas, las lisonjas y halagos cambiados entre los individuos de una familia cuando están rodeados de numerosos amigos.

El adagio vulgar que dice: "En visita todos somos buenos", no lo olvidé nunca, así como aquella otra máxima, según la cual, "hay hombres que son candiles de la calle y oscuridad en su casa". Uno de estos hombres que brillan en sociedad, entre aplausos y adulaciones por su ingenio y sutilezas engañosas, cuando llama a la puerta de su casa, la mujer se estremece, los hijos se acercan a su madre, se miran todos con azoramiento, y el que puede escabullirse desaparece de la escena. Este es el recibimiento que la familia hace al hombre que lejos de su hogar es un candil y oscuridad en casa.

Brusco, déspota y brutal con los suyos, en cambio de prisa y volando llega al Club donde se reúne con sus amigos, y allí a todos encanta con la finura de su trato, su gracia en el decir, sus chistes oportunos y la "buena sombra" que revisten todas sus bromas, capaces de hacer reír a un muerto.

II

Entre las familias mal avenidas que conozco, figura en primera línea una, compuesta de madre, hija (casada) y dos nietos, que habitan actualmente en Nueva Orleáns.

Son personas muy finas, perfectamente educadas, de buena posición social, libres de esos grandes apuros que irritan el ánimo y hacen maldecir todas las horas del día. Nada les falta, y sin embargo... ¡qué mal viven todos ellos, sin que ninguno sea malo! La madre (que se llama Esperanza) ha querido a su hija, Palmira, con idolatría. En su cuna no puso nunca sábanas de hilo: sobre pañuelos grandes de seda blanca de la India y almohadas de raso celeste durmió Palmira toda su infancia. Casóse ésta muy joven y tuvo una niña, a la que recibió con la mayor frialdad: en cambio, su abuela vio el cielo abierto cuando abrazó a Lina. Volvió Palmira a ser madre, y un hermoso niño la hizo enloquecer de alegría: para el pequeño Joselín fueron todas sus caricias; para el niño los mejores trajes, los más lindos juguetes, los manjares mas delicados y exquisitos cuidados maternales; mientras que para Lina todo es desabrimientos, desaires y malos tratos, que serían peores si la abuela no la escudase. Aunque de su madre no ha recibido más que beneficios, se adivina, se ve que Palmira no hace más que tolerarla: no la quiere, mira con malos ojos la unión de Esperanza con Lina, y dice de continuo a cuantos quieren escucharla, que lo único que la une a este mundo es su adorado Joselín. En la mesa, en el paseo, en el teatro, en todas partes, tiene los ojos fijos en su hijo, sin acordarse de la pobre Lina, que se vuelve a su abuela con amargura, revelando en su mirada la pena que la devora.

De estos cuatro seres (porque el esposo de Palmira es marino y casi siempre está fuera), a ninguno se le puede imputar malos instintos. Esperanza es un modelo de abnegación, de sacrificio; por ver sonreír a su hija y a sus nietos daría la vuelta al mundo con una cruz a cuestas; y sin embargo, no ha logrado hacerse querer de su hija, que siente por ella una frialdad que casi pudiera llamarse repulsión.

Palmira, en su trato particular, es ingenua, sencilla, fácil de contentar, cariñosa, expresiva, sonriente, hasta bondadosa.

Lina es una jovencita prudente y reservada, capullo marchito antes de entreabrir su corola, espíritu desengañado y amargado antes da abandonar sus blancos cendales de la dorada cuna.

Joselín es un niño mimado, caprichoso, exigente, pero bueno en el fondo, muy

estudioso, muy dado a los números, con aspiraciones a ser un grande hombre que haga gigantescos puentes para unir las montañas del mundo.
Separados y en público, cada uno de estos seres es un ángel; en la vida íntima del hogar, los ángeles se convierten en demonios, hasta el extremo de maltratarse de palabra y de obra Esperanza y Palmira, y ésta de coger a Lina por sus hermosos cabellos y arrastrarla con la mayor furia. En estado normal, viven como los perros y los gatos.

¿El efecto desastroso de la unión de estos seres, no ha de reconocer una causa? ¿No tendrá un prólogo que justifique la historia de estas antipatías y repulsiones?

¿Ha nacido en esta existencia el odio instintivo que siente Palmira por su madre y la inexplicable aversión que le inspira su inocente hija? Imposible: la primera la rodeó en su niñez de todos los refinamientos del lujo y de la delirante ternura de una madre enloquecida de amor; la segunda, hoy por hoy es más bien que una niña, una sensitiva: basta que la miren para que tiemble, enmudezca y pierda el delicado matiz de sus nacaradas mejillas.

Si de todas las madres se dice que no hay una que no quiera a sus hijos, ¿por qué Palmira, que adora a Joselín, aborrece a Lina?

El efecto se ve, la causa se ignora; pero necesariamente existe causa, puesto que se tocan sus efectos, que no pueden ser más desastrosos.

III

Conozco otra familia, domiciliada en Madrid, compuesta de un matrimonio y seis hijos. Elsa es una santa, impecable, uno de esos seres que encarnan entre nosotros, como para hacernos conocer que existen otras humanidades más perfectas que la terrena.

Nada más dulce que los hermosos ojos de Elsa; nada más angélico que su celestial sonrisa, ni más armonioso que su voz. Los niños la buscan, los pobres la bendicen, sus amigos la veneran, y León, su marido, dice que la ama y que sólo sueña con labrar una fortuna para ella y para sus hijos; y es lo cierto que trabaja para ellos con la inquebrantable voluntad de un yankee. Pues bien: a esta mujer que todos juzgan y es verdaderamente una santa, y a la que él dice que adora, en la vida íntima la trata con más desvío y desconfianza que el amo más grosero al último de sus criados.

Para Elsa siempre están cerradas las arcas de su marido; él se entiende con la servidumbre, y ella no maneja un real. Cuando León sale de casa, cierra y quita las llaves de todos los muebles de su despacho y de su uso particular, y si luego la cocinera pide una peseta para comprar especias, Elsa no tiene más remedio que decirle que la ponga ella de su bolsillo hasta que venga el señor. Este se enoja en su casa con todo el mundo como le pidan dinero, aunque sea para cosas necesarias, y si en el mismo momento llega un amigo y le pide prestada una fuerte cantidad, se la entrega con la mejor cara, sin vacilar y sin recibo.

A más de un industrial necesitado ha sacado de apuros con préstamos de consideración, por miles de duros, contento de poder ser útil a sus semejantes.

¿Quién sospecharía que este hombre fuese ruin para su esposa hasta el extremo de entregarle el dinero justo por los días que se ausenta, y aun esto a condición de rendirle cuenta detallada de todo a su regreso?

¿Es esto lógico? ¿es esto natural? ¿Por qué es tirano de la persona de su mayor intimidad y espléndido con los demás? ¡Qué contradicciones! ¡Qué misterios!

IV

¡Cuánto hay que estudiar en la familia humana! Basta querer mirar para convencerse de que todos tenemos una historia eterna y de que en cada existencia escribimos un capítulo de ese libro interminable que comienza a escribir el espíritu del hombre al

animar el primer organismo propio de la racionalidad y continúa escribiendo en las distintas etapas de su perenne vida.

Así se explican estos odios de familia, ese malestar de muchos hogares, cuyos moradores teniendo medios sobrados de ser dichosos viven en un infierno, envidiando al mísero mendigo que a las puertas de una iglesia engulle con ansia el pedazo de pan recogido de limosna.

Así se explica por qué "muchos hombres son candiles de la calle y oscuridad de su casa". Mientras están lejos de sus enemigos de ayer nada les perturba, nada les molesta ni les inquieta; mas, en cuanto se ponen en contacto con ellos, no les ven sino defectos, su espíritu se exaspera, quiere romper las cadenas que formó en mal hora y como esto no siempre es posible, reniega de su adversa suerte y transmite su descontento a todos cuantos le rodean.

No hay efecto sin causa, ¡y qué causas tan terribles deben pesar sobre muchos terrenales...! ¡porque son tantos los que viven en un infierno!

Nuestro presente es hijo de nuestro pasado, y con el presente fabricamos nuestro porvenir. Sembramos amor en la presente existencia, y amor recogeremos en las existencias que han de constituir los eslabones de la cadena de nuestra vida en un porvenir eterno.

EL NIÑO JESUS

I

Uno de los cuadros más bellos que presenta la naturaleza ante la mirada del hombre pensador: Un niño en los brazos de su madre.

Nunca olvidaré a un pequeñuelo, que contará dos años: su cabecita está cubierta de dorados y sedosos rizos, su rostro es muy simpático y su mirada tan expresiva, tanto, que no he visto otros ojos que revelen la felicidad como los vivos ojitos de este chicuelo.

Quiere mucho a su madre, y una tarde consiguió delante de mí sentarse en su falda, muy acurrucadito, reclinando la cabeza sobre el pecho de aquella que le llevó en sus entrañas.

Sus mejillas pálidas adquirieron el suave color de las rosas, en su boquita se dibujó la más dulce sonrisa, y sus ojos irradiaron un placer inmenso.

Su joven madre le miraba sonriendo como sólo las madres saben sonreír.

Yo, que, como el boyardo del cuento, voy por el mundo buscando un hombre feliz, me sentí tan atraída por la expresión de aquel cuadro, que no separaba de él la vista: quería fotografiar en mi mente aquel admirable grupo, en especial el rostro del niño, expresivo y sonriente sobre toda ponderación.

El niño observó que le miraba fijamente: contento y risueño, escondía su rubia cabecita en el regazo maternal, y luego se volvía a mirarme como diciéndome con su sonrisa:

"Sí,sí; soy dichoso; la felicidad existe sobre la tierra". Y repetía sus caricias, pero tan graciosamente, que su madre le cubría de besos y murmuraba al mismo tiempo:

-¿No ves cuán hermoso es mi hijo?

-¡Oh, sí; es muy hermoso! He aquí un niño Jesús más bello que todos los que he visto en los cuadros de los pintores místicos. Grande es el arte, pero la naturaleza es más grande aún.

Y seguí mirando al niño, para recordar en mis horas de amargo desencanto aquel cuadro encantador de la dicha humana, reflejo sin duda de la felicidad inefable que se debe gozar en otros mundos mejores.

En la mirada de aquel pequeñuelo no había sólo esa inocencia infantil, esa sencilla alegría peculiar de casi todos los niños, no; había mucho más, una expresión inteligente, inexplicable.

Y como el pensamiento vuela con más rapidez que todas las águilas y que todas las ondas sonoras y lumínicas, aquel niño Jesus trajo a mi mente el recuerdo de una historia no apreciada por mí en todo su valor antes de conocer el Espiritismo. Hoy que comulgo en esta consoladora doctrina, el recuerdo de aquel suceso me conmueve, y voy a referirla, creyendo que puede ser útil enseñanza.

II

Conocí a Aurora Montejo, joven de buenos sentimientos, pero encerrada en la estrecha cárcel del fanatismo religiosos, como que toda su familia se componía de monjas y de frailes, como se dice vulgarmente.

La casaron con un primo suyo, más por sumar caudales que por enlazar corazones; y un niño vino a alegrar más tarde aquel hogar triste y solitario.

Aurora enloqueció de alegría y rodeó a su hijo de las más tiernas atenciones. Inútiles fueron, no obstante sus amorosos cuidados: antes de cumplir dos años el pequeñito dejó la tierra y Aurora creyó morir de pesadumbre.

-¡Dios mío! -exclamaba-, ¡Qué voy a hacer, qué va a ser de mí sin mi niño Jesús...!

El pequeñuelo era tan precioso, tan humilde y tan bueno que toda la familia le daba el nombre del Redentor. Viendo a Aurora desesperada, un hermano suyo le dijo:

-¿Quieres encontrar consuelo?

-Dime qué he de hacer, porque yo no puedo vivir así: hasta dudo de la misericordia de Dios.

-Oye, tu niño Jesús se fue al cielo, pero la imagen del niño perdido se venera en nuestra iglesia. Encárgate de cuidar un altar del niño Jesús, y verás como se tranquilizará tu alma. Tu hijo estará muy contento de ti, desde la gloria intercederá con nuestro divino Padre y serás dichosa por su mediación.

Aurora se encargó en seguida de cuidar un altar del niño perdido, preciosa imagen de rostro encantador y rubia cabellera, que vistió con túnica de tisú de plata bordada con perlas y diamantes, haciéndole además construir una capilla, en cuyo altar se celebraban diariamente misas que Aurora oía con místico recogimiento.

Como era inmensamente rica, obtuvo del Papa una bendición apostólica y la concesión de cuarenta días de indulgencia a todos los fieles que ante el altar del "niño perdido" rezasen el rosario a la hora de vísperas.

Aurora dirigía la oración vespertina; mas, a pesar de toda su devoción, cuando veía un niño de la edad del suyo, se entristecía y lloraba con profundo desconsuelo.

III

Un día vino a verme y me dijo.

-¡Ay! ¡Amalia! Creo que me voy a volver loca. Hace unas cuantas noches que, al acostarme oigo una voz que murmura en mi oído: "Busca al niño Jesús". Cuando entro en la capilla, por más que hago para entregarme a la oración, me perturba la misma voz, que me dice:

"No es éste el camino; busca al niño Jesús en otra parte".

Se lo he referido a mi confesor, y dice que estoy perseguida por los malos espíritus, a quienes sólo podré ahuyentar con la penitencia. Y aquí me tienes sin saber lo que me pasa.

La verdad es, que desde la muerte de mi hijo no he sabido lo que es tener sosiego. Recuerdo al ver la imagen rígida y fría del niño Jesús, a mi hijo tan cariñoso y juguetón

y las lágrimas corren por mis mejillas.

Pasados unos días volvió a verme Aurora, y a pedirme que la acompañara, pues tenía que ir, por encargo de su confesor, a llevar una corona a la Virgen de las Angustias. Accedí gustosa. Anduvimos largo rato, subimos después al coche y llegamos por último a uno de esos templos humildes y solitarios que son los que más agradan a los que van al templo para orar.

No estaba el cura, y el sacristán recibió el presente. Al salir de la iglesia me llamó la atención un hombre, de edad mediana, que estaba podando unos rosales de enredadera: sus ojos enrojecidos demostraban que había llorado mucho, y en sus menores movimientos se notaba el desfallecimiento del dolor.

-¿Qué tiene ese infeliz? -pregunté al sacristán.

-Qué quiere usted que tenga, señora, penas y miserias. Es mi hermano, y ha perdido a su esposa, que era muy buena mujer, habiéndole quedado cinco hijos, ¡cinco!, que todos caben debajo de una silla. El está sin trabajo, y como el tiempo es tan malo y yo no puedo ayudarlo gran cosa, el pobre no sabe cómo hacer para salir adelante.

Aurora, oyendo hablar de niños, prestó atención. De improviso la vi palidecer y estremecerse, y luego, mirando a todos lados como asustada, me preguntó en voz baja:

-¿Has oído?

-Sí; es una triste historia.

-No, no es eso; si has oído lo que acaban de decirme.

-No sé de qué me hablas; yo me refiero al sacristán.

-Pues bien, mientras él hablaba, me han dicho al oído: "Ahí está el niño Jesús; corre en su busca". Yo me voy a volver loca; cuando oigo esa voz, no sé lo que me da.

-Tranquilizate, y haz una buena obra dejando a ese infeliz una limosna para que dé pan a sus hijos.

Aurora se acercó al hermano del sacristán y le dijo:

-¿Vive usted muy lejos?

-No, señora; aquí a la vuelta.

-Pues acompáñenos a su casa, que quiero ver a sus niños.

El pobre hombre suspiró angustiado y echó a andar. Llegamos a una casita humilde, en cuyo portal aparecieron cinco pequeñuelos, el mayor de siete años, y el menor de dos: tres niñas de seis, cinco y cuatro años jugaban haciendo comiditas, mientras el mayor recortaba aleluyas y el pequeñito se entretenía descomponiendo un caballo de mimbres y descuartizando un carro de cartón.

Nada más lindo que esta última criatura. Parecía uno de esos ángeles que rodean a las Virgenes en el misterio de la Concepción. Ojos azules, cabellos de oro, frente de nieve, mejillas de rosa y labios rojos como el rubí.

Al llegar su padre, se abrazó a sus rodillas, lo cual bastó para que Aurora prorrumpiese en copioso llanto. Viéndolo el pequeñito, como si la conociese, le tiró del vestido mientras le decía con acento cariñoso: "¿Por qué lloras? ¡Pobrecita! No llores, ¿oyes?, que yo te quiero".

Aurora le tomó en sus brazos y llenándolo de lágrimas y de besos, le preguntó cómo se llamaba.

-Jesús -respondió el pequeñuelo.

-¡Jesús me valga! -replicó Aurora. Y dejándose caer en una silla, se quedó largo rato meditabunda con el niño en sus brazos que se reía alegremente metiendo las manos en le manguito de Aurora.

Los demas niños la rodearon mirándola con inocente curiosidad. Yo contemplaba aquel cuadro con inefable emoción.

Aurora que acababa de tomar su resolución, levantó la cabeza, y dirigiéndose al hermano del sacristán, le dijo:

-Mucho ha perdido usted con perder a la madre de sus hijos, pero la providencia de

Dios es inagotable. Yo he perdido a mi único hijo, y desde que él murió, vivo en angustiosa soledad. La voz de este niño me ha hecho sentir lo que no había sentido desde que perdí a mi hijo. Deje usted que él ocupe en mis brazos el lugar que el ángel de mi vida dejó vacío, y yo le prometo educar a sus hijos y ayudarle para que no le sea su carga tan penosa.

El pobre hombre se quedó mirándola y murmurando tristemente:

-Mucho me exige usted, señora. Desprenderse de un hijo, y de un hijo como mi Jesús, es sacrificio superior para mis fuerzas; pero soy tan pobre y quiero tanto a mis hijos, que por amor a ellos sufriré hasta el martirio. Disponga usted, señora, y yo la obedeceré, bendiciendo su caridad.

IV

Aurora no se quiso separar del niño; dejó algún dinero al padre atribulado, dándole varias instrucciones, y subimos al coche con Jesús, confiado éste en que el autor de sus días iría más tarde por él.

El pequeñito, con el movimiento del carruaje, se quedó dormido en los brazos de Aurora.

-Estoy aturdida -decía, no te puedo describir lo que me pasa. Asegura mi confesor que estoy poseída de los malos espíritus, y que ésta es la causa de las voces que oigo. Y sin embargo, a estas voces debo el bien que acabo de hacer y las dulces emociones que acabo de experimentar. Mientras abrazaba a este niño, parecióme como que me daban un beso en la frente y como que oyese estas consoladoras palabras: "¡Bendita seas, madre mía!" Si estas emociones y estos sentimientos los producen los espíritus malos, he de confesar que no los producen tan tiernos y agradables los espíritus buenos. Este niño, tan hermoso como el mío, me deberá su felicidad. Siempre he mirado las riquezas con indiferencia; pero hoy me alegro de ser rica para colmar a este niño de bienes.

-¿Y si mañana tienes hijos?

-Según dicen los médicos, no volveré a ser madre, y este inocente ganará con ello. Diga lo que quiera mi confesor, se disfruta mucho más haciendo el bien, que levantando templos y vistiendo imágenes.

V

Desde aquel día, Aurora renació para la felicidad. Su casa, hasta entonces triste y solitaria, llena de Cristos, de Dolorosas y de santos, fue albergue risueño de cinco niños, porque el pequeño Jesús había impuesto la ley del cariño, y sin sus hermanitos no quería quedarse con Aurora. Al padre le nombró mayordomo, único medio para que el pequeño Jesús nada le faltase y fuera feliz..

Aurora no tuvo que arrepentirse de su buena obra: vivió y aún vive amada de la familia que sacó de la miseria.

Casi al mismo tiempo que yo, conoció y estudió el Espiritismo, y entonces supo que a su hijo debía su salvación, pues suya era la voz que la apartó del templo y la impulsó a la caridad verdadera.

El día que la voz de los espíritus resuene en la tierra, se comprenderá que no hay nada mejor que amparar a los huérfanos.

EL AMOR

A Amalia Domingo Soler.

Librodot

Amiga mía: Y permíteme que te llame amiga y te tutee, aunque no me conozcas y sea ésta la primera vez que te dirijo la palabra. Las amistades íntimas, perfectas, no las forman el tiempo y el cambio reciproco de favores: vienen, a manera de creaciones espontáneas, de la comunión de sentimientos y de ideas.

Dos corazones que vibren unísonos, que rían y lloren por las mismas causas; dos almas que acaricien idénticos ideales, que adoren los mismos dioses y cuyas esperanzas germinen al calor de un mismo luminar, son dos corazones, dos almas que, para profesar una amistad eterna, sólo necesitan venir en mutuo conocimiento de su existencia en el mundo. Piensas y sientes como yo, y sé que existes; soy, por consiguiente, tu amiga. Acepta como tal la dedicatoria de estas líneas.

Yo sé de una amiga mía que escribiría admirablemente con sólo derramar sobre el papel la ambrosía de sus sentimientos y el néctar de su peregrina discreción, y sin embargo, modestísima como la florecilla de mi nombre, esconde y guarda entre las hojuelas de su modestia matices bellísimos y perfumes que embriagarían dulcemente a sus lectores, si ella se dejara leer.

-¿Por qué no escribes? -le pregunto a veces.

-Porque no sé escribir -me responde.

¡Y, no obstante, yo escribo!... Doblemos la hoja para que no se me caiga la pluma de la mano.

II

¿Sabes por qué te dedico estas líneas, Amalia? Aparte de la amistad, hay en ello su poquito de egoísmo, como en casi todas las acciones humanas. Las vibraciones de tu alma, que yo llamaría lira del sentimiento, repercuten en la mía en dulces ecos. Cantas la piedad, la ternura maternal, el cariño filial, la belleza, la inocencia, la justicia, la pureza. También has cantado a los que se aman; pero al amor, expresamente al amor, no le has dedicado, que yo sepa, ninguna de tus hermosas inspiraciones. Pues bien, con mi dedicatoria pongo el dedo en una de las cuerdas de tu lira, para arrancar de ella conmovedoras notas, el que más sublima a la criatura dejándola entrever la alborada de sus dichosos destinos. Y no hago más que preludiar. Te doy el motivo: desarróllalo tú con la música de tu alma.

III

Mme. Stael ha dicho que el amor es la historia de la vida de las mujeres y el episodio en la de los hombres. ¿Piensas tú como Mme. Stael? ¡Oh, Amalia! Si yo pudiera tener opinión propia en este asunto, y osara manifestarla, casi me aventuraría a decir que Mme. Stael fué harto lisonjera con nosotras y un poco injusta con ellos. Yo creo que en la tierra son pocas las mujeres y pocos los hombres que verdaderamente aman; pero creo también que cuando se ama, el amor, tanto en la mujer como en el hombre, es la historia de su vida, porque es su misma vida.

El vivir, cuando no se ama, no es vivir; se existe, se pasa el tiempo, pero no se vive. Una vida sin amor es una página en blanco, un día sin sol, un desierto sin oasis, una existencia perdida para la felicidad del alma.

¿Quieres, Amalia, que te diga cuántos hombres, cuántas mujeres hay felices en la tierra? Dime tú, primero, cuántos aman.

¡Ay! A la tierra venimos los que no sabemos amar. Aquí hacemos y repetimos cien veces el aprendizaje de nuestros sentimientos amorosos. Nuestro corazón ensaya sus inexpertas alas. Primero las arrastra, luego las mueve perezosamente; después las agita

atolondrado; más tarde revolotea de rama en rama, de árbol en árbol, de colina en colina, y por último, alegre, enamorado, dichoso, se lanza al espacio y sube, sube hasta reunirse a las avecillas que cantan la felicidad en los vergeles del cielo.

Lloramos y andamos en tinieblas, porque el amor, sol de las almas, no alumbra nuestros caminos. Si los ángeles sonríen y vuelan en la luz, es porque aman.

IV

Yo no sé cómo aman los ángeles. Si lo supiera, amaría como ellos; y como las suyas, las alas de mi espíritu se deslizarían blandamente en el éter de los cielos, allá en la región de las auras puras, de las flores que el huracán no troncha, ni el beso cálido del sol marchita.

En la región que una primavera eterna con sus perfumes embalsama y borda con sus colores. Pero te hablaré del amor tal como yo lo comprendo, para que sea entre los hombres el preludio de la felicidad de los ángeles.

Los sensualistas lo reducen al goce brutal de los sentidos. Para los fisiólogos, creo que consiste en una imperiosa atracción que aproxima los sexos para la reproducción de la especie.

Los moralistas le llaman inclinación del alma hacia lo bueno, lo verdadero y lo bello. En el concepto religioso, en el concepto cristiano, Dios es amor, y a este amor hemos de referir todas las inclinaciones de nuestro espíritu.

A mi modo de ver, los primeros confunden el amor con el apetito, y los segundos, moralistas y cristianos, con la admiración y la adoración.

Para mí, el amor es la afinidad, la arrobadora atracción, el irresistible hechizo de dos seres que mutuamente se completan, alma y cuerpo; que se confunden en un solo ser y en una sola vida, en una sola felicidad, para irradiarla sobre los demás seres y sobre toda la creación.

Dos criaturas se aman. He ahí dos focos luminosos enviándose recíprocamente y directamente sus rayos de luz y constituyendo un solo foco. Sus rayos reflejos marcan en todas direcciones y envuelven primero a los hijos y a los padres, después a los hermanos, y por último a la creación entera. Dos haces de luz que se abrazan en un solo haz y abrazan el universo.

Mientras estos dos focos no se encuentran y se aproximan y se unen; mientras los dos seres que han de constituir un solo ser andan errantes y apartados uno de otro, ensayando, tal vez en remotísimas latitudes de su espíritu, su felicidad no es posible ni en la tierra ni en los cielos.

V

Renato y María se aman y se unen.

Su hogar es la mansión de la paz y de los afectos tiernos.

El nido de unos amores que no debilita el tiempo, ni turban las contrariedades de la vida.

María bebe su vida en los ojos de Renato, y Renato su cielo en los ojos de María.

Y su amor cae como rocío del cielo sobre las cabecitas de ojos azules y blondos rizos que juguetean en torno suyo.

Y ambos adoran a Dios, que los creó para amarse, y admiran su sabiduría y su bondad en las armonías del mundo, y llevan a todas partes y comunican a todos los seres algo del amor que los llena y de la dicha que disfrutan.

VI

Renato ha muerto, pero su espíritu no se aparta del lado de María. No quiere remontar su vuelo si ha de dejar en la tierra la mitad de su alma.

La pobre tórtola solitaria enseña a volar a sus hijuelos. Los cobija bajo sus alas, los acaricia, endulza sus penas y aparta las zarzas en que puedan lastimarse. Pero lleva en el corazón una herida cuya sangre no restaña el amor de madre y que no cicatriza el tiempo.

Presiente que Renato la espera, y el dolor de la separación acrecienta los latidos de su pecho y acelera los movimientos de su vida.

Por último, cierra dulcemente los ojos, para abrirlos en los brazos de Renato, que la lleva de altura en altura, de cielo en cielo, gozándose en unos mismos goces, sumergiéndose en una misma adoración, abismándose en unas mismas armonías, y cantando unos mismos himnos a la naturaleza, a la humanidad y a Dios.

Desde aquí veo a Renato sosteniendo con una mano a su amada, y señalándole con la otra, ambos radiantes de luz, los campos del infinito.

¿Es esto el amor, Amalia? ¿Es esto la felicidad?

VIOLETA

EL AMOR

CARTA PRIMERA

A Violeta.

Mi dulce y poética Violeta: ¿quién eres? ¿de dónde has venido? No lo sé; mas, ¿qué importa la personalidad? Eres un espíritu que, o sientes mucho, o recibes una potente inspiración, y esto me basta para contestarte.

Siempre he creído, como dices tú, "que una vida sin amor es una página en blanco".

Mecieron mi cuna las brisas perfumadas de Andalucía, y con esto te digo bastante; pues el que nace en aquella tierra, tiene que amar, porque allí todo es amor. Así, no extrañarás que antes de cumplir quince años, contemplando el Guadalquivir, límpido espejo de aquel cielo sonriente, preguntase yo a sus tranquilas aguas dónde estaba mi alma gemela, porque mi espíritu sentía un frío intenso en medio de aquellos vergeles. Y a las aves enamoradas, y a las flores al abrir su cáliz, y a los rayos del sol, y a la luna, cuando extendía su manto de plata sobre el río, a todo cuanto veía a mi alrededor le preguntaba por la mitad de mi alma; porque allí todo vive, todo alienta, y mi espíritu quería vivir y amar.

¿Qué flor, por humilde que sea, deja de tener fragancia? ¿Qué mujer, en la primavera de su vida, deja de escuchar esas frases halagüeñas que hacen latir su corazón y arrebatan su imaginación soñadora?

¿Qué mujer, en Andalucía, antes de cumplir veinte años, no ha visto ante sus ojos un paraíso?... Si allí los raudales de la vida brindan a la juventud con mundos de ilusiones; si allí en ciertas costumbres hay inexplicable poesía; si el amor tiene más encanto, porque tiene más misterio; si todo habla al corazón...; si se necesita ser de granito para no sentir la imperiosísima necesidad de amar, ¡cómo había yo de permanecer insensible en medio de tanto amor y de tanta vida!

En la primera hoja del álbum de mi juventud escribió un juramento de de amor alguien. También yo creí que amaba, y durante algunos años creí que había amado; pero más adelante, el convencimiento de la inmortalidad y del progreso humano indefinido me reveló que las atracciones de los cuerpos no son los amores de las almas, ni yo había sentido otra cosa que esa inquietud dolorosa (vulgo amor) en que la vanidad toma una

gran parte, ya que la mujer cree que hace un papel desairado en la sociedad si no tiene en sus primeros años quien la galantee y más tarde quien le dé su nombre.

Los ídolos de mi juventud los encontré pequeños como los dioses de barro; mi mismo amor me pareció desconfiado y mezquino en medio de las llamas devoradoras de los celos, y me convencí de que el amor del espíritu ni lo he hallado, ni lo he sentido en la tierra.

He aquí por qué en mis numerosos escritos nunca he consagrado un himno a eso que se llama amor, y que a mi entender no es sino un cambio de egoísmos, o el contacto de dos epidermis, como dijo un escritor famoso.

Cuanto más he profundizado el corazón humano, menos amor puro he hallado sobre la tierra.

Espectador pasivo, desde hace mucho tiempo, en la comedia o drama de los amores terrestres, veo cómo se engañan unas a otras las criaturas, y no pocas veces a sí mismas, como un día yo me engañé a mí misma.

Leo atentamente en esos volúmenes humanos que se llaman familias; y descubro que, salvando rarísimas excepciones, la del matrimonio es la cruz más pesada de la vida, lo mismo para el hombre que para la mujer, y que la decantada paz del hogar no es sino la tolerancia de mutuas imperfecciones y defectos. Los unos y los otros suelen decir de este modo:

"-Mi esposo es bueno; no me puedo quejar de él; pero siempre ha de pasar con la suya. Tenemos paz, porque yo a todo digo amén, y cuando uno no quiere, dos no riñen: además, es soberanamente descuidado en sus negocios, y más que de ellos y de mí, se ocupa de la política. Si los dados se jugaran dos veces... ¡En fin, ya no tiene remedio!"

"-Mi mujer es incapaz de faltar a sus deberes; es honradísima: pero tiene la pobre una inteligencia tan escasa, que no puedo hacerme comprender por ella, ni hay quien la saque de sus rosarios y de sus letanías. Para evitar disgustos, la dejo hacer; pero entre ella y yo hay mil leguas de por medio".

Los hijos murmuran de los padres. Los unos los encuentran avaros; los otros los acusan de poco complacientes, porque no satisfacen sus caprichos o porque los privan de asistir a fiestas y devaneos.

Tampoco los padres suelen estar satisfechos de sus hijos. Y las madres, con ser más indulgentes, no dejan de quejarse de la ingratitud de sus hijas.

Así, ante estos cuadros reales de la vida, ¿cómo quieres, Violeta, que yo entone himnos al amor?... ¡si cuanto más le busco, menos le encuentro! Y cuando dos seres llegan a quererse con delirio, se vuelven tan egoístas, que olvidan las demás afecciones.

¿Hay nada más triste que ver a una joven casarse muy enamorada y dejar su hogar sin sentimiento, mientras su pobre madre contempla el blanco lecho de su hija, murmurando: "¡Se fue!... "Y si no se va y todos viven en familia, no tarda en iniciarse la guerra sorda y terrible de las disidencias domésticas, guerra que ha dado vida a dos adagios tan populares como verdaderos: "Quien hizo el casamiento, hizo el separamiento", y "Casado, casa quiere". En una humanidad cuyos individuos necesitan vivir separados los unos de los otros para tener paz, ¿cómo podría yo inspirarme para cantar al amor? No; imposible; el amor que mi alma concibe, no está en la tierra. Y no creas que esto es romanticismo, no; he hecho mis estudios en la prosa de la vida, especialmente entre los desheredados, los proletarios, y he visto cómo los unos se estorban a los otros; cómo los pobres ancianos son una carga pesada para la familia cuando ésta carece de recursos. El espíritu pensador siente un frío horrible al descender a estos hogares donde viven reunidos los cuerpos y separadas las almas.

Yo he dudado de todo hasta que comencé a conocer el Espiritismo. Entonces comprendí cuál era el verdadero amor; de qué modo las almas se embriagaban con el néctar de la vida; cómo se unían con lazos indisolubles a través de largas distancias por la afinidad de pensamientos y la identidad de aspiraciones; cómo trabajaban dos

espíritus a un mismo fin desde remotísimos mundos; cómo se enviaban un amoroso ósculo en las ondas sonoras y en las vibraciones lumínicas; cómo vivían el uno en el otro, difundiendo su amor como el sol sus rayos. ¡Ah, Violeta! ¡Cuánto he aprendido en las inspiraciones de los espíritus invisibles! ¡Cuántas esperanzas me han hecho concibir! ¡Cuántas realidades maravillosas han despertado mi asombro! ¡Qué amor tan inmenso el de los seres que nos envían su influencia misteriosa desde las regiones de la luz!

¿Ves la distancia que existe entre el infusorio y el hombre? Pues mucho mayor aún es la que media entre el amor de la tierra y el amor de los espíritus. La mujer y el hombre juegan el uno con el corazón del otro, y cuando lo han roto en mil pedazos como rompen un juguete los niños, van en busca de otro corazón, sin derramar una lágrima a la memoria del que destrozaron...

El amor existe, puesto que la creación es toda amor. En la tierra no pueden sentirse sus divinos efluvios, porque estamos condenados a trabajos forzados los terrenales; y entre criminales empedernidos no es posible gozar las inefables delicias conquistadas por las almas acrisoladas.

Aquí no se vive; Aquí se saldan cuentas pendientes y se hacen ensayos para vivir mañana en mundos venturosos.

Sí, Violeta; creo firmemente que el único goce que puede sentirse en la tierra, es el de consagrarse en absoluto al progreso propio y ajeno. Y como la regeneración social ha de comenzar individualmente, necesario es que cada uno cargue con la cruz de su imperfección y siga por la calle de la Amargura con ánimo sereno, en la esperanza de que el amor existe en el Universo, puesto que su ley es el amor; de que la felicidad no es un sueño, porque el progreso indefinido no es una utopía; de que los espíritus, en cumplimiento de leyes eternas, han de unirse atraídos por sus virtudes. Y ante el infinito de la vida, ¿qué son las miserias humanas y algunos años de sufrimiento? ¿Qué es la soledad de algunos segundos, ante la eternidad del amor?

¿Qué es el átomo ante el todo?

Adiós, Violeta; en lo que me resta de vida terrena no entonaré himnos al amor; pero sí diré y demostraré con acopio de datos, que el progreso es el encargado de conducir al hombre al puerto de la felicidad.

Aman los mundos porque se atraen; aman las moléculas porque la cohesión las une; aman los vegetales, siendo el polen el mensajero de sus amores; ¿y sólo los espíritus habían de permanecer indiferentes medio de la creación donde todo ama, desde el reptil al ángel? No, Violeta, nuestro destino es amar. ¿Cuándo? ¡Quién sabe! Ayer los pueblos se despedazaban; hoy se toleran; mañana... mañana se amarán, y entonces... yo pediré a los genios su inspiración y cantaré las grandezas y las sublimidades del amor.

CARTA SEGUNDA

A Violeta

Así como la tierra endurecida por los rayos abrasadores del sol estival absorbe hasta la última gota de las primeras lluvias otoñales, de igual manera mi alma absorbió los conceptos dulcísimos del poético escrito que me dedicaste; yo, que ya tenía olvidada la palabra amor, sin poderme explicar el por qué, pienso ahora en ese poderoso sentimiento, al que podemos llamar la palanca del alma. Una casualidad me ha hecho recordarte al hablar con una joven de pueblo, hija de una honrada familia.

-¡Ay, Amalia! -me decía-, ¡qué cansada estoy!

-¿Has paseado mucho, Julia?

-No; es que ayer asistí a una boda, y desde las diez de la mañana hasta las ocho de la noche, estuve en la boda con los novios y demás convidados.

-¿Erais muchos?

-¡Oh!, sí, más de cuarenta.

-¿Iba bien vestida la novia?

-Ya lo creo: con traje riquísimo de casimir negro, que es mejor que el fay. Lo mismo que el que yo me pondré -añadió Julia con marcada ironía.

-¿Y tu amiga se casó enamorada?

-Sí, sí... ¿no ves que él la puede mantener?

-Pero el amor no es calculista.

-¡Ah! Pues lo que es ella no se hubiese casado si hubiese tenido que trabajar; y yo soy de su mismo parecer. Casarse hoy y trabajar mañana... ¡vaya una suerte!... Por eso yo no me quiero casar con Felipe.

-Porque no le querrás. Si le quisieras, te casarías con él. Pues qué, ¿sólo se casan los ricos? ¿No sabes tú que el amor es la riqueza de los pobres?

-¡Gran fortuna, por cierto! La mujer, al casarse, ha de mirar, ante todo, que el hombre tenga más de lo suficiente para mantenerla dentro de su casa, con la debida decencia; de no ser así, es preferible quedar soltera toda la vida. Si hubieras visto la boda de mi amiga... aquello sí que daba gusto: tanta abundancia... tanta alegría... Hoy los novios se han ido a Montserrat. Así, así puede una mujer casarse; pero yo, ¡pobre de mí!... Verdad que él es muy bueno; pero con eso no tenemos bastante; si yo tuviera una suerte...

Yo la escuchaba atentamente pensando en ti, y decía: "¡Y luego querrá Violeta que yo entone himnos al amor! He aquí una joven honrada, de buenas costumbres, y sin embargo... tiene un corazón de cieno y un alma mezquina; quiere vender su cuerpo a un marido que la rodee de comodidades. ¡Cuántas mujeres nacen para meretrices, que si no han llegado a serlo en la práctica, lo son teóricamente! Y si, como dicen las religiones, para pecar, con la intención basta; si el pecado de la impureza del pensamiento Dios lo tuviera en cuenta... ¡cuán pocas mujeres entrarían en el reino de los cielos!"

No puedes figurarte, querida Violeta, qué repulsiva es para mí una mujer calculista. Unos labios de rosa murmurando cifras, y una mano de nieve trazándolas sobre el papel, obedeciendo a cálculos sobre el porvenir, me parece un crimen de lesa naturaleza.

¡la mujer! La mujer que yo he soñado. ¡cuán distinta es del tipo general! Yo la forjé en mi mente idealista, apasionada, amando siempre, dispuesta al sacrificio, hiedra cariñosa que se enlaza a la vida del hombre desde su más tierna juventud. ¡Cuán bella es la mujer cuando quiere porque quiere, cuando adora porque adora!

Desgraciadamente abundan las mujeres calculadoras, y no sólo entre las de gran tono, acostumbradas a lo superfluo, sino entre las hijas del pueblo, que nunca se han puesto un traje de seda, ni han encerrado sus manos en guantes de piel de Suecia.

Vengo observando hace tiempo la lucha que sostiene una joven muy pobre con sus deseos de lujo y opulencia. Tiene amores con un hombre de modesta posición social, que desea unirse a ella y vivir tranquilamente; pero su amada siempre encuentra algo que oponer a la realización del matrimonio; ahora le ha dicho, sin ambages, que no quiere vivir con tanta pobreza. ¿Y esto es amor? ¿Y esto es el sentimiento divino que distingue al hombre del bruto? No; esto es la amarga irrisión del amor; la parodia de ese drama eterno que se viene representando en los mundos desde el supremo instante que Dios dijo: "¡Hágase la luz!"

Y este germen del mal, me causa más impresión en las mujeres del pueblo, que en las de la aristocracia, porque en éstas lo innecesario es lo indispensable: su cuna ha sido de raso, plumas y encajes; con el dinero empleado en sus juguetes, hubieran sido felices muchas familias pobres; viven fuera de la vida real; así, pues, no es extraño que no puedan amoldarse a una posición modesta. Pero la mujer pobre, que tiene tan pocas necesidades, que puede vivir con tan poco, ¡cómo amarga su existencia por ceder a

mezquinas ambiciones!...

¡Cuántas dejan de ser útiles a la sociedad y a ellas mismas, por aspirar a ser grandes señoras!... ¡Cuántas, agotada su juventud, se vuelven beatas y acaban entonces de prostituir su sentimiento!...

Cuando, por motivos de estudio, entro alguna vez en los templos católicos, ¡qué pequeñas me parecen aquellas mujeres besando la diestra de los sacerdotes, siguiendo sus pasos humildemente, adorándoles como a dioses, no siendo otra cosa que parásitos de la madre Naturaleza, zánganos de la colmena social!

Y entre esta humanidad tan ignorante, ¿querías tú que yo entonara himnos al amor? ¿Quién puede inspirarse entre tanta prosa?... Y el amor... el amor es la poesía del espíritu...

Bien pudiera encontrar esa luz del alma, no para mí, puesto que mi actual existencia ha llegado a ese término en que el hombre se convierte en espectador pasivo; pero sí para estudiar sus ventajas y sus progresos realizados; y así como cuentan que iba Diógenes con una linterna buscando una mujer que sienta ese amor sublime, que todo lo embellece, que todo lo purifica, que transforma la menuda arena en polvos de oro, el agua salobre en néctar y al espíritu débil en atrevido y esforzado atleta. Mas, ¡ay! ¡cuántos sepulcros blanqueados encuentro en esas mujeres que aprendieron a contar y se olvidaron de sentir!...

¡Cuántas boquitas de rosa se manchan con la mentira! ¡Qué cálculos tan ruines en el interior de las familias! ¡Cómo engaña la mujer al marido para que éste aumente el presupuesto!... ¿Y esto es amor? ¡Ay, Violeta!, o no comprendes las miserias sociales, o no has comprendido que para hablar del amor necesita mi alma otro mundo en mejores condiciones que la tierra. Aquí somos tan pequeños, que todo lo más que podemos hacer es desear el bien; pero ponerlo en práctica es cosa poco menos que imposible.

Adiós, Violeta; vives en mi mente, no sé por qué; pero tu recuerdo se anida en mi memoria, y es un compañero invisible, cuya compañía encuentro muy agradable. Todo efecto tiene su causa. Dime, Violeta, ¿sabes tú la causa de este efecto?

CARTA TERCERA

A Violeta

¿Quién me había de decir que un ser a quien no conozco había de apoderarse de mi pensamiento haciéndome pensar en lo que más lejos estaba de mi imaginación, fatigada por la incesante lucha de una de esas existencias azarosas en que se ha llegado a dudar de todo, de todo... menos de la realidad del dolor?

¿A qué será debido este cambio, querida Violeta? Muy sencillamente me lo explico: a que has puesto el dedo en la llaga más honda de mi espíritu, metafóricamente hablando, pues aunque el espíritu es incorpóreo o de substancia tan sutil que no puede apreciarse su densidad, es lo cierto que esa inteligencia que funciona en nuestro cerebro, tiene sus enfermedades lo mismo que el cuerpo, independientes de su organismo.

Hay almas enfermas en cuerpos sanos, y cuerpos decrépitos con un espíritu valiente, lleno de vida y de juventud. Conviene advertir que el organismo humano es uno de los muchos vestidos que usa el espíritu en sus innumerables existencias. He conocido espíritus tísicos, anémicos, leprosos, en cuerpos robustos; mas éstos eran masas inertes, relojes parados.

Un paralítico puede tener alas, si su espíritu hiende los espacios, y el primer andarín del mundo no saldrá de un radio mezquino si su yo pensante se contenta con admirar la

torre de su aldea.

Mi alma vino muy enferma a la tierra, y como, según dijo un autor dramático, para las penas del alma no hay medicina en el mundo, la mía, que no vino con ningún privilegio a este planeta, ha sufrido las consecuencias de una dolencia crónica. Tenía sed y hambre de amor, y al cruzar el desierto de la vida nunca tuvo la fortuna de llegar al valle de Sión, donde los hebreos vivieron del maná que en forma de rocío Dios les envió del cielo. Nunca el maná de la felicidad dio aliento a mi abatido espíritu, y cuando ya iba por este mundo como una valija por el ferrocarril, y cuando me ocupaba más de lo de allá que de lo de aquí, llegaste y dijiste: "Tú que a todos los sentimientos has cantado, ¿por qué no entonas himnos al amor?" Y héteme aquí de nuevo buscando por la tierra las huellas de aquel divino sentimiento. Pero, ¡ay!, me pasa lo que a la heroína de Espinas de una flor, que en su locura exclamaba:

Y cruzamos un valle pedregoso,
y arenales tostados por el fuego,
y al fin me dicen que hallaré reposo;
y camino... y camino... ¡y nunca llego!...

Yo también voy caminando y preguntando a todos aquellos en quienes creo ver condiciones favorables para saber qué es el amor, y... ¿querrás creerlo, Violeta? ese niño travieso y vendado está jugando conmigo al escondite, y por más que le busco no le encuentro. Decidida estaba a olvidarte y a dejar mis exploraciones, cuando un episodio que me contó un amigo me hizo exclamar: "¿Si será esto el amor? Voy a preguntárselo a Violeta". Si no es amor, se le parece mucho, y la verdad es que me conmoví al escuchar el relato de mi amigo, y hasta envidié a los protagonistas de la verídica historia que voy a referirte. Mi amigo comenzó hablando de este modo:

"Tengo costumbre de dar limosna a todos los ciegos que mi bolsa me permite socorrer, y entre ellos figura una ciega que tendrá unos sesenta años. Las puertas de las iglesias, rodeadas de pordioseros, se me antojan nichos tapiados de ladrillos, por cuyas junturas sale la podredumbre que se descompone en el interior.

Las antiguas religiones son cuerpos sociales condenados a la disgregación, lo mismo que los organismos humanos. Y volviendo a mi pobre ciega, tiene un oído tan fino y una percepción tan delicada, que distingue perfectamente el rumor de mis pasos entre los mil ruidos de la calle donde pide limosna. En cuanto estoy cerca de ella, me reconoce, levanta la cabeza, se sonríe, y si estoy apesarado, lo conoce y me dice:

-Parece que va usted triste, don Juan; compárese conmigo y se creerá feliz.

Un día, mientras pasaba junto a ella, sin aguardar a que le hablase se levantó y me dijo:

-Tengo que hablar mucho con usted, don Juan.

-Pues comienza, que te escucharé.

-Aquí no puede ser; quisiera que me dejara usted ir a su casa.

-Entonces, ponte en marcha: vámonos sin perder tiempo, cógete de mi brazo y adelante.

Dicho y hecho; la pobre ciega, con cierta turbación, se apoyó en mí; estaba la infeliz tan poco acostumbrada a verse atendida, que al principio andaba con dificultad.

Al llegar a mi casa, mi familia me esperaba con la mesa puesta; hice que la ciega se sentara a nuestro lado y comimos como los mejores amigos. Llegamos a los postres y comenzaron las expansiones y confianzas.

-Usted que tiene buen corazón -me dijo-, y se compadece de los pobres, comprenderá que mi vida es muy triste. No tengo a nadie en el mundo, pues se murió toda mi familia; paso el día a la puerta de la iglesia, y a la noche me voy a mi zaquizamí: me acuesto en un mal camastro y me pongo a reflexionar mi desgracia, concluyendo casi siempre por

llorar. Hace algún tiempo que un ciego de más edad que yo suele colocarse cerca de mí; me habla con mucho cariño, y no sé, pero cuando escucho su voz, siento una alegría inexplicable. El otro día me dijo que aunque los dos éramos ciegos, viejos y pobres, no por eso nos faltaba corazón y sensibilidad, y que si yo quería, nos casaríamos, y siguiera tendríamos el consuelo de nuestro mutuo cariño; que a él se le figuraba que la soledad era peor que la pobreza, pues como dice el refrán: Llórame solo y no me llores pobre". ¿Usted qué me aconseja, don Juan?

-¿Tú le quieres?

-Yo, sí; creo que le quiero, porque cuando me habla, ni me acuerdo de que soy ciega y pobre.

-Pues mira, boda tendremos: yo me encargo de arreglaros los papeles y pagaros los convites.

Acompañé a la ciega a su casa, y a los pocos días se efectuó el casamiento de los dos ancianos, reinando la más franca alegría entre los contrayentes y los convidados, que celebraron mi ocurrencia de los confites vitoreando a los novios y al padrino.

Siempre que me encuentro a la recién casada, le pregunto si es feliz, y me contesta:

-Lo soy, don Juan, lo soy, ¿por qué negarlo? Vivo en la misma miseria que antes, poco más o menos; pero va una distancia inmensa de no tener nadie que nos quiera, que se interese por nosotros, que nos pregunte si hemos comido, si tenemos frío; a vivir en compañía de otro ser que comparta nuestras penas y nuestras alegrías. Créalo usted, don Juan: estoy tan contenta de haberme casado, que hasta me parece imposible tanta felicidad".

Mi amigo dejó de hablar, y al extinguirse el eco de su voz, pensé en ti, Violeta, y exclamé: "He aquí dos seres que saben amar; son pobres, muy pobres, ciegos y viejos, tienen todas las calamidades terrenas, pero en medio de tanta sombra, llevan en su alma un rayo de luz. ¡Sabe Dios cuántas veces habrán peregrinado juntos esos dos espíritus, que han venido a encontrarse en la tierra en las más tristes condiciones! Una sola palabra les bastó para comprenderse y unirse"

¡Dichosos ellos, Violeta! ¿Qué importan las miserias de la vida cuando se vive en otro ser? ¿Qué son las penalidades terrenas, cuando se tiene la convicción de que uno es amado?

Oí decir a un amigo mío que es mucho más fácil hallar en el mundo un tesoro, que un beso de amor verdadero, y que no ama aquel que no sabe el trabajo que cuesta conseguir el ser amado.

¡Amor! ¡alma del mundo! ¡inspiración del genio! Petrarca fue grande por su amor a Laura; el Dante llegó a la inmortalidad por su adoración a Beatriz; Rafael se divinizó, divinizando a Fornarina, trasladando al lienzo su angélica belleza y cubriendo su frente con las tocas de la Virgen madre.

¡Ay, Violeta! ¿por qué has venido a despertar mi alma? ¿por qué me has hecho mirar a la tierra? Si aquí... Pero el recuerdo de los dos ciegos me ha impedido pronunciar quizá una blasfemia, persuadiéndome de que aquí aman las almas que han progresado lo bastante para saber amar.

Adiós, Violeta: no sé si eres niña cándida, hombre pensador, soplo del cielo o escritor a cuya inteligencia se une el genio de la inspiración. Sólo sé que me has hecho sentir, que me inspiran profunda simpatía tus sentimientos y tu gran corazón.

AUN HAY AMOR

A Violeta

I

Querida mía: Profundamente impresionada, tomo hoy la pluma, después de haber tenido una larga entrevista con un librepensador que ha dado la vuelta al mundo.

Se llama Alfonso de Silva, hombre de recto criterio y buen sentido. Hablamos de presentimientos, de corazonadas, de intuiciones, de entre visiones y bisbiseos de lo desconocido, y me dijo:

-De algún tiempo acá, abrigo la sospecha de que no he de tardar en morir; así que tengo tomadas mis medidas y encargado a mi secretario lo que ha de hacer si dejo la tierra lejos de mi país natal, donde tengo parientes, todos de buena posición. No me inquieto por ellos, porque no me necesitan. Lo que me preocupa -¡no lo acertaría usted!- es la suerte de mi caballo...

-¿Su caballo?

-Sí señora, mi caballo, que durante muchos años ha sido mi compañero en todos mis viajes. Es ya muy viejo, y temo que al morir no me lo cuiden bien.

Y diciendo esto, los ojos de Alfonso tomaron una expresión tan dulce, tan triste... que no pude menos que mirarle con profunda atención. Prosiguío:

-¡Oh, sí! No quiero que mi viejo Rubí muera en alguna plaza de toros. Con todo, estoy algo tranquilo, porque mi secretario, que es un excelente sujeto, me ha prometido cuidar de mi viejo compañero de aventuras.

Volví a mirar a Alfonso con más atención aún: leí en su frente y en sus ojos tan hondo sentimiento, que se me hizo fuertemente simpático. Seguimos conversando. Yo leía en aquel libro inédito algo que me asombraba.

Al fin se despidió, quedando fotografiado su recuerdo en mi mente.

¿No es verdad, Violeta, que Alfonso de Silva debe tener una historia en la cual el amor ha de haber desempeñado un principal papel?

¡Oh sí; no me queda duda alguna: hace muchos años que estudio en la humanidad, y estoy acostumbrada a leer en el corazón del hombre.

¡Cuánto consuelo experimento al encontrar almas amorosas! Violeta, he hallado un espíritu que sabe amar, que sabe sentir, que difunde los raudales de su ternura en todo cuanto le ha rodeado, desde la mujer querida hasta el noble corcel que le ha servido con inteligencia y lealtad.

Me fijo mucho en los pequeños detalles: estudio a los hombres cuando hablan a solas.

Así habló Alfonso de Silva. Contóme su apego insignificante a la vida, el cansancio que sentía su espíritu, el afán que le atormentaba por dejar un planeta donde tanto había sufrido, tantas decepciones y contrariedades le habían taladrado el corazón y separado de la sociedad, no hallando más consuelo que abismarse en sus pensamientos, puestos en la vida del más allá.

Violeta querida: Algunos capítulos de la historia de Alfonso los he leído en las arrugas de su frente y en la melancólica expresión de sus ojos... Es un espíritu que ha amado mucho; un fénix, Violeta, porque la generalidad de los seres aman muy poco... ¡Cuán hermosas son las manifestaciones del amor!... ¡Qué bello es amar!... En este mundo las almas sensibles casi siempre viven solas; son hojas arrancadas del libro de la vida, que el viento arrebata para hacerlas su juguete. Alfonso de Silva es una de esas hojas. Probablemente no volveré a verle, pero te aseguro que siempre le guardaré un recuerdo cariñoso en mi memoria.

II

Afortunada en mis estudios, hallo almas buenas que han amado mucho como Alfonso de Silva y otras que desean amar, como Laura de Montesa, bella joven a quien conocí hace algunos años, y en cuyos ojos voy leyendo lo que el tiempo escribe en su corazón juvenil.

Educada Laura en el catolicismo, ha pasado largas horas en su reclinatorio de rezos, sin que su alma supiera lo que hacía. Han luchado en ella dos atracciones poderosas: el silencio de la celda solitaria, mística, y el bullicio de la época en el gran teatro del Liceo. Dos trajes blancos le han ofrecido sus atractivos: el hábito de novicia, sencillo y humilde, con el cual estuviera en camino de ir al cielo, y el traje de raso blanco, adornado con encajes de Inglaterra, con el cual atrajera las miradas de los jóvenes elegantes de la buena sociedad.

Laura pertenece a una familia positivista, que desea para ella un marido millonario; así es que, aun cuando ha tenido adoradores, como éstos no han poseído millones, Laura no ha podido entregar a ninguno de ellos el tesoro de su cariño.

He seguido paso a paso la vida de Laura, y me daba lástima verla insensible a los goces de la vida. Algunas de sus amigas se han casado y al contemplarlas felices, Laura ha comenzado a sentir inquietudes desconocidas: sus hermosos ojos han ido adquiriendo una expresión melancólica; ya no permanece horas enteras apoyada en el reclinatorio: desea salir; se engalana, se adorna con sus mejores galas; al regresar del teatro se deja caer en un diván y llora amargamente. Sus padres se quedan como viendo visiones, la miran con asombro y se dicen: "¿Qué tendrá?" Preguntan a Laura qué le aqueja, y ella enmudece, se cubre el rostro con las manos y así permanece largo rato.

La han visitado varios médicos, que después de examinarla se han encogido de hombros.

Uno de ellos, más experto, encargó a sus padres que la llevaran a viajar si querían evitar el desarrollo de una enfermedad terrible.

Laura, al saber que iba a emprender un largo viaje, vino a verme en seguida muy animada y muy contenta. Quise sondear su corazón, y le dije:

-Vamos, me alegro que salgas de Barcelona, si aquí no dejas ninguna afección.

-¡Ah! no, ninguna; a mí no me quiere nadie.

Y sus ojos adquirieron una expresión tristísima.

-Te gustaría ser querida, ¿no es cierto?

-No sé.

-Yo sí lo sé, Laura mía; leo en tu corazón y veo cómo despiertas, cómo sientes la necesidad de amar. Si te pregunto una cosa, ¿me dirás la verdad?

-Sí; te lo prometo.

-Pues bien, tú estás triste desde que tu doncella se casó; y se aumentó tu tristeza cuando cinco meses después fuiste a ver su pequeña casita.

Laura me miró sorprendida; palideció y me dijo con voz apenas perceptible:

-Es verdad: desde aquella tarde no sé qué tengo.

-Yo sí: yo sé muy bien lo que tienes: envidia de su felicidad.

-¡Envidia!... ¿Me cree usted envidiosa? Entonces creerá que soy muy mala, porque mi confesor dice que la envidia es un gran pecado.

-Hay muchas clases de envidia, y la tuya es la más inocente y natural. Sientes la necesidad de tomar parte en el gran banquete de la vida; tus compañeras de colegio, casi todas se han casado, y al ver casar a tu doncella, has dicho con amargura: "¡Todas tienen más suerte que yo!"

-¿Cómo sabe usted que yo he dicho eso?

-Eso lo dicen todas las mujeres a los veinte años, cuando no tienen preparado su traje de desposada. ¿No es cierto que de todos los grandes salones que has recorrido, no recuerdas sino vagamente los ricos muebles y preciosidades artísticas, y que, en cambio, la pobre casita de tu doncella está grabada en tu imaginación?

-Es verdad: hasta he llegado a creer que me habían dado algo en aquella casa, porque siempre veo el taller de Jacinto y la mesa de labor de Adriana. Allí están los dos tan contentos.

-Tienes razón que allí te dieron algo: la luz que faltaba a tu entendimiento y la

sensibilidad de que carecía tu corazón. Allí comprendiste que la dicha de la mujer no está en la soledad del claustro, ni en el aturdimiento del gran mundo, sino en la compañía de un hombre, santificada por el amor y sancionada por las leyes. Yo vi cómo te conmoviste cuando, al entrar cantando tu canción favorita, salió Adriana a nuestro encuentro rogándote por favor que bajases la voz para no despertar al pobre Jacinto, que había estado trabajando toda la noche y dormía recostado en un sillón. Quisiste verle dormido; Adriana entreabrió la puerta de un pequeño aposento y contemplaste unos momentos a Jacinto, reclinada su cabeza contra el respaldo del sillón y medio cubierto el rostro con un pañuelo blanco.

-¡Ay! ¿para qué se tapa la cara? ¡Parece un muerto! -dijiste en voz baja.

-Se la cubro con el pañuelo para que no le molesten los mosquitos -respondió Adriana, mientras miraba a su marido con inefable ternura.

-¿No te has cansado aún de mirarle? -añadiste sonriendo.

-¡Qué me he de cansar, señorita, si cada día le quiero más! -replicó Adriana-. Créame usted, señorita, cásese con Alfredo y será tan feliz como yo. No es rico como usted, pero usted es rica por los dos; además, que la felicidad no consiste en las riquezas. ¡Vive una tan acompañada!... No sabe usted lo bueno que es tener una persona a quien cuidar y complacer. Somos muy pobres, es cierto, pero, ¿quién más feliz que Jacinto y yo? Salimos a veces, después de cenar, a dar una vuelta por ahí, y nos sucede a menudo andar media legua sin apercibirnos de que nos alejamos de casa; tan engolfados vamos en nuestra charla haciendo planes para cuando venga el huésped que esperamos...

Adriana, al decir esto, abrió la cómoda y miró sonriendo. El cajón estaba lleno de camisitas, de fajas, de pañales, de gorritas y demás prendas que usan los recién nacidos. Con nuestra conversación, se despertó Jacinto, el cual te aconsejó lo mismo que Adriana; ¿te acuerdas?

-Sí -murmuró Laura, palideciendo.

-Pues bien: desde aquella tarde tienes frío en el alma; frío que se transmite a tu cuerpo.

-Tiene razón usted: siempre tengo frío; y aunque al pronto me alegré porque me llevan a viajar, después me he acordado de la casita de mi doncella y...

-Y piensas que te sería mucho más agradable ir a esconderte en un nido semejante.

Laura no me dijo que sí con los labios; pero me lo dijo con los ojos.

Ojalá encuentre Laura un alma como la de Alfonso de Silva y que su sed de amor pueda saciarse; porque para el que ama y es amado, el desierto más desolado es un oasis encantador.

III

Me voy convenciendo, Violeta querida, de que en la tierra hay seres que aman: lo dificil, lo imposible o poco menos, es la unión de esas almas.

Adiós Violeta: tú has venido a rejuvenecer mi espíritu, has cambiado el curso de mis estudios y observaciones. Antes sólo me preocupaba ese más allá que se entrevé al otro lado de la tumba; hoy miro a la tierra y no me arrepiento de mirar, porque los capítulos de nuestra historia actual son sin duda continuación de los que escribimos ayer, y podemos calcular los que escribiremos mañana por las notas y apuntes que vamos tomando en la presente existencia.

¿Qué es la vida, Violeta? Una novela histórica de la cual nunca escribiremos el último capítulo.

EFUSIONES

A Amalia.

I

¡De dónde he venido! ¿Quién sabe de dónde he venido? Para ello sería preciso rasgar el tupido velo que nos oculta el pasado y descubrir el misterio de nuestra existencia terrestre.

¡Quién soy! No lo sé, Amalia, porque los nombres no son las esencias: porque la flor no es el aroma; porque los perfiles y contornos del rostro no son el alma.

Las esencias, los aromas, las almas: misterios de la creación, que Dios guarda bajo los siete sellos de su sabiduría inefable.

Me llamo Violeta.

Y, como la violeta, tengo mis raicillas en el suelo del valle, del umbroso valle terrestre donde apenas llega uno que otro reflejo de la luz que reverberan las altas cimas.

¡Quién fuera una de esas ráfagas espirituales, genios del cielo, que atraviesan el éter con la rapidez de la voluntad y llevan a los mundos su inspiración y su amor!

II

¿De dónde he venido?... ¿Quién soy?

Antes yo preguntaba estas cosas a la Iglesia, porque mi madre me enseñó que la Iglesia lo sabía todo. Pero la sabiduría de la Iglesia estaba casi siempre en oposición con mi conciencia y mi razón. ¿Qué es esa -me decía interiormente- que amontona nubes sobre nubes en los horizontes del espíritu, en vez de disiparlas; que para confesar a Dios ha de negar a la naturaleza; que para sublimar el sentimiento ha de secar las fuentes del corazón? Y de rebeldía en rebeldía, porque yo no había nacido para esclava, llegué a romper la infamante argolla que oprimía mi cerviz, y volví la espalda al dogma, desdeñando la sabiduría de una Iglesia que, en medio de su orgullo, no acierta ni a deletrear la primera palabra del misterio de la vida, del libro de la Naturaleza.

Desde entonces, en vez de interrogar inúltimente a la Iglesia, interrogo a mís sentidos; cuando mis sentidos callan, interrogo a mi razón; cuando mi razón enmudece, llamo a mi sentimiento, que no enmudece jamás.

Pues bien: mi razón, iluminada por los resplandores del sentimiento, me dice que vengo de lejos, de muy lejos; que la navecilla de mi ser deja en pos de sí una estela de centenares de siglos; que soy un alma proscrita en tierra extraña, esperando el momento dichoso de su anhelada libertad.

Un proscrito, Amalia, un desterrado que cumple su condena.

Me lo ha revelado la nostalgia que me consume, el vivo presentimiento de un mundo, de una patria venturosa, donde brilla la justicia y florece el amor, que tú echas de menos en la tierra.

III

No faltará quien me compadezca, desde mi mismo campo, el de los librepensadores, y me llame soñadora y delirante, porque creo y espero. ¡Ah! lo comprendo. En estos tiempos en que los porta-estandartes del racionalismo, pastores de la grey librepensadora, despliegan a todos los vientos la bandera de la incredulidad como la única a cuya sombra ha de redimirse el mundo, y se desviven por ennoblecer al hombre haciéndolo de la misma naturaleza y esencia que la hoja del árbol o el adoquín de la calle; sí, en estos tiempos, creer y esperar es un crimen de leso racionalismo, o cuando menos una majadería insigne, que sólo merece un gesto de compasión o una sonrisa burlona.

En el vocabulario librepensador moderno, contemporáneo, libertad de pensar significa

obligación de no creer. De no creer en nada que pueda elevar a la criatura humana sobre el nivel de las cosas que no piensas.

Tú, Amalia, te crees librepensadora, ¿no es cierto? Por tal me tengo yo también. Y sin embargo, mira lo que son las cosas, tú y yo nos equivocamos. Ahí están los maestros en el arte, los grandes hombres del racionalismo, los titanes del librepensamiento; en una palabra, los mesías de la libertad y de la dignidad humanas, que nos dirán cómo son incompatibles con la sana razón nuestras creencias y esperanzas, chocheces del entendimiento, delirios de imaginaciones enfermas, y cómo toda la sabiduría consiste en desnudarnos de todo sentimiento religioso y no dar cabida en nuestra mente a ninguna idea que tienda a elevarse por encima de los tejados.

¿Quieres, Amalia, que el librepensamiento te levante estatuas? Das de mano a toda contemplación ultraterrena; eriges un Dios-naturaleza, un Dios-universo, un Dios-fuerza, subordinado a la materia, que sea algo menos que un hombre; te fabricas una moral vaga, confusa, indefinible, que tenga por asiento la conveniencia social y por cúpula la fraternidad, una fraternidad en lo espiritual, y estrecha, como los pétalos de una flor o los granos de una espiga; hablas de la inmortalidad del hombre en sus hijos, en sus obras, en la historia, en los beneficios que derrama, en la civilización a que ha contribuido; cantas las excelencias de la libertad, fundada en el movimiento de los átomos. Resumiendo: proclamas un Dios que no sea Dios; una moral que no sea moral; una inmortalidad que no lo sea y una libertad que nadie la conozca, y tu apoteosis es segura.

Los doctores del librepensamiento tejerán en elocuentes artículos magníficas coronas que arrojarán a tus pies, y la turbamulta de librepensadores que no piensan, será el pedestal de tu fama.

Pero tú crees y esperas, como yo creo y espero. Ni tú ni yo podríamos vivir en las latitudes boreales de la incredulidad. Tenemos señalado nuestro sitio entre los corazones que sienten.

IV

Hubo un día en qué, entusiasmada, arrebatada, con un periódico en la mano, cuya primera página acababa de devorar, no de leer, caí de rodillas, exclamando:

-¡Gracias, Dios mío!

Aquel periódico era el número 98 de "Las Dominicales del Librepensamiento"; aquella página contenía la famosa carta de la eminente escritora doña Rosario de Acuña.

Un purísimo brillante, el de las creencias, "creencias que por nada ni por nadie consentiría en perder", engarzado en una pluma de oro, y esa pluma de oro instruyendo a las masas, y sobre todo a nosotras, pobres mujeres, desde la tribuna más alta del librepensamiento. ¿Qué más podía desear el corazón de una mujer librepensadora y creyente?

Señalé con piedra blanca aquel fausto acontecimiento, primera página de nuestro "éxodo", primer capítulo de la dignificación de la mujer por la mujer, y de su emancipación de un dogma absurdo y de un sacerdote indigno y mercenario.

Quise escribir a Rosario manifestándole mi entusiasmo y adhesión, pero desistí de mi propósito por lo humilde de mi nombre y lo premioso de mi pluma.

¡Oh, Rosario! -le habría dicho-, yo bendigo tu recta conciencia, tu espíritu valiente. Nuestro sexo te deberá más que la salud, más que la vida, porque te deberá el haber roto y pisoteado los hierros del vergonzoso fanatismo que nos sume en una ceguera eterna. Seremos mujeres, compañeras del hombre, ya no siervas, ya no reses llevadas al matadero de nuestra propia dignidad, por esos que se llaman pastores de nuestras almas y que no son sino mercaderes de nuestros sentimientos. En ti comienza la gloriosa extirpe de las mujeres ilustradas y animosas, que, con la vara de la fe y de su saber,

abren a las demás el camino que ha de llevarnos a la conquista de nuestros derechos, a causa de nuestra ignorancia escarnecidos. Tremolando con vigorosa mano, en el campo del librepensamiento, la luminosa enseña de la fe, de una fe racional y razonada, atraerás a tu alrededor, desde luego, para formar con ella la sagrada legión de las buenas esposas y de las buenas madres de familia, dignas de tan honrosos títulos, a todas las mujeres discretas y pensadoras, nervio de la sociedad y esperanza de una civilización más benéfica, más ennoblecida, más humana; y elevándote en alas de tu esclarecida razón y de tu exquisito sentimiento por encima del tiempo y del espacio, avergonzarás a esos otros librepensadores que no se alzan de tierra y creen haber salvado a la humanidad matando toda esperanza en el corazón del hombre: tú les harás comprender cómo sin la inmortalidad de nuestro ser, cómo sin el concepto de una religión eterna y universal, los conceptos de belleza, de bondad, de justicia, de libertad, de fraternidad, de derecho, de deber, en que inspiran sus lucubraciones y que informan todos sus discursos, son vana palabrería. Tú misión, si aciertas a cumplirla, es sublime. ¡Gloria a ti, oh, mujer, la de los brillantes destinos, a quien la historia de la civilización del mundo reserva una de sus páginas de oro!

V

He leído a Rosario de Acuña en sus ulteriores escritos publicados en "Las Dominicales"; tú, Amalia, la habrás leido también; ¿quién que siga afanoso las corrientes progresivas y el movimiento filosófico contemporáneo no la lee?

¿Cómo la juzgas tú, Amalia? De mí sé decir que no me atrevo a juzgarla.

Su palabra, ora es benéfica lluvia que refrigera mi espíritu, ora viento seco y quemador que destruye su oasis.

Veo a Rosario, unas veces lanzándose con resolución a las alturas, jinete sobre un haz de luminosos rayos, relampagueando y brillando en los cielos del pensamiento, y la veo otras veces debatiendo consigo misma, con sus desalientos, sus vacilaciones, sus dudas, impotente para comunicar a los demás un fuego que no caldea su alma.

¿En qué consiste su fe? ¿Cuáles son aquellas creencias que "por nada ni por nadie consentiría en perder"?

Yo ya sé que su elocuentísima palabra será una formidable piqueta para derribar el viejo templo de las supersticiones católicas; pero, ¿servirá para labrar el nuevo templo, donde en lo porvenir, el alma, segura de su inmortalidad y de su progreso eterno, adore al Dios que tan dulcemente canta Rosario de Acuña en el número 110 de "Las Dominicales"?

Y he aquí, Amalia, que habiendo tomado la pluma para hablarte del "amor", tema luminoso en torno del cual vienes revoloteando como mariposa atraída y deslumbrada por sus rayos, por una extraña asociación de ideas mi pensamiento, abandonándose a sus naturales impulsos, ha seguido rumbos bien distintos. Desandaré lo andado y volveré a mi punto de partida.

Violeta

IMPRESIONES

A Violeta

Heme aquí de nuevo, mi querida flor, en comunicación contigo, dispuesta a contarte las impresiones que he recibido durante un mes, bien que si te las contara todas... mi carta se haría interminable.

He visitado dos casitas en el Ensanche de Barcelona, habitadas por dos matrimonios que aun se acuerdan del día de la boda: tan poco tiempo hace que se casaron.

Los recién casados son dos jóvenes de la clase media. La una, que se llama Araceli, es alta y esbelta: dijérase que en alguna existencia anterior hubo de ser una gran señora, pues todavía conserva los modales: viste con gusto y le luce todo cuanto se pone. En su casa se adivinan todos los detalles de su carácter y sus más recónditos deseos.

Araceli es un espíritu cuyo descontento es permanente: sus aspiraciones nunca se satisfacen; siempre quiere un más allá de un traje nuevo, de un baile o de una función dramática.

Anhelaba casarse por miedo de quedarse soltera; y como la mujer, no siendo muy rica, no puede escoger mucho, Araceli aprovechó la primera ocasión que se le ofreciera para contraer matrimonio. Su casamiento dulcificó algún tanto su carácter; satisfecha a medias su vanidad de mujer, sonrió gozosa al ver que parientes y amigos se ocupaban de ella y le amueblaban una casita encantadora con el desahogo y el recreo de un pequeño jardín.

Cuando fui a verla, un mes después de casada, al mirarla atentamente, leí en sus ojos el mismo descontento que antes, llevando marcado en su frente el sello de una oculta contrariedad.

Me enseñó parte de sus galas, no con la alegría de un espíritu agradecido, sino con la indiferencia del que cree ser acreedor a mucho más. Su casa respiraba limpieza, elegancia y buen gusto, pero el jardín parecía un cementerio: tan descuidado y abandonado estaba. Enseñome las habitaciones, lujosamente amuebladas, y sin embargo de ser nuevo todo lo que contenían, faltaba allí ese tinte risueño que distingue el hogar de los recién casados, donde todo parece que sonríe, desde el lecho nupcial, con sus blancas colgaduras recogidas con lazos de color de rosa, hasta la cocina, con sus relucientes cacerolas; desde el comedor, con sus armarios llenos de loza y cristalería, hasta el cuartito de costura, con su máquina y demás útiles del trabajo femenino, y desde el gabinete tocador, hasta el cuarto ropero, lleno de trajes nuevos. En casa de Araceli todo estaba colocado en su lugar, mas el aire que se respiraba no era el de la felicidad ni del amor. Yo miraba por todas partes buscando... ¿qué buscaba? En aquellos instantes no lo sabía, y para distraerme y tal vez cercionarme de lo que quería saber, dije a Araceli:

-Vamos, cuéntame: ¿estás contenta? ¡Ya has realizado tus sueños, ¡Ya te has casado!...

-Sí, ya me casé -contestó encogiéndose de hombros.

-¿Y eres dichosa?

-Sí, sí, no puedo quejarme: me lleva mucho al teatro, al café, a todas partes.

-¡Oh! Eso es muy natural; ¡lástima que no lo hiciera estando aún en la luna de miel! Lo que yo te pregunto es si dentro de casa te guarda esas consideraciones, esas atenciones delicadas que son la vida de la mujer.

-No me he fijado, porque... ya verá usted, las mujeres no tienen otra cosa que hacer más que casarse, y siendo ese su único camino y su sola carrera, cuanto más pronto, mejor.

-Pero, ¿tú le amas?

-Le diré; yo creo que el amor sólo existe en la imaginación; en la práctica... en la práctica hay costumbre, obligaciones, cumplimiento de una ley... y nada más.

-¡Nada más!... ¡Ah, no, Araceli! Hay seres que se aman, que el uno sin el otro no pueden vivir; y aun suponiendo que ese delirio no exista más que en uno de los dos,

basta con que el uno ame y el otro se deje amar, para ser felices, no por costumbre, ni por obligación, ni por ley impuesta, sino por algo superior a todos los cálculos humanos.

-Podrá ser eso que usted dice; no diré que no; por mi parte no estoy disgustada de haberme casado, pues así tengo más libertad que de soltera, y menos familia a quien contentar.

En aquellos momentos, Violeta mía, pensé en ti, y dije con amargura: "Aquí sí que el amor no hará nunca su nido". Además del amor, echaba de menos otra cosa, sin atinar en lo que podría ser. Salí profundamente preocupada.

Crucé varias calles y entré en otra casita de humilde apariencia. Subí al piso cuarto, llamé, y oí una exclamación, que al reconocerme lanzó Eugenia, joven de veinte años, buena y humilde, que al casarse ha dado una prueba de modestia y buen sentido, como pocas. Por lo general, cuando se casan, tiran la casa por la ventana, sacrificando a sus padres para que les compren galas. Eugenia, por lo contrario, sabiendo que los suyos no podían hacer grandes gastos, les dijo que no quería se apuraran por ella, que se casaba, no para lucir trajes de raso y joyas de gran precio, sino para amar y consagrarse a su marido con todo su corazón.

El día de boda, Eugenia vistió el mismo traje que había usado de soltera, sencillo y modesto, pero embellecido por la alegría que irradiaba el rostro de su dueña.

Recibióme mi amiga con los brazos abiertos; me hizo sentar a su lado, y sin que me diera tiempo para preguntarle si era dichosa, me dijo sonriendo dulcemente:

-¡Ay, Amalia! Estoy tan bien, que me parece mentira tanta dicha. Juan comparte su cariño conmigo y con su madre, y entre los libros y las flores.

-¡Ah! -exclamé llevando mi diestra a la frente-: tus palabras me han dado un rayo de luz. Vengo ahora de una casa donde, a pesar de estar amueblada con lujo, he encontrado un vacío que no acertaba a explicarme: ahora comprendo que lo que yo encontraba a faltar eran libros y flores.

-Entonces era una casa sin alma, como tú sueles decir.

-Efectivamente: una casa sin periódicos, sin libros y sin flores, es una morada de nieve donde el fuego de las ideas no arde, ni los encantos de la naturaleza llevan el pensamiento.

-Pues, hija, lo que es aquí encontrarás el fuego de las ideas incendiándolo todo, y los balcones llenos de tiestos, y en la cómoda y en la mesa flores en abundancia, naturales y artificiales. Vamos, y verás que mi casita es muy alegre.

Y lo es, en realidad, amueblada sencillamente, sin cortinajes ni nada superfluo, pero rebosando inteligencia. La mesa que hay en medio de la sala, llena de libros, y en otro aposento, una biblioteca que vale más que todos los muebles de la casa, atestada de volúmenes primorosamente encuadernados; a este armario acompaña una mesa de despacho cubierta de legajos, periódicos y libros en desorden, amén de otros estantes que apenas pueden contener aquella catarata de pensamientos encerrados en obras científicas y apuntes y notas manuscritas que demuestran el asiduo trabajo de una activa inteligencia.

-¿Ves, ves? -decía Eugenia-, no te quejarás de falta de libros y de flores. Tiene mi marido tal afición a leer, que roba al sueño todas las horas que puede para instruirse e instruirme, porque dice que quiere que yo sepa todo lo que sabe él. Y como yo no tengo más aspiración que complacerle, aquí me tienes hecha un abogado, manejando papelotes todo el día.

-Se conoce que eres muy feliz.

-¡No te digo! ¡Si soy tan dichosa, que me parece un sueño! El es muy bueno, y yo estudio su carácter para no causarle el menor disgusto. Además, hemos convenido en no ocultarnos nada, y cuando el uno moleste al otro, decirlo en seguida, y así evitaremos el que ninguno de los dos ponga mal semblante y se originen inquietudes por cosas, muchas veces insignificantes, pero que, como la bola de nieve, van aumentando hasta

formar una inmensa mole, causa de reyertas y enojosas disputas.

-Tienes razón, Eugenia. ¡Cuánto me alegro de que seas dichosa como mereces! ¡Eres tan buena!

-No es precisamente bondad; es que trato de tener conocimiento. Yo creo que la mujer casada ha de consagrarse a su marido en todo y por todo, no teniendo más voluntad que la suya, viviendo exclusivamente para él y estudiando siempre su carácter y sus condiciones; de esta suerte, muy mal han de venir las cosas para no vivir en paz y amor.

¡Qué hermosa estaba Eugenia cuando hablaba así! Sus ojos, grandes y expresivos, reflejaban los luminosos rayos de su inteligencia. Y su espíritu elevaba ferviente plegaria al demostrar su felicidad.

También entonces, Violeta pensé en ti, y exclamé con alborozo: "¡Esto, es amor!" Araceli entregó a su marido su cuerpo; Eugenia, más generosa, le ha entregado con su cuerpo, su alma, llena de sentimiento y de pasión. En este humilde hogar hay vida, hay dulzura, hay vibraciones de muchas inteligencias, mientras que en la fastuosa morada de Araceli se siente frío, un frío intenso. ¡No hay allí periódicos, no hay una flor!... Y vivir así, en nuestro tiempo, sin leer, no es vivir: es una muerte anticipada; el hombre necesita transmitir a otros sus ideas, y alimentar su espíritu con los pensamientos ajenos; ¿no es verdad, Violeta?

Hablar con quien nos entiende, es el goce más puro del espíritu en este mundo, y por lo tanto, el más dificil de alcanzar.

Los llamados matrimonios, en su mayoría, no son sino concubinatos autorizados por la ley, y para mí, el matrimonio verdadero no es la unión de los cuerpos, sino el amor, el enlace de las almas.

Adiós, Violeta. ¡Cuán dulce será vivir en la tierra cuando el amor y sólo el amor sea el lazo bendito que una a la humanidad en una sola familia!

UNA CARTA A AMALIA DOMINGO SOLER

Estimada amiga: He leído un artículo que bajo el título Efusiones, y con la firma "Violeta" se ocupa de mi personalidad; como quiera que cuanto en dicho artículo se dice de mí es repetición multiplicada de cartas que se me dirigen y preguntas que se me hacen, y como quiera que al penetrar en el palenque de la prensa llevaba profundamente meditadas las vicisitudes, prósperas o adversas, que habían de salirme al paso, contando de antemano con fuerzas para llevarlas digna y resignadamente, sin alardear con insultante vanidad del aplauso, ni despreciar con soberbiosa cobardía a la crítica, tomo la pluma en la presente ocasión para de una vez para siempre, pretendo contestar a cuantos se han servido interrogarme, en una u otra forma, sobre lo que guardo en el sagrado e inviolable asilo de mi conciencia.

Pláceme que la firmante Violeta, con un lenguaje escogido, un estilo elocuente y en una forma dignísima y reposada, sea la que personifique el carácter de indagador, porque así me encuentro en terreno propio, toda vez que el lenguaje atrabiliario, el estilo destemplado y las formas descompuestas, aunque la ira me embargue (y como humana que soy no puedo ser ajena a esta pasión) siempre y en todas ocasiones se rebelaron a ser manejables en mi mano. En esa incógnita y profunda racionalista Violeta, queden, pues, representadas todas y cada una de cuantas personas se han dirigido a mí con la misma pretensión que se dilucida en el dicho artículo, motivo de esta carta.

Sólo en el siguiente y brevé período acotado puede darse la síntesis de mi contestación, que ampliaré para mejor comprensión de mis interrogantes. "La era de las revelaciones ha pasado ya, y aunque no hubiera pasado, Rosario de Acuña no puede ni

quiere ser revelador". -¿Qué se intenta de mí, señores indagadores de lo más recóndito de mi pensamiento? ¿Por qué se me acosa, si bien noblemente, con perseverancia inflexible, para que me aliste bajo una bandera, profese en una doctrina, o fundamente una secta? ¿Es tan profundo el desconocimiento de la "calidad y cantidad" de mis potencias intelectuales, que les lleve a ustedes hasta elevarme en una apoteosis imaginativa en la que aparezca con el carácter apostólico? ¿O es, por el contrario, tan exacta la idea que tienen de mi insuficiencia como criatura pensante, que no quieren en modo alguno verme en la tribuna del periodismo sin que esté afiliada en una escuela definida y organizada? ¿En qué consiste mi fe? ¿Cuáles son mis creencias? Esto se me pregunta desde todos los campos y sobre todo desde las avanzadas espiritualistas...

Una mujer que "siente y piensa", que "medita y habla", que "busca y pregunta", que "vive y cree", que "duda y ama", que "lucha y espera"... he aquí lo que soy.

La fe está en nosotros como virtual esencia: materialista, espiritualista o escéptica, de todos modos es fe, porque FE y amor, son derivaciones de Verdad y Belleza, que sirven de motores al Universo: ¡perderse la fe! ¡lo Absoluto, lo Infinito, lo Eterno! La fe se transforma, cambia de modo, pero jamás de principio ni de fin: nunca se me ocurrió temer por ella.

¡Demoledores se nos llama! ¿Qué se puede hacer al presente sino demoler? Lo primero es quitar el último murallón hasta el último cascote, dejar el terreno limpio de escombros y de barro, y después se socava más hondo aún que el primitivo cimiento, para levantar la nueva fábrica. Sin los agentes "tiempo y espacio", nada de esto se puede realizar; los planos de la edificación para nada hicieron falta mientras se estuvo demoliendo; los iniciadores de la reforma no rematan la construcción; y las modificaciones, sucesivas al desplome, desvían los planos primitivos, si es que alguno se atrevió a delinearlos minuciosamente; sólo en la idealidad se sostiene el conjunto de la obra, y esa idealidad, tratándose de la fe, de la moral y de la sociedad, si ahora se lanzase a la candente arena del combate, sería arrollada por el ímpetu de la lucha, o serviría solamente para entorpecer con insulsa fantasmagoría el gran movimiento revolucionario que palpita en nuestra generación.

No hay que hacerme "ni más ni menos" que lo que soy: mi representación en las filas de los librepensadores está bien definida y es bien exacta.

-¿Cuáles son sus creencias? -se me pregunta-. ¿Cuáles son? ¿Con qué derecho se me hace tal interrogación? -"Queremos seguirla" -se me dice desde muchos sitios-. ¡Ay del pensamiento que reclama para guía y mentor a una mujer obscura, humilde y desvalida! Es un pensamiento enfermo; es una conciencia insegura; es un organismo débil; es una personalidad indeterminada; es un campeón inválido; es un ser vacilante, sin creencias arraigadas en la profundidad de su razón, el cual siente en su cerebro retumbar el golpe de la piqueta demoledora, y tiembla por las idealidades acariciadas en los insomnios de sus melancolías.

¡Ay de la era refulgente que se anuncia en nuestras sociedades, iniciada por la emancipación del pensamiento, si en sus primeras etapas se desarrolla el afán de personalizar la gran doctrina!

¿Qué sería de la libertad de pensar si se realizase el empeño de hacer agrupaciones, escuelas o sectas?

-"¡Materialista!" - me gritan desde las huestes teológicas y metafísicas.

-"¡Espiritualista!" - me vocean desde las legiones fisiológicas y naturalistas.

Y yo contesto: "Librepensadora respetuosísima con el pensamiento ajeno, siempre que se encauce en la gran corriente de la vida que lleva por nombre este lema inconmovible": "AMA A TUS SEMEJANTES".

El presente que nos rodea es invulnerable a toda resolución; estamos en pleno problema; la clave para descifrarlo no está en nosotros: nuestro siglo agonizará revolviendo hasta el fondo los grandes depósitos de limo que los siglos anteriores han

venido acumulando en los cauces de la humanidad.

Lo positivo de nuestra existencia en estos momentos históricos de nuestra raza; lo real; lo humano; lo cierto; lo indeclinable; lo que se impone en nosotros, aunque sea triste, es la demolición, bien que tengamos que caer envueltos entre las ruinas; no usurpemos las misiones del porvenir, y derribemos. ¿Qué falta, hace, por lo tanto, entre los fragores de la batalla, la manifestación de mis creencias, dado que por mis obras no se puedan dilucidar? ¿Qué podría hacerse con ellas? Nada: quédense, pues, en mi conciencia, y mientras no turbe con mis palabras el gran principio de la libertad de pensamiento, que es la poderosa palanca que está conmoviendo los cimientos del mundo antiguo, respétese por unos y por otros el fondo de mi entidad moral.

Por otra parte, y aun a trueque de descubrirme en algo, ¿soy un cadáver? ¿se han cerrado sobre mi personalidad las puertas de mi existencia, de manera que se pueda colocar en mi alma el epitafio de una fe invariable? ¿Qué es el mañana? ¿qué nos guarda? ¿cómo obraremos? ¿qué creeremos? ¿cómo sentiremos? ¿Quién es el osado que sujeta los corceles del carro de la vida y los hace girar en prefijado circulo? La palabra "¡Espera!", grabada con rastros de lágrimas en mi corazón y con caracteres de fuego en mi inteligencia, es la savia de la naturaleza terrenal, el motor de la vida, el alfa y el omega de la conciencia. No hay que salirse del presente; no hay, por lo tanto, que evadirse de la lucha; lo más que se puede hacer es poetizar la realidad y dar realidad a la poesía; espiritualizar el materialismo trayéndolo a lo positivo de los efectos; equilibrar las fuerzas colocando las huestes en la misma linea para que se generalice la pelea y se apresure el triunfo.

Antes de que éste llegue, caeremos todos en confuso montón: risible fuera, con la perspectiva de sucumbir, alzarse a perorar sobre las excelencias de la victoria.

Y además, entrando en distinto orden de ideas, ¿está todo hecho? ¿Se puede, en sana razón, sin desvanecimientos de metempsicosis, ni extravíos sensualistas, cruzarse de brazos preguntándose sobre lo que se cree o deja de creer, ínterin el alma femenina gime prisionera en el sopor infame de un rebajamiento odioso? ¡No hay que hacerse ilusiones! ¿En dónde está la mujer librepensadora? Los contados espíritus femeninos que se van emancipando del servilismo de la conciencia, se mueven como autómatas, impulsados unos por los entusiasmos que produce en su fantasía la palabra libertad, y otros atraídos como víctimas indefensas a las aras del sacrificio por las sugestiones de los ambiciosos profanadores de la gran doctrina: separemos las excepciones de esta regla. Todas... Todas... lo mismo las que viven sujetas por las milagrerías del catolicismo, que las que se creen libres por haber comulgado en las filas de los librepensadores, necesitan, "¡sí! están necesitadas de emancipación", y aunque en sus almas se manifieste con exactitud de conceptos esta inmensa y profunda aspiración, todas ellas tienen "hambre y sed" de justicia; "hambre y sed" de personalidad, de honra, de decoro, de dignidad, de poder representativo en el seno de las sociedades humanas; de autoridad para su espíritu "racional e inteligente", enfangado en una esclavitud repugnante que las hace instrumento de placeres prostituídos, "incubadora" de los hijos del hombre, o figurilla decorativa de ambiciones devastadoras.

He aquí la gran cuestión; hay que despertar a esas dormidas siervas, que besan las argollas que las aprisionan, mediante un puñado de perlas, o de cuentas de vidrio, que para el caso es igual, mediante la huera y falsa adulación de un día de reinado; ¡mediante palabras! y... ¡palabras!... que se traducen en el fondo de los gineceos modernos, más viles que los antiguos, pues tienen escrito en su frontispicio la palabra "Libertad", como el "Inri" que colocaban los judíos sobre el madero que crucificó a Cristo.

Hay que gritar muy fuerte para que esas almas femeninas comiencen a levantarse sobre sí propias, oponiendo el número, la convicción y la fuerza de su debilidad, contra toda tiranía y toda absorción, y todo vejamen, y toda violencia que denigre sus

incuestionables derechos de "mitad de la especie humana"...

Dejemos nuestras conciencias reposar en sí mismas; acallemos nuestras dudas; olvidemos nuestros pesares; dejemos en nuestro fondo todo ese mundo de reminiscencias teológicas, misántropos, escolásticas, y en todo caso egoístas, que no deben manifestarse nunca al exterior, sino modificadas por un inmenso amor al prójimo, y sigamos clamando contra todas las injusticias, las iniquidades y las violaciones. ¿No pretendemos todos los librepensadores, deístas o ateos, materialistas o espiritistas, suprimir la confesión católica, que tanto denigra la conciencia humana? ¿pues cómo sin caer en contradicciones se pretende de mí nada menos que una confesión pública?

Diérase la verdad por ley primera de nuestras sociedades; sancionárase como respetable toda creencia, rito o culto que no dañase los ajenos derechos; estableciérase una tolerancia fraternal para toda fe, y el fondo de mi alma, como el fondo de todas las almas, sería transparente recinto de purísimo cristal donde se vieran correr los ricos veneros del pensamiento... ¿Quíen llegará a esos días? Luchemos ínterin: el áspero camino que se ofrece a mis plantas, se hunde en horizontes brumosos, henchidos de huracanes y hielos, y sin embargo, avanzo. ¿Avanzaré mañana? ¿Quién me podrá contestar sin hacer alardes de profeta judaico? No me sigáis los que tembláis por vuestra fe, sea la que fuere; ¡adelante los que llevándola en vosotros mismos, único albergue de la fe, pretendéis una dicha más, una ventura más para la humanidad terrestre! Unámonos, llevando cada uno sus ilusiones, sus esperanzas y sus creencias, bajo la bandera del librepensamiento, y sin poner en pugna o en subasta nuestras conciencias, peleemos con denuedo, del mismo modo que los ejércitos de diferentes naciones, coligados contra un tirano o un usurpador, pelean reunidos vistiendo variados uniformes, usando distinto idioma y mandados por diferentes caudillos. No disputemos por fases de la vida individual, cuando la vida colectiva necesita de los esfuerzos de todos aquellos que, identificados con la ley del progreso, pretenden avanzar sobre el pasado, aun a trueque de ser arrollados por los que los siguen.

Le doy gracias, Amalia, por su amabilidad, y me despido de usted haciendo pública mi resolución de no volver a darme por aludida en ningún caso como el presente; la polémica cansa y enfada cuando se tiene que sostener sobre nosotros mismos. Repito que aún no he muerto. Para juzgarme, si merezco juicio, espérese a que los cielos de mi vida se cierren sobre mi sepulcro: entonces estará terminada la evolución de mi inteligencia terrenal; entonces estará cumplida con exactitud de límites la misión que se relaciona con mi personalidad, sea la que fuere; entonces se podrá aquilatar en todo su esplendor, o en toda su negrura, los pensamientos manifestados por medio de mi pluma.

Hoy aun "no estoy terminada", y mientras el aliento vital conmueve nuestros sentidos, actúa en nuestro cerebro, rige nuestros músculos, caldea nuestra sangre, vibra en nuestros nervios y produce nuestra inteligencia, toda afirmación "radical" que se lance con ínfulas de inamovible, es un conato de suicidio; aun vivo; aun no rematé de sentir, ni de pensar, ni de saber, ni de amar; luego aún "espero"... Lo que hay que hacer es no pararse...

He ahí el astro rey de nuestro mundo: avanza siempre, arrastrando su corte de planetas por el obscuro espacio: ¿qué camino sigue? ¿es un segmento de círculo? ¿es una rectilínea sin principio conocido ni fin determinado? Sea el que fuere, jamás nos hace pasar por el mismo sitio. Hundamos nuestro ser en lo infinito del tiempo, dejándonos llevar sin volver nunca sobre nuestros pasos, y el porvenir trazará los planos de nuestra ruta. De usted, Amalia, con la mayor consideración.

Rosario de Acuña.

UNA GRAN SORPRESA

A Rosario de Acuña.

Señora y dulce amiga Rosario: Después de publicar su hermosa carta dirigida a mi modesto nombre, pero aludiendo a la escritora que esconde el suyo bajo el humilde seudónimo de Violeta, se la remití a esta excelsa pensadora, quien contestará a usted en la forma y estilo que ella sabe, con esa elocuencia sencilla y noble de su pluma alada.

No soy pródiga en alabanzas, pero la carta de usted, elocuentísima con la elocuencia viril que relampaguea en todos sus escritos, me ha dejado profundamente pensativa.

Creo, como usted, que la mujer es el factor más importante del progreso moral de las sociedades humanas, por su incontrastable influencia sobre el corazón de los hijos, muy superior a la del hombre en la primera época de la vida, que es cuando se forma y moldea, digámoslo así, el alma de la criatura racional; mientras la mujer sea sierva por su ignorancia, el hombre será esclavo por sus pasiones, y las sociedades pugnarán en vano por redimirse, por alzarse sobre el fango, sobre la hendiodez de sus actuales miserias.

La mujer es el talismán de la civilización. "Sólo nosotras -exclamaba la esposa de Leónidas-, sólo nosotras, hijas de Lacedemonia, mandamos a nuestros maridos, porque sólo nosotras formamos hombres".

Cuando la mujer deje de ser instrumento de opresión, dejará de haber oprimidos y opresores, y sólo entonces podrá la humanidad marchar resueltamente, sin desviaciones ni desmayos, en persecución de los ideales de felicidad que hoy, por considerarlos imposibles delirios de la imaginación o aberraciones del deseo, constituyen su desesperación y su tormento.

Las religiones positivas, códigos de tiranía moral, han envilecido a la mujer y ofrecídola al hombre como mísero juguete de su sensualidad, seguras de que por este medio, por la ciega sumisión de la una y el enervamiento del otro, sería eterna su dominación en el mundo.

La misma religión católica, cuando dice a la mujer que la ha redimido y exaltado al exaltar a María sobre todas las criaturas y hacerla igual a Dios, la engaña para seducirla y por la seducción tiranizarla con más fuerza. Porque María no es el ideal de la mujer perfecta: es un ser privilegiado, sobrenatural, inmaculado desde su nacimiento; exenta, como esposa, de los deberes conyugales; exenta, como madre, de las leyes de la maternidad; al elevarla a tanta altura, lo que ha hecho es separarla de la mujer por un abismo. Por un lado, una diosa; de otro, una criatura inmunda. Tanto es así, que apenas hay doctor de la Iglesia que no haya vomitado sobre la mujer la infamia y el desprecio; unos la han llamado sentina pestilencial, órgano del diablo, bestia feroz, hija de mentira, vaso de corrupción; otros, causa del mal, puerta del infierno, espantosa tenia, áspid, dragón, cabeza del crimen, silbido de la serpiente, y algunos concilios han llegado hasta rehusarle el alma. Y el hombre, por su parte, halagado en su egoísmo y en su orgullo, ha tomado a la mujer como las religiones se la han dado hecha, sin ocuparse de iluminar su entendimiento, ennoblecerla y levantarla del lodazal en que el fanatismo la retiene.

Nosotras dos divergimos de ese sistema, que usted defiende, de la previa total destrucción, apartamiento de escombros, socavaciones más hondas y desaparición radical de lo existente. Queremos instruir al propio tiempo que destruimos, y lo que deseamos es que si nuestro trabajo es defectuoso, se nos señalen las faltas, pues estamos lejos de presumir de arquitectos consumados. Nos resistimos, sí, a la idea de destruir a uno la casa y dejarlo luego en la calle sin albergue en el que pueda guarecerse. No es éste para nosotros, los espiritistas, el recto procedimiento. Aunque sean chozas, queremos edificarlas, mientras llega el tiempo de las grandes construcciones de los

Librodot

demoledores radicales.

Pues la creencia es aún más sagrada que la casa, y nadie tiene, según nuestro sentir, derecho para atropellarla. El que ingenuamente imagina que le es lícito arrancar unas creencias, cualesquiera que sean, sin substituirlas con otras, sean también las que fueran, se halla en gravísimo error; la substitución es ineludible, es sacratísima obligación. Y por este concepto se halla en el deber de dar las más plenas satisfacciones, de contestar a todas las preguntas que se le dirijan, Y dar cumplimiento a todas las investigaciones que se puedan hacer al fin conducente de procurar a unos y otros una dicha más cumplida.

Determinadas frases bien pulidas, esmeradamente contorneadas y gratamente sonoras, placen al buen gusto y halagan la imaginación, mas no satisfacen al corazón. Por la destrucción absoluta, es muy fácil llegar al relajamiento individual primero, a la disolución de la familia después y por último al caos de la sociedad. Respecto de este particular, amiga Rosario, yo no puedo menos de declarar a usted que me hallo, con hondo sentimiento, en diametral oposición con cuanto dice respecto del fuero interno. Todo "librepensador" estará, por el contrario, si es espiritista, conforme con el noble precepto del Cristo: "Lo que os digo al oído predicadlo sobre los techos".

Vengan, pues, a nosotros, todas las preguntas que se quieran, cualquiera que sea su naturaleza. Nosotros, en esto, no tenemos el menor reparo y sí toda la complacencia que se nos demande. Y a la manera que yo entiendo el espiritismo, voy más allá y digo: "Hasta se tiene el derecho de exigirnos amplias y perentorias explicaciones de nuestras ideas y de nuestros sentimientos".

El librepensador espiritista que escribe en público, tiene la obligación de hacerlo con la visera alzada y la conciencia en la pluma, a la clara luz del día y a la faz de quienquiera que sea.

En cuanto a las "indagaciones", sobre las que arroja usted un tinte algo displicente, entiendo yo que son meramente deseos de conocer cómo piensa y siente una personalidad tan eminente como usted, y no curiosidad importuna. En mí concepto, esto manifiesta además el grande interés que ellos y ellas sienten por el porvenir de la mujer, lo cual, en vez de molestar, debiera lisonjear a usted en el más alto grado.

Estas indagaciones, ilustrada Rosario, son naturales, y llegarán a usted, sin duda, en forma de consulta respetuosa y reverente, y el que consulta sobre una materia cualquiera, es que se halla en la sombra y pide luz a quien cree se la puede dar: clama como Goethe moribundo: "·¡Luz, más luz!", ¡Y esto, señora, ha de servir de mortificación al dulcísimo corazón de la mujer! Pues si usted rechaza, cuasi airada, esas solicitudes ansiosas, que sin duda parten de lo íntimo del alma, ¿qué concepto habremos de formar del talento superior de la mujer?

Pero no me cumple a mí entrar en esta materia; la tarea incumbe a Violeta, a quién no tengo el placer de conocer personalmente, pero a quien envío la carta de usted con el encargo cariñoso de una contestación que siendo suya, ha de ser amorosa.

Con la más distinguida y afectuosa consideración, señora y amiga Rosario, le saluda su atenta s. s. ,

Amalia Domingo Soler

A LA EMINENTE ESCRITORA DOÑA ROSARIO DE ACUÑA

Yo ya sé que ni remotamente las merezco; que son un exceso de fina galantería; sin embargo, no por ello agradezco menos a Rosario de Acuña las lisonjeras frases con que

me obsequia y la representación con que me honra en su carta a Amalia Domingo y Soler, cuando personifica en mí a todos los que en una u otra forma la han interrogado respecto de sus creencias. En mi naturalísima desconfianza, hija del claro conocimiento de mí misma y del ningún valer científico o literario de mis obscuros trabajos, no había previsto que la eminente librepensadora pudiese leer mis Efusiones, y mucho menos bordar sobre ellas uno de los primorosos realces de su admirable palabra: la emoción que experimenté al leer su epístola es sólo comparable a la que aceleraba los movimientos de mi corazón, allá en mis años infantiles, cuando oía mi nombre de labios de la directora del colegio en el acto de la distribución de premios. Pero aquellas alegrías de entonces dejaban mi ánimo tranquilo y apacible, después de una momentánea agitación, y a la de ahora ha sucedido una fatiga semejante a la de aquel a quien falta el aire para respirar . ¡Oh! sí, aire es lo que me falta: ilustración, ingenio, profundidad, lenguaje, pensamiento flexible y pluma dócil, para corresponder de una manera digna a las benévolas alusiones de Rosario de Acuña y a la cariñosa excitación de Amalia, mi amiga del alma.

Para estas lides se necesita una gimnasia especial a que yo no estoy acostumbrada; la gimnasia del pensamiento, por la lectura continua de buenos maestros y el hábito de imitarlos.

Entregada por completo, desde algunos años, al melancólico recuerdo de una felicidad que se evaporó sin apenas tener tiempo de condensarse, y al cuidado y educación de mi hijo, reverberación de un luminar extinto que ayer llenara con su luz el cielo de mi existencia, no conozco otra gimnasia que la del amor y del dolor, los dos polos magnéticos de mi alma que la atraen a la vez, en sus ansiedades y profundas agitaciones, a la vida y a la muerte. Tengo sed ardiente de saber; quisiera apoderarme de todos los resortes de la naturaleza y sorprenderla en sus misterios; lanzarme en alas del deseo a las alturas para contar las vibraciones del éter, para flotar en el oleaje de la luz, y sumergirme en el abismo para arrancarle el secreto de las tinieblas; abro un libro, veinte libros: mis ojos recorren rápidamente sus páginas, que esmaltó el arte o enriqueció la ciencia; y al llegar a la última línea, a la última palabra, advierto con desaliento que he leído con los ojos del espíritu cerrados. Cuando una pena nos embarga o una idea nos domina, corazón y pensamiento le pertenecen, son suyos. Así, todos los libros, todas las lecturas, todos los esmaltes del lenguaje y todas las pedrerías de la ciencia me llevan a la misma conclusión: que las flores no tienen fragancia, que las aguas son turbias, que las perspectivas son lúgubres, que los pájaros no cantan, que el sol no alumbra, que la naturaleza viste de luto, que se hizo pedazos la copa en que bebía mi felicidad terrestre y me estoy muriendo de sed.

Ignoro si Rosario de Acuña ha sido madre y visto morir a sus hijos; si ha sido enamorada consorte y perdido el amor de sus amores, aunque imagino que, de haber pasado por estas horribles amarguras, habría sido más indulgente con las pobres mujeres que la interrogamos ansiando averiguar si su aparición en el campo del librepensamiento será la del relámpago que nos deslumbra para dejarnos en más negra obscuridad, o la del astro benéfico y apacible que envía a todas partes con sus tibios resplandores la fecundidad y la vida. ¿Para quién principalmente escribe la insigne librepensadora?

Escribe para su sexo, y se propuso trabajar en la emancipación de su sexo; tiene demasiado talento para no conocer que no puede ser otra su significación entre los librepensadores. No es un librepensador más; es una "mujer" librepensadora, que ha dejado de ser sierva, y que armada de un talento clarísimo y de una elocuencia de fuego, viene a esgrimir estas armas contra la feroz tiranía, material y moral, de que la mujer es víctima. Aunque le halague, y ha de halagarle, el aplauso de los hombres, no es este aplauso lo que busca, sino la adhesión y las bendiciones de su sexo. Pues bien, escribir para la mujer, con la pretensión de atraerla al librepensamiento combatiendo sus

aberraciones y supersticiones religiosas sin ofrecer en cambio nada que satisfaga su conciencia y avive sus esperanzas, es desconocer su naturaleza y necesidades y trabajar en balde. Las funciones propias y también las más hermosas y nobles de nuestro sexo, son las de esposa y madre; nosotras venimos para el amor y el sacrificio, amar y dar la vida por los seres amados es ley moral de nuestra naturaleza femenina; y esta ley sería una monstruosa injusticia si nuestro amor y sacrificios careciesen de integración armónica, irrealizable en el curso de esta existencia terrestre. no hay mujer que renuncie a esa integración; es una exigencia, una necesidad de su ser; cree y espera, porque necesita creer y esperar; y no será jamás librepensadora, como el libre pensamiento no sepa oponer al fanatismo que ciega y corrompe su conciencia una fe racional que llene su corazón.

Preguntarle a un escritor cuáles son su bandera y su doctrina, no es exigirle que se aliste bajo una bandera, profese en una doctrina o fundamente una secta; lo segundo sería una ridícula inconveniencia; lo primero cae de lleno en la jurisdicción de la crítica filosófica. Yo no comprendo cómo Rosario de Acuña llama pregón de vanidad al acto de proclamar en voz alta, públicamente, que lo oigan los de la derecha y los de la izquierda, las creencias a que en su interior rinde culto: ¡pues si éste es un deber elemental , no ya de todo escritor que hace gala de combatir un sistema religioso, sino de todo creyente! ¿Qué es ésa -exclamará cualquiera-, que no se atreve a llamarse por su nombre? ¿que huye de que se le vea el rostro y se recata de las averiguaciones ajenas? ¡Ah! diríase que es una fe inválida, vacilante, sin arraigo en la profundidad de la razón, que teme el golpe de la piqueta demoledora y tiembla por las idealidades que acaricia. ¿Quién que tuviera fe la negó jamás si le preguntaron amorosamente? ¡Si nada iguala a la fe en sinceridad, en expansión, en ardimiento!

Yo desafío a todos los librepensadores, ateos, escépticos, positivistas, panteístas, materialistas, teósofos, a que me arranquen la mía, que consiste en Dios Providencia y alma del Universo, en la inmortalidad de mi conciencia y en el progreso eterno del hombre y de la humanidad al través del tiempo. Sin retroceder ni separarme de la línea de batalla en la gran coalición del librepensamiento contra todas las tiranías, proclamo mi fe, porque no tiemblo por ella, y con mi fe las excelencias del librepensamiento, que me permite comunicar mi alma a los demás y vivir en comunión con todas las almas que como la mía aman la verdad y el bien. ¿De qué me serviría la libertad de pensar, si había de prohibir a mi alma sus más nobles efusiones, las más sutiles y elevadas manifestaciones de mi razón, las más puras y delicadas inspiraciones de mi conciencia? Replegárame toda en mi egoísmo y dejara que rodase el mundo y rodase la humanidad sin curarme de sus dolores ni de las ajenas alegrías, con todos mis sentidos puestos en la contemplación íntima de mis ideales y esperanzas, a la manera de esas mujeres que se aislan de sus semejantes y se sepultan entre las cuatro paredes de un convento, creyendo que con renunciar al mundo y a los más dulces afectos de la tierra, conquistan su felicidad y se aproximan a Dios.

¿No tiene Rosario de Acuña el valor de sus convicciones fundamentalmente anticatólicas? ¿Por qué no ha de tener del mismo modo el valor de sus creencias cuando se la interroga sobre ellas? ¡Ay de la era refulgente que se anuncia en nuestras sociedades, iniciada por la emancipación del pensamiento, si los que por esa emancipación pelean comenzaran velando cautelosamente el suyo por temor de que fuese arrollado en el ímpetu de la lucha! Si para confesar nuestras creencias y divulgarlas y mantenerlas hemos de aguardar a que sean sancionadas por respetables por todos; si no hemos de dejar entrever nuestra alma y los ricos veneros del pensamiento que por ella corren, hasta que una tolerancia fraternal nos ponga a cubierto de todo riesgo, de la sonrisa del escéptico, de la mofa del ignorante, del odio del católico, ¡ah! entonces pleguemos los balbucientes labios, rompamos la cobarde pluma y busquemos cómodo abrigo bajo la impenetrable concha de una hipocresía de buen tono.

Cuando nosotros digamos la verdad, que la haya aceptado todo el mundo. "Luchemos ínterin", exclama Rosario de Acuña; pero en este caso, ¿qué es luchar? ¿Negar a Jesús, como Pedro; el movimiento de la Tierra, como Galileo? ¿Hundirnos en nosotros mismos, tapiar nuestra fe en lo más hondo del alma para que nadie la descubra, aherrojar nuestros sentimientos y no hablar sino a gusto de los librepensadores que no creen? Eso no es luchar; es huir. Luchar es llevar las convicciones y la conciencia en la palabra; ajustar con sinceridad, sin medrosas reticencias, nuestros discursos a nuestros sentimientos; arrostrar las miradas compasivas, el escarnio, los odios, las persecuciones; llamar nuestros a los nuestros; aliados a los aliados; enemigos a los enemigos; luchar es Sócrates ante la cicuta; Jesús en el Calvario; Jordano Bruno en la hoguera. Con la ventaja en favor nuestro de que éstos no son aquellos tiempos; ya las creencias no llevan al cadalso, y la lucha por las ideas apenas lleva consigo otros riesgos que alguna humillación del amor propio, la denuncia de un fiscal o el vano anatema de un obispo.

En general, las pobres mujeres que directa o indirectamente hemos interrogado a Rosario de Acuña, no lo hemos hecho con ánimo de dejarnos imponer su símbolo, y mucho menos de imponerle el nuestro. Vimos en ella una inteligencia privilegiada, un juicio clarísimo, una palabra elocuente, y quisimos averiguar si pondría o no sus brillantes facultades y su pluma al servicio de la fe en sus grandes lineamientos, enfrente del positivismo egoísta y estrecho en que se ahoga todo sentimiento religioso y toda moral que tenga su sanción en una responsabilidad efectiva por la libertad individual. Quisimos indagar a qué ejército de los coligados pertenece, su uniforme, su idioma, su bandera, muy ajenas de sospechar que venía a militar como soldado suelto, en un campo donde todos pelean en legiones cerradas, a la sombra de sus respectivos estandartes. Es librepensadora, dijimos; no guardará su antorcha debajo del celemín, y menos tratándose de un orden de ideas y sentimientos en que un tenue rayo de luz puede ser luminosísimo foco para millares de espíritus atribulados.

Nos equivocamos, sin embargo; la insigne escritora, que vino al librepensamiento con "creencias que por nada ni por nadie consentiría en perder", al ser interrogada respecto de ellas, las oculta bajo la lápida de una estudiada reserva, asimila la confesión de las creencias propias, que enaltece y honra, a la confesión sacramental, que denigra y envilece la conciencia humana, y rehusa dar público testimonio de la fe que anida en su alma, para no entorpecer con insulsa fantasmagoría, el gran movimiento revolucionario que palpita en nuestra generación. Tanto peor para ella, que acampada entre los librepensadores, no será librepensadora sino a medias, en menoscabo, de la santa libertad de conciencia, y tanto peor para nosotras, que no podremos contar con su valiosa pluma. Quejábase ella de los librepensadores a plazos, a quienes echaba, con razón en cara su cobardía: ¿no teníamos nosotros motivo para creer que ella sería librepensadora "siempre" y en todos los órdenes de ideas?

¿Que no alcanzaremos la victoria? La alcanzarán nuestros hijos, o los hijos de nuestros nietos. Si porque habían de caer en montón confuso antes de obtener el triunfo, nuestros antepasados, los apóstoles y los héroes de la libertad, se hubiesen limitado a un culto de sus ideales meramente objetivo, sin ecos, sin resonancia, sin llamar a las puertas de la conciencia pública, aun no habríamos salido de las catacumbas y viviríamos en plena tiranía del pensamiento y de la conciencia.

No debió Rosario de Acuña llevar a mal que le preguntásemos por su fe: nos pareció ver en ella a la escritora que la mujer católica necesita para resolverse a buscar en el aire oxigenado de las grandes creencias la salud que perdió aspirando el infecto vaho de la superstición religiosa, ofreciéndole a la vez a sus esperanzas horizontes más dilatados, perspectivas más halagüeñas, darle la mano, levantarla, atraerla, salvándola del catolicismo, ayudándole suavemente a trepar la montaña, subiendo a la cumbre donde se respiran los aires puros de la libertad y el alma se inunda de luz y se adivina el infinito.

Demoledora de todo lo existente, radical destructora de todo lo actual, exclama

Rosario de Acuña: "¿Quién ha visto derribar y edificar al mismo tiempo?" Yo lo he visto y lo ha visto conmigo todo el mundo y en todas partes. Mientras unos derriban los muros ruinosos y los edificios cuarteados, otros levantan nuevas construcciones: demoliendo y construyendo a la vez, se renueva en un siglo la ciudad. Demoler ha sido y será obra de todas las generaciones y de todas las centurias: errores, sistemas, cultos, instituciones, civilizaciones enteras han caído en todos los tiempos a los golpes de la demoledora piqueta. Si, pues, en este trabajo de todos los siglos pasados y venideros, para construir hubiese de aguardarse a que todo estuviese derribado y el terreno limpio de escombros, la obra humana sería de demolición eterna; jamás de edificación. ¿Que no se construye y demuele a un tiempo? Esto equivale a negar la realidad histórica: precisamente en la gran revolución de las ideas, de ninguna manera se demuele tan aprisa como edificando.

Ahí está la ciencia, que empujando la tierra y haciéndola rodar por el espacio inmenso, sujeta y encadena el sol en el centro de nuestro sistema planetario, que arrancando a las entrañas del planeta el secreto de su génesis, destruye los días genesíacos de la leyenda mosaica; que ensanchando hasta el infinito los cielos esparcidos en el océano del éter, disloca el cielo teológico, que por ser de cristal, se quiebra y cae en menudísimo polvo; que remontándose a los orígenes de la humanidad terrestre, arranca de cuajo el árbol genealógico que nos hace proceder de Adán y Eva, y barre el paraíso, cuna de nuestro linaje. La ciencia, y con ella el librepensamiento, que es su natural vehículo, no tiene por objeto hacer de la vida, de la humanidad, de la tierra, un montón de ruinas, un desierto; su fin es demoler construyendo, negar afirmando, y más que todo, edificar y afirmar. Que la obscuridad de la noche se disipa con la aparición del día, de la luz, y a nadie le ocurrió que fuese necesario producir el vacío para renovar el aire. Al acogerse la humanidad a la nueva fábrica, atraída por su gallarda arquitectura, abandonará las antiguas construcciones, que en la soledad se desploman.

Estamos en pleno problema, ¿quién lo duda?; pero en pleno problema estaremos eternamente, porque el campo de la ciencia no tiene limites y la inteligencia humana es limitada.

El espíritu investigador no desfallece; no se cruza de brazos, no piensa en retroceder; va conquistando horizontes y ganando alturas, subiendo siempre, porque sabe que a mayor altura corresponde más extenso horizonte y más encantadora perspectiva. El librepensador legítimo, verdadero, no es aquel que sepulta en su alma sus convicciones y su fe, es aquel otro que las esparce y publica para que la crítica las contraste y circulen en el civilizador comercio de las ideas.

Este es mi modo de pensar y de sentir. Y entiéndase que hablo exclusivamente por cuenta propia, sin otra representación que la mía, porque mis débiles hombros no consienten el peso de representaciones ajenas. Ni tampoco escribo con la pretensión de que Rosario de Acuña vuelva sobre su resolución de no darse por aludida en ningún caso tratándose de su fe: demasiado generosa fué leyendo mis "Efusiones" y haciéndolas objeto de su espléndida y hermosa carta. Respeto su silencio, pero yo no podía guardarlo.

Puedo equivocarme; no me considero infalible; es más aun: me siento tan pequeña enfrente de Rosario de Acuña, la mujer de superior talento y de más gallarda pluma, que me parece imposible sea yo quien lleve la razón en este disentimiento de opiniones. La mirada del águila es, sin comparación, más perspicaz que la del pajarillo de corto vuelo, acostumbrado a revolotear entre los sauces del arroyo. Desde las ramas de mi humilde sauce veo con asombro al águila caudal cerniéndose en las alturas del aire; pero más arriba veo al Astro rey de nuestras almas inmortales, y en su inmortalidad, eternamente perfectibles.

Librodot

Violeta

NO SIEMPRE

Al adagio que dice: "El trato engendra el cariño", puede también agregarse algunas veces: "y el fastidio". En el curso de mi vida, la experiencia de los matrimonios, que viven juntos los cuerpos y separadas las almas, no haciendo mención de los padres que se quejan amargamente de la ingratitud de sus hijos, ni de los hijos que murmuran de la tiranía de sus padres, aceptando como moneda corriente la guerra sorda que divide a casi todas las familias; desdeñando como juego de niños las continuas riñas de los amantes, muchos de los cuales se disputan todo el tiempo que están juntos, consolándose de sus discordias con aquello de que "el amor querido ha de ser reñido"; y concretándonos únicamente al tranquilo afecto de la amistad, hasta en este cariño desinteresado se cumple en muchas ocasiones el antiguo refrán reformado por mi experiencia. ¿Por qué? He aquí el problema. ¿Es la inconsecuencia el modo de ser de la raza humana? No; hay espíritus consecuentes, fieles a sus ideales, que por nada del mundo abandonan su credo político o religioso.

Hay artistas que adoran el arte por el arte, y le rinden culto, consagrándole todas las horas de su vida.

Filósofos que dedican su tiempo a sus estudios y especulaciones filosóficas a la busca y captura de la verdad.

Geólogos que no cesan de preguntar a las capas terrestres cuántos siglos cuentan su existencia.

Gehidrógrafos que miden afanosos las profundidades de los mares y la altura de las montañas, sin dar tregua a sus investigaciones.

Astrónomos que viven dentro de su observatorio, siendo las estrellas las compañeras inseparables de su vida.

Arqueólogos que viven más tiempo en el pasado que en el presente, relacionados con los monumentos de la antigüedad, descifrando sus jeroglíficos y estudiando en lo posible las costumbres de los que fueron.

Exploradores de las regiones no civilizadas, que sacrifican su existencia en aras de sus investigaciones, emprendiendo viajes peligrosísimos, de grande utilidad para las ciencias.

Historiadores infatigables, que levantan obeliscos y arcos de triunfo a las civilizaciones pasadas con sus interesantes narraciones históricas.

Y físicos y químicos, y políglotas y náuticos, y aeróstatas y buzos, y botánicos y naturalistas y... miles de profesionales, industriales, mercantiles, técnicos, etcétera, etcétera, que emplean toda su vitalidad en el cultivo de su saber respectivo o de su especialidad.

Aun cuando se dice y se canta:

"La constancia en el mundo...
¡es rara flor!..."

En la humanidad hay constancia para el trabajo en sus múltiples manifestaciones; y no precisamente porque de él dependa la subsistencia de la generalidad, pues hay muchos hombres acomodados que no necesitan del trato de sus tareas para vivir, y no obstante, emplean en ellas cuanto poseen por seguir cultivando el terreno donde han sembrado sus aspiraciones.

No; el hombre no es inconsecuente por temperamento; si lo fuera, lo que le entusiasmara hoy, lo olvidaría mañana. El hombre ama, pero no ama a sus semejantes; el hombre es constante, pero deja de serlo en los afectos de su corazón, en sus relaciones con la sociedad y la familia. ¿Por qué? ¿Por qué siendo gigante en muchas ocasiones y llegando al sacrificio ante los mayores trabajos y peligros, se convierte en pigmeo en el seno de su familia y en el círculo de sus amigos? ¿De qué se compone la humanidad?

Si por ley natural se han de unir los distintos sexos para la multiplicación de la especie; si se necesita del cambio de afecciones para las satisfacciones de la vida, ¿por qué la raza humana parece una legión de implacables enemigos, dispuestos siempre a hacerse la guerra, a pesar de estar unidos por los lazos de la sangre y ser uno su origen?

¿Por qué el trato no engendra el cariño, como dice el refrán, y sí el fastidio en muchas ocasiones, como digo yo?

¿Qué es lo que divide los espíritus?

Yo, que por algo que tendrá su razón de ser, soy un árbol seco y sin vástagos ni ramas; yo que no tengo familia en que estudiar, hago mis estudios en los demás y veo nacer muchas plantas (hablando metafóricamente) que no llegan a florecer, porque se secan sus raíces.

¿Por qué tantas familias desunidas?

¿Por qué tantos amores desgraciados?

¿Por qué tantas amistades anémicas, sin ese vigor de la mutua confianza, que robustece los afectos y les da fuerza para resistir el embate de los años?

¿Por qué los hombres, para admirarse los unos a los otros, han de verse desde lejos, y la intimidad suele ser la muerte de innumerables afecciones?

Ya dijo Campoamor con amarga ironía:

"No lo olvides, bien mío:
es el placer la fuente del hastío"

Pero hay afectos que no descienden al abismo del placer, quédanse en la superficie de un lago tranquilo que se llama amistad, y ni aun éstos están a salvo del fastidio que el trato engendra. ¿Habrá creado Dios a los hombres para odiarse? ¡Imposible!... Eso no puede ser, porque Dios sería criminal además de ser injusto, si creara seres para que mutuamente se atormentaran. En el Código divino escribieron los enviados los mandamientos de Dios diciendo: "Amaos y Multiplicaos; henchid la tierra y sojuzgadla". Y este mandato no lo ha cumplido la humanidad más que a medias; se han multiplicado; pero los hombres no se han querido; han unido los cuerpos, pero han separado las almas, y esto no responde al pensamiento divino, ya que Dios no pudo crear inteligencias para que se ejercitaran en el mal, y mal es la mutua indiferencia y el mutuo hastío. El desnivel que existe en los terrenales, la lucha sorda de las familias, la intransigencias de los amantes, el enfriamiento de la amistad, todo ese malestar profundo que mina a la sociedad, es para mí una prueba evidente de que la humanidad tiene una historia que empezó en la noche de los siglos y continuará en la eternidad, siendo su estancia en la tierra un castigo a sus culpas pasadas, una condena más o menos penosa, pero condena al fin. No puede aceptarse de otro modo la existencia de una humanidad tan miserable, hija de una inteligencia suprema.

Al hombre, con un pasado y un mañana, se le puede atribuir un origen divino, en tanto que el hombre de las religiones con la culpa primera y el castigo de todas las generaciones, es un mito absurdo, inadmisible ante la luz de la razón y la inflexible lógica de la verdad.

¡Cuánto me han hecho pensar esas atracciones de los cuerpos obedeciendo a las leyes ineludibles de la materia, y esa repulsión inexplicable de las almas!

¡Cuán misteriosas son esas impresiones primeras, esos entusiasmos indescriptibles y

esos enfriamientos del espíritu nacidos de la intimidad, de la confianza, del mutuo conocimiento!...

Dice el proverbio que "no hay hombre grande para su ayuda de cámara", y esta afirmación es verdaderamente desconsoladora.

¿Por qué el hombre, para ser grande, ha de ser visto a distancia, o ser desconocido? Porque en la tierra sólo deben habitar enemigos irreconciliables de otras épocas, que mientras más se tratan más en contacto se ponen y más vida recobran las reminiscencias de pasados días; y este odio íntimo, este descontento mutuo no puede ser el destino de la humanidad; en el universo todo es grande, todo es armónico; y si las cosas se atraen, ¿por qué se repelen los espíritus?

Porque éstos indudablemente ni han comenzado a sentir en la tierra, ni dirán su última palabra en la superficie de este planeta. Los terrenales son una caravana del infinito, que cruza el desierto de este mundo sintiendo hambre y sed, hambre que sólo calmará el progreso; sed que sólo saciará el trabajo.

Las humanidades viven en lucha continua, porque el progreso es lento, porque la pereza es el opio que narcotiza a la humanidad: se ven los efectos, que no pueden ser más dolorosos, pero no se estudia, no se investiga para buscar y sorprender encontrando la causa. Se tocan los terribles resultados de la desunión en las familias, de la inconstancia en los amores, de la indiferencia en los amigos, y se dice con desdén: la ley de la vida es así; tiene que ser así.

No; eso es una impostura odiosa: la ley de la vida consiste en amarse, en comprenderse, en adivinarse los pensamientos, en sentir la influencia del espíritu a través de distancias inconmensurables, en relacionarse todo cuanto existe.

Si los cuerpos se atraen, si las moles siderales obedecen a leyes eternas de rotación que las hacen girar en las órbitas del infinito, las humanidades de estos mundos, ¿han de ser extrañas entre sí? ¿han de valer menos las inteligencias que las cosas? Si nada hay aislado en el Universo, ¿han de estar aislados los espíritus, que son la esencia de las cosas, el alma del mundo, la sal y la luz de la vida? ¡Imposible! Habrá en otros planetas humanidades tan íntimamente unidas, relacionadas entre sí, que en ellas no se necesitará el trato para engendrar el cariño; se amarán los seres sólo con mirarse, sólo con sentir la corriente magnética de su fluido amoroso.

Sólo en la tierra y en otros globos de idénticas condiciones habitarán humanidades díscolas y desunidas por terribles agravios y odios inveterados; sólo donde hay mucho que expiar puede el trato engendrar el fastidio; mas esto no sucederá siempre; también para los terrenales habrá la redención del progreso; también el trabajo cubrirá la tierra con su hermosa alfombra de flores y sonreirán los cielos; y entonces el trato engendrará el amor.

INTIMIDADES

A Violeta

I

Si leí con vivísimo placer, amiga mía, tus "Efusiones", no con menos gusto saboreé la contestación de Rosario de Acuña, notabilísima, como todo lo que ella escribe. La mujer que, como ella, "siente y piensa, medita y habla, busca y pregunta, vive y cree, duda y ama, lucha y espera", es un gran elemento para el progreso. Según mi humilde opinión, derribará muchos altares, y probablemente sobre sus ruinas no levantará ninguno; porque quizá no ha llorado lo bastante para necesitar un ideal y una creencia que le preste su sombra bienhechora.

La civilización ganaría mucho con que en cada pueblo hubiera una mujer que se asemejara a Rosario de Acuña: la tierra del Cid y de Guzmán renacería como el fénix de sus cenizas, y en el siglo XX las mujeres españolas no serían "cosas", serían mujeres. Hoy, desgraciadamente, la mayoría no son más que esclavas de una moda caprichosa, que las martiriza, causa la ruina y la deshonra de muchos padres de familia, desune a innumerables matrimonios, y crea una nueva generación raquítica y enfermiza, impotente para toda empresa grande y generosa.

Mucha compasión me inspiran las mujeres; la "trata" de blancas está en todo su apogeo, en todas las esferas sociales, desde la infeliz obrera que accede por hambre a proposiciones vergonzosas, hasta la noble dama que al ceñir su frente con la blanca corona de azahar entrega a su marido un cuerpo y una carta de dote que lo avalora.

Yo conceptúo que no hemos conocido más que un pálido bosquejo de lo que la mujer será en lo porvenir; es verdaderamente un diamante en bruto, y su lapidario ha de ser la mujer misma, porque sólo ella puede comprender su íntima y dolorosa humillación. Así, pues, elevemos un himno de alegría siempre que una crisálida se convierta en mariposa y extienda sus alas como las ha extendido Rosario de Acuña.

II

Querida Violeta: Te felicito calurosamente con toda mi alma por tu soberbia contestación a la eminente escritora doña Rosario de Acuña. Tu trabajo es sencillamente admirable. Ya no me sorprende que yo te quiera tanto. Desde que tu voz resonó en mi oído, tu recuerdo me acompaña y no se aparta de mi memoria. Siempre que algo puro, que algo grande me impresiona, exclamo con profundo sentimiento: ¡Por qué no estará aquí Violeta para sentir conmigo!

Escribe, Violeta: las mujeres necesitan leer tus escritos; y si la certidumbre de ser querida y admirada puede estimular tu inspiración, recuerda que yo te quiero mucho, muchísimo. ¡Hermosa modestísima Violeta! ¡qué bien escribes! ¡cómo has triturado los más rotundos conceptos de la gran pensadora Rosario con tu lógica profundamente humana! ¡Cuánto te admiro!

Aunque, bien mirado, ¿qué sé yo de tu persona? Unas veces te veo en mi pensamiento, y se me antoja que eres hermosa como las hadas servias, análogas a las rusarkis eslavas; te contemplo en el fondo de los bosques y a la orilla de apacibles lagos, envuelta con el manto de oro de tu flotante cabellera y el largo velo de impalpable tul, más blanco que la espuma de los mares, que cubre tu rostro y tu cuerpo, pareciéndome que estás dentro de una nube: ora cambiándote de sexo, te creo un apuesto mancebo, decidido a reírte de todos los cándidos que nos dejamos engañar por tu poético seudónimo; ora un viejo filósofo, observador profundo de las miserias humanas. Lo que sí sé de cierto es que eres un espíritu de gran inteligencia, que has llegado a apoderarte de mi pensamiento, y dondequiera que me impresioné, pienso en ti, hablo contigo y tu dulce recuerdo se ha enlazado a mi existencia como la hiedra al muro centenario, siendo en algunos parajes el recuerdo mucho más vivo, ¿por qué? ¡Quién sabe!...

III

¡Todo son incógnitas! ¡misterios! La vista abarca toda la extensión hasta las fronteras del horizonte sensible; se salva la distancia, se llega a las fronteras y el horizonte no esta allí, ha huido más lejos, siempre más lejos. Es el eterno problema, como dice Rosario de Acuña y tú lo confirmas.

La ciencia irá despejando incógnitas y conociendo términos de la ecuación; pero, ¿cómo llegar a la incógnita final, si es infinito el número de incógnitas que la naturaleza guarda a la investigación de los hombres?

Adiós, Violeta. El Espiritismo tiene en ti la más simpática defensora de todas nosotras. Con sólo unos pocos artículos escritos por tu pluma encantadora, te has puesto a la cabeza de nuestra legión femenina.

Hasta luego; tu admiradora más entusiasta,

Amalia Domingo Soler

A LA ADORABLE VIOLETA

Querida mía: Al leer tus escritos y ver en ellos el sello de tu amargura, siendo yo tan desgraciada como tú por la pérdida del ser que era el complemento del mío, he sentido hacia ti una simpatía irresistible. Ambas sufrimos por la ausencia del esposo que era nuestra gloria en este valle de miserias, y que seguimos amando con toda la vehemencia de nuestra alma, porque los amores puros no se desvanecen con la muerte. En él cifrábamos nuestra felicidad, y al perderle ha dejado en nuestro corazón un vacío que nadie ni nada podrá llenar en este mundo.

¡Ay! ¡hermana mía! Y te doy este dulce nombre, no sólo por nuestro común origen humano, sino, y más principalmente, por nuestro común infortunio: el que llora se siente atraído hacia los que lloran.

¡Ay! ¡hermana mía! Cuando el verdadero amor ha enlazado estrechamente dos seres, y la muerte viene a romper el amoroso lazo separándolos; cuando se deja definitivamente de ver a aquel a quien se amó con toda la fuerza del espíritu; de oír su voz, de percibir su aliento, de compartir con él las penas y las alegrías, ¿se concibe un dolor semejante a este dolor?

¡Oh, espíritus queridos! Derramad en nuestras almas heridas el único bálsamo que puede mitigar su pena, el bálsamo de la esperanza.

Sí, Violeta; como tú he visto rota mi felicidad terrestre con la pérdida de la luz de mis ojos, de mi dulce compañero, de la alegría de mi alma, de la esencia de mi vida. ¿Pero nuestra felicidad ha quedado rota para siempre? ¡Ah! no; el amor es eterno para las criaturas. Ni tu esposo ni el mío han muerto: nos han precedido y nos esperan para reanudar en otro mundo más venturoso el lazo que en éste nos uniera. Ellos nos oyen, nos ven, nos alientan con sus inspiraciones, y nos mueven al cumplimiento de nuestra misión en la tierra. Somos inmortales. ¡Cuántos consuelos, Violeta, encierra la palabra ¡Inmortalidad! para los corazones que aman.

Tus escritos cambiados entre Amalia Domingo y Soler, nuestra maestra en el sentimiento y en el dolor, Rosario de Acuña, la gran escritora que a todos nos admira por su valentía y Carmen Piferrer, ilustrada hermana en creencias, los he leído con profunda atención y exquisito placer. ¡Qué torneo de inteligencias! ¡Qué hermosa exposición de ternuras y sentimientos! Era para mí, música de corazones, vibración de almas, concierto mágico de espíritus en rivalidad emocional y conmovedora.

¡Quién pudiera impulsaros a todas vosotras para que escribierais siempre y formarais al fin el Código del amor terrestre, la legislación espiritista filosófica y científica, con la que pudiéramos regirnos en lo sucesivo los habitantes de este planeta!

Ningunos laureles más gloriosos que los ganados en las batallas contra el error y la opresión de la conciencia humana, y mucho más gloriosos aún, si quien ciñe con ellos sus sienes es una mujer, generalmente, casi universalmente frívola, superficial, ignorante, instrumento dócil de un clero mercenario, enemigo de toda civilización basada en la libertad y en la justicia.

¡Rosario de Acuña! ¡Amalia Domingo! ¡Carmen Piferrer! ¡Violeta!... ¡Vuestros

nombres me suenan a gloria, a triunfo, a felicidad!

¡Oh, librepensamiento excelso y Espiritismo sublime!

¡Cuánto bien os deberá la humanidad! Sois la piqueta que demolerá la serie de aberraciones insensatas y todos los absurdos religiosos con los cuales se han envenenado las generaciones pasadas.

Escribe, Violeta, escribe: haz que los pobres ciegos abran los ojos a la luz de la verdad y despierten de su letargo las almas dormidas por el fanatismo.

Comunícanos, Violeta, tus impresiones y vuelve a encantarnos con tus himnos a la ciencia, a la razón y al sentimiento. ¡Bendita seas, Violeta!

Trinidad Gonzalez, Viuda de Gonzalez.

¿COMO TE LLAMAS?

Perdóname, hermosa flor, y no te extrañe que te tutee, pues yo tengo por costumbre llamar a las flores con mucha franqueza: cuando tenga la dicha de conocerte, rogaré a la señora que me dispense la libertad que hoy me permito con la flor. Perdóname si turbo el reposo en que pareces encontrarte, pero me gusta ver tu nombre en los periódicos, tanto, que no puedo conformarme con tu largo silencio.

Tengo una amiga, dulce y modesta como tú, y hermana en creencias, que siente una inmensa curiosidad por saber cómo te llamas, mas he de confesarte que por grande que sea la suya, la mía es mucho mayor. Una y otra hemos importunado al director de "El Buen Sentido", para que nos diga quién eres, pero tú le has encargado el secreto, y él a fuerza de leal y caballero, lo guarda delicadamente escondido. Nuestra curiosidad crece más de día en día, y tú sola tienes la culpa de que así nos atormente. Cuando al atravesar un campo llegan hasta nosotras las dulces emanaciones de las violetas, detenemos nuestra marcha y no volvemos a emprenderla hasta que hemos tenido la fortuna de descubrir entre las hojas que la ocultan a la modesta florecilla que nos ha embriagado con su perfume. Tú nos has dejado percibir el suave y delicioso perfume de tu alma, y es natural que se haya despertado en nosotras un vehemente deseo de conocerte.

Tú debes tener un nombre muy conocido: si así no fuese, no hubieras elegido el de esa poética flor para esconderte tan modestamente como ella. Si lo tuvieses tan obscuro como el mío, no te habrías tomado el trabajo de ocultarlo.

La amiga de que te hablo, curiosa como yo por conocerte y aprender tu nombre para no olvidarlo jamás, es Amalia Domingo Soler, a quien has hechizado con el conjuro de tus escritos selectos. Amalia es una santa mujer, digna de que la generación venidera de espiritistas y librepensadores le levanten estatuas y le canten himnos de alabanzas.

Esto no es adulación, es justicia seca, pues quien como ella es pobre y enferma, desdichada y sola en el mundo, además del cariño y la estimación que tantos le profesamos por sus virtudes y su talento innegable, todo es poco para hacerle olvidar sus desventuras; por eso su obra literaria y filosófica le atraerá en tiempos venideros la apoteosis de su nombre y la gloria que en justicia se ha ganado ya con sus labores primorosas. La buena Amalia escribe mojando su pluma en un depósito de lágrimas, por eso no pueden leerse sus artículos sin tener a mano un pañuelo para in enjugando las lágrimas que fluyen de los ojos del lector o lectora que recorre sus trazados sentimentales y profundos.

¡Si supieras, Violeta, el inmenso cariño que siente por ti Amalia! Pero yo no le cedo un punto en eso de quererte. Te nos has entrado en nuestro corazón como Pedro por su casa. ¡Pícara, más que pícara! ¿Por qué no nos dices cómo te llamas?

Yo, mi querida Violeta, entre mis muchos defectos, tengo una buena cualidad, la de no ser envidiosa, y como toda mi vida me ha preocupado tristemente la idea de que los hombres tienen razón hasta cierto punto cuando dicen que las mujeres somos frívolas, insubstanciales e incapaces de dedicarnos a estudios serios, tengo una inmensa satisfacción cuando alguna se encarga de desmentirlos, y me siento orgullosa en cierto modo, porque se me figura que la gloria alcanzada por ella se refleja sobre todas nosotras: imagínate, pues, la fruición con que hube de leer tu artículo contestación a la carta de Rosario de Acuña, en donde haces gala de una erudición vastísima.

Y a la par que admiraba lo profundo de tus conocimientos y las bellezas de tu estilo, admiraba también la noble valentía con que confesabas tus consoladoras creencias espiritistas en toda su magnificencia; sin embargo, permíteme que lo diga, te encontraría más valiente si hubieras subscrito aquel artículo con tu verdadero nombre. Tú haces una especie de cargo a Rosario de Acuña porque nos oculta sus creencias, pero sabes bien que ella podría objetarte que valor por valor, quizá es mayor el suyo, pues si bien es verdad que no nos ha dicho lo que cree, nos ha dicho en cambio muy claramente lo que no cree, y para decirlo no ha ocultado su nombre.

Perdóname lo rudo de mi franqueza, y no veas en ella el deseo de calificarte de cobarde, no; sino el deseo de pobarte que ha llegado el tiempo de que dejes tu incógnito. Mi curiosidad es más fuerte que yo; no puedo vencerla; así, pues aun a riesgo de que me halles indiscreta, me atrevo a preguntarte: mi dulce y modesta flor, ¿cómo te llamas?

Carmen Piferrer

A VIOLETA

I

¡Alma sencilla y buena!, tú que vives
como la flor con cuyo nombre velas
el nombre tuyo, ruborosa, huyendo
que en ti se fije la mirada ajena;
que esparces en secreto la fragancia
de un corazón que la ternura llena,
de una mente clarísima el perfume
y de una sólida instrucción la esencia;
que sabes hablar siempre al sentimiento,
derramando en las almas dulce néctar,
y esmaltas el papel donde tú escribes
con frases que son notas y cadencias;
permite que mi lira, ¡pobre lira!
ensalce, conmovida, tu modestia,
tu adorable decir, tu sentimiento
y tu hermoso pensar, dulce Violeta.

II

Es tu pluma escalpelo delicado,
que analiza, examina, ve y comprueba

los puntos más difíciles, más arduos,
que al anfiteatro van de las ideas.
A Rosario de Acuña distes... ¡alas!
con que poder volar a altas esferas,
águila real del librepensamiento,
que hacia ti volvió noble su cabeza,
te miró de hito en hito, escuchó ansiosa
tu persuasivo acento, tu elocuencia,
y después de escucharte, alzó su vuelo
y desapareció...¡Ah, si volviera!
Los que fueron y son admiradores
de su pluma de fuego que llamea,
como admiran la tuya, que enamora,
con júbilo sin par la recibieran,
a Carmen Piferrer, que de Rosario
sigue animosa la candente huella,
y a la sensible Amalia, cuyos cuadros
son obra del pincel de un alma buena,
glorias las dos del librepensamiento,
que a la mujer emancipar anhelan,
cautivó tu palabra, tu dulzura,
tu claro entendimiento, tu modestia.
El que leyendo algún escrito tuyo
dulcemente agitado no se sienta,
es que no tiene un corazón sensible,
o perturbada tiene la conciencia.

III

Y pues tan bellas facultades tienes
para herir y vibrar todas las cuerdas
del alma, la razón y el sentimiento,
faro y timón del hombre en el planeta,
preciso es que tú escribas; te lo exigen
los deberes que imponen las ideas.
Los trazos de tu pluma son semilla,
de fruto abundantísima promesa.
Escribe, es tu misión. Tu sexo arrastra
de inmundo fanatismo la cadena,
y faltan manos de mujer que rompan
sus eslabones. Si un afán cualquiera
o una mira tenaz, inquebrantable,
que siendo tuya ya será discreta,
tu nombre, digno de ferviente aplauso,
en tus escritos estampar te veda;
no importa que los pliegues del seudónimo
nos oculten tu cuerpo; ése es... materia;
aquí lo necesario es el espíritu,
tu dulce corazón, tu inteligencia.

IV

Si en tu espíritu guardas alegrías,
consagra a los felices tus tareas;
o a los que, como tú, derraman lágrimas,
si incurable dolor tu pecho asedia;
pero no dejes de escribir; escribe
derrama entre los hombres tus ideas,
y a nuestros corazones comunica
de tu alma hermosa la fragante esencia.

Bernabe Morera

Huesca, Junio 1886.

LA MUJER Y EL LIBREPENSAMIENTO

Duerme, hijo mío. Tu madre, desvelada más que otras noches por las memorias de un tiempo venturoso, que estremecen su corazón, como débil esquife lanzado de la hospitalaria playa a los hervores del océano, no podría conciliar el sueño, y con el sueño las dulzuras de la insensibilidad y del olvido. Hay para las almas amorosas, aflicciones incurables, heridas siempre frescas que no cierra ni cicatriza el bálsamo de la reflexión, como ni tampoco el cauterio de una nueva pesadumbre y en las cuales penetra siempre dolorosamente la sonda. Y por la noche, en las horas en que el silencio y el aislamiento nos envuelven y a las sonrisas del sol, que nos hablan alegremente de la vida, ha substituido el adusto ceño de las sombras con su cortejo de ideas lúgubres y tristes presentimientos, es cuando las penas se dan cita, para exprimir en nuestro corazón todas sus hieles. Cien veces apuro la amarguísima copa, y otras ciento la encuentro llena hasta los bordes.

He tomado la pluma con ánimo de saldar una cuenta de gratitud y de honor. En mi recóndita soledad, oigo voces de un atractivo irresistible que llegan a mí como deben llegar a los oídos del mísero desterrado los dulces ecos de la lejana patria. Me llama con amoroso llamamiento Carmen Piferrer, la animosa entre las animosas, la varonil debeladora de todas las injusticias, tiranías y supersticiones que sumen en su bochornosa servidumbre a nuestro sexo, de suyo medroso, impotente, flébil, mientras la robusta mano del hombre no lo arranque de su debilidad nativa, herencia de millares de siglos de prostitución e infamia; mujer de ternísimo corazón, trémulo como hoja de árbol a los suspiros de la brisa; escritora insigne en cuyo cerebro arden con llamaradas de santa ira las más hermosas idealidades de emancipación y libertad: yo no sé a quién compararla en sus nobilísimos alientos si no me acuerdo de la incomparable Rosario de Acuña; como a ésta, quisiera que todas las mujeres la leyesen: ¡ah! no habría superstición femenil que no se resolviera en adoración al Dios de la naturaleza, ni clérigo que se interpusiera por siniestro modo, arrebujado en el misterio que las sombras del confesionario le prestan, entre la hija y su padre, entre la mujer y su marido.

Me llama Trinidad González, la tórtola solitaria que, como yo, lleva, no en el plumaje, en el corazón, los crespones de inconsolable viudez; avecilla cuyo amoroso nido desgajó y barrió el feroz resuello de la muerte y cuyos arrullos ya no pueden ser sino tristes gemidos, desgarramientos de una alma partida en dos, que busca en la tierra, sin esperanza, como no sea en sus recuerdos, a la mitad de si misma; yo no acertaría con el modo de resistirme a sus conmovedores llamamientos: ¡si somos hermanas por las

Librodot

lágrimas!... ¡si un mismo dolor ha herido nuestros pechos!... ¡si soñamos con los mismos sueños y elevamos arriba la misma ferventísima plegaria!...

Llámame con los melódicos acentos de su modesta lira el poeta oscense Bernabé Morera, de cuya alma se desborda el sentimiento en versos dignos de más alta empresa que cantar a pobre corza asaeteada oculta en la espesura de la selva.

Y antes me había llamado repetidamente Amalia Domingo y Soler, sensitiva de todas las desesperaciones siempre renacientes, de las esperanzas nunca cumplidas, de los deseos jamás satisfechos, de las virtudes y vicios de las muchedumbres desheredadas que cuentan los días de su existencia por sus privaciones y contrastan con sus harapos y desnudeces el fausto y la opulencia de los ricos, como por irrisión o sangriento sarcasmo hermanos suyos; su palabra vibra con vibraciones melancólicas aun en sus tonos más regocijados: creyérasela una flor arrancada en capullo del regazo de la planta, rodando al impulso del viento de guijarro en guijarro, de páramo en páramo, de desierto en desierto, con la nostalgia de los edenes en que viera el primer sol y de las aromadas auras que la mecieron en su cuna: Amalia es un alma desterrada de su cielo, viajera en tierra extraña que huella con planta dolorida.

Dícenme todos mis hermanos y hermanas en creencias que escriba, y con tales instancias me apremian, que mi silencio pudiera tomarse por fatua presunción o desdeñosa altivez, frutos podridos o de la necedad o del orgullo, cuando tengo a gloria el que mis efusiones alternen con las de esas heroínas y esos paladines que se lanzan impávidos a la arena del combate y se destacan, a manera de brillante constelación, en el zodíaco de la redención de la mujer, allá en el cielo de la civilización que anuncian la libertad de la conciencia y la libertad del pensamiento.

Yo creo que al fin vencerá la afirmación espiritista en los ánimos, y en este caso, la mujer, por su naturaleza espiritual idéntica en todas las criaturas libres, dignificada y ennoblecida, ceñida la frente con la diadema de sus augustos destinos y en su corazón el tesoro de sus amores inmortales, entrará por virtud propia en legítima posesión, a la par del hombre, del señorío del hogar y del señorío del mundo.

El Espiritismo, como el río que al encontrar cegado su ordinario lecho se abre otro y sigue distinto curso, habrá de variar el suyo, obstruido por el materialismo o por los errores primarios de su atropellada formación fundamental, y al dilatarse en más amplias orillas, irá a fertilizar todas las regiones llevando en sus aguas la paz a todos los espíritus.

Las corrientes humanitarias que de día en día se acentúan, las atracciones fraternales que aproximan los pueblos unos a otros, los generosos olvidos que van terraplenando las cimas abiertas por antiquísimos odios de religión o de raza, la tolerancia en las ideas, el horror a la sangre derramada en guerras cruelísimas y en hechos delictuosos, la indignación universal que excitan las injusticias del fuerte oprimiendo al débil, hasta el materialismo, negación la más rotunda de la libertad, erigiéndose en campeón de las libertades humanas, prueban que si la idea espiritista
es todavía desconocida y escarnecida por muchos, el sentimiento espiritualista se abre camino en los corazones de todos, y que la civilización que se anuncia será la grande, la augusta civilización del librepensamiento espiritista, de la libertad y del amor.

No son estos los celajes de engañoso sueño, creación falaz de una imaginación exaltada; es luminosa realidad viviente encarnada en hechos innegables.

Abre tu corazón, ¡pobre mujer!, ábrelo a las dulces esperanzas del esclavo que contempla rotos en mil fragmentos sus hierros; del ciego que recobra la luz de sus ojos; del alma prostituída que se levanta de su oprobio y reconquista su pureza.

Si este siglo no fuera ya grande por haber destruido el poder absoluto de monarcas y pontífices, apagando las hogueras religiosas, abolido el tormento, devuelto su libertad al esclavo, reintegrando en sus derechos al hombre, y a la razón en su legítimo señorío de las almas; si no fuera grande por su espíritu eminentemente humanitario, por sus ideales

democráticos y sus conquistas políticas, por sus atrevidas incursiones y maravillosos descubrimientos en los dominios de las ciencias, lo sería por haber sólidamente afirmado la libertad del pensamiento y la igualdad de la mujer y el hombre; gigantescos obeliscos que resumen todas las grandezas morales de nuestra época: estatuas hieráticas levantadas como simbolizando el pensamiento excelso que el siglo XIX lega a los siglos venideros: la dignificación de la mujer por el triunfo del Librepensamiento y del Espiritismo.

Violeta

ESTUDIOS DEL NATURAL

I

Hace más de veinte años conocí en Madrid a un don Enrique de Urquijo, joven de muy buen talante, de fino trato y excelente corazón.

Agradábanle bastante las mujeres, pero, a su decir, había tenido la desgracia de no encontrar una buena. Iba a salir para los Estados Unidos, donde tal vez sería más afortunado. Estableciόse en Filadelfia. Desde dicho punto me escribió algunas cartas rebosando amargura todas; después... después pasaron años y años y se borró de mi memoria la figura simpática de mi amigo.

Algunos meses ha, estando atareada escribiendo como de costumbre, me dijeron que un caballero deseaba verme; hícele pasar y me encontré con un hombre de edad mediana, de figura aristocrática, que me miraba sonriéndose. En la expresión de sus ojos conocí que era un antiguo conocido, porque es muy distinta la mirada de la curiosidad, de la mirada alegre y satisfecha del que nos dice sin hablar: "Ya ves cómo no te he olvidado".

-Nos hemos visto hace mucho tiempo -le pregunté-, ¿no es verdad?

-Sí, hace muchos años.

-¿Dónde?

-En Madrid, de donde salí para Norteamérica, para establecerme en Filadelfia.

-¡Ah! Ya recuerdo: eres Enrique de Urquijo.

Y mirandole con fraternal ternura, le pregunté:

-¿Encontraste, al fin, una mujer buena?

-No. Desgraciadamente no la encontré. Y no me abruma el enorme peso de la vida, y soporto resignado todas sus contrariedades, porque tengo tus mismas ideas. Aunque dejé de escribirte, he seguido tratándote, porque he leído casi todos tus escritos, y al venir a Barcelona por la muerte de mi hermano Andrés, he querido decirte que te quiero más que antes, porque los dos trabajamos para un mismo fin, y en el tiempo que permanezca aquí, hemos de ponernos de acuerdo tocante a los medios que hemos de emplear para la propaganda de nuestras ideas.

Mucho me alegré de la venida de Enrique. No hay tiempo pasado que al recordarlo no nos haga sonreír; si en él gozamos horas felices, su recuerdo nos rejuvenece. Nada más lógico que amar el pasado, porque es nuestro patrimonio; las riquezas las puede destruir un naufragio, un incendio, un terremoto, una bancarrota, un cambio político, una desgracia cualquiera; pero los hechos pasados, los dolores que se han sufrido, las luchas sostenidas con la adversidad, el trabajo realizado por nuestro espíritu, todo eso subsiste, es nuestro yo fotografiado en el tiempo. Así es que con la venida de Enrique he retrocedido más de veinte años, y he vuelto a ver en mi imaginación muchos seres amigos que casi tenía olvidados.

En el gran libro humano, Enrique de Urquijo es, para mí, uno de los capítulos

interesantes.

Habiéndole oído siempre que no ha encontrado una mujer buena, me propuse estudiarle y descubrir los defectos de su carácter, que, como dice una amiga mía, hay hombres muy buenos, con los cuales es imposible vivir: tienen innumerables defectillos, insignificantes al parecer, pero que forman en torno suyo una atmósfera asfixiante, y con todas sus bondades, se hacen inaguantables.

Enrique hízome conocer a su cuñada, a sus sobrinas; he intimado bastante con ellas, y como él vive con su familia, tengo ocasión, durante algunas horas de intimidad, de verle en ese trato familiar, que es cuando el hombre se presenta tal como es, sin ficción alguna, sin la sonrisa que sirve de antifaz a los más profundos dolores, sin el tono festivo que encubre en sociedad la más amarga de las ironías.

Observé que la familia de Enrique no se inquieta por saber si es mejor esta religión o aquella filosofía, y Enrique, que es el reverso de la medalla, vive completamente solo al lado de su cuñada y sobrinas. La primera se queja de la sequedad de su carácter; las niñas le acusan de poco cariñoso, y yo le compadezco, porque le veo viviendo como el pez fuera del agua, como la flor arrancada de su tallo, como avecilla sin alas, como el proscrito que recuerda las cosas de su patria y suspira por los valles que cruzara cuando niño.

Amante del progreso, de la emancipación de la mujer, de todos los principios espiritistas, que no pueden ser más hermosos, nobles y grandes; pero al verse rodeado de seres que no le comprenden, se repliega en sí mismo como la sensitiva, y se retira a su gabinete, donde lee y medita en las hermosuras del infinito.

Unicamente es otro cuando se reúne con amigos y puede su espíritu manifestar lo que siente, lo que piensa y lo que quiere.

II

Una tarde estuve en casa de Enrique de Urquijo en unión de dos familias librepensadoras, invitadas también a pasar algunas horas en su compañía.

Nos recibió a todos con la amabilidad melancólica que le caracteriza: su mirada triste y afectuosa se fijaba en sus amigos con dulzura; parecía una flor marchita que se iba reavivando lentamente.

Se habló de todo, del espiritismo, cada vez más en auge; se lamentaron los horrores del pasado, las vacilaciones del presente, y se predijo la aurora sonriente del porvenir. Ante el luminoso cuadro del mañana, Enrique se transfiguró por completo: se animó su mirada, vibró su voz poderosa, levantó la cabeza rejuvenecida por la esperanza y habló tal verdad en su acento, tan dulce expresión en sus ojos, coronaba su frente una aureola tan luminosa, que me dije con profunda convicción: Este hombre tendrá razón: no ha podido ser feliz por no haber hallado una mujer buena para quererla a su modo. No hay sequedad en su carácter, no hay adustez en su trato, no; es un alma solitaria, abismada en su profunda soledad. Los hechos vinieron a confirmar mis juicios.

Después de comer, cada cual pasó el rato del modo que quiso: los unos discutieron de política; los otros leyeron y comentaron algunos párrafos periodísticos, y Enrique se retiró a su saloncito, donde a poco le oí hablar cariñosamente.

¿Con quién hablará?, me pregunté. Y entrando encontré a Enrique sentado en un sillón, teniendo sobre sus rodillas a una de sus sobrinas, que contará unos diez años, y hablándole en estos términos:

-Ya sé que dices que no soy cariñoso; ¿sabes por qué no lo soy contigo?, porque tu carácter me disgusta y me contraría: eres tiránica y despótica, hasta con tus muñecas; ahora mismo te estaba observando; jugabas y le pegabas al bebé, y al pegarle parecía que me dabas en el corazón, porque la mano de la mujer no se ha de mover más que para acariciar y bendecir. Escucha, hija mía: yo quiero que seas amada. Una mujer

buena es un ángel; y con el carácter que tienes ahora serás la desgracia de todos cuantos te rodeen ahora y siempre.

Sé buena, humilde y obediente y cariñosa, y yo te querré mucho, porque mi deseo es amar; pero yo no puedo querer al que no es digno de ser querido. ¿Seguirás mis consejos?

La niña, como es lógico, dijo que sí, y Enrique la besó en un verdadero arranque de ternura. En su beso, dulce, triste y profundo, leí todo un poema de amor paternal; en aquella caricia había toda la vida de un espíritu: era la esencia de una flor que se va marchitando sin haber entreabierto su corola; era la sonrisa de un alma que ha llorado siempre.

Enrique estaba transfigurado: no era el hombre de rostro melancólico que sonríe para ocultar su íntimo sufrimiento, no; era el alma amorosa y reflexiva derramando los raudales de su cariño y los sabios consejos de su inteligencia exquisita.

Aquella misma tarde, hablando una de sus sobrinas, joven de veinte años, decía, refiriéndose a unas amigas suyas:

-Yo no sé cómo Tula puede tener quien la quiera; bien es verdad que su adorador es un ente tan raquítico, y tan ridículo como ella: mañana iré para reírme a costa de los dos.

Enrique volvióse rápidamente y le dijo:

-No vayas a ninguna parte con el propósito de reírte de nadie. Esos dos seres que tú encuentras tan despreciables y risibles, quizá tengan un alma mucho más noble que la tuya, puesto que saben amar. Una alma sensible es digna de respeto y de cariño, aunque se manifieste en el mundo con un cuerpo deforme y una inteligencia limitadísima. ¡Si vieras cuán poco se ama en el mundo, hija mía!... Y no hay felicidad en la tierra sin el amor, sin la correspondencia cariñosa de dos espíritus. ¡Oh! si yo hubiera encontrado a mi paso una mujer amorosa y digna de ser amada, este planeta me hubiera parecido un paraíso.

III

He aquí un misterio que sólo la preexistencia del alma puede explicarme: sin la preexistencia, yo dudaría de la justicia de Dios al ver semejantes anomalías. Enrique parece decir con sus ojos: "Por esta vez no me han amado en la tierra; pero el amor existe, y existiendo ese manantial inagotable, algún día podré humedecer en él mis labios y refrigerar mi espíritu".

LA CIEGUITA

Entre los desgraciados que pululan por la tierra, ninguno me inspira tanta compasión como una niña ciega.

¡Una niña!... símbolo de la alegría... del movimiento continuo... mariposa de prismáticos colores que vuela de flor en flor, con la sonrisa en los labios, la luz divina en sus ojos, la esperanza en su frente... cantando como los pajarillos, sin penosos recuerdos ni sombríos presentimientos.

¿Dónde hay nada más bello que los ojos de una niña? A mí me encantan, me seducen, me parece que veo en ellos todos los resplandores de los astros, todas las magnificencias de los cielos. Si me hubiera dedicado a describir los paraísos de las religiones positivas, indudablemente, para inspirarme, para concebir y ver en mi imaginación todas las

bellezas de los edenes con que han soñado las humanidades, hubiera necesitado mirar atentamente el rostro de una hermosa niña.

Agradándome tanto esas muñequitas graciosas, se comprenderá mejor cuánto me impresionará una niña ciega, ¡con cuánta pena miraré sus ojos muertos!

Estando una vez en una reunión de librepensadores, resonó a mi lado una voz que, dulce, acariciadora, decía con gran sentimiento.

-¡Gracias a Dios que la conozco a usted!

Volví la cabeza y vi a una niña de unos doce años, pálida y enfermiza, que estrechaba mi brazo entre sus manos con verdadero apasionamiento. La miré atentamente y vi su rostro animado por una de esas sonrisas indefinibles que encierran todo un poema de amor.

Mas, algo faltaba allí: en aquel cielo no había luminares: los ojos de la niña, profundamente hundidos, estaban herméticamente cerrados: ¡era ciega!

¡Ciega!... Al convencerme de su horrible infortunio, besé su frente con religioso respeto y la estreché contra mi corazón, mientras decía:

-¿Tenías deseos de conocerme?

-Sí, señora, muchos; aunque a decir verdad hace ya tiempo que la conozco por sus escritos, que siempre busco alguien que me los lea.

-Me alegro; esto prueba que te agradan.

-¡Oh! si, mucho, porque usted se acuerda siempre de los desgraciados.

-Y tú estás en el número de ellos, ¿no es cierto?

-Ya verá usted: yo creo que pagar una deuda no es una desgracia, sino el cumplimiento de una ley.

-Tienes razón, hijita mía; ¡cuántos filósofos no habrán acertado a pensar tan profundamente como tú!

-Y crea usted que por esta vez me ha tocado pagar una cuenta muy larga, porque cuanto me rodea me es adverso: mi familia era rica, pero antes de nacer yo comenzaron los reveses de fortuna, y cuando vine a pedirles cariño, no encontré sino tristezas. Antes de cumplir dos años, dicen que, efecto de agudísimos dolores, se me vaciaron los ojos. Mi padre hace ocho años que está baldado; mi madre casi siempre enferma; mi hermano padece fiebres continuas; la única que goza de buena salud, soy yo, y a todo esto nuestra situación es tan mísera, que no contamos con más recursos para vivir que lo que yo gano cantando por la calle, pues todas las noches salgo con mi madre o con alguna vecina que me acompaña. ¡Ya ve usted qué cuadro el de mi casa!... A pesar de todo, yo soy la alegría de mis padres: por mí se ríen, por mí no se desesperan; yo siempre les digo que cuando estamos así, será porque no merecemos más, y ante la eterna justicia, no hay más que doblar la cabeza.

-Tienes mucho adelantado para progresar, niña mía; ¿y no te entristeces alguna vez considerándote privada del don precioso de la vista?

-No, señora; y hasta me alegro de no ver, porque así pecaré menos, y cuando vuelva a la tierra no tendré tantas cuentas que pagar.

-Te admiro y te envidio; si yo me quedase ciega, sería profundamente desgraciada.

-Ya se resignaría usted como yo.

-Y en tus sueños, ¿nunca ves la luz?

-Jamás; siempre estoy en la obscuridad; pero mientras duermo, estoy rodeada sin duda de muchos seres amigos, pues al despertar recuerdo lo que me han dicho: me hablan con especial cariño, aunque por la voz no conozco ninguno de ellos.

-¿De manera que no tienes la menor idea de la luz y de los colores?

-Sí, la tengo; y tengo mis colores favoritos: siempre digo a mi madre, que si alguna vez puede me compre un vestido blanco y otro azul. ¡Oh! ¡el color azul es precioso!

-¿Cómo te lo imaginas?

-No puede describirlo, pero sé que es muy bello, lo mismo que la luz y el color azul

necesitan estar unidos para ostentar toda su belleza.

-¡Qué maravillosa intuición la tuya! ¡Pobre niña! ¡Cuán bien pintas lo más hermoso que hay en la tierra, el sol con todos sus esplendores, la atmósfera azulada, el cielo!

¡Con cuánta admiracion contemplo el semblante de la niña ciega!... La luz que falta en sus ojos parece que quiere irradiar en sus labios y en su frente.

¡Cuánto dice su sonrisa! ¡Qué expresivos son sus movimientos!... ¡qué agradable su voz! ¡con cuánto cariño se dirige a los que la rodean para preguntarles si la quieren mucho!...

Se conoce que es un espíritu decidido a progresar, tan decidido, que no desmaya ante los grandes obstáculos que encuentra en su camino. Su padre, el que debía darle sombra, está postrado en un sillón, sin poder dar un paso; su hermano se muere lentamente; su madre, débil y enfermiza, con atender los quehaceres de su casa y cuidar de sus enfermos, tiene ocupado todo el tiempo; y ella, ciega y anémica, ella es la que tiene a su cargo la manutención de su desgraciada familia.

Hace pocos días dijome tristemente:

-No me encuentro bien; no puedo cantar, y me asusta la idea de que a mis padres les falte el alimento necesario... ¡Qué mala habré sido! ¿no es verdad? porque Dios es justo.

-¿Lo crees así?

-¡Oh! sí, señora.

-Entonces, hijita, no te llames ciega: en tu cerebro brilla la razón con divinos resplandores.

¡Cuántos que se creen sabios eminentes no raciocinan tan perfectamente como la pobre cieguita! ¡Dichosos los que con los ojos del entendimiento ven la verdadera luz!

EL CUADRO MAS BELLO

I

Aunque no soy inteligente en pintura, he pasado muchas horas de mi vida en los Museos de Sevilla y de Madrid. En el primero hay las mejores obras de Murillo, y el segundo vale más solo que los Museos del Louvre y del Vaticano, según decía Roque Barcía.

Como yo no he visitado las galerías artísticas de Roma, ni de París, no puedo decir si era justa su opinión; lo que sí me es dado asegurar, que conceptuaba "días de sol" (así llamaba Eugenio Sué a los días felices), los que pasaba admirando la inspiración de los genios que han dejado en los lienzos la fiel expresión de lo que sentían. Y si la pintura me encanta, la escultura me fascina. Amo el arte y el sentimiento en todas sus manifestaciones; y si yo creyera que Dios envía representantes a la tierra, diría que son los artistas los ungidos del Señor.

Con haber visitado dichos museos, y además las catedrales de Sevilla, de Toledo, de Tarragona y otras muchas iglesias, me figuraba haber visto una parte de los cuadros más notables del mundo; pero hube de convencerme luego de que no había visto aún el cuadro más bello y conmovedor que se puede contemplar sobre la tierra. El autor de aquella obra admirable era el sentimiento del amor en su expresión más pura y delicada. Tres personajes se destacaban en él; el lugar de la acción era un pequeño aposento con los muebles en desorden. Sentada en un almohadón de peluche azul había una mujer de porte aristocrático, verdaderamente distinguida, de edad mediana y ancha frente, donde el arado del dolor ha abierto hondos surcos: sus ojos dulces y melancólicos estaban llenos de lágrimas que un esfuerzo heroico de voluntad contenía dentro de las órbitas;

sus mejillas cambiaban de color, desde la nitidez de la azucena, al encendido color de la flor del granado; sus labios pálidos se abrían y cerraban con vehemente rapidez para besar el rostro de una niña encantadora, blanca, rubia, delicada, ideal, y el de un pequeñuelo más robusto y de figura más vulgar.

La primera cuenta nueve, y el segundo cinco primaveras; los dos niños parecían dos mariposas libando la miel más sabrosa de la tierra en la flor más bella y aromática de este mundo.

Las tres cabecitas se tocaban, se separaban por breves intervalos para contemplarse y exclamar simultáneamente:

-¡Nietecitos de mi alma!

-¡Abuelita de mi corazón!

-¡Dejadme, hijos míos!

-Sin ti no nos queremos ir.

-Que papá os espera.

-Bueno, ven tú también.

-Ya iré, os lo prometo.

-No, no: ven ahora.

-Ahora , no; después, sí.

Y de nuevo aquellos tres seres se confundían y formaban el grupo más conmovedor que yo he contemplado en mi vida. Si hubiera ángeles en el cielo, habrían envidiado aquellos besos del alma, aquellas caricias.

¡Qué espíritus tan amorosos!

¡Qué afección tan pura enlazaba a los tres!... Mas, ¡ay!, la hora avanzaba, y hubo que separar aquellos cuerpos para conducir a los niños a bordo de un vapor, mientras su abuelita, asemejándose en aquellos instantes a la Virgen de la Soledad, se quedó mirando... ¡sabe Dios a dónde miraba!, porque el dolor mira muy lejos: es imposible medir el espacio que atraviesa la mirada del que llora.

Yo no puedo transmitir al papel la sensación que experimenté cuando vi a aquellos tres seres en el momento de la despedida: revelaban todos un amor tan grande... había tanta verdad en aquellas lágrimas, que exclamé con fruición indescriptible:

-¡Qué buena es la humanidad! ¡Qué hermosos son los lazos de familia! ¡Qué dichosas estas criaturas tan tiernamente amadas! ¡Qué felicidad para esta mujer sentirse acariciada por estos ángeles que aún no saben mentir, que aún no saben disimular sus sensaciones!

¡El amor no es una farsa! ¡el amor es una realidad! ¡Estos seres viven!... ¡Dichosos ellos! Aman y son correspondidos; el dolor de uno es la angustia de los otros; el placer del pequeñuelo es la alegría de su hermana y la dicha de su abuelita.

Nunca podré olvidar aquellos semblantes iluminados por el amor: no hay pintor en la tierra que pueda trasladar al lienzo la expresión dulcísima y dolorosa a la vez de aquellos rostros cubiertos por el rocío de las lágrimas.

No he visto jamás cuadro más bello. Quedóse fotografiado en mi mente con tal fidelidad, que lo veo de continuo, a pesar de que los tres seres que lo formaban están ya muy lejos de mí.

II

Conmovedor es, en verdad el cuadro que representa una mujer amamantando a su hijo: la mirada de la madre y la sonrisa del niño tienen resplandores celestiales; pero la mujer dos veces madre, la más espiritual, más desmaterializada. La mirada de la madre, en medio de sus fulgores divinos, tiene reflejos terrenales: la madre ama a su hijo, no sólo porque es su hijo, sino porque es el lazo que la une estrechamente al hombre amado, mientras que la abuela adora a su nieto solamente por él; ningún otro

pensamiento se interpone entre los dos; desprendida de todos los placeres mundanos, lamentando más de un desengaño, el cariño de su nieto es el bálsamo que cura las heridas de su alma, la recompensa de todos sus afanes, la luz purísima que disipa las nieblas de toda una vida de contrariedades y sufrimientos.

La madre ve los defectos del hijo y le castiga a veces con severidad: la abuela, mucho más indulgente, siempre encuentra un pretexto para disculpar las faltas de su nieto.

La abuela es todo amor: ama al niño dócil, porque es bueno; y ama la niño rebelde, por su misma rebeldía: no sabe más que amar.

Por eso el cuadro que he bosquejado antes, tomado del natural: una abuela modelo dando tal vez el último adiós a sus nietos, me ha parecido el más bello que he contemplado durante mi existencia.

¡Era verdaderamente la apoteosis del amor!

¡Dichosa la mujer que en los últimos años de su vida se ve rodeada de pequeñuelos que le digan con esa voz que hace estremecer todas las fibras del corazón: "¡Abuelita de mi alma, cuánto te quiero!".

PROLOGO DE UNA HISTORIA

En una conferencia espiritista me llamaron la atención una mujer de edad regular y una niña de unos doce años: la primera, las más de las veces, se entregaba al sueño, mientras la niña escuchaba atentamente la discusión de los varios temas en reñida controversia.

La mujer iba vestida pobremente; en cambio, la niña ostentaba un traje modelo de elegancia y de riqueza. Nada más bello que su vestido de terciopelo negro adornado de armiño, y su sombrero blanco, de finísimo castor, con largas y rizadas plumas del color de la nieve, que descansaban sobre sus hombros como una caricia, enredándose a veces con sus dorados y flotantes cabellos ensortijados.

No sé por qué, el lujo de aquella niña me hacía daño. Tenía deseos de hablarle, y al mismo tiempo lo temía; pero pudo más en mí el deseo que el temor, y una noche que conseguí sentarme junto a ella, supe que se llamaba Pura, que no tenía padres; que una señora muy buena se había hecho cargo de educarla; que estaba en un colegio a media pensión, y que por la noche, su protectora, que la quería mucho, la hacía acompañar al teatro o donde a la niña se le antojaba, siempre al lado de aquella mujer, que merecía toda su confianza.

-¿Y cómo prefieres -le dije- venir aquí, y no ir al circo ecuestre o al teatro?

-Porque aquí disfruto más: aquí me entero de los derechos que tiene la mujer; aquí es el único punto que me agrada y donde sufro menos.

-¿Sufres?... ¿pues qué te falta? Me dices que tienes todas las comodidades, que tu cuartito es encantador; que tu lecho es precioso, cubierto de blanquísima colgadura recogida con grandes lazos de cinta; que en el colegio no te riñen ni te hostigan para que aprendas; que los días festivos vas a paseo al punto que tú deseas: ¿qué quieres más?

-¡Quiero tener a mi madre!

Y al decir esto, los ojos de Pura se llenaron de lágrimas.

-Tienes razón, niña mía: no hay placeres, no hay riquezas, no hay halagos que puedan llenar el inmenso vacío que deja el corazón maternal.

-Conozco que nada me falta, y sin embargo, me parece que me falta todo. Sin poderme explicar la causa, tengo miedo, mucho miedo, muchísimo, y quisiera ponerme bajo el amparo de la autoridad.

-No te comprendo.

-Ni yo tampoco sé lo que quiero. Me suceden unas cosas tan raras... De noche (no se ría usted) oigo la voz de mi madre que me dice: "¡Huye!... ¡huye, hija mía!"

-Eso lo oirás soñando, no lo dudes.

-No, señora: despierta y muy despierta. ¡Si de día la oigo también! Y siempre me dice lo mismo: ¡Huye!... ¡huye, hija mía!...

-Pues yo creo que serías una ingrata si abandonaras a tu protectora.

Pura me miró fijamente, de una manera tan especial, que leí toda una historia de lágrimas en su mirada. Quiso hablar, pero su compañera se había despertado, y la niña cambió de conversación, haciéndome un signo de inteligencia, como si quisiera decirme: Por hoy no puedo decirte más.

Mirándola con más atención, observé que sus grandes ojos estaban rodeados de un círculo violáceo, y que su rostro infantil no tenía la frescura de la niñez: estaba ajado, marchito. En su relación debía haberme ocultado muchas y muy importantes cosas, que yo medio adiviné en la palidez de su semblante.

Hay seres que interesan, que impresionan, que tienen una atracción especial, y Pura indudablemente poseía ese inexplicable encanto, engalanada y acompañada de una mujer tan humilde y cariñosa que estaba completamente a sus órdenes. Mas yo encontraba allí truncadas las leyes naturales, porque una niña de su edad vive bajo la obediencia de alguien, y Pura disfrutaba de una libertad inverosímil. En ella no había habido infancia: de la cuna pasó bruscamente a la juventud, y aquel salto violento había lastimado su endeble organismo. ¡Pobre niña!

Cuando se fue, estrechó mi mano entre las suyas con verdadera efusión.

Esperé impaciente la próxima conferencia para verla. Fui más temprano que de costumbre; me senté donde ella se ponía, le guardé sitio; pero fue en vano, porque Pura, que nunca faltaba, aquella noche no compareció.

¿Qué habría sido de ella? ¿Estaría enferma?... Tampoco apareció a la siguiente conferencia. Transcurrieron algunos meses, y Pura no volvió a verse. Pregunté, indagué, inquirí, y supe que Pura... quería ser tan pura como su nombre.

Me informé que su protectora era una de esas mujeres abominables para quienes sería recompensa merecida el infierno de la religión católica: mujeres degradadas, infames, sin corazón, que se enriquecen con la trata de blancas, haciendo daño, más daño a la humanidad que todos los reptiles venenosos que se arrastran por la tierra.

Pura, aunque algo tarde, llegó a comprender que tenía abierto un abismo a sus plantas, y escuchando indudablemente la voz de su madre, pidió al gobernador que la amparase colocándola donde su frente no se manchara con un beso impuro, y entró en un Asilo de Huérfanas, renunciando a su libertad y a sus galas. Mas, Pura es muy bella, muy distinguida: sus ojos grandes prometen un cielo de felicidad. Su protectora alega derechos sobre la huérfana, diciendo que su madre se la entregó pocos instantes antes de morir, y Pura quiere vestir un hábito religioso antes que caer en el abismo. ¿Quién vencerá?

¿Cuál será el destino de Pura?

No en vano me inspiraba tan profunda compasión; ¡pobre niña!

Siempre recordaré la atención con que escuchaba a todos los oradores espiritistas, y las demostraciones de entusiasmo con que oía la exposición de toda idea noble y progresiva.

He ahí un espíritu que si se libra de caer en el fango, él solo se habrá levantado, él solo habrá huido del contagio, él solo habrá buscado la senda de la virtud.

Todo cuanto la rodeaba, la inducía a caer; pero cuando el alma se encuentra decidida a progresar, nada la detiene, nada le impide alcanzar el triunfo.

Sea cualquiera la suerte que le espera, Pura siempre tendrá a su favor el paso que dio, huyendo del precipicio, por conservar puro su nombre.

Dichoso aquel que al borde del abismo sabe como ella levantarse y decir: "Primero la

muerte, la orfandad y la pobreza, antes que una historia de infamia".

¡Hermoso es el prólogo de la historia de Pura!

EL INFIERNO

I

Ha dicho un escritor que por mucho que el hombre invente, la realidad supera a todos sus sueños y delirios, sean éstos en sentido favorable o adverso; y es una gran verdad.

Mucho se ha escrito para pintar los horrores del infierno, y el Dante describió el fondo de esos abismos del dolor eterno, patrimonio de los condenados.

En Toledo celebran en noviembre, mes consagrado a las almas del purgatorio, espléndidas funciones religiosas, decorando las iglesias de modo alegórico para impresionar a los fieles.

Para oír a un célebre orador, asistí una vez a esas ceremonias en Toledo. Delante del altar mayor veíase un transparente de gran tamaño, en el cual un pintor había pintado el purgatorio de un modo espantable, que hacía estremecer. Figuraban en primer término mujeres hermosas, engalanadas con trajes púrpura, y hombres arrogantes apurando la copa del placer, que miraban estupefactos cómo las serpientes de fuego se enroscaban y retorcían sobre sus lujosas vestiduras, las destruían rápidamente, y al sentir en la carne las terribles mordeduras de los reptiles, sus rostros se contraían, y gemidos horribles debían exhalar aquellas bocas entreabiertas.

Era aquel lienzo una pintura admirable en su género, y yo lo contemplaba todas las noches largo rato antes que acudiera la muchedumbre; detrás de él colocaban las luces necesarias, destacándose las figuras en aquel fondo luminoso, con tanta propiedad, que se hacía uno la ilusión de oír los gritos de las víctimas y sentir el calor asfixiante de aquellas llamas rojizas.

II

Una noche que llovía a torrentes, acudieron pocos fieles, y así tuve más tiempo de ver a mi sabor el cuadro del Purgatorio.

El orador, antes de subir al púlpito, tenía la costumbre de arrodillarse delante del altar mayor en ademán de rezar algunas oraciones, y como aquella noche la concurrencia era tan escasa, el bueno del predicador no tuvo mucha prisa de subir a la cátedra del Espíritu Santo, permaneciendo de hinojos más de media hora delante del célebre cuadro. Yo estaba sentada muy cerca de él, en la primera grada del presbiterio, y aproveché aquella ocasión para estudiar en su rostro lo que casi había adivinado en la inflexión de su voz, ora dulce, melancólica, apagada como el eco lejano de un suspiro, ora vibrante y llena de pasión.

No era de los que dan sendos golpes en el antepecho del púlpito y maldicen los adelantos de la ciencia; antes muy al contrario, hablaba del progreso con entusiasmo, dejando adivinar que se dejaba mucho por decir: compadecía a los pecadores y describía las penas morales y el fuego reconcentrado de los recuerdos, mucho más que los tormentos corporales.

Visto de cerca, iluminado por los vivos reflejos del altar, observé que era un hombre de figura ascética, delgado, macilento, con grandes ojos hundidos, brillantes como carbunclos: su frente espaciosa, sus mejillas pálidas y enjutas; su boca, plegada por una de esas sonrisas indefinibles, que parecen revelar el martirio interior del alma, hacían de aquel hombre un tipo especial, especialísimo.

Después de rezar postrado en tierra, enmudeció, quedando atentamente mirando el cuadro del Purgatorio. Abstraído en aquella contemplación, vino a sacarlo de sus pensamientos un sacerdote, recordándole que los fieles le esperaban. Estremecióse convulsivamente, se pasó la mano por la frente, y subiendo a la tribuna pronunció el sermón más elocuente que yo he oído sobre la caridad.

III

Desde que me convencí que aquel hombre sufría, me fue mucho más simpático y donde quiera que él predicaba, iba yo a oírle, con lo que conseguí entrar en relaciones con su familia, compuesta de dos ancianas hermanas de su madre, y una sobrina casada que tenía un enjambre de chiquillos. Por la sobrina supe que su tío era bueno, pero de un carácter raro hasta la extravagancia: no salía de su cuarto ni aun para comer; la familia no disfrutaba nunca de su compañía; siempre leyendo; apenas hablaba; pero si alguno caía enfermo, era el primero en sentarse a la cabecera de su lecho para ayudar al enfermo hasta su mejoría completa. Era cariñoso con los ancianos y con los niños.

Estas noticias despertaron más mi curiosidad y mis simpatías por el padre Antonio, con quien no tuve ocasión de hablar sino una noche, al morir uno de sus sobrinitos, hermoso niño de cinco años.

Toda la familia estaba rendida de cansancio, después de dos meses de continuos sufrimientos y desvelos, y sólo el padre Antonio había permanecido firme en su puesto velando al niño.

La noche que se murió fue una de las que yo me quedé, acompañando a su pobre madre, que estaba también enferma de gravedad.

En el momento de expirar el niño, me encontraba junto a su cuna, con el padre Antonio, que cerrando sus ojos con apasionados besos y levantando la cabeza, me dijo con dulzura:

-¡Dichoso él!

-Un ángel más en el cielo, ¿no es verdad, padre Antonio?

-Un desgraciado menos en la tierra. ¡Si a su edad yo hubiera muerto!...

-¡De cuántas amarguras se hubiera librado su alma!

El padre Antonio me miró con atención, y enmudeció; pero yo, queriendo aprovechar una ocasión que quizá no se me volvería a presentar, le dije:

-Aunque usted se calla, yo adivino su sufrimiento; yo sé que es usted inmensamente desgraciado: usted mismo me lo ha dicho.

-¿Yo?... ¿Cuándo?... No recuerdo.

-La noche que rezó usted más que de costumbre delante del cuadro de las ánimas. Su semblante revelaba más angustia, más desconsuelo, más desesperación que el de todos aquellos pecadores que se retorcían en el Purgatorio.

-Tiene usted razón. Ellos figuran estar en el Purgatorio; mientras yo realmente vivo en el infierno. Yo no sé si usted ha amado alguna vez; lo que no cabe duda es que sabe leer en el alma, cuando ha leído en la mía, que trato de ocultar con tenaz empeño: por esto velo mis ojos, para que no me delaten.

Es verdad: sufro horriblemente. Sin vocación, fui sacerdote: mi familia era muy pobre: si yo no seguía la carrera sacerdotal, perdía la pingue renta de una capellanía, y por amparar a mis padres y asegurar su bienestar, ahogué los gritos de mi corazón.

Durante algún tiempo viví tranquilo, viendo a mis padres libres de la miseria, cuando en mala hora me nombraron confesor de las monjas de... (el nombre del convento no hace al caso), y allí... allí conocí a una mujer hermosa como la sueña el deseo; cándida y buena como las buenas madres quieren que sean sus hijas. Vernos y amarnos con delirio fue obra de un segundo. Concertamos la fuga, y cuando un buque nos iba a llevar lejos de España, cuando aquella mujer adorada se creía feliz fuera de su prisión, unos brazos

de hierro la arrebataron violentamente de los míos, para sepultarla en el convento donde había pronunciado sus votos.

Yo fui severamente reprendido; estuve preso algún tiempo, y después me relegaron a Toledo, donde vivo muriendo. El recuerdo de aquella mujer es mi gloria y mi infierno: mi gloria por su amor; mi infierno por el remordimiento que me causa su inmensa desventura.

En aquel instante vino el padre del niño a ver cómo seguía su hijo, y al encontrarlo muerto, lloró, como era natural.

-No le llores -exclamó el padre Antonio-, que muerto, estás seguro de su felicidad; vivo... vivo... hubiera estado muy cerca de caer en el infierno; y en el infierno... créeme, se vive muy mal.

Y saliendo precipitadamente, se encerró en su aposento, donde debió dar rienda suelta a su llanto, pues se le oyó sollozar durante algún tiempo.

IV

Salí dos días después de este suceso, de Toledo, y no he vuelto a ver más al padre Antonio.

El fuego que irradiaban sus ojos habrá carbonizado ya su corazón. El suplicio en que vivía aquel hombre era superior a las débiles fuerzas humanas.

¡Recordar a un ser adorado, saber que si vive, vive sufriendo una penitencia horrible! ¡Ah! ¡cuántas víctimas han hecho los votos religiosos!

Tienen razón las religiones al decir que existe el infierno, porque ellas lo han creado. Los conventos son los insondables abismos, las regiones infernales, donde se truncan todas las leyes de la creación.

Dijo un poeta:

"Ante las tempestades del alma,
las del mar ¿qué son?"

Lo mismo puede decirse ante el infierno católico: ¿Qué es el cuerpo atormentado por el fuego, ante el suplicio del espíritu que vive asfixiándose torturado por horribles recuerdos?

¿Qué son esos condenados vulgares que pintan los artistas, rodeados de llamas, ante un rostro demacrado por el sufrimiento, ante unos ojos hundidos por las fiebres abrasadoras de la pasión, ante una de esas amargas sonrisas que cuentan una larga historia de lágrimas?

El infierno que llevan algunos seres dentro de sí mismos, encierra más horrores que todos los infiernos creados y por crear. ¡El verdadero infierno del hombre es la desesperación!...

¡SER MADRE!

En ocho letras se encierra toda la gloria y la felicidad de la mujer, y al mismo tiempo su inmensa desventura, su mayor desgracia, ¡su deshonra!... Parece mentira que con ocho letras se pueda expresar toda la dicha terrena y todo el dolor humano; y sin embargo, así es.

He dicho otras veces, que yo no estudio en las bibliotecas: mis ojos enfermos no pueden fijarse largas horas en las páginas de un libro. Además, mi tiempo huye con la

rapidez del relámpago, distribuido en múltiples tareas literarias. Para estudiar no tengo más volumen que la humanidad; cada ser que conozco y que trato es para mí un capítulo de la historia universal. Por el estudio de uno de estos capítulos pude convencerme de que, ser madre, es unas veces la gloria con todas sus aureolas de luz, y otras el infierno con todos sus horrores; la luz y la sombra, la dicha suprema y el dolor indescriptible.

Fui a ver a una amiga del alma, que se había casado hacía un año. Feliz en su matrimonio, sólo una nube empañaba el sol de su pequeño cielo, de su hogar, y era que el esposo de Elisa deseaba ser padre de un hermoso niño, y el viajero del infinito no venía a pedirles hospitalidad.

Eran felices, pero les atormentaba un deseo. Transcurrieron algunos meses, y Elisa me decía con tristeza:

-¡Cuán cierto que la felicidad humana es columna de humo dispuesta siempre a disiparse!... ¡Ah! Si mi esposo no tiene hijos, vivirá triste, muy triste. El ve a un niño en sus sueños ¡hermoso! ¡encantador! que le abraza y besa y le pide caricias y juguetes; y al despertar, se encuentra solo, aun cuando me tiene a su lado.

Pasaron luego unos dos meses más sin que Elisa se dejase ver por mi casa. Yo pensaba en ella a menudo, porque la quiero de veras, y me hacía esta reflexión: Muy dichosa será Elisa cuando no viene a verme: los que sufren buscan los consuelos de la amistad; los que gozan no necesitan de nadie. Esto no habla muy alto en pro de la humanidad, pero es lo cierto que la felicidad se basta a sí misma, mientras que el dolor abruma tanto con su enorme peso, que nos hace falta un ser amigo a quien decirle: Escucha, sufro mucho, muchísimo; soy inmensamente desgraciado.

Para convencerme de si mis presentimientos eran ciertos, fui hace pocos días a visitar a Elisa. Al verla dijele con cariñoso reproche.

-No me engañaba: eres completamente dichosa.

-¿Cómo lo sabes?

-Por tu olvido, ¿qué más pruebas quieres? Si te hubiera afligido alguna desgracia o alguna pena, habrías ido a comunicármela. ¡Cómo olvidan los que gozan!...

-¡Olvidarte!... no lo creas; me acuerdo de todos los que me quieren. Pero tú ignoras... lo que sucede... Estoy buena, muy buena, y no obstante, paso muy malos ratos. Antonio está loco de alegría: van a realizarse sus deseos, sus sueños: ¡tendrá un hijo!... Ese hijo tan esperado, tan vivamente deseado, en quien ha soñado tantas veces, vendrá luego a pedirle protección y ternura. ¡Amalia! ¡me parece mentira tanta dicha! ¡Ser madre! Estas dos palabras resumen mi felicidad, porque en ellas se funda la dicha de Antonio. Hay instantes en que temo que el deseo me engaña; pero mis angustias, mis desfallecimientos, algo que no sé explicar, me dice que llevo en mis entrañas el deseado ser; ¿quién sabe? Acaso un futuro héroe, un redentor, un apóstol de la verdad. En nuestra locura paternal, Antonio pretende que su hijo ha de llegar a ser un genio; yo aspiro a que sea un ángel, por su bondad y sus virtudes.

-¿Para tí, pues, la dicha y la gloria de la mujer consisten en ser madre?

-¡Ah! sí, sí; se sufre físicamente mucho; pero cuando pienso que habrá un ser en el mundo que me amará más que a nadie, cuyo corazón yo formaré y de quien haré tal vez un grande hombre, siento un placer inexplicable. ¡Oh! se quiere mucho a los hijos: ¡dichosa la mujer que llega a ser madre!.

Me despedí de Elisa, para dirigirme a un pueblo inmediato a Barcelona, con objeto de visitar a una familia que vive en un palacio, que posee extensos jardines y un huerto perfectamente cultivado.

Al entrar en aquella mansión, no sé por qué, a pesar de que me recibieron con el agasajo de costumbre, me pareció descubrir en el semblante de todos los individuos de la familia algún pesar oculto. Mirábanse unos a otros, como si recelaran una pregunta indiscreta, y yo, sin explicarme la causa, me encontraba mal allí. Abrevié la visita cuanto me fué posible, y al despedirme me dijo la señora de la casa, con voz apenas

perceptible:

-Así que pueda, iré a contarte una gran desgracia que nos abruma. ¡Cuánto he llorado y lloro todavía!

Salí tristemente preocupada, porque apreció mucho a aquella familia y tomo parte en sus dolores.

Luego ha venido la señora a verme, y apretando mis manos entre las suyas, me ha dicho con voz balbuciente:

-¡Ay! Amalia, ¡qué desgracia tan grande!

-¿Qué es lo que pasa?

-La pena me ahoga... Mi hija Julia...

-¿Qué?

-Mi hija Julia... ¡va a ser madre!...

Lágrimas abundantísimas, sollozos comprimidos siguieron a esta triste confesión. largo rato estuvimos sin hablar; porque hay dolores que no tienen consuelo, y la deshonra de una familia es uno de ellos.

Julia es una joven soltera, casi una niña... ¿Quién marchitó su virginal corona? ¿Quién le arrebató la felicidad que disfruta una niña casta y pura? ¿quién la hundió en el abismo del dolor? Un miserable, un hombre sin corazón, que no le puede dar su nombre, porque hace algunos años que se lo dio a otra mujer.

¡Pobre Julia! Su infeliz madre me ha contado a grandes rasgos el horrible episodio, donde la violencia juega un gran papel.

¡Qué angustias! ¡qué temores! ¡qué sobresaltos! Julia tiene hermanos que se hallan fuera de España; si se enteran de lo ocurrido, vendrán y matarán al seductor de su hermana. Esta vive contando los días como el reo condenado a muerte.

¿Qué delito ha cometido esa niña de rubios cabellos, de nívea frente y amorosa mirada? ¡Va a ser madre! ¡va a tener un hijo! Mas, ¡ay! a ese viajero del infinito nadie le espera, nadie ha soñado con él; todos temen su aparición. La familia no sabe qué hacer: si negarle un puesto en el hogar, o aceptar con él la deshonra. ¡Qué alternativa tan horrible!

Me he acordado de Elisa. ¡Qué diferencia! También ella va a ser madre, pero sonríe dichosa contemplando a su esposo, que a su vez la mira extasiado temiendo volverse loco de felicidad.

¡Pobre Julia! La infeliz huye de todas las miradas. Si aparta de su lado al hijo que ha de nacerle, comete un crimen de lesa naturaleza; si lo conserva y amamanta, la deshonra, el desprecio, el odio de sus hermanos al corruptor y una sangrienta venganza. ¡Un soplo de tragedia reina a su alrededor!

-¡Dios mío! -exclama la desdichada-, ¡cuán horrible es ser madre!

Sí; en ocho letras se encierra la mayor de las delicias y el mayor de los infortunios.

Por llegar a ser madre. Elisa es la más feliz de las mujeres, y por igual causa, Julia vive sin vivir, sumida en la desesperación más espantosa.

Las dos, jóvenes y bellas: para la una, todo luz; ¡para la otra, todo formidable oscuridad!

-¡Ser madre! -dice Elisa sonriendo.

-¡Ser madre! -dice Julia sollozando.

¡En ocho letras la apoteosis de la mujer!

¡En ocho letras la deshonra de una familia!

¡Dichosa Elisa!

¡Pobre Julia!

UNA FLOR ENTRE ABROJOS

Suelo visitar en el Hospital a un pobre enfermo, Eloy de Vargas, blanco de todas las desdichas; hombre indudablemente de larga historia, que debió escribir el prólogo, ¡sabe Dios en qué planeta!, y hoy continúa uno de sus episodios en la sombría sala de un hospital, entre centenares de víctimas de las miserias terrenales.

Si yo tuviera tiempo disponible, estómago fuerte y salud bastante para resistir las dolorosas impresiones que en los hospitales se reciben, visitaría con frecuencia esas antesalas de los cementerios: sus moradores son los que más hambre tienen de palabras de consuelo. ¡Están tan solos! Junto a aquellos lechos no hay siquiera una silla donde sentarse: parece que el que allí gime está excluido de la gran familia humana. ¡Ay de los pobres!

La última vez que estuve en el hospital, me llamó la atención una mesita colocada entre el lecho de Eloy y el de otro enfermo, sobre la cual aparecía una botella de cristal blanco, llena de agua, sirviéndole de tapón un hermosísimo clavel, entre cuyas hojas purpurinas erguíase altanero un precioso capullo. ¡Nunca una flor me había parecido más bella! Mirándola, reparé en su dueño, un joven de treinta años, de rostro pálido y ojos brillantes por el fuego de la fiebre, que no se apartaban de la flor.

-Tienes un compañero muy amante de las flores -dije en voz baja a Eloy.

-Es andaluz.

-¡Cuánto habla a mi alma ese clavel!...

Aquí donde todo es tétrico y sombrío, donde sólo se percibe el olor del cloruro y de las medicinas, donde cada enfermo es un foco de infección; aquí donde todo tiende a disgregarse, y se opera en los cuerpos vivos con la misma indiferencia que se hace la autopsia de un cadáver; aquí donde se siente tanto frío en el alma y se adivina a la terrible Atropos con sus tijeras en la mano cortando sin cesar, uno tras otro, los hilos de innumerables existencias; ver aquí esa lozana flor con su pequeño capullo, como símbolo de la vida y de la reproducción en medio de la descomposición y de la muerte, despierta en el alma un sentimiento de asombro indefinible y una gran curiosidad. ¿Quién viene a visitar a tu vecino?

-Mucha gente: es de los enfermos que reciben más visitas. Es extraño que hoy esté solo.

Su soledad no duró mucho tiempo: una mujer de edad indefinida vino a situarse a la cabecera de su cama. Me fijé en aquella mujer y ahogué un grito de alegría al reconocer en ella a mi amiga Margarita, de quien hablé en otro artículo; la mujer humilde que se complace en ser madre de los pobres. ¡Qué coincidencia! Ella quizá me contaría algo de lo que yo deseaba saber.

No quise interrumpir el animado diálogo que sostuvo Margarita con el joven enfermo.

Este se reía alegremente. Los andaluces no pierden su buen humor ni en el lecho de un hospital. Cuando sonó la campanilla ordenando el desfile de los visitantes, y Margarita se levantó para irse, el enfermo, sonriendo dulcemente, le presentó el clavel, a la vez que le decía con ternura:

-¡Tú encontrarás flores en todas partes!

Margarita le miró como miran las madres a sus hijos enfermos, y se alejó lentamente, apoyándose en mi brazo, que me apresuré a ofrecerle.

-Cuánto te habrás alegrado de encontrarme, ¿no es verdad? -me dijo cuando llegamos a la calle.

-Ciertamente, porque así me contarás la historia de ese clavel, que me llamó vivamente la atención en la mesa del hospital.

-La gratitud, amiga mía, hace brotar flores en todas partes. El joven enfermo con quien me has visto hablar, es uno de esos seres inmensamente desgraciados, al que persigue una fatalidad misteriosa. Desde niño no ha pisado más que abrojos; en su vida aventurera ha llorado siempre su alma, por más que sus ojos hayan permanecido

enjutos. La calumnia se ha cebado en él de un modo tan horrible, que la ley le impuso durísimos castigos. Ha sufrido hambre, frío, sed, desfallecimiento, hasta caer como una masa inerte en húmedo calabozo; ha gemido en hospitales, donde se mata a los enfermos sin que nadie pida cuenta de su muerte; se ha visto privado de la libertad no pocos años. Estaba en un presidio cuando diversas circunstancias me pusieron en relación con él.

Más de dos años hemos sostenido correspondencia, y he procurado alentar su alma enferma, muy enferma. Al recobrar su libertad, vino a verme, deseosos de conocer a su "madre", que así me llama; lo he protegido moralmente cuanto me ha sido posible, y al caer vencido por su habitual dolencia, le acompañé y le dejé donde le has visto. Vengo a verle siempre que puedo; él sabe, como todos los que me tratan, que adoro las flores, y sin duda para demostrarme su gratitud, ha procurado adquirir este clavel, que bien se puede llamar la "flor del agradecimiento".

-Tienes razón: ese es el nombre que corresponde: ¡Hermosa flor entre abrojos!

-Sí, entre abrojos; que sólo abrojos hay en los hospitales. Allí es donde se ve a la humanidad en toda su espantosa desnudez, sin ficciones, sin engaños, sin mentida resignación; allí los enfermos sin familia, sin un ser amigo que procure no turbar su sueño, maldiciendo la hora en que nacieron, y acusando a la sociedad de su infortunio. Sin embargo en ese erial del dolor, como en todos los eriales de la tierra, el bien recoge la semilla que sembró. Yo sembré cariño y maternal compasión en el alma de ese pobre ser, y la cosecha no se ha hecho esperar: no hay artista en este mundo que pueda trasladar al lienzo la expresión de aquellos ojos al presentarme la flor: ¿te fijaste bien en aquel semblante?

-Sí; era un rostro sobrehumano.

-Efectivamente; porque la gratitud no es de este planeta. Ese sentimiento purísimo viene de otras esferas: es un rayo de sol que ilumina la frente de los mártires. Adiós, Amalia, amiga mía; no olvides nunca que la gratitud hace brotar flores en todas partes. Siembra amor, mucho amor, amor universal, y así, aun en los hospitales, entre los abrojos del dolor y del olvido, brotarán flores para ti.

Margarita tiene razón: yo seguiré sus huellas; yo amaré mucho a los desgraciados, que son los que necesitan cariño y los que suelen demostrar su gratitud con miradas que hablan de otros mundos y con flores en cuya fragancia se percibe el hálito de lo desconocido.

¡LA JUVENTUD!

¡Oh, juventud, primavera de la vida!

Con los años y la experiencia, me voy convenciendo de que hay opiniones bastante erróneas sobre muchas cosas en este mundo. Se ha hablado en todos los tonos de los encantos, de las delicias, de las dulcísimas esperanzas de la juventud, y yo, que voy leyendo atentamente en el gran libro de la vida, veo que en dicha edad no es oro todo lo que reluce: no son todas las horas idilios de amor, ni sonríen las ilusiones en todas las imaginaciones juveniles. Observo que muchas veces las jóvenes hablan alegremente y ríen a carcajadas cuando están reunidas; pero en cuanto se quedan solas dos de ellas, en la intimidad, hablan en voz baja, muy baja, y más de una vez se humedecen sus ojos agolpándose a ellos lágrimas producidas por melancólicos recuerdos.

Sin ser yo aficionada a los bailes, he ido a muchos de ellos, aunque no para tomar

parte en la danza, acordándome de aquel embajador del Celeste Imperio de quien dicen que asistiendo a un baile dado en su obsequio en los salones de la Embajada española en París, al ver la rapidez con que valseaban las parejas, preguntó cuánto iba ganando aquella gente por tan ímprobo trabajo. En los primeros momentos, todas las jóvenes aparecían risueñas, esperando galanterías y amor. Se han puesto sus mejores galas, se han hermoseado con un peinado artístico y flores en sus cabellos y en su pecho. Suenan los primeros acordes de la orquesta y se miran unas a otras, a ver cuál es la primera que encuentra compañero.

Varias parejas se entregan a la danza, más, ¡ay!, que muchas jóvenes permanecen sentadas, sin que nadie se acuerde de ellas. ¡Pobrecillas! ¡Cómo pierde su semblante la risueña expresión de los primeros momentos! ¡Con qué envidia miran a sus afortunadas amigas! Todos sus afanes, todas sus ilusiones se evaporan, y al volver a su hogar y contemplarse en el espejo, murmuran con honda pena: "¡De qué me ha servido tanto adorno!... ¡De nada! ¡Nadie se ha fijado en mí!... ¡Cuán desgraciada soy!" Y muchas noches de baile, son noches de martirio para no pocas jóvenes que se ven relegadas al olvido. Lo bueno que tiene la juventud, es que le sonríe la esperanza.

Mientras la mujer es joven, acaricia la ilusión de ser amada, que la belleza y la lozanía de la juventud pueden trocar en realidad encadenando la voluntad de un hombre; pero, en medio de esa esperanza, ¡cuántas amarguras! ¡cuántas noches de insomnio y de ansiedad!

A este propósito recuerdo el diálogo que sostuve hace algún tiempo con una señora de más de ochenta años, que mirando a sus dos nietas cómo se engalanaban para ir a un baile, sonrío con tristeza, murmurando:

-¡Pobrecitas mías!

-¿Por qué pobrecitas?

-Porque entran en la lucha de la vida.

-Tiene usted razón. Y juzgo más digna de compasión a la joven que a la anciana.

-Entonces es usted de las mías.

-Por completo. Compadezco mucho a las jóvenes. ¡Se sufre tanto en la juventud!

-¡Que si se sufre!... Dígame usted a mí.

-Pues no parece que usted tenga motivos para quejarse. Ha llenado su misión en la tierra; se casó, y según tengo entendido, no ha sido en su matrimonio desdichada.

-Así, así; pero antes de casarme, ¡cuántas penas!... Porque en mi juventud tuve grandes desventajas. No fui bella; no fui rica; estaba siempre enfermiza, lánguida, triste. En todas las reuniones pasaba completamente desapercibida. De niña había conocido a un joven a quien comencé por querer como a un hermano y concluí por amar. También él me amaba, pero era pobre, muy pobre, y mirándome con profunda tristeza solía decirme: "¡Para qué nos habremos conocido!... Nuestra unión es imposible; tú eres una flor que necesita no salir del invernadero; yo un desheredado, un pobre obrero, a quien hace falta una mujer robusta, dispuesta a soportar rudos trabajos. ¿Qué haremos? Con el amor sólo no se vive más que breves segundos; luego vienen las exigencias naturales de la nueva familia; los cuidados del marido enfermo, las múltiples atenciones de una casa; y tú, querida mía, delicada sensitiva. ¿qué harías expuesta a los terribles vendavales de la vida? Sucumbirías angustiada por tu impotencia. Yo te amo... te amo, porque eres un ángel... mas ¡ay!, los ángeles no sirven para la vida de la tierra". Y en esta lucha, ignorada de todos, vivimos mucho tiempo. El, al fin, encontró una mujer llena de lozanía, y se casó, y se creó una familia; y yo, merced a un especialista que hacía milagros curando a las jóvenes anémicas, en menos de seis meses me transfiguré por completo, pudiendo entregarme, sin la menor fatiga , a los trabajos más rudos.

Pasadas las primeras ilusiones, me casé sin amor, como se casan muchas mujeres, y sólo fui dichosa cuando abracé a mi hija. Durante su juventud, sufrí, y descansé cuando la entregué a su marido: ¡los dos se amaban! Ahora vuelvo a penar, contemplando a mis

nietas, que viven, como todas las jóvenes, soñando con imposibles que nunca llegan a realizarse. Para mí, la juventud es la edad más triste de la mujer.

-¡Ah! La mujer padece en todas las edades.

-Sí, pero en la juventud mucho más. Desengáñese usted: la joven se asemeja a la mariposa: revolotea en torno de la llama del amor que quema sus alas.

La buena anciana tenía razón: pero cuanto más activa es la lucha, más grande es el sufrimiento. ¡Ah! si el espíritu no tuviera más esfera de acción que el tiempo que permanece en la tierra, habría derecho para renegar de la vida y decir al Creador: "¿Por qué me creaste? ¡por qué dejaste que soñara con el cielo, si no puedo salir de este mundo? ¿por qué me diste un corazón sensible, si el amor huye de mí y no puedo obtener la satisfacción de mi deseo? ¿Para qué la belleza y la juventud? ¿para qué las aspiraciones de la vida? ¿para qué un organismo dispuesto a la reproducción, si he de vivir en la más espantosa soledad estéril?...

Esto dirían muchas jóvenes, si algo inexplicable que siente el alma no les hiciera esperar en un más allá, en una nueva vida, donde parece que se deben encontrar todos los que han amado en la tierra; donde se reparen todas las injusticias; donde los hambrientos sean hartos y los que lloran consolados; donde los huérfanos tengan familia, y las vírgenes solitarias encuentren la felicidad del amor.

Si la juventud no esperara; si la edad madura no reflexionara; si la ancianidad no presintiera algo misterioso, desconocido, que hay allá lejos... muy lejos...; si del otro lado de la tumba no nos enviaran sus perfumes las flores del infinito... ¡quién podría vivir!

¿Quién soportaría la lucha de la existencia, cuyas fases todas tienen su lado sombrío?

En el horizonte de la vida, siempre se amontonan nubes. ¿Cuáles son las más cargadas de electricidad?

Las que obscurecen el cielo del espíritu durante la juventud.

¡MORIR!

I

He aquí una palabra que he pronunciado en esta existencia tantas veces, que me sería imposible calcular su número aproximado.

Quizá presintiendo las terribles luchas que había de sufrir, a poco de salir de la infancia, siempre que me encontraba en alguno de los hermosos jardines de mi inolvidable Andalucía, y mi espíritu, ferviente adorador de la naturaleza, se extasiaba contemplando los bosquecillos de jazmines, los arcos de triunfo formados con las bellísimas rosas de "pitiminí" y aspirando con deliciosa fruición el penetrante aroma del azahar, de los lirios y de las azucenas, solía decir a mi madre y a mis jóvenes amigas:

-¡Qué bueno fuera morirse aquí! ¡qué recuerdo tan agradable se llevaría una de la tierra!

-¡Qué locura!...

-¡Qué tontería!...

-¡Qué romanticismo tan exagerado! - respondíanme en coro mis oyentes.

Yo me impacientaba y replicaba:

-No me comprendéis: es que yo presiento que he de sufrir muchas desgracias, y antes de sufrirlas quisiera morir en uno de estos momentos de felicidad, porque, si es que el alma se despierta allá, conservaría recuerdos agradabilísimos, que indudablemente no podría tener el que muere dentro de un sombrío y húmedo calabozo o en el duro lecho de un hospital.

Mis amigas se reían de mis aprensiones; pero su risa no cambiaba mi modo de pensar.

La primera vez que en una barquilla crucé las claras ondas del Guadalquivir, fue un día de primavera, nublado y triste como el corazón de una niña al recibir el primer desengaño.

La melancolía de la naturaleza era grata a mi espíritu, muy dado a la contemplación y a esa tristeza dulce que a veces se confunde con la plácida calma de la felicidad.

Las horas que pasé en la barquilla me parecieron segundos, y mientras las jóvenes que me acompañaban cantaban "El último suspiro del moro", yo decía para mí:

-¡Quién pudiera morir ahora!... Si se deja de ser, si nada de lo de acá reverbera o repercute allá, ¿qué más puede desearse que cerrar los ojos en un paraje delicioso, deliciosísimo, como éste? Aquí todo es bello: el río tranquilo y transparente; en sus orillas se doblan, al peso de su fruto, los limoneros y los naranjos; el cielo, cubierto de blancas nubes, no abre paso a los ardorosos rayos del sol, y el alma podría dormir su último sueño bendiciendo a la naturaleza que con tanta prodigalidad le ofrece sus encantos.

Y continuamente me ha perseguido la tenaz idea de morir en alguno de los brevísimos instantes que he gozado de felicidad; nunca en las horas de desesperación. No quería morir odiando y maldiciendo: quería cerrar los ojos llevándome de la tierra un recuerdo dulce, lleno de atractivos, cuadros de poesía.

Tales fueron las aspiraciones de mi juventud.

II

Así que entré de lleno en la lucha de la vida y se extinguieron mis vacilantes creencias religiosas, creí que morir era alcanzar el supremo bien, porque se dejaba de sufrir. Con envidia miraba a todos los que morían sin dejar familia, y aun acaricié mucho tiempo la idea del suicidio, admirando a los que ponían fin a su existencia para acabar de una vez con las miserias e ingratitudes del mundo.

Transcurrieron algunos años, y el estudio de la filosofía espiritista, infundiéndome el convencimiento del progreso indefinido del espíritu en las sucesivas fases de una existencia eterna, me hizo pensar de muy distinta manera sobre la conveniencia de la muerte... Yo que tanto he acariciado esa idea, ahora... no quiero, no deseo morir.

Quisiera morir, si la nada fuese una verdad; pero siendo la nada la negación de todo lo existente, y siendo la ley suprema vida inacabable y progreso ilimitado, ¿a qué desear morir, si sólo se consigue dejar un cuerpo más o menos enfermizo, más o menos útil, más o menos bello, pero continuando el espíritu, "***el yo pensante"***, la inteligencia, esa vibración divina que sentimos animando nuestro ser?

En una breve enfermedad que sufrí últimamente, reflexioné muy a fondo respecto de la conveniencia de morir; y hablando conmigo misma, mientras recorría mi mirada las blancas paredes de mi alcoba, exclamaba:

-Si yo dejara ahora la tierra, ¿qué ventajas alcanzaría? Ninguna, absolutamente ninguna. Dejo mi obra incompleta; de las cuatro partes de mi vida, sólo una he procurado aprovechar; las otras las he vivido sin vivir, porque no vive el que no estudia, el que no aprende, el que no procura conocerse y desprenderse de sus errores, preocupaciones e impurezas.

Al despertar en el espacio y ser fotografiadas en la eterna luz todas nuestras acciones, deberá quedar el espíritu. Y ceros sin valor irán apareciendo ante sus ojos en la pizarra de la eternidad. A las cantidades negativas querrá oponer algunas positivas; mas para ello le será preciso recomenzar el trabajo.

¿Qué ventajas logra el espíritu con desprenderse de su envoltura? Si no ha trabajado en su progreso, absolutamente ninguna, porque morir no es sino ver más claro nuestras propias miserias y lamentar, como es consiguiente, el tiempo que hemos perdido. Fuera

grata la muerte, si al cerrar los ojos cesaran todas nuestras sensaciones; pero adquiriendo el espíritu más lucidez con el desprendimiento de su envoltura terrestre, la muerte le lleva a un examen minuciosísimo de conciencia, después del cual puede venir una terrible expiación.

La muerte no existe: querer morir es perseguir un imposible. El espíritu no puede dejar de ser; caer y levantarse, ser vencido y vencedor, este es su destino. En el cansancio de la jornada desfallecerá, caerá rendido de fatiga; pero verá allá lejos, muy lejos, un oasis y volverá a caminar afanoso por llegar al anhelado término.

Ayer, ignorando en absoluto las eternas leyes de la vida, exclamaba: "!Quién pudiera morir!" Hoy exclamo: "¡Vivamos y aprovechemos la vida para el progreso! Morir es renacer y ver que todo vive, que todo alienta; que la reproducción es eterna; que el progreso no se acaba; que el campo de la ciencia no tiene límites; que el espíritu es inmortal".

EL TIEMPO

En cierto modo, el único tesoro del hombre es el tiempo. Todas las riquezas están expuestas a perderse. Los honores, el vaivén de la fortuna los arrebata en brevísimos segundos. La libertad, el menor atropello puede destruirla; la salud, un cambio atmosférico la quebranta y aniquila; si somos amados, la volubilidad o la ingratitud pueden desheredarnos y dejarnos solos sin una ilusión que sonría a nuestra mente; si grandes conocimientos científicos nos enorgullecen, un descubrimiento nuevo nos prueba que no sabíamos nada.

Todo lo podemos perder en la vida: la riqueza, el renombre, la libertad, la virtud, nuestro mísero cuerpo, todo, menos el tiempo. Taquígrafo del infinito, que nunca se cansa de tomar notas en el libro eterno de la existencia universal.

El nos recibe cuando llegamos a la vida terrestre, y nos despide cuando la dejamos, para recibirnos otra vez a nuestra llegada a la región ignota de las almas.

Es nuestra sombra; porque donde quiera que vamos nos sigue; y es nuestra luz, es nuestro progreso, nuestra esperanza, nuestra felicidad.

¿Qué sería del hombre sin el tiempo ilimitado?

El tiempo es el símbolo de la naturaleza.

El aclara todos los misterios.

Desvanece todas las dudas.

Disipa todos los temores.

Da a cada uno según sus obras.

Es el mundo de los siglos, con una elocuencia superior a la de todos los oradores de los mundos.

El depositario de todas las verdades.

El pacificador de los pueblos.

El que cicatriza las profundas heridas del corazón humano.

¡Oh, tiempo! ¡tiempo! ¡Cuán mal te han comprendido las ingratas humanidades al simbolizarte un Saturno devorando sus hijos!

Tú no aniquilas ni a los seres inteligentes, ni a las cosas inanimadas; antes bien, eres la eterna renovación.

Despojas al hombre de su vieja envoltura para dotarle de otra nueva.

No derribas los árboles centenarios sino cuando sus raíces retoñan.

No marchitas las flores sino para convertirlas en sabrosísimos frutos.

Agostas nuestras juveniles ilusiones, dándonos en cambio la profunda reflexión de la edad madura.

Eres el escultor de la creación.

Tú modelas esas grandes figuras que dan nombre a los siglos.

Eres la vida, porque eres la luz.

¡Oh, tiempo! Nosotros te rendimos culto; te adoramos en tu inmensa obra.

Si pudiéramos expresar todo lo que nos inspiras, nuestros himnos serían la admiración del mundo.

Indudablemente eres el hálito de lo desconocido, que convertido en fuerza, sirves de motor a los mundos y a las humanidades que los pueblan.

Tú haces olvidar los agravios.

Extingues los odios.

Creas nuevas afecciones.

Eres el matemático eterno que traza las figuras y encuentra sus profundas proporciones exactas.

Haces la luz en medio de las sombras.

Eres la verdad, y te manifiestas en todos los lugares.

La mayor parte de las veces no reconocemos tus útiles enseñanzas, pero tú, emanación de lo verdadero, como la verdad eres eterno.

Tú sonríes al ver nuestras debilidades, nuestras miserias, nuestras pequeñeces, y dices: "Ellos vendrán a mí; los hijos pródigos volverán todos a la casa del Padre Universal; todos tomarán parte en el banquete de los siglos; todos progresarán, porque su destino es progresar".

La escuela espiritista le deberá al tiempo un triunfo definitivo, pues merced a él la humanidad habrá aprendido que los muertos viven y que el mundo de las almas no es sino uno de los eslabones de la cadena de nuestra existencia eterna.

Aquí es la incredulidad o el fervor el que rechaza la verdad; allí la superstición y el fanatismo, que apoderándose de la revelación, ley de la naturaleza, la han hecho servir para la creación de un mundo contranatural, fantástico, repulsivo, absurdo, con cuyo auxilio la iniquidad ha reinado sobre la ignorancia.

Hoy, gracias al tiempo, se han abierto las puertas de los santuarios; los libros sagrados se han multiplicado, y los hombres han conocido el valor de las leyendas religiosas, místicas fábulas, tradiciones basadas en la ignorancia y la malicia.

Este descubrimiento ha señalado nuevo derrotero a las escuelas filosóficas, y la aurora de un espléndido porvenir alborea en los horizontes de la razón.

¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Redentor de los mundos, profeta infalible, cuánto te deben las humanidades!

Nosotros te adoramos, viendo en ti la personificación del progreso.

Tú eres el testamento del Creador.

Eres fuerte, porque realizas los grandes hechos presidiendo los grandes acontecimientos.

Eres el sabio de los sabios, porque resuelves todos los problemas.

Eres el juez supremo que fallas sin apelación todas las causas.

Y tu fallo es admirable, porque siempre es justo.

Eres el vengador de los mártires, porque les das su apoteosis gloriosa.

Eres la vida, porque eres la eternidad.

¡El espacio, la naturaleza y el tiempo: trinidad augusta del misterio de la Creación!

¡CUANTA DICHA PERDIDA!

I

No soy enemiga del divorcio. Creo preferible la separación de dos seres que se repelen entre sí, a que vivan unidos atormentándose el uno al otro, faltando a sus deberes en muchas ocasiones, sufriendo en otras esas humillaciones, esos desvíos que exasperan al espíritu de tal manera que su sufrimiento es completamente estéril.

Aun cuando las religiones aseguran que el padecimiento borra la mancha de la culpa, yo creo que si el dolor es superior a las fuerzas del individuo, el espíritu se anonada, se humilla, y en la humillación no adelanta ni un solo paso en la senda del progreso; y se subleva; si pregunta airado a su destino el por qué de su triste y adversa existencia, tras la pregunta suelen venir la impaciencia y la desesperación, con lo cual contrae el espíritu nuevas responsabilidades.

No soy partidaria de que el hombre o la mujer lleve más cruz que la que buenamente pueda sostener sobre sus débiles hombros; no estoy por esos martirios que sufren muchas mujeres, rebajando su dignidad convirtiéndose en esclavas, cuya estúpida resignación me inspira a la vez lástima y desprecio: la mujer nunca debe descender hasta la degradación de sufrir sin murmurar el ultraje, el insulto y los golpes del hombre inhumano que, dominado por los vicios, convierte su hogar en un horrible infierno.

La mujer no ha venido a la tierra para ser únicamente la "hembra" del hombre; su misión es más noble, más elevada, y el divorcio viene a libertarla de su vergonzosa servidumbre.

Pero el divorcio me hace un efecto parecido al que causa la amputación de un miembro. Bien conozco que un brazo o una pierna que se corta es porque la gangrena amenaza invadir todo el cuerpo, y sólo la separación de la parte enferma puede evitar la muerte del operado; con todo, los preparativos de la amputación y la frialdad de los anatómicos hacen daño a un alma sensible. De aquí la penosa impresión que me causa la desunión de dos seres de diferente sexo que han vivido juntos y que creyeron no poder vivir el uno sin el otro.

II

Nunca olvidaré que estando en Madrid fui a ver a una de mis mejores amigas, en el crítico momento que su marido abandonaba el hogar por mutuo consentimiento de ambos.

Cinco años habían vivido juntos Elisa y Tadeo. Durante este tiempo, los había visto pasear por el Buen Retiro, hablando y riendo alegremente, felices en medio de su pobreza.

Yo que tantas veces había visto a Elisa cosiendo día y noche la ropa de su marido para que siempre fuera limpio y hasta bien vestido, cuando, sin ningún antecedente, entré en su hogar y la encontré pálida como una muerta, arreglando un baúl, mientras su marido ataba un fardo con un colchón, mantas y almohadas, con los muebles en desorden, y un mozo de cordel separando los que Elisa le señalaba, sentí una angustia indecible. Quise irme, pues hay ocasiones en que hasta los mejores amigos son inoportunos; y aunque yo nada sabía, adivinaba por los semblantes de Elisa y Tadeo que se trataba de un acontecimiento grave.

-No, no; no te vayas -dijome Elisa-; no sabes el bien que me hace tu venida. Siéntate en el gabinete, que pronto iré a tu lado.

La obedecí, y poco rato tuve que esperar. Vino seguida de Tadeo, que me saludó cortésmente y salió del gabinete sin despedirse de su esposa.

Se oyó cerrar la puerta con estrépito, y aquel ruido hizo estremecer a Elisa, que estaba de pie con los codos apoyados en la cómoda, oprimiéndose la frente con ambas manos, y hubiera caído al suelo si yo no la hubiera sostenido en mis brazos. Elisa reclino su

cabeza en mi hombro y lloró silenciosamente largo rato.

Cuando estuvo más tranquila, me contó que hacía un año que vivía muriendo: su marido le era infiel, y además se había entregado locamente al vicio del juego.

Pasaba las noches fuera de casa, y su trato se había hecho insoportable. Temiendo ella apelar al suicidio, porque se desesperaba al ver la infamia de su esposo, cuando él le propuso la separación, la aceptó con ese amargo placer del que ha perdido toda esperanza, puesto que Tadeo le repitió cien veces que todo había muerto entre los dos.

III

Elisa no se sintió con valor para pasar el día en su desierto hogar, y se vino a mi casa huyendo de sí misma. ¡Pobrecilla! Aquella mujer tan elegante y distinguida, que no salía nunca sin peinarse y sin ponerse los guantes, aquella mañana no parecía la misma: había envejecido diez años. ¡infeliz!... y salió envuelta en un manto de luto, pareciendo la estatua del dolor.

Aconsejada de sus amigas, se cambió de casa, para no tener recuerdos tristes. Pasada la primera crisis, vivió más tranquila; pero... ¡qué triste tranquilidad! Ya no volví a encontrar a Elisa ni una sola vez paseando por los sitios de antes. Los domingos por la tarde se iba al hospital a peinar a las enfermas.

A Tadeo tampoco volví a verle en el mundo elegante: sus vicios le absorbieron todo su tiempo. Le vi, sí, sucio, harapiento, como van los jugadores sin fortuna, hasta que por último fue a parar al hospital de la Princesa, donde le encontré cinco años después de haberse separado de su esposa.

Si él no me hubiera llamado, no le habría reconocido, tan cambiado estaba.

Había encanecido, estaba flaquísimo, de color cetrino; no parecía su sombra. Cuando estreché sus manos no pude contener mi llanto, y más aún cuando me dijo:

-¡Ay Amalia! ¡Cuánta dicha perdida! ¡Cuánto he echado de menos a mi buena, a mi incomparable Elisa, tan digna, tan cariñosa, tan sufrida, tan cuidadosa conmigo! ¡Y aquellos domingos tan risueños... esperados con afán infantil!... ¿Qué es de ella? No la he vuelto a ver. ¿La sigue usted tratando?

-Con más intimidad que antes, porque es inmensamente desgraciada.

-Pues no le diga dónde me encuentro. Nuestra entrevista sería muy dolorosa para ella; muy vergonzosa para mí. No quiero verla; me ahogaría la vergüenza.

IV

La noche de aquel mismo día estuvo Elisa a verme.

-Vengo a contarte -me dijo-, lo que me sucede, porque es muy original. Hará como un mes y medio que vi a Tadeo una noche en el estado más deplorable que puedes imaginar, completamente ebrio, acompañado de dos amigos que iban beodos como él. ¡Qué lástima me inspiran todos ellos! ¡Si vieras a mi marido, no lo conocerías! De aquel hombre tan pulcro, tan aristocrático, no queda... absolutamente nada. Aquella noche volví a verle en sueños. Estaba en el hospital, y sus lamentaciones resonaban en mis oídos. Y casi todas las noches sueño y lo veo en el mismo sitio. ¡Si será esto un presentimiento! ¡Si estará enfermo!

-No te preocupes por esas cosas, ni hagas caso de sueños...

-¡Ah! no, no, estoy decidida a averiguarlo, y si está en algún hospital... ¡Ah, si así fuera, si así fuera!...

-¿Qué harías?

-¿Y me lo preguntas? No le dejaría allí, ¡pobre Tadeo!...

Me conmovieron tanto las palabras de Elisa, que le conté mi triste encuentro con su marido. Al día siguiente fuimos las dos al hospital.

La entrevista de Elisa y Tadeo fue realmente emocionante, y aquel mismo día se trasladó al enfermo a la casa de su esposa, de la cual salió un mes después para el cementerio. Elisa acompañó a su marido hasta dejarlo en la fosa. Cuando salimos de aquel lugar fúnebre, quedóse mirando largo rato el sitio donde iban a disgregarse los restos de Tadeo, y como despidiéndose, exclamó derramando acerbas lágrimas: "¡Cuánta dicha perdida!"

EL ARBOL MUERTO

¿Adónde vas, fatigado peregrino? En tu rostro se retrata la fatiga; tu paso es vacilante, tu mirada vaga se fija con extrañeza en cuanto te rodea; tu sonrisa es triste, y más que triste, amarga: es una mueca. ¿Quién eres?

-¡Quién soy preguntas!... Soy el genio del pasado, busco el hondo valle de la fe ciega, donde se yergue el árbol del fanatismo religioso; mas ¡ay! ese valle no lo encuentro; quizá alguna revolución geológica haya hecho desaparecer el lugar predilecto donde me solazaba en mis verdes años.

Encuentro la tierra metamorfoseada: ¿qué terremoto, qué hundimiento, qué cataclismo ha cambiado la faz del planeta? ¿No sabes dónde crece el árbol secular del fanatismo? Necesito descansar a su sombra, para seguir después mi peregrinación.

-No te canses, no te fatigues en buscar la sombra del MANZANILLO de los siglos; el fanatismo religioso es un árbol muerto, y sus secas raíces jamás retoñarán.

-¡Deliras!

-No deliro.

-Sí: aun los templos levantan sus torres gigantescas, y sus altas cúpulas se llenan con el aire de los cielos; aun las campanas llaman a los fieles para que acudan a la casa del Señor; ¡aun hay fe, aun hay religión! El racionalismo moderno es impotente; la costumbre y la tradición son aún los señores del mundo.

-Estás en un error. Todas las civilizaciones nacen, crecen y mueren; las moléculas de sus cuerpos se volatilizan, y su esencia, su ser, su espíritu, progresa y encarna nuevamente y adquiere nuevas aspiraciones y siente nuevos deseos, y da un paso en la senda de la vida universal; porque en la creación nada hay inmutable sino las leyes que la rigen; las religiones no son hoy lo que fueron ayer. El árbol del fanatismo extendía antes sus ramas por la tierra, y a su triste sombra sucumbían las generaciones víctimas de su ignorancia y su obcecación. Hoy es muy distinto. Encontrarás, como dice un escritor, adeptos, pero no convencidos; la convicción religiosa no existe; el fanatismo es un árbol muerto desde que no puede arraigar en el terreno firme de la fe ciega.

-Siempre habrá fe.

-Sí; pero fe racional, cimentada en el libre examen, en la comparación, en el análisis; se creerá en Dios, porque se le admirará en sus obras; pero no se creerá en él porque el dogma nos diga con tono imperativo: "cree o muere".

-¿Y qué es el hombre para comprender a Dios?

-¿Qué es el hombre? Un espíritu destinado a progresar indefinidamente, y el que está obligado a vivir por toda una eternidad, necesita condiciones de vida armónicas con su destino. Dice un poeta que "es muy poco una vida para el que tiene hambre de los cielos"; del mismo modo la fe ciega, con su satélite el fanatismo, es insuficiente para el que tiene que creer en la pluralidad de mundos habitados y existencias del alma.

El fanatismo religioso le bastaba al hombre en las primitivas edades, cuando pensaba que este planeta era el centro del universo. Para un mundo tan pequeño, con la fe ciega había bastante; que para los infusorios una gota de agua les sirve de océano.

Oigamos a Bartrina:

"En una gota de agua,
que era su todo,
se reunieron en junta
tres infusorios,
y allí acordaron
que fuera de la gota
no había espacio.
Que lo que ellos creían
era lo cierto;
que eran de lo absoluto
únicos dueños;
reyes de todo;
¡he aquí lo que acordaron
tres infusorios!..."

Pues esto mismo acordaron la fe ciega y el fanatismo. Fuera de su órbita no había espacio.

-¡Cuán atrevida es la ignorancia!...

-Tienes razón: osados fueron los hombres que dieron a la creación proporciones microscópicas. La fe ciega ha tiranizado las inteligencias, y el fanatismo religioso ha impedido el progreso de los pueblos.

-¡Insensato! Los pueblos creyentes siempre fueron a la cabeza de las civilizaciones. Sin la fe ¿qué es el hombre? ¡Ay de la humanidad, si como tú dices, el árbol del fanatismo estuviese muerto!

-Pues no lo dudes, muerto está; pero la fe renace, esa fe racional, esa fe sublime, esa fe que como palanca de Arquímedes se atreve a levantar un mundo.

El árbol del fanatismo ha muerto; pero la palmera de la religión ha brotado en el desierto de la tierra.

Plantas parásitas son las religiones, y árbol de la vida es la religion. Convéncete, genio del pasado, no busques en este mundo la fe ciega; que la ciencia le ha quitado la venda; el viento de la civilización arrebata las secas aristas del árbol muerto, y nada queda de lo que fue.

-¡Cuántos delirios!... ¡Cuántas quimeras!... Las religiones aun imperan en el mundo.

-En la forma, pero no en el fondo. No encontrarás en ellas aquel algo misterioso, aquel imán que encadenaba las voluntades. Ayer recaba el hombre postrado en tierra, huyendo de la luz; hoy ora contemplando la naturaleza; hoy eleva sus plegarias en los observatorios astronómicos, y las cuentas que dividen las decenas de su rosario son los mundos que giran en el éter. No lo dudes; no busques la sombra del árbol muerto.

-Mientras el hombre exista, habrá fanatismo.

-No: el fanatismo es la muerte y el destino del hombre es la vida.

La vida de la ciencia.

La vida del análisis.

La vida del continuo renacimiento.

La vida de la lucha perpetua.

La vida del trabajo incesante.

La vida del progreso indefinido en los innumerables universos que reciben la savia de la vida terrena.

-¿Y nada queda, nada, nada, del árbol muerto?

-Sí, aun queda el tronco, y con él se formará el ataúd que guardará los restos de la sombra del Pasado.

¡MARIA!

El adagio que dice: "En tierra de ciegos, el tuerto es rey" es una verdad. Cuando yo encuentro un ser superior a la generalidad, le contemplo con verdadera admiración: escucho atentamente cuanto dice, observo sus menores movimientos, y en el fondo de mi corazón le rindo culto ferviente: ¿y cómo no rendírselo... si la tierra es un "presidio suelto", si los malhechores están en mayoría y las mujeres frívolas e insubstanciales abundan como las amapolas en los trigos?

Esto es triste, es desconsolador, pero es verdad; por eso, si doy con un alma sensible, toda abnegación, toda sentimiento, toda sacrificio, siento un placer indefinible.

Esta emoción dulce no la experimento con frecuencia, al contrario, las decepciones me hacen exclamar continuamente: ¿por qué la nada no es una verdad? ¿por qué el hombre no podrá dormir para no despertar jamás?... ¿por qué en la eternidad vibra la vida? ¿por qué el espíritu ha de luchar siempre? ¡siempre!... ¡Esto es horrible!

Sólo me alegro de la eternidad de la vida cuando encuentro en mi camino almas nobles, corazones generosos.

Hace unos días, sintiéndome dominada por ese desaliento que produce una existencia combatida por múltiples contrariedades, vi entrar en mi gabinete a una mujer elegante y distinguida, a lo sumo de treinta años, alta, delgada, pálida, el rostro medio oculto por un velo de blonda, negro como su vestido: nunca imagen de la Virgen de los Dolores o de la Soledad ha revelado en su semblante un dolor tan profundo como el que dejaba adivinar la faz de aquella mujer. Se comprendía que había llorado mucho, mucho, pero su llanto no había sido la lluvia torrencial que destruye sembrados, sino la lluvia menuda que empapa la tierra y de la cual no se pierde ni una gota.

En sus menores movimientos se notaba que su alma estaba poseída de esa tristeza que imprime en el rostro del que sufre la melancolía de los mártires y rodea su frente la aureola de los santos.

Sentóse a mi lado, y mirándome con ansiedad, me dijo:

-Señora, soy profundamente desgraciada. Me han dicho que usted conoce a un hombre que adivina el origen de muchas enfermedades, y que suele aplicar remedios eficaces. Médicos notables me dicen que mi esposo está loco: yo no quiero creerlo, y vengo a que usted me diga dónde podré hallar a ese hombre que sin ciencia cura las dolencias humanas, para que vea a mi esposo. La terrena lo da por incurable, pero la ciencia médica no ha dicho su última palabra. Yo no quiero perder la esperanza de su curación, porque si la perdiera... ¡Oh!... si la perdiera, ¡qué sería de ese infeliz!... Necesito vivir para él, ¿y quién vive sin esperanzas?

Y al decir esto, abundantes lágrimas resbalaron por sus pálidas mejillas.

Yo la miré cariñosamente, y cogiendo sus manos entre las mías, le dije:

-¡Llore usted, llore usted!... El llanto del sentimiento purifica el alma.

-¡Pues crea usted que la mía deberá estar bien purificada, porque he llorado tanto... tanto!...

-Antes ha sido usted muy feliz, ¿no es verdad?

-¡Oh!, sí: completamente dichosa.

-Entonces no le sobran motivos para quejarse de su suerte. En la tierra, la felicidad es una nube de humo que cuanto más pronto se eleva, más pronto se deshace y se evapora.

-Es cierto... Hace diez años que nos casamos enamoradísimos. Nos llamaban nuestros amigos. "El matrimonio feliz". No hemos tenido hijos, pero nuestro amor llenaba el vacío que en el hogar y en el corazón produce la ausencia de los hijos. Cuando menos lo

esperaba, cuando más tranquila se deslizaba mi plácida existencia, vi un día entrar a mi esposo, pálido, convulso, con la mirada extraviada y perdida la razón. ¿Qué sensación se experimentará para morir? No lo sé: miré a mi esposo con indefinible espanto, comprendiendo que desde aquel instante había muerto mi felicidad. ¡Qué días de angustia! ¡Qué noches de insomnio! Sus arrebatos de locura fueron aumentando de tal modo, que se quiso trasladarle a un manicomio: mis lastimeras súplicas lograron impedirlo. Afortunadamente mi pobre loco, rebelde a todos los demás, a mí me obedece y sigue como un corderillo. Basta con que le amenace con matarme, para que sus miradas se fijen en mí con la mayor ternura, exclamando:

"¡Morir tú! ¡Tú morir!... ¡Eso nunca!... Yo haré todo lo que tú me ordenes?". Y obediente como un niño, sigue mis pasos, preguntándome si estoy contenta. Cuando se entristece y comienza a divagar, le hablo del principio de nuestros amores, le recuerdo nuestra dulce juventud, nuestra pasada felicidad, y el pobre sonríe y me dice: "¡Habla!... ¡habla!... ¡Escuchándote soy tan feliz!" Pero de cada día está peor, y mi principal tormento no es por lo de ahora, sino por lo que sobrevendrá. Me daría por contenta como ahora vivo, sin descanso, siempre temiendo que se haga daño, encerrado como una tumba, pues tiene horror a la luz del día, y hay que tener todas las aberturas cerradas para que esté tranquilo. Pero cuando se ponga peor, cuando mi voz no vibre en sus oídos, ni mis manos puedan sujetarle... entonces... ¡se lo llevarán sin remedio! ¡Considere usted lo horrible de una separación semejante! Daría mi vida, cuanto más lo poco que poseo, para hallar un remedio para su mal. Quisiera ser millonaria para llevar a mi esposo a los más renombrados médicos de todo el mundo; pero apenas podré pagar su estancia en un manicomio, donde no le podré cuidar... y tal vez ni verle... si Dios permite todas estas cosas, ¡qué horribles son a veces sus designios!...

-Pues yo, la verdad -dijo otra señora que había escuchado atentamente el relato de María-, lo que es con los locos no quiero bromas: usted está muy expuesta a que su marido, sin saber lo que se hace, haga una barbaridad.

-¡Mientras no la haga más que conmigo... qué me importa! ¿Concibe usted que pueda abandonarse en manos extrañas al ser que ha sido la vida de nuestra vida, al que se ha mirado en nuestros ojos, al que nos ha consagrado todas las horas de su existencia, al que nos ha pedido consejo, al que no ha gozado sino en nuestra compañía, al que ha deseado una corona sólo por ceñirla a nuestra sien? ¡Imposible!... ¿Para qué sirve una buena esposa? ¿Sirve sólo para vivir en compañía del hombre en los días prósperos y tranquilos? ¡Ah! no, señora, no: la mujer, cuando enlaza su destino al de otro ser, es para seguirle en la bonanza y en la tempestad; es para ser su ángel bueno; es para arrancar los abrojos en la senda de su vida; es para ser a la vez su esposa, su amante, su hermana, su hija, su madre; es para refundir en un solo amor todos los amores de la tierra.

Al hablar así, María se transfiguraba por completo. Todo el sentimiento de su alma, toda la ternura de su corazón irradiaba en sus ojos y daba a su voz una vibración tan dulce, tan amorosa, tan conmovedora, que me parecío tener en mi presencia el ángel de la resignación y del amor. Y contemplé a María con más respeto y más veneración que a todas las imágenes que los católicos colocan en sus altares.

Algunos días después, vino María a decirme adiós: se marchaba con su adorado enfermo a cambiar de aires; y al despedirse la estreché contra mi corazón, pidiéndole un recuerdo en su memoria. Díjome que siempre se acordaría de mí. En aquellos instantes encontré bella la vida. ¡Cuando se habla con los ángeles, todo sonríe!

He visto algunas mujeres hermosas, muy hermosas; las he contemplado con asombro infantil, porque soy amantísima de todo lo bello; pero no he visto ninguna mujer que me haya inspirado más respeto y más admiración que María, porque hay en ella un no sé qué inexpresable.

Cuando la vi alejarse me pareció que su negro vestido tenía la blancura de la nieve,

dejando en pos de sí un rastro luminoso.

¡Qué dichosa será la humanidad de la tierra cuando todas las mujeres sepan amar como María!

LO MAS DIFICIL

Más difícil que encontrar la cuadratura del círculo y el movimiento continuo, es hallar un hombre que reúna talento y sentimiento en iguales proporciones. Generalmente, los habitantes de este planeta no tienen más que una buena condición, y las demás cualidades quedan completamente aletargadas.

Hay hombres generosos que se quedan sin camisa para vestir al mendigo que llama a su puerta; pero, en cambio, no se cuidan antes de vestir a su familia; de manera que su gran virtud es una virtud a medias, porque desnudan a un santo para vestir a otro. Llevan el consuelo a la casa del vecino y promueven la discordia en la suya; pues por razón natural, si un hombre casado atiende a cubrir las necesidades de un pordiosero, y su esposa y sus hijos, si llevan cubierto el cuerpo, es porque no pueden ir como nuestro padre Adán, ¿cómo han de mirar con buenos ojos que se ocupe más de los males del prójimo que de los que aquejan a su misma familia? ¡Imposible! Tienen que poner el grito en el cielo.

La caridad es una de las virtudes que más ennoblecen al espíritu, y sin embargo, cuando no va acompañada de cierto método y de un prudente cálculo, se convierte en un defecto, degenera en un vicio que ocasiona gravísimos disgustos, cumpliéndose el viejo refrán de que "no siempre lo bueno es bueno".

Por lo general, todos los hombres muy generosos son poco calculistas; su espontaneidad no les permite medir la profundidad del abismo donde al fin suelen caer. De igual manera los grandes sabios, embebecidos en sus profundos estudios, no se fijan en nada de lo que les rodea, no escuchan la queja del que llora, no se conmueven ante el infortunio, viven abstraídos, son extranjeros en su misma casa. Hemos visto a hombres de muchísimo talento que encerrados en su gabinete, aunque sabían que sobre su esposa pesaban las recriminaciones de los acreedores y que la miseria más espantosa obligaba a su familia a tener que hacer mil papeles ridículos, ellos seguían imperturbables en su trabajo, como si vivieran en otro hemisferio.

¡Es una fatalidad que no puedan caminar unidos la cabeza y el corazón!

Donde sobra la ciencia, falta el sentimiento, y donde éste impera, la ignorancia suele dominar la situación; se hace el bien por una parte y el mal por otra.

Lo más conveniente es armonizar con la instrucción el talento con el sentimiento.

La ciencia a medias enorgullece al hombre, que se cree superior a los demás, y él mismo se exime de los cuidados y de las penalidades de la vida, creyendo que los que le rodean tienen obligación de librarle de todos los asuntos enojosos; mas cuando es verdaderamente sabio, cuando comprende, aunque vagamente, la grandeza y sabiduría profunda, tiene un trato sencillo y afable; en las horas que pasa consagrado a su familia, no desdeña de mecer la cuna de sus hijos y pasearlos mientras lloran; pone su atención en las necesidades y conveniencias económicas del hogar, propone reformas, hace cálculos y levanta castillos para el porvenir de su familia.

Desgraciadamente, los verdaderos sabios escasean; la generalidad de los hombres que se llaman instruidos no poseen sino el oropel de la sabiduría, que les hace lucir y aparentar lo que no son.

Los que no tienen instrucción alguna, pero sí buenos sentimientos, si oyen decir que la caridad abre las puertas del cielo, la practican a su manera, como hemos dicho ya, a

tontas y a locas.

Y no se crea que exageramos: hablamos con el conocimiento de causa; nosotros estudiamos en la humanidad misma y cada familia es un volumen que se ofrece a nuestra observación: así, nuestros escritos son sencillos; pero los tipos que presentamos son sacados del natural.

Nos decía un buen amigo: "Haceís mal lamentando una cosa que está dentro de las leyes naturales. Todos los espíritus tienen una cualidad superior a las demás; a ella consagran toda sus atenciones y por consiguiente todo su progreso".

"Figuraos que poseéis un jardín donde tenéis una planta predilecta. La regáis con el mayor esmero y le cortáis las hojas y las flores secas que la afean y podrían perjudicarla; aunque cuidáis las demás plantas, es mucho más a la ligera. ?Y qué sucede con esta marcada diferencia? Que la planta favorita crece más lozana que las otras, y sus flores son las más vistosas del jardín. Lo mismo sucede con el espíritu que cultiva su planta predilecta".

"Cuando llega el hombre a cierto grado de adelanto, quiere ser bueno, y al tratar de serlo, prefiere siempre una u otra cualidad, y a la preferida consagra todos sus anhelos. El trabajo de la naturaleza es lento, acompasado y es absurdo querer que el hombre obre al contrario de la naturaleza.

Siempre las cosas grandes tuvieron principios pequeños. Los más caudalosos ríos son en su nacimiento pequeños manantiales. La gigantesca nube que arroja sobre la tierra granizo y rayos, comenzó por tenue invisible vapor de agua; el hombre audaz, que lucha con las fieras y las vence, que cruza los mares, que perfora las montañas, que es proclamado rey de la creación por su poderosa inteligencia, ¿qué fue primero? Un ser débil, torpe, impotente, sin fuerza, sin inteligencia, un montoncito de carne modelada. El que más tarde llega a medir la circunferencia del mundo y marca su latitud y longitud; el que en el observatorio astronómico se abisma en las insondables profundidades del infinito, ese ser, cuando nace, no puede dar ni un paso, ni balbucear una palabra, y pasan años antes que pueda procurarse el sustento necesario para la conservación de la vida".

¿Qué extraño es que creciendo el cuerpo tan despacio, las virtudes del espíritu tengan también un desarrollo lento? Lo deplorable es encontrar uno de esos seres de quienes en vulgar lenguaje se dice que no tiene el diablo por dónde desecharlos, absolutamente faltos de toda cualidad buena; mas desde el momento que en un hombre lleno de vicios descuella como un lirio entre zarzas una buena condición, sea la que sea, ya podéis cantar victoria: la tierra yerma donde germina y fructifica una planta, con el trabajo conveniente se transformará en tierra fértil, que recogerá y hará germinar todas las buenas semillas que depositen en su seno".

"Razón tenéis en decir que lo más difícil es poner a la misma altura la cabeza y el corazón. ¿Sabéis lo que pedís, pobres locos? El día que en la balanza del progreso tuvieran el mismo peso vuestro talento y vuestro sentimiento, cesaría vuestra vida de funcionar, porque no tendríais nada que adquirir, y no teniendo que luchar por algo, la vida no tiene razón de ser".

"Adquirid conocimientos; embelleceos con nuevas virtudes; mas, no lo dudéis, al arrojar una mirada sobre el camino recorrido, siempre en vuestra existencia veréis un nuevo horizonte, una nueva perfección que conquistar, un nuevo estímulo que os mueva a proseguir el camino exclamando: ¡Más allá! ¡más allá!"

Así habló nuestro amigo, y estamos conformes con sus reflexiones; pero esto no impide que deseemos ver más armonía en los sentimientos de la humanidad.

Comprendemos que la perfección absoluta nunca será patrimonio del hombre; no obstante, sin ser perfectos, podemos ser más armónicos. Se puede tener buen sentido y aliviar las penas ajenas.

No pedimos imposibles; deseamos que la humanidad progrese, porque tal como

vivimos ahora, se vive mal, muy mal; las virtudes conviértense en defectos, porque nos falta tino para practicarlas.

Si lo más difícil es armonizar nuestros sentimientos, dediquemos nuestros afanes a instruirnos. Viviendo en la indolencia, concluiremos por ser pobres en dos sentidos. Si la opulencia no da la felicidad, la miseria, sí, da la desgracia. Es muy cierto esto; harto tiempo hemos sido desgraciados: procuremos no ser mendigos toda nuestra vida...

¿QUIEN ES MAS FELIZ?

I

Tuve ocasión de tratar con alguna intimidad a un gran político y elocuentísimo orador. Cuando hablaba en el Parlamento, acudía enorme concurrencia. A su preclaro talento debió el llegar a ser presidente del Consejo de ministros más de una vez, convirtiéndose en árbitro de los destinos de España.

Pues bien, a aquel hombre de Estado, que habitaba en un palacio, que para hablar con él se necesitaban valiosísimas recomendaciones; aquel ser privilegiado... no era feliz, estaba muy lejos de serlo; me convencí de ello una tarde que hablando con él, me decía sonriendo amargamente:

-Créame usted, amiga mía: cuando estoy en el poder no me preocupa más que un pensamiento: de qué manera podré descender de mi olímpica altura sin recibir graves lesiones en mi organismo. El aplauso popular no me engríe ni me enorgullece; el enojo del vulgo (que es el murmullo de la impotencia), no ha conseguido nunca entristecerme. La vida política es para mí una necesidad, por dos motivos, a cual más poderoso: primero, porque soy inmensamente desgraciado; segundo, porque no poseo bienes de fortuna, y a la altura a que se han colocado las exigencias sociales, con el producto de mi carrera de abogado no podría atender a las atenciones de mi familia, que sin ser muy numerosa, está en cambio muy mal acostumbrada.

-Entonces usted no siente nada por su patria.

-Los disgustos domésticos y las ingratitudes de los "amigos" han secado la savia de mi corazón, y sólo queda en mí sensibilidad para querer a mis hijas: las quiero con toda mi alma, y sus miradas son las que me alientan para sostener la lucha titánica que vengo sosteniendo entre los imbéciles de abajo y los envidiosos de arriba.

-Entonces dista usted mucho de ser feliz.

-¡Ay! Amalia, la felicidad está tan por encima de mí, que estoy segurísimo que aun cuando yo tuviese las alas del águila, nunca la alcanzaría.

-¿Y no sueña usted con ella?

-Muchas veces. Mi sueño dorado es una casita en las cercanías de Londres, donde vivieran mis hijas casadas y felices, y yo, rodeado de un enjambre de nietos, convertido en maestro de escuela, les enseñaría todo cuanto aprendí en mi infancia; pero eso es imposible, lo sé; lo presiento; mi sueño no se realizará.

Y, efectivamente, no se realizó: el ex presidente del Consejo de ministros murió en el destierro sin haber llegado a ser el preceptor de sus nietos.

II

También conocí a uno de nuestros famosos poetas, en momentos en que celebraban grandes fiestas en honor suyo, en los preciosos instantes en que sus muchos admiradores le ofrecían testimonios de noble y entusiasta admiración: y mientras los unos entonaban loores y los otros adornaban con guirnaldas de flores el salón del banquete, el poeta,

retirado en una magnífica biblioteca, hojeaba maquinalmente algunos volúmenes y me indicaba su opinión sobre varios autores.

Yo le miraba, y por más que quería encontrar en su rostro destellos de contento, el reflejo de la alegría no le iluminaba; y queriendo convencerme de lo que sospechaba, le dije así:

-Voy a pedirle una confesión.

-Mucho pedir es, señora; sin embargo, me precio de galante, y estoy dispuesto a complacerla.

-¿Ha sido usted alguna vez feliz?

-Jamás, señora.

-¿Es posible?

-Y tan posible.

-Habiendo penetrado tantas veces en el templo de la gloria, ¿no ha sido usted dichoso?

-No, señora, porque esa gloria no la he creído merecida. ¿Qué he hecho yo para alcanzarla? ¡Escribir renglones cortos y largos!... La humanidad, señora, suele premiar al menos acreedor; así que sus aplausos, las más de las veces, sólo me causan risa. Los hombres son niños que hasta ahora sólo han sabido romper juguetes; y entre chiquillos, créame usted, se vive muy mal.

Interrumpieron nuestra conversación varios de sus admiradores, y siguió el curso de la fiesta dada en honor de un hombre que se mofaba del entusiasmo que producían sus escritos y sus versos. Al poco rato escuchaba yo los brindis encomiásticos y los aplausos ensordecedores que resonaban como una tempestad...

III

Cierta noche, en una gran recepción, hablé con una joven hermosísima, a quien al parecer todo sonreía. Sus padres la contemplaban extasiados: dueños de enormes riquezas, rodeaban de un lujo deslumbrador a su hija, asediada de mil rendidos adoradores que esperaban como un don del cielo una de sus encantadoras sonrisas.

La noche a que me refiero, mientras la joven tenía a su alrededor un enjambre de galanteadores, volvióse a mí, diciéndome con voz dulcísima:

-Si usted quisiera acompañarme, daríamos una vuelta por los jardines, y así me evitaría desairar a nadie.

Y añadiendo en voz alta que el calor la fatigaba, salimos ambas del salón.

Al verse en el jardín, respiró libremente, y apoyándose en mi brazo, díjome:

-Vamos a aquel bosquecillo, y así estaremos más tranquilas.

Nos sentamos, y estuve contemplando a mi seductora compañera, haciéndome mi pregunta de siempre: "¿Si esta mujer será feliz? Veámoslo".

-Qué dichosa es usted, ¿no es verdad?

-Ciertamente no debería conceptuarme desgraciada, porque mis padres me adoran; mis hermanos no saben qué hacerse conmigo; soy rica; todos me agasajan y me celebran; pero mi primo Luis, el compañero inseparable de mi infancia, al que siempre, sin darme yo cuenta de ello, he amado, se va a casar con una muchacha fea y pobre, y ese casamiento creo que me costará el juicio o la vida. ¡Ya ve usted: quién diría que teniendo tantísimos adoradores, nunca me ha dicho nada el único hombre que yo he amado! Mientras todos me juzgan dichosa, soy profundamente desgraciada. ¿Qué me importa ser bella, si con toda mi hermosura, mi primo Luis se ha enamorado de otra?...

.....
.....

Tampoco aquella preciosa niña era feliz. ¿Dónde podría hallar, pues, la felicidad?

IV

Hace pocas semanas vino a verme un hombre del pueblo, vestido decentemente: en su rostro traslucía algo distinto que en el semblante de los demás: su frente y sus ojos irradiaban esa serenidad precursora de las fisonomías risueñas. Adivinando la respuesta, le interrogué:

-O mucho me engaño, o es usted feliz; ¿lo es en realidad?

-Sí, señora, y más de lo que usted puede imaginarse.

-¿Qué ha hecho para serlo?

-Pues, nada de particular. A los seis años me puso mi padre de aprendiz en casa de un sombrerero, y allí estuve más de veinte años; mis amos me querían más que si fuera de la familia; después me casé, me establecí, y mi mujer y mis hijas se miraban en mí como en un espejo; murió mi esposa, casóse una de mis hijas, yo cumplí sesenta años, y como el trabajo me pesaba un poco, vendí la tienda, saldé todas mis cuentas, quedé en paz con todo el mundo, y me dije a mí mismo: ¿Y ahora qué harás de tu persona? Aún eres fuerte y puedes trabajar en algo que no exija estar todo el día en un taller". Y pensando, pensando, me acordé de los enfermos que gimen en los hospitales, y exclamé: "¿Qué mejor cosas puedo hacer que dedicar los últimos años de mi vida a consolar a mis semejantes?" Así es que pretendí una plaza de enfermero en el Hospital de Santa Cruz, y hace más de un año que consagro mis días al bien de mis hermanos.

Muchos son los enfermos que han muerto en mis brazos bendiciendo mi nombre; muchos los niños que me llaman para que les cuente cuentos, y como un padre cariñoso, los entretengo y acaricio para que tomen las más amargas medicinas, y siempre que sus miradas de gratitud se fijan en mí, siento un placer inexplicable. Hago cuanto bien puedo y estoy contentísimo. Convencido de la supervivencia del alma, tengo la íntima seguridad de que cuando se extinga mi vida actual despertaré en el espacio con la paz y sosiego que hoy disfruto. El que ama, no puede esperar más que cariño. En fin, que puedo asegurarle a usted que toda mi vida he sido feliz, porque siempre he cifrado mis aspiraciones en procurar la dicha de mis semejantes.

¡Qué impresión tan agradable experimenté al escuchar el sencillo relato de aquel hombre humilde! Si la envidia tiene cabida en mi corazón, en aquel instante me hizo sentir sus efectos, pues miré a aquel hijo del pueblo y murmuré con melancolía: "¡Quién fuera como él!"

¿CUANDO SON MAS BELLAS LAS FLORES?

I

Esta pregunta me hacía al ver colocadas las bellas hijas de los jardines en los altares de los Cristos y de los santos, en la frente de las vírgenes desposadas, en las manos y entre los cabellos de las jóvenes, sobre el corazón de apasionada niña, en las mesas de los salones, en los tiestos o macetas de la humilde hija del pueblo... En todas partes me parecían las flores dulces sonrisas de los ángeles; pero donde más impresión me han causado siempre es al pie o alrededor de una tumba. ¿Por qué? Porque allí simbolizan la expresión del más tierno sentimiento; la página más elocuente del amor humano. ¡Un sepulcro sin flores es tan triste!... Es el helado símbolo de la nada: es el no ser del olvido; en cambio, adornado con ellas, parece que no se han roto los lazos entre el cuerpo que se disgrega y la familia que aquél dejó en la tierra. ¡La continuidad de los afectos es tan consoladora!... Y entre los vivos y los cuerpos de los muertos no cabe, al

parecer, otro lenguaje que el de las flores.

Este idioma usé yo durante mucho tiempo con los restos de la noble mujer que me llevó en su seno. Cuando la perdí, cuando abandonó nuestro tranquilo hogar y fué a reposar sus azares y dolores en una humilde y blanca sepultura, yo cifraba todo mi placer en dejar sobre su lápida preciosos ramos de aromadas flores; y cuando el destino me hizo dejar la ciudad oriental donde se disgregaban sus despojos enviaba todos los meses a una amiga mía, dentro de una carta, hojas de rosa, para que las dejara sobre el sepulcro del único ser que me ha querido en este mundo.

Viajes, estudios filosóficos, tareas periodísticas y múltiples atenciones de la vida práctica imprimieron distinto rumbo a mi existencia, y dejé de enviar mis filiales recuerdos de aquella que con su amor sin limites me hizo creer que en la tierra se puede encontrar el cielo.

II

Por deferencia amistosa he ido últimamente a visitar una tumba. Al llegar al cementerio, me detuve al pie de una sepultura que iba a visitar. Ante ella se hallaba un hombre de alguna edad y porte distinguido, que colocaba cuidadosamente una alfombra de flores delante de una lápida de mármol negro con caracteres dorados.

Nada más sencillo ni de mejor gusto que aquel poético recuerdo: aquellas flores sueltas descansando unas sobre otras, mezclando sus perfumes y sus pétalos de matizados colores las rosas, los claveles rojos, las delicadas azucenas, símbolos de la pureza, estaban colocadas con verdadero gusto artístico, combinándose como las gradaciones del arco iris.

¿Qué caracteres, qué cifras formarían aquellas flores? Yo imaginaba que trazaban una frase bendita, que se pronuncia en todos los idiomas y en todas las latitudes; aquellas flores decían: "¡Os amo!"

Sí, amor: el amor guiaba la mano de aquel hombre, que colocaba en la tumba de sus padres la tierna expresión de su sentimiento, sentimiento encerrado en su corazón durante muchos años, pues perdió a sus padres en su infancia. Recorrió después el mundo, obligado por su carrera de las armas, ave de paso, incansable peregrino que nunca llegaba a encontrar el "santo sepulcro", hasta que casualmente se ha detenido por algunos días en la ciudad que encierra la tumba de sus mayores, y entonces toda la esencia de su ternura ha exhalado su delicadísimo perfume, su sentimiento, ha necesitado de un lenguaje especial para hacerse comprender, y escogió las flores, para que éstas dijeran a aquellas inanimadas cenizas:

"¡Moléculas, animaos! ¡Agregaos, átomos! Formad de nuevo corazones que sientan y cerebros en los cuales pueden repercutir los latidos del corazón. Yo quiero que me miren y me escuchen aquellos que un día sostuvieron mis débiles pasos en la tierra; yo quiero demostrarles que, a pesar de haber transcurrido gran número de años, he contemplado siempre en la cámara obscura de mi pensamiento las figuras de aquellos que me bendijeron con sus besos. En los campos de batalla me ha parecido muchas veces escuchar la voz de mi padre que me decía: "Cumple ante todo con tus deberes de hidalgo y de soldado", y cuando he visto una acción buena ejecutada por una mujer, he dicho con profunda convicción: "¡Así las hubiera hecho mi madre, porque mi madre era una santa!"

Todo esto y mucho más decían las flores colocadas en la tumba que contemplé melancólicamente impresionada; y lo repito, nunca me parecen más bellas las flores que ante un sepulcro: entonces hablan, parece que tienen más perfume y más colorido, son mensajeras de amorosos recuerdos; son la fiel expresión de ese sentimiento divino que no se asemeja a ningún amor de la tierra.

Pero yo, que encuentro siempre elocuentes las flores colocadas al pie de los sepulcros,

en noviembre no acierto a descifrar en ellas otro lenguaje que el de la vanidad humana.

No son entonces las mensajeras de amorosos recuerdos: son el antifaz con que se cubre el olvido. Sentimiento que tiene días señalados para manifestarse, no tiene sus raíces en el alma, y sólo me inspira profunda compasión, pues hasta desgracia tienen los que no saben amar. Nada más elocuente que las flores de la tumba que últimamente visité: eran todo un poema de amor. No estaban allí colocadas por la vanidad, sino por el cariño del hombre, por el constante recuerdo grabado en una alma buena que siempre que ve a una anciana dice melancólicamente: "Si viviera mi madre, ¡cuán orgulloso y satisfecho iría yo con ella apoyada en mi brazo! ¡Qué feliz será el hombre que pueda devolver a sus padres los tiernos cuidados que éstos le prodigaron en su infancia!"

III

¡Misterios del destino! Aquel hombre, todo sufrimiento y poesía, en un momento dado, cuando suenen los bélicos clarines, saldrá al frente de su hueste y tendrá que hacer fuego contra sus propios semejantes, y en otras ocasiones se verá, como juez, obligado a firmar una sentencia de muerte. ¿Se acordará, en esos momentos supremos, de la losa donde yacen los restos de sus padres, y de las flores que amorosamente esparció en ella? Y si se acuerda, ¿no es verdad que le será muy doloroso tener que cumplir con unos deberes que le obligan a matar? El que confía a las flores sus más íntimos pensamientos, ha de tener una sensibilidad exquisita, ¡y qué mal se aviene la sensibilidad con las luchas fratricidas!

El melancólico espectáculo de aquel sepulcro florido despertó en mi mente reminiscencias del pasado, resucitando en mi memoria la época en que yo también creía que las flores eran los únicos eslabones de la cadena que pone en relación a los vivos con los muertos. Hoy tengo el íntimo convencimiento de que las almas viven, y que los sepulcros no son otra cosa que laboratorios donde se descompone la materia. Mas como lo que se creyó en la niñez deja siempre huellas en el ánimo, aunque después los estudios filosóficos deslinden los campos y la razón demuestre la falsedad de lo que se creyera verdadero, no obstante que digo con Ceferino Treserra "que los muertos se comen a los vivos", y que los cementerios son focos de putrefacción infecciosa, por cuyo motivo soy partidaria entusiasta de la cremación de los cadáveres; a pesar de todo, cuando he visto una tumba y ante ella un hombre colocando flores, he sentido una emoción indefinible; y es que se sobrepone a todas las filosofías y a todos los más profundos argumentos de la fría razón el íntimo sentimiento de un alma buena.

El amor en todas sus manifestaciones atrae, seduce, se apodera de las inteligencias y su ley bendita domina sobre todos los adelantos del progreso humano. Siempre las flores del amor filial esparcidas junto a una lápida mortuoria exhalarán suavísima fragancia.

EL RETRATO MORAL Y FISICO DE DOÑA AMALIA DOMINGO SOLER

En muchos de los escritos de Amalia, deja entrever su figura moral y su estructura física con más relieve de lo que pluma extraña pueda trazar o bosquejar. Los espiritistas damos cien veces más importancia a lo espiritual, al hombre interior, al alma, que al mismo organismo, siendo éste un accidente, y aquélla imperecedera. El cuerpo humano es de existencia efímera, una forma transitoria, un vaso que contiene el perfume divino del espíritu. El contenido es lo eterno que se evapora, se volatiliza, para condensarse

con duplicada vida en otra parte, y el continente queda sin valor alguno, destruido y pulverizado, para confundirse en el seno de la tierra, de cuyos átomos y moléculas y partículas forma parte. El cuerpo pierde su forma; el espíritu conserva siempre su unidad.

El cuerpo visible de Amalia, su forma de mujer, tenía poco de estética estatutaria y de belleza, tal como se entiende en el mundo del arte plástico, que juzga por determinación de líneas, haciendo del tipo de Venus Citerea el modelo de la superior belleza en la mujer y de Apolo de Belvedere el ejemplo de la perfección masculina. Amalia nació en la tierra del sol, en el país de las mujeres más hermosas y más graciosas y más risueñas de la esfera terrestre. En Andalucía, donde en las noches obscuras el cielo brilla con su serenidad, y las estrellas relucen como diamantes y pedrería de los infinitos espacios. Allí donde las andaluzas de ojos negros dejan caer sobre las espaldas sus trenzas de ébano que las obligan con su peso a levantar la cabeza, y tendiendo al cielo sus brazos como para huir de la tierra, danzan como si un delirio las poseyera, al son de guitarras sonoras y ligadas en largas cadencias como una serie de perlas cayendo armoniosas en un búcaro de cristal de Bohemia.

Andaluza era Amalia. ¡Qué dolor tan insondable para una mujer nacida en medio de un paraíso, viendo en torno suyo cómo la pasión tomaba entre sus compañeras la intensidad infinita de tan ardiente clima, ver robada al cielo la luz para encender sus ojos negros relampagueantes de pasión bajo sus sedosas cejas y entre sus largos párpados; las trenzas que parecen animadas como serpientes cuando se enroscan por su blanco cuello, entre todas estas llamas donde reverberan la pureza y la hermosura de las formas esculturales! ¡Qué pena más honda y más indecible nacer y vivir entre jóvenes hermosas y alegres, siendo una excepción de la regla, una mujer relegada al olvido, incapaz de asociarse a un compañero de su vida, y aun de sentir los aleteos de la pasión amorosa, por tener un cuerpo deforme, una salud quebrantada, un organismo enfermizo, una forma femenil raquítica y mísera, sin luz en los ojos, hasta el punto de estar siempre casi ciega, sufriendo a la par que todas las torturas de la materia, todas las amarguras del alma, viéndose sola en el mundo, acechada y acosada por todos los infortunios!...

Quedábale el rasgo de su carácter andaluz en el gracioso ceceo de su lenguaje, en la viveza de sus palabras y en la ironía ingeniosísima de su conversación salpimentada de cáusticas e incisivas ocurrencias. Sabía ser satírica en ocasiones oportunísimas y sus comentarios sobre personas y sucesos no podían ser más acertados, causando la admiración de sus íntimos.

En cambio, el ser interior que encubría aquella enclenque envoltura carnal, era hermoso como un ángel que desplegaba sus alas al impulso de su pluma luminosísima, remontándose a alturas inconcedibles y sorprendiendo a propios y extraños con su fecundidad pasmosa, su poderosa inspiración y su admirable perseverancia ideal, llegando a ser, entre los adalides de primera fila del Espiritismo español, una gran figura cuyo nombre y cuyos escritos pasarán a la posteridad como modelos de amorosas efusiones y grandilocuentes sentimientos.

Si la naturaleza hubiera sido pródiga con Amalia y el escenario de su vida hubieran sido los salones de un palacio, pocas mujeres habrían descollado en el mundo, por su influencia genial, como ella, si a su vuelo inteligente se hubiesen unido el encanto físico y los medios que proporciona una buena posición social.

Asombra pensar cómo una pobre mujer que vive de su trabajo de humilde costurera ambulante, sin más instrucción que la recibida en escuelas primarias tiene tiempo para educar su inteligencia, cultivar sus facultades y llegar a ser una escritora popular, amada por miles de lectores que todavía, después de cerca de medio siglo, la siguen leyendo y la nombran con veneración y cariño.

De una sensibilidad femenil y delicada siempre que nos recuerda el hogar; de un tierno afecto por la naturaleza y por el arte, amada la una con ingenuidad de hija del

pueblo y cultivando el otro con erudición de doctora; tan fácil a las emociones místicas cuando se rodea de correligionarios de ambos sexos ignorantes y sencillos que les habla en el único lenguaje que comprenden, como a las emociones humanitarias y científicas cuando sigue la escuela espiritista y se cree la encarnación viva de una verdad ideal y de una virtud metafísica y psicológica; librepensadora profunda, de una facundia sólo comparable a la continua electrización de sus nervios caldeados por la fiebre de la propaganda de las ideas con toda la pasión de su alma.

Amalia es pura y simplemente una escritora. Existen personas que nacen hablando y escribiendo, y nuestra heroína debió nacer esgrimiendo una pluma en su diestra. Amalia redujo su vida enteramente a leer, hablar y escribir. En leer era incansable, hasta que sus ojos se lo impidieron. En hablar era abundosa y diferente de como escribía. Sus escritos son de una dicción castiza y su conversación era pintorescamente andaluza, abandonándose a los giros y modismos de su tierra natal.

Amalia escribía sujetándose a la costumbre gramatical y a los cánones del estilo castellano y ciñendo su fantasía a los mandatos de la soberana razón. Poetisa de nacimiento, pulsaba la lira con extraordinaria maestría, sin haber estudiado ninguna carrera literaria, ni siquiera hojeado tratados de poética y retórica. Cantaba como los pájaros, y su fuerza de escribir versos, produjo hermosas composiciones sentimentales en toda clase de metros, con el ritmo libre de su elección en cada trabajo, que si no son lo que podemos llamar obras de arte, son eclosiones puras del sentimiento, ecos de un alma dolorida que siente y hace sentir y hace vibrar las fibras del alma del lector, porque las de su alma estaban de continuo vibrantes, hasta el espasmo, herida por todas las punzantes espinas de las contrariedades y de las turbulencias del mundo.

El afán por escribir de Amalia, se conoció desde su infancia, en el inmoderado empleo de la pluma para todo y en el número incalculable de sus cartas y de sus artículos dados a luz en multitud de periódicos y revistas. Así forman volúmenes y volúmenes los publicados. Escribía a todas horas, de todos los asuntos imaginables, descargando así de su cabeza el pesimismo que podía abrumarla, desahogando su corazón de mal dominados afectos, gozosa con comunicar sus emociones e irradiarlas, como se irradian las llamas, los luminares, el calor. De este modo escribió artículos con tan diversos temas y tan variados matices, como la policromía de una floresta. Que sentía la tranquilidad en un hogar y tierno culto a una madre hacendosa y a un padre bondadoso, pues artículo al canto. Que una tarde veía la puesta del sol desde una buhardilla cerca del cielo, pues otro artículo. No podían irse los vencejos, volver las golondrinas, aromar el ambiente la flor primaveral, pararse un gorrión en las tejas, comentar una biografía de filósofo moderno, sin relatar todo esto en una poesía o en otro artículo más, sumado a larga sarta de sus concepciones literarias. Un día le escribía al señor Ansó y Monzó, el director de "La Revelación" de Alicante; otro día al señor Colavida, en Barcelona, fundador de la "Revista de Estudios Psicológicos", y luego a don José Amigó, autor de "Nicodemo" y director de "El Buen Sentido", de Lérida, diciéndoles a unos y otros que admitieran sus artículos a cambio del valor de la suscripción, ya que no podía pagarla en numerario activo.

Y escribiendo toda la vida, llenaba todas las hojas periodísticas del Espiritismo de España y de América con una profusión y una profundidad increíbles.

No creer en el dolor, desarmar el goce, desoír el sentido para los reclamos del vicio, hacer de la conciencia como el verdadero sol de la vida, no ceder a las tentaciones más imperiosas de la sangre, huir de la voluptuosidad y adorar el deber: he ahí lo que Amalia Domingo se proponía para que sus lectores se aleccionaran en cualquier acto de la vida para conjurar una debilidad y dominar una flaqueza.

Hay que hacer constar la principal virtud de esta mujer histórica, de esta heroína del librepensamiento, apóstol inolvidable del sublime Espiritismo. Al consagrarse a la propaganda activísima de unas ideas tan revolucionarias, tan reformadoras y

progresivas, como son las ideas espiritistas, corría por una parte al ridículo de una minoría exigua de combatientes decididos, frente a las nutridas y formidables huestes del oscurantismo religioso, del fanatismo católico, de la monarquía entronizada y del poder autocrático triunfante y poderosísimo. Y por otra parte, en medio de las luchas políticas, desatadas las pasiones, con leyes vigentes prontas a hacer enmudecer a la prensa y a sus redactores, encerrándolos en una prisión, con la amenaza del destierro y el peligro de muerte en caso de rebeldía, nada más fácil que caer una denuncia sobre un periódico liberal, un proceso y un castigo brutalmente ejecutado por los sayones del Gobierno, receloso y enemigo acérrimo de toda innovación ideal y de todo intento progresista.

En este estado de cosas y afrontando todos los peligros, levántase esta pobre mujer a la defensa de todos los oprimidos, de todos los desheredados, pónese en comunicación con numerosos presos de cárceles y prisiones del Estado, proclama la libertad de conciencia frente a frente del dogma, desafía las iras clericales y reta a duelo a un ilustre jerarca de la Iglesia católica, tan elocuente y renombrado como el canónigo don Vicente Monterola, refutando brillantemente con razones indesmentibles los errores y los absurdos contenidos en aquella lujosa y voluminosa obra "El Satanismo", escrita expresamente para confundir y anonadar las doctrinas espiritistas. ¡Es la obra maestra de Amalia! Desde entonces quedó consagrada en el campo espiritista como nuestra defensora más entusiasta del ideal. Ya antes había publicado las célebres "Memorias del Padre German", que tantos adeptos proporcionaron a nuestras doctrinas. Así comunicaba electricidad, como una máquina muy llena de fluido; inspiraba con sus escritos afectos de profunda y verdadera emoción idealista; aparecíase como una especie de Armida entre caballeros cruzados del régimen medieval.

El relato de la escritora que tanto nos interesa a los espiritistas refiérese a lo hecho por ella en una época difícil y temible aun para los hombres avezados a la lucha brava de las ideas revolucionarias. Resumamos con fidelidad sus recuerdos. Conocer el valor de nuestra heroína equivale a conocer una de las fases mayores y más trascendentales de aquella época sombría de despotismo y de tiranía político-religiosa.

Mucho más podríamos decir en honor de aquella mujer heroica que se llamó Amalia Domingo Soler; pero otros escritores harán, después de nosotros, la biografía exacta y merecida del talento y de la abnegación de nuestra hermana en creencias, haciéndole debida justicia.

Todos los espiritistas del pasado, del presente y del porvenir, le debemos inmensa gratitud y profundísimo cariño.

FRAGMENTO
DE UNA CONFERENCIA DADA EN LA SOCIEDAD
ESPIRITISTA "CONSTANCIA" POR EL SEÑOR BERNABE
MORERA, EL 29 DE JULIO DE 1914

...El Espiritismo en España tuvo iniciadores eminentes, cuyos nombres son y serán venerables bajo todos los puntos de vista.

De los que más sobresalieron, de los que más lucharon logrando simpatía universal, fue una mujer admirable.

Su nombre os debe ser muy familiar. ¿Quién de vosotros no ha oído nombrar a doña Amalia Domingo y Soler?

Por menos méritos de los que el espíritu de esa escritora insigne atesoraba, se han levantado monumentos y altares a héroes y santos de otras idealidades.

El Espiritismo no entró todavía en la época de erigir arcos de triunfo en homenaje de nuestras glorias consagrando a los grandes maestros. El día que esto suceda, bien merecida tiene doña Amalia Domingo Soler una magnífica estatua orlada de flores. ¡Fue una verdadera heroína, una mártir, una santa!

Nació Amalia en Sevilla. Como buena andaluza, fue apasionadísima por las flores. Frecuentemente decía esta escritora en sus artículos: "Una casa sin libros, sin pájaros y sin flores, es un hogar que da frío en el alma".

Cuenta ella que desde muy niña era ya refractaria al catolicismo. Aún no tenía siete años, que decíale a su señora madre al salir de un templo: "En lugar de traerme a misa, llévame a la orilla del río Guadalquivir: allí sí que está Dios; aquí en la iglesia yo no lo veo, y en las márgenes del río, sí".

A la edad de quince años fue Amalia a ver el tesoro de la catedral de Sevilla; contemplando tantas riquezas amontonadas, escondidas y por consiguiente inútiles e improductivas, dijo al deán que la acompañaba: "¡Qué lástima de dinero empleado en joyas que nadie ve ni disfruta, cuando hay tantísimos pobres que se mueren de hambre!"

El sacerdote la miró iracundo y la dijo:

-¡Niña! ¡niña!... ¡Sin duda tú desciendes de herejes!

De las memorias que de su vida terrestre escribió doña Amalia, se leen estos párrafos:

"Al perder el único ser que me ha querido en este mundo, todo mi afán era pensar en los restos de mi madre. Tan fijo estaba mi pensamiento en esta idea, que una noche, habiéndome acostado pensando en lo mismo, y estando perfectamente despierta, vi adelantarse una sombra enlutada; me incorporé súbitamente, porque reconocí en ella a mi madre.

AL acercárseme, ahogué un grito de espanto, porque su rostro estaba desfigurado, sus ojos habían desaparecido; de aquellos ojos que tanto me habían dicho con sus expresivas miradas, sólo quedaban dos negros huecos; su nariz se había prolongado; sus mejillas descarnadas y prominentes; su boca hundida: ¡qué desilusión tan completa! De aquel semblante dulce y amoroso, nada quedaba. Mi asombro y mi estupor crecían; sin embargo, enmudecí, porque pensé que si gritaba y revelaba mi espanto, se ofendería mi pobre madre y le causaría honda pena. Esta reflexión me puso silenciosa. La sombra se inclinó y me dio un beso en la frente. El contacto de aquel dulce beso me reanimó, y pregunté a la sombra:

-¿Cómo te encuentras?

-"Echo de menos tus cuidados" -contestó mi madre, con voz desfallecida, y al pronunciar estas palabras se alejó lentamente, desvaneciéndose al mismo tiempo.

Aquella aparición transformó mis ideas. Yo estaba segura que no había soñado; pero sabía muy bien que a cuantas personas contara lo que me había ocurrido, se reirían de mí, y como siempre he sido enemiga de burlas y bromas pesadas, me calle".

De este modo cuenta sencillamente el caso de la aparición de la autora de sus días. La pobreza, en su grado extremo, mejor dicho, máximo, la soledad más espantosa, peor aún que la pobreza, y las enfermedades, asaltaron algún tiempo a la infortunada Amalia.

Hizose protestante, creyendo hallar en la religión reformada luterana consuelo a su espíritu atribulado, sin convencerla plenamente. EL día que cayó en sus manos un periódico titulado: "El Criterio Espiritista", y lo leyó, la más profunda convicción se apoderó de ella, penetrando en su alma hasta el fondo. No necesitó más: su conversión al Espiritismo fue rápida, momentánea, fulminante.

Comenzó a escribir Amalia en "La Revelación", de Alicante, cuyo director era el señor Ansó y Monzó. Sucesivamente fue llamando a la puerta de todos los periódicos espiritistas, ofreciendo trabajos literarios y filosóficos como pago de las suscripciones.

Una afección a los ojos hízola más desgraciada a la infeliz mujer, cuya alma era de ángel, y un hermano en creencias, don Luis Llach, presidente del círculo espiritista, "La Buena Nueva", de Gracia, en las afueras de Barcelona, hallándose un día con doña

Amalia, le dijo:

-Vente a mi casa; mi esposa y mis hijos serán tu familia. Dedicate a difundir la luz, y no te preocupes de tu porvenir; créeme, hacen más falta escritoras espiritistas que costureras.

Aceptó el ofrecimiento, y en dicha casa amiga pasó el resto de su existencia terrenal.

Varias veces habíamos tenido correspondencia particular, doña Amalia y yo, sobre asuntos del Espiritismo, referentes a "La Luz del Porvenir", que dirigía ella en Barcelona, y al "Iris de Paz", de Huesca, del que era yo colaborador. Una vez recuerdo que recogí firmas de dos o tres ciudades aragonesas entre masones y espiritistas, y le envié un mensaje afectuoso autorizado por los firmantes y mi modesto nombre. La contestación fue como son todos los escritos de Amalia, un modelo de bondad.

Una vez sola tuve el gusto de ver personalmente a la ilustre escritora. Era en ocasión de mi venida a la Argentina. Al pasar por Barcelona para embarcarme en aquel puerto, quise aprovechar la oportunidad de visitar a la buenísima Amalia, y tuve ese placer deseado tanto tiempo. Aún me parece estar viéndola, sentada al pie de un árbol, en le jardín de la casa de Llach. Serían las horas próximas al mediodía. La mañana era espléndida; el sol reía a carcajadas en el cielo, brillando en todo su esplendor; una brisa suave perfumaba el ambiente; era uno de esos días risueños en que la naturaleza parece que se viste de gala y luce todos sus encantos. El árbol a cuya sombra cobijábase la sin par escritora, era un almendro en flor, vestido de blanco como una novia, contrastando su nívea vestidura con el ropaje obscuro y modesto que envolvía el cuerpo material de aquella mujer pequeña en apariencia, pero grande en realidad.

Acompañabame mi camarada de armas y fatigas en campañas espiritistas, hoy celebrado escritor y autor de muchos libros, Quintín López Gómez. Nos paramos a cierta distancia, contemplando a Amalia, que estaba escribiendo, y díjome mi compañero:

-¡Ahí tienes a nuestra heroína, doña Amalia Domingo y Soler!

Ella permanecía ensimismada en su labor. Junto a sí había algunas sillas y una mesita en donde se veían libros, periódicos y recado de escribir.

No sabría expresar la emoción honda que sentí a la vista de aquella mujer. Díeronme ganas de arrojarme a sus pies y adorarla como un fanático a su ídolo predilecto. Nos acercamos lentamente. Quintín la llamó: se saludaron familiarmente, y entonces me presentó a ella y nos estrechamos efusivamente las manos. Me miró con fijeza, dibujaron sus labios una sonrisita desdeñosa, y dirigiéndose a ambos visitantes, a la vez que nos daba un golpecito en el hombro, exclamó:

-¡Cobardes!... ¡Dejarse morir el "Iris de Paz"!... ¡Cobardes, más que cobardes!...

Nos invito a sentarnos y tomó la palabra, lamentándose de la tibieza de fe de muchos espiritistas. A las primeras palabras que escuché de Amalia, comprendí que la mujer era muy diferente de la escritora. Tenía un aire especial, y su semblante una expresión indefinible. Sus ojos parecían depósitos de lágrimas, en tanto que por sus labios vagaba un rictus de desdén que adquiría a intervalos un mohín de sátira fina que diluía en frases cáusticas dichas con ese acento ceceoso de Andalucía. Con cierta gracia no exenta de verdad, nos fustigó a nosotros dos, aludiendo a los espiritistas en general, que entre tantos no sabíamos sostener pujante "La luz del Porvenir", publicación que estaba amenazada también a desaparecer, por falta de recursos. Tanta altivez denunciaba su rostro, tanto hastío y cansancio en su modo de reclinarse en el respaldo de la silla, que tanto Quintín como yo permanecimos breves momentos como dos presuntos reos acusados de un crimen. Apenas pudimos articular algunos monosílabos en floja defensa nuestra. Nos sentíamos algo molestos. Indudablemente doña Amalia estaba aquella mañana de mal humor y nos asaeteaba con su aguda ironía.

En eso llegaron cuatro obreras jóvenes que volvían del trabajo de una fábrica próxima, y antes de ir a sus casas entraron bulliciosamente a saludar a su amada consejera

Amalia.

Las cuatro muchachas se abalanzaron hacia la insigne luchadora de nuestros ideales, besáronla en la frente, en las mejillas, en la boca. Una de ellas le tenía prisioneras ambas manos, besuqueándoselas ansiosamente; otra palpábale los vestidos con amor, y todas ellas la abrumaban de tiernas caricias, llamándola con los nombres mas cariñosos, formando un grupo encantador, como un ramillete de flores.

-¡Ah! ¡loquillas, loquillas mías! -les dijo-: me queréis mucho, pero yo os quiero mucho más...

Riéronse todas y marcháronse corriendo, no sin volverse desde la entrada y enviarle besos al aire con graciosos movimientos. Desaparecieron.

En ese tiempo, Quintín y yo estábamos olvidados. ¡Ni nos habián visto aquellas invasoras!

Doña Amalia reanudó nuestra charla en tono bien diferente de antes. Nos habló dulcemente, estableciéndose entre nosotros una franca cordialidad.

Yo la miraba con profunda atención. La figura de Amalia era contrahecha, un poco gibosa, pequeña de estatura, flaquita. Su semblante demacrado acusaba bien a las claras los hondos surcos que habían impreso los amargos pesares de su vida dolorosa.

¡Cómo no había de estar amargado aquel ser, grotesco exteriormente, con aquella envoltura corpórea tan antiestética, conteniendo un espíritu artista, un alma poética, un ser todo sentimiento, todo ternura, todo corazón, consagrado al consuelo de sus semejantes los humildes, los desheredados, los tristes, los caídos, los que tienen hambre y sed de justicia, los pobres, los niños, los ciegos, los enfermos, loes encarcelados!...

Viendo a doña Amalia Domingo, había que desviar la mirada de su cuerpo físico, para mirar en ella su ser interior, la esencia invisible y divina de aquel espíritu, feliz intermediario entre los habitantes del espacio y los de la tierra, autora de composiciones literarias emocionantes y de obras filosóficas y morales que tantos adeptos ganó a la causa espiritista.

¡Espíritu admirable el de Amalia! Frecuentemente recibía cartas de agradecimiento, escritas por manos de encarcelados, desde los más apartados presidios de España y de muchos hospitales, donde los enfermos y los desgraciados abrían el pecho a la esperanza, conmovidos y consolados por la espiritual hoja periodística "La Luz del Porvenir".

NOTAS BIOGRAFICAS

En 1881, los espiritistas de Tarragona obsequiaron con una preciosa escribanía de plata a doña Amalia Domingo y Soler, por su inteligente acierto e incansable actividad en la propaganda de los principios y doctrinas que sustenta el espiritismo.

Con este motivo, el director de la notable revista "El Buen Sentido", don José Amigó y Pellicer, escribió lo siguiente:

"Admiradores del celo propagandista, en que no tiene rival, de doña Amalia Domingo y Soler, de su sencillez, de sus relevantes prendas de carácter, de sus bondadosos sentimientos, la conceptuamos acreedora a una honrosa distinción, no de parte de unos cuantos correligionarios de una sola ciudad, sino de todos los de España, y aun de los de todo el mundo. Atacaba impunemente en Barcelona, desde el púlpito, al Espiritismo el Obispo don Vicente Manterola, sin que una voz varonil, entre tantos hombres ilustrados como profesan el Espiritismo en la capital de Cataluña, recogiese aquellos ataques y los rechazase públicamente; hubo de ser una mujer la que con valentía rebatiese todas las acusaciones por medio de la prensa, y esta mujer fue Amalia. Su libro "El Espiritismo

refutando los errores del Catolicismo Romano", es para Amalia un título de inmarcesible gloria, y una prueba evidente de que no bastan los hombros de un gigante, por robustos que sean, para sostener un edificio que se desploma".

El distinguido escritor señor Ansó y Monzó, director de "La Revelación", de Alicante, fue el primero en recoger la idea de don José Amigó, diciendo en las páginas de su revista:

"Nos asociamos con toda sinceridad y con toda la efusión de nuestra alma, a tan justo como laudable pensamiento, para cuya realización nos hallamos dispuestos a prestar todo nuestro apoyo y nuestra cooperación, ya que tanto se merece nuestra apreciable colaboradora e incansable propagandista de nuestras ideas, la esclarecida escritora doña Amalia Domingo, con cuya amistad ha tanto tiempo nos honramos. Den forma, pues, al pensamiento los que en tan buena hora lo han concebido, y tracen el camino que debe recorrerse para conseguir esa honrosa distinción que se desea, ya que a ella se ha hecho acreedora doña Amalia. Procuremos, nacionales y extranjeros, admiradores todos de las dotes que distinguen a nuestra ilustre compatriota, mejorar un tanto la precaria situación en que vive, apartando de su espíritu los cuidados con que las indispensables necesidades de la vida le distraen y perturban, para que, más libre e independiente, pueda sostener el vuelo de su admirable inspiración y la lucidez de su inteligencia, al dedicarse a sus literarias tareas. ¿Quién habrá que llamándose espiritista, se niegue a contribuir con un pequeño óbolo a esta obra de justicia y de gratitud a un tiempo?".

Explorados los ánimos de los adeptos al Espiritismo por las aludidas revistas de Lérida y de Alicante, secundadas por la prensa espiritista de España, fue don José Amigó quien formuló el proyecto de una pensión vitalicia para Amalia en este brillante artículo:

"A los espiritistas nacionales y extranjeros:

Cuando nosotros, huyendo de una fe que repugnaba a nuestros sentimientos y de un dogma que no satisfacía a nuestra razón, vinimos a principios del año 1873, al campo del espiritismo, los escritos y el nombre de Amalia Domingo y Soler llenaban ya la prensa periodística espiritista de España y de las Américas. Sus lucubraciones filosófico - religiosas, impregnadas de convicción y dulzura, llevaban a todas partes la buena nueva de una creencia regeneradora, celestial, divina, llamada a transformar la humanidad, salvándola del marasmo y de la perturbación moral en que la sumieran, por el fanatismo y la ignorancia, los eternos enemigos del progreso. Era ya a la sazón Amalia la heroína de la nueva idea; y sin embargo de ser una débil mujer, peleaba en la vanguardia entre los más esforzados campeones.

Desde entonces no la hemos visto flaquear ni descansar un momento. Se multiplica de una manera prodigiosa, inconcebible, viéndosela aparecer simultáneamente en Europa y América, siempre prodigando los consuelos de su fe y comunicando a los demás el fuego que inflamaba su corazón.

Testimonios de su laboriosidad inagotable son "El Criterio" y "El Espiritista" de Madrid; "La Gaceta de Cataluña", "La Luz del Porvenir" y la "Revista de Estudios Psicológicos", de Barcelona; "La Revelación", de Alicante; "El Espiritismo", de Sevilla; "La Ilustración Espirita", de Méjico; "La Ley del Amor", de Mérida de Yucatán; "La Revista Espiritista", de Montevideo; "La Constancia", de Buenos Aires; los "Annali dello Spiritismo", en Italia; "El Buen Sentido", de Lérida, y otros periódicos que sería largo enumerar.

Es la encarnación de la bondad, de la sencillez, de la energía, de la nobleza de carácter, de la ternura fraternal, en un vaso frágil y delicado; es un alma grande en un cuerpo débil y enfermizo. Quien la conozca, quien la haya tratado y visto con su salud continuamente quebrantada, con sus fuerzas de niña, casi ciega a consecuencia de sus

habituales vigilias consagradas al estudio y al trabajo, no comprenderá cómo pudo escribir durante el año pasado ciento dos artículos, publicados en multitud de periódicos y revistas de esta y de la otra parte del Atlántico.

Ahora bien, esa heroína de la virtud y del trabajo, esa alma angelical, esa eminente escritora de la escuela espiritista, vive en la más triste orfandad y se sienta a la mesa que la caridad le ofrece. Sin padres, sin hogar y sin familia, no tiene otro amparo que la conmiseración de alguno de esos seres generosos que la Providencia pone en el camino de las almas atribuladas. Amalia, que jamás ha vendido su pluma, ignora, cuando escribe alguno de sus artículos, en que tanto consuela a los que sufren, si al terminarlo se habrá agotado aquella conmiseración. ¡Oh! ¡cuánto han de angustiar su espíritu los temores de su inseguro presente y de su sombrío porvenir! ¡Cuántas veces sus lágrimas correrán sobre el papel donde derrama los tesoros de una inspiración cuyo ideal es secar las lágrimas ajenas!

Hora es ya de que Amalia sepa que no está sola en el mundo. Urge hacer llegar a su oído una palabra que la aliente. No basta admirarla: es necesario que sus trabajos obtengan el premio que merecen. Si viviese en una posición holgada, esta recompensa podría consistir en un objeto de arte que simbolizase sus merecimientos; mas en su actual estado, en su situación aflictiva, lo que debemos hacer es mejorar su suerte poniendo en sus manos los recursos que tiene derecho a ello: sacrifica su salud y ofrece toda la actividad de su alma en el ara santa del progreso, y por tanto, los que blasonamos de anteponer a todo, el bien de la humanidad, faltaríamos a un deber sagrado si dejásemos aquellos sacrificios sin la merecida recompensa. No se trata de hacer una obra de caridad: se trata de pagar una deuda contraída.

Para esta obra de justicia nos dirigimos a nuestros correligionarios. Tenemos la seguridad de que no será desoída nuestra voz y de que no hacemos sino formular una aspiración general.

Unámonos todos en el noble propósito de mejorar la aflictiva situación en que vive nuestra buena hermana Amalia, para que su espíritu, libre de temores y de las inquietudes que le absorben, pueda remontarse a mayores alturas, en pos de los bellísimos ideales que acaricia y acariciamos todos.

En virtud, pues, de las precedentes consideraciones, proponemos:

Formar, por vía de suscripción voluntaria, una pensión perpetua de seis mil reales anuales a favor de la distinguida escritora doña Amalia Domingo y Soler.

Si la suscripción total no ascendiese a la cantidad dicha, l pensión quedará reducida al importe de la suscripción; si excediere de los seis mil, el exceso se depositará en un Banco o Caja de Ahorros, para cubrir en su caso las bajas que ocurrieren entre los suscriptores.

Lérida, 15 de Noviembre de 1880.

Por la Redacción de "El Buen Sentido", José Amigó y Pellicer".

La publicación del documento precedente causó honda impresión en el campo espiritista. Todos los periódicos reprodujeron el trabajo, y todos los centros se apresuraron a contribuir a la suscripción para crear una renta vitalicia para la buena y santa mujer que con el nombre de Amalia era el ángel del amor de todos los desheredados, siendo ella la más desamparada de la fortuna y de la salud.

No faltaron los espiritistas que lanzaron notas estridentes como músicos que no estudian bien la partitura y resultan torpes componentes del concierto armónico; pero la inmensa mayoría aceptó la hermosa idea expuesta por el director de "El Buen Sentido".

"La Revelación", de Alicante, publicó la siguiente adhesión entusiasta:

"Señor Director de "El Buen Sentido":

Con inmenso júbilo hemos leído en su periódico la acogida y ampliación que da al

pensamiento nacido a impulsos del sentimiento y justísima gratitud, como merecido tributo a la fe inquebrantable, al talento consagrado sin descanso ni tregua alguna a la propaganda del Espiritismo de nuestra queridísima hermana doña Amalia Domingo y Soler.

Grande, noble y levantada es toda empresa que conduzca al hombre a mitigar las penas de sus semejantes; pero más sublime y santa es la que lleva a endulzar las amarguras de una existencia sumida en la orfandad, la pobreza, el trabajo y la virtud, títulos honrosísimos que unidos a la inspiración constante, a la fecundidad de ideas con que se distingue Amalia, forman en conjunto esa brillante perla que desde el santuario humilde de la hospitalidad envía sus resplandores por todos los confines del planeta.

No vamos a ejercer un acto de caridad, sino a reparar una falta que ha largo tiempo cometemos, a pagar una deuda que pesa sobre la comunión espiritista, como frío sudario que amortigua nuestros más caros sentimientos. Acaso seamos nosotros la única escuela, en la época presente, que menos sacrificios se haya impuesto por uno de sus mejores sacerdotes, cuando éste, si bien se presenta en la arena como gigante atleta, como infatigable obrero a defender y levantar muros inexpugnables que no pueden escalar ni los más grandes eruditos enemigos de nuestras regeneradoras creencias, es, al fin, una mujer débil, con la salud quebrantada por el trabajo, que vive de la caridad.

No debemos permitir por más tiempo que este precioso tesoro, esta joya del Espiritismo, vague sin derroteo fijo, sin un hogar que le dé derecho y la satisfacción de decir "Esta es mi casa".

Así, pues, confiamos que los espiritistas todos responderán a la voz de "El Buen Sentido", acogiendo tan laudable propósito; pero una dolorosa experiencia contrista nuestro ánimo, y entrevemos, en tiempo no muy lejano, la decadencia o la extinción de esta benéfica obra por la razón casi lógica de que las suscripciones repetidas, todas van al fracaso al fin.

Somos hijos de la tierra, fáciles a las impresiones primeras, con pasión vehemente, y luego el soplo frío del indiferentismo agota todos los entusiasmos momentáneos y fugitivos. Por esta razón quisiéramos disipar nuestros temores, asegurando el porvenir de Amalia con un pequeño patrimonio, no a base de una renta eventual con la alza y baja y el consiguiente trabajo de la recaudación de cada mes o trimestre, sino una renta positiva y seguro producto de un capital que le pertenezca en absoluto, de libre disposición al terminar su importante misión entre nosotros.

Somos partidarios de que se modifique el proyecto de suscripción, y que éste sea donativo por una sola vez, como premio que merece la heroína del Espiritismo, reuniendo una cantidad que empleada en papel del Estado, o dándole colocación en una casa de sólida garantía, o en aquello que se creyera conveniente, pueda producir la renta que se desea. Esto es lo que verdaderamente debemos hacer los espiritistas, si queremos evitarnos remordimientos por haber abandonado a la débil navegante en el océano de la vida, sin prestarle un apoyo seguro que la ponga a cubierto de toda eventualidad.
La Redacción de "La Revelación".

Las ideas de unos y otros tradujéronse en una suscripción comenzada como de costumbre con gran entusiasmo, y que languideció después, sin que sepamos su resultado definitivo. A lo más reuniéronse cantidades apreciables que entregadas a doña Amalia, esta se apresuró a remediar con ellas necesidades ajenas, porque en realidad era "una pobre que tenía el vicio de dar limosnas de palabra y de obra". Desencarnó tan desheredada como había vivido, no legando a sus semejantes más que sus escritos, que son como resplandores luminosos en la noche de nuestros egoísmos.

Para mayor ilustración, véase la carta que Amalia contesta a estas manifestaciones de sus colegas:

UNA CARTA HERMOSISIMA DE AMALIA

Señor Director de "El Buen Sentido":

Querido hermano en creencias: Uno de los sentimientos que deben engrandecer al espíritu, es la gratitud; y profundísima gratitud guarda mi alma para el hombre generoso que inició una suscripción a mi favor, y para todos aquellos que han respondido a su humanitario llamamiento.

Por razón natural, los que han llorado mucho son los que saben agradecer; porque es necesario vivir en la sombra para apreciar lo que vale la luz; es preciso haber visto la muerte de cerca, para conocer el inmenso valor de la vida.

El objeto de esta carta es, como debe usted comprender, para dar mi voto de gracias a todos los espiritistas que han secundado los nobles deseos de usted, y además quiero hacer una aclaración.

La suscripción iniciada a mi favor, ha producido, como era lógico, encontrados pareceres: unos se han adherido al pensamiento de usted; otros lo han rechazado, y por si alguno ha podido creer que yo escribía defendiendo el espiritismo porque buscaba en él la base de mi porvenir, justo es que yo deje la verdad en su lugar.

Desde la edad de diez años comencé a escribir, y siempre he colaborado en algunos periódicos literarios o políticos, sin dejar por esto de trabajar para vivir, dedicándome a coser; pero mis ojos delicados y faltos de vista, por tener una gran debilidad en la retina, mortificados por el excesivo trabajo, me han dejado años enteros en la más angustiosa impotencia, y en el año 77 comprendí con espanto que no podía ganarme mi sustento. Mis ojos fatigados se negaron por completo a secundar mis deseos, que nunca han sido otros que vivir de mi trabajo.

El año 73 comencé a escribir en "La Revelación" de Alicante; y como yo en el espiritismo encontré la vida, porque hallé la resignación y el convencimiento de que "lo que no se gana no se obtiene", deseando difundir el consuelo, anhelando llevar un reflejo de luz al hogar de los pobres, el tiempo que había de emplear en murmurar del prójimo, lo aprovechaba en escribir, y todas las revistas espiritistas de España acogieron mis escritos con fraternal benevolencia. En coser y en escribir ocupaba mi vida, hasta que, como he dicho antes, el año 77 me encontré en Barcelona imposibilitada para atender a las primeras necesidades de la existencia, puesto que mis ojos se negaban a ayudarme; pero como cuando la expiación se acaba, el hombre encuentra seres amigos, la Providencia puso a mi paso una familia espiritista, cuyo jefe, con tono profético, me dijo:

-No puedes coser; porque perderías la poca vista que te queda; pero puedes escribir: las costureras sobran y escritoras faltan, sobre todo en el espiritismo. Trabaja en difundir la luz, y la luz no faltará a tus ojos. En mi casa encontrarás la tranquilidad que necesitas: no pienses en ti, piensa en el bien que puedes hacer a los demás.

Acepté su ofrecimiento con profunda gratitud y con profunda pena al mismo tiempo, porque a los hijos del trabajo les gusta ganar el pan con el sudor de su frente.

Cumplióse la profecía del espiritista que me brindó hospitalidad, verificándose en mí un extraño fenómeno. Mis ojos se han negado a fijarse en las labores; se fatigan mucho si les obligo a fijarse en los libros; y si me pongo a escribir a las siete de la mañana y dejo la pluma a las siete de la tarde, no experimento más que un leve dolor encima de las cejas, y como yo creo que el hombre debe trabajar mientras aliente, por eso, trabajo, y no pudiendo hacer otra cosa que escribir, escribo, y creo que obrando así, cumplo con mi obligación.

Jamás he pensado en lo que será de mí mañana, plenamente convencida de que no

sufriré más de lo que he sufrido y lo que deba sufrir. Mi conciencia está tranquila, porque he trabajado cuanto he podido trabajar, y hoy trabajo cuanto me es posible en mis humanas fuerzas.

El año 78 escribí ciento tres artículos; el 79, ciento veintisiete; el 80, ciento veinticinco; y llevo escritos en el año actual sesenta artículos. Si más pudiera hacer, más haría; pero mi salud está muy quebrantada, y la noche no la puedo emplear en trabajo alguno.

Creo que he cumplido con mi deber dando esta satisfacción a los que hoy tanto se han interesado en mi favor.

Conste siempre que no he buscado en el espiritismo "mi casa de la tierra", sino el progreso de mi espíritu, la resignación, la esperanza, el consuelo supremo de las verdades eternas.

Pobre y medio ciega, sin poder ganarme el sustento, porque la falta de la vista entorpece todos nuestros movimientos, tuve que aceptar, a pesar mío, la generosa oferta de la familia espiritista que me acogió en su casa, y hoy admito con profundísimo reconocimiento la pensión que me señalan mis correligionarios, porque nada poseo, porque nada tengo. Soy pobre de solemnidad, y el que como yo "se sienta a la mesa de otro", no tiene derecho a rechazar lo que le ofrece la providencia.

Lo repito: mi gratitud será eterna para el que inició la suscripción y para todos aquellos que se adhirieron a su pensamiento, y aunque con el transcurso del tiempo se llegase a entibiar y aun a extinguir el interés que hoy inspiro a mis hermanos en creencias espiritistas, jamás olvidaré que un día se acordaron de mí; y en una humanidad tan indiferente, una prueba de simpatía y de compasión cariñosa, es una flor cuyo perfume embalsamará las horas de toda mi vida.

Amalia Domingo Soler

Gracia, 28 de Junio, 1881

DATOS HISTORICOS

De la renta vitalicia, el papel del estado o la entrega a Amalia del Titulo de propiedad de una casa, todo se redujo a un donativo en fracciones, cuyo monto total ascendió a TRES MIL CIENTO TREINTA Y NUEVE REALES

En el número de "El Buen Sentido", correspondiente al mes de Junio de 1884, se lee el siguiente suelto, que acusa ya fastidio o cansancio de los donantes:

"Advertencia. - Las muchas ocupaciones que pesan sobre el director de "El Buen Sentido", no le permiten compulsar con la oportunidad conveniente los datos referentes a la suscripción en favor de doña Amalia Domingo y Soler.

Rogamos a los que contribuyen con su óbolo a la pensión de la incansable propagandista del Espiritismo, se sirvan remitir sus voluntarias cuotas directamente a Amalia, en Gracia, calle del Cañón, número 9. De esta manera se excusan rodeos innecesarios, y doña Amalia Domingo podrá utilizar inmediatamente los productos de la suscripción, a medida que se le vayan remitiendo.

Y ya que de la pensión hablamos, hemos de manifestar, y lo manifestamos con profundo sentimiento, que sus productos han disminuido mucho. Al paso que vamos, de la pensión en breve no quedará más que el recuerdo.

Gran entusiasmo al principio: después la indiferencia y el retraimiento. Sería en los espiritistas una falta imperdonable si dejásemos que el desaliento que llevan consigo la miseria y la orfandad se apoderase del ánimo de Amalia. Se trata de una mujer hija del

pueblo, de una huérfana, de una animosa heroína del Espiritismo, apóstol de la verdad y de la justicia; de una mujer en quien parece haberse encarnado con la belleza de la virtud la elocuencia del continuación, obra de la pluma elocuentísima de Violeta. Carmen almas atribuladas; su caridad, el consuelo a no pocos necesitados, porque Amalia más se acuerda de los otros pobres que de sí misma. ¡Y sin embargo, es tan pobre! No lo olviden los espiritistas, y ayuden a Amalia en la medida de sus fuerzas".

Como puede verse, la suscripción estaba estacionada y había pasado ya la ola del entusiasmo. En los números siguientes de la revista "El Buen Sentido", no se menciona para nada, y la pensión vitalicia y únicamente en el número de Diciembre del mismo año 84, aparece el resumen de lo recaudado y entregado a la interesada; fué la suma de 3.139,28 reales.

¡Eso es todo lo que hicieron los miles y miles de espiritistas enamorados hasta el delirio de la admirable escritora, digna por cierto de mejor suerte!

¡Después... la idea de la pensión perpetua y demás proyectos, no pasó todo de ser ilusiones, sueños que se desvanecieron en el aire, como así sucede con todos los castillos que levanta la fantasía en la arena movediza del mar de la vida mundanal!

¡Pobre Amalia!

DE VIOLETA A CARMEN PIFERRER

Inolvidable impresión he recibido al leer la carta que copio a continuación, obra de la pluma elocuentísima de Violeta. Carmen Piferrer, por encargo mío, quiso averiguar reiteradamente el nombre de la simpática flor, y he aquí lo que nos dice Violeta:

"El olvido, la soledad, todo lo que deja al alma en plena posesión de sí misma, todo lo que permite entregarse a sus recuerdos, abismarse en sus dolores, bañarse en uno de esos tibios rayos de esperanza que de vez en cuando llegan a la tierra al través de las nubes amontonadas en los horizontes de la vida, tiene para mi corazón un encanto irresistible. Me siento atraída al aislamiento, como al polo del mundo magnético de la aguja. No soy la hermosa camelia de los jardines, soy la oscura violeta del bosque, enamorada del silencio y de la sombra. El solitario recogimiento guarda para las almas que sufren, deliciosos éxtasis y como quiera que la mía, herida cruelísimamente en su fibra más delicada, destila gotas de sangre, busca en aquellos éxtasis, ya que no una curación imposible, el bálsamo de las melancólicas fruiciones que, por ley providencial, suelen alternar con las recrudescencias del dolor.

Vosotras no sabéis, Carmen y Amalia, cuán profunda es la tristeza que dilacera mis entrañas y roe mi ánimo, donde en otro tiempo tuvo la alegría su nido, formado con el suavísimo plumón de unos amores dichosos.

Deslizábase mi vida como cristalino arroyo que juguetea con las florecillas de sus bordes, o como una oleada de incienso que sube, y sube, en espirales de aromas, hasta romperse en las gradas del trono donde el inefable Amor tiene su asiento, o como un himno a la Naturaleza, cuyas notas, apenas escapadas de mi alma, volvían a ella más puras, más vibrantes, más sonoras, en cascada de armonías. En el ritmo de mi existencia, sucesión de plácidas emociones que preludiaban las que han de sentir los ángeles en el cielo, mi espíritu percibía el ritmo de la existencia universal. Dios había enlazado dos almas gemelas, que se completaban y resumían en una sola alma, como se resumen en un solo rayo de sol el calor y la luz, o en un solo himno dos modulaciones armónicas, o en un estallido dos besos: había enlazado dos corazones que latían al unísono, con unos mismos anhelos, con iguales goces, con idénticas inquietudes y

esperanzas. ¿Conocéis esa vida de que os hablo; habéis experimentado, Carmen y Amalia queridas, esa felicidad que os describo? ¡Cuán fugaces son sus horas! ¡Gotas de rocío que el alba condensa y el soplo ardiente del astro desvanece! Tronchó el inexorable rayo de la muerte el tronco del árbol de cuya savia se alimentaba mi ventura, y desde entonces acá, como el gusano en su capullo, me he encerrado en mi dolor, y huyo de las miradas de un mundo al que ya no puedo prestar ningún servicio saludable, porque la violencia del golpe, dislocando todas las fuerzas vivas de mi ser, incapacitó mi inteligencia y condenó mi ánimo a perpetuo desaliento.

El que escribe para el público necesita poseer una tranquilidad de espíritu de que yo absolutamente carezco. Escribir es oponer doctrinas a doctrinas, principios a principios, hipótesis a hipótesis; es llevar al anfiteatro de la crítica el pensamiento propio y la disección del pensamiento ajeno; es batir el muro que se desploma, aun a riesgo de quedar sepultados debajo de los escombros; escribir es recoger y condensar las ideas que flotan todavía como enrarecidas en el aire, aquilatar su valor, darles cuerpo y convertirlas en alimento sustancioso de las almas.

Escribir es luchar, siempre, sin treguas, de día, de noche, con la oscuridad, con la luz, con las supersticiones del pasado, con los intereses del presente, con los egoísmos, con los errores, con la justicia, con el crimen. ¡Benditos los que luchan, los atletas del pensamiento, los mensajeros de la buena nueva, astros de todas magnitudes que disputan el dominio del mundo en las tinieblas y preceden a cada uno de los días genesíacos de la civilización humana! Yo no tengo resolución ni fuerzas para luchar: bastante hago con vivir.

Y en este abatimiento de mi ánimo, y en esta atrofia de mi inteligencia, y en esta parálisis de mi voluntad, que se traduce en impotencia para el ejercicio ordenado de mis aptitudes mentales, cuando vivo muriendo de mis recuerdos y la atmósfera me parece un sudario y el azul del cielo la bóveda de una inmensa cripta; cuando nada de lo que me rodea me halaga, y todo lo que siento en mi interior es doloroso y amargo, ¿de qué os serviría a vosotras, de qué le serviría a nadie conocer mi verdadero nombre, que ya no había de ser leído?

Yo admiro, admiro los toques viriles de vuestra pluma, vuestros animosos llamamientos a las siervas para que despierten de su letargo de muerte, vuestro certero golpe de vista para herir en el corazón del monstruo, la rectitud de vuestro juicio, la flexibilidad de vuestra palabra, la sencillez de vuestra elocuencia; pero en vano me propondría seguiros y pelear; si alguna arma se halla al alcance de mi mano, me falta aliento para esgrimirla.

Mi pluma se rebela contra todo lo que no sea consagrarse a la idea fija que me absorbe; no puedo trasladar al papel sino mis melancólicas efusiones; estas efusiones habrían de perder necesariamente su carácter propio y dejarían de ser lo que son, derramamientos del alma, expansiones del sentimiento, confianzas íntimas, desde el momento que dejase caer el velo que oculta mi rostro a las miradas del mundo. ¿Quién no procura contener sus lágrimas delante de los extraños?

Hasta tal punto me honra, amigas mías, la curiosidad que os ha movido a escribirme, y tan cariñosamente sabéis hablarme, que el no complaceros me parecería un crimen, si mi negativa no procediera de una resolución inquebrantable, por no decir necesaria, adoptada después de meditarla y discutirla, bajo la subyugación de graves consideraciones, concernientes algunas a mi personalidad, las otras, a circunstancias externas, especialísimas, de índole moral, a las cuales no me es posible substraerme.

Mis "efusiones" en las columnas de "El Buen Sentido" son, en cierto modo, el respiradero de mi alma acongojada; y vosotras no querríais, Carmen y Amalia, excelentes amigas mías, que yo hubiese de renunciar al único esparcimiento que me queda. - Violeta".

Conmovida profundamente por la lectura de la bellísima carta de Violeta, donde se transparenta a través de sus líneas luminosas una historia de dolor y de lágrimas, he quedado pensativa, y como Cervantes, "muchas veces tomé la pluma para escribirla; y muchas otras la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría...", y acordándome de Carmen Piferrer, que tiene más ánimo viril, más energía para resistir las avalanchas del dolor propio y ajeno, por ser mujer fuerte en la lucha y resuelta, le encargué a ella la contestación que irá en otro artículo.

DE CARMEN PIFERRER A VIOLETA

¡Cuánto disfruta mi alma leyendo escritos elocuentes de mujeres ilustradas! La carta de Violeta hízome sentir hondas sensaciones, adivinando en ella una mártir del dolor, y ahora tengo la gran satisfacción de dar a la publicidad la noble y hermosa contestación que le ha remitido Carmen Piferrer.

Dejo a mis lectores la fruición de estos sentimientos femeniles, y transcribo la respuesta elocuentísima, digna de la carta alada y fluídica de Violeta. Dice Carmen lo que sigue:

"A Violeta: Pesar, remordimiento, he ahí lo que he sentido, mi querida Violeta, al leer el admirable artículo con que te has dignado contestar a nuestra indiscreta y atrevida pregunta, con la cual hemos provocado tan imprudentemente Amalia y yo la explosión de ese inmenso dolor. Jamás podremos perdonarnos el haber renovado las profundas heridas de tu alma con nuestra curiosidad.

No volveremos a sentirla, no ¿Qué necesidad tenemos nosotras de saber tu nombre para conocerte y admirarte?

¿Acaso no te revelas perfectamente en lo que escribes? ¿Quién que te lea no comprende lo que eres? El ángel de la resignación y del sufrimiento; la idealización de la mujer moderna, a la que representas en lo que tiene de más grande y bello, su amor de esposa y madre. Una mujer que ha vivido en el paraíso y que ha tenido que abandonarlo dejando en él la mitad de su alma; un tierno y melancólico ruiseñor que se lamenta por el bien perdido con un raudal de dulcísimas y armoniosas notas que hacen vibrar todas las fibras del sentimiento; una hermosísima flor que tiene sus raíces en el cielo y vive muriendo en la pesada atmósfera de nuestro planeta. Una alma triste y desolada que se anega en un mar inmenso de amargura; que ansía volar a la mansión en donde la espera la mitad de su ser, y que no puede realizar su deseo porque la ligan a la tierra los lazos del amor maternal. Sí, te conocemos y te comprendemos, y no podrás nunca imaginarte la compasión que nos inspira tu amargo desconsuelo.

Amalia deja de escribirte con el encargo de que lo haya yo, la menos inteligente para traducir en palabras los sentimientos inspirados por tu bella epístola.

Y separadamente quiero también responder a tus intimidades con mis confidencias. También yo conozco, amable Violeta, esa inefable dicha que tan admirablemente describes. Yo he consagrado toda mi vida a una profunda afección, que constituye mi única felicidad, y sin la cual me sería imposible vivir, porque es tan necesaria a mi existencia como el aire que respiro. Acaso tú me habrás creído incapaz de sentir esas dulces emociones que sabes pintar con tan bellísimos colores; quizás me supones muy distinta de lo que soy, juzgándome por mis desaliñados artículos, que no me retratan con fidelidad, pues la energía que en ellos se releva no es hija de mi carácter, sino de las causas que me han impulsado a escribirlos. Yo me he educado en el más acendrado

catolicismo, y por espacio de mucho tiempo le he rendido un ferviente culto.

Aún recuerdo aquella época de los quince años, en que acompañada de mi hermana mayor oía tres o cuatro misas diarias, y cuando, a la caída de la tarde, a esa misteriosa hora que tiene tan indefinibles encantos para las imaginaciones soñadoras, rezábamos el rosario, arrodilladas en frente del balcón abierto, dirigiendo nuestras miradas al cielo, porque, según ella decía, se aumentaba de aquel modo su devoción, y no sospechaba mi pobre hermana que con aquel inocente acto protestaba inconscientemente de la ridícula adoración de las imágenes: su alma presentía al verdadero Dios y le buscaba ansiosa a través del infinito. ¡Qué buena era mi hermana! Había substituido a mi madre, a quien tuvimos la desgracia de perder siendo yo muy niña. Su ternura fue el único consuelo del pesar que siempre he sentido por no haber disfrutado de las caricias maternales. La tisis la arrebató de mi lado cuando más necesaria me era. ¿Has visto tú, Violeta, morir a algún atacado de esa cruel e implacable enfermedad, que mata lentamente, desgarrando las entrañas de la víctima? ¿Has contemplado en las últimas horas aquellos ojos en donde parece haberse refugiado todo lo que resta de vida al moribundo y a través de los cuales se adivina el alma que espera el instante solemne de abandonar aquel miserable despojo del cuerpo material que para nada ya le sirve?

¡El que ha visto una vez ese espectáculo, no lo olvida jamás! El triste recuerdo de mi hermana ha quedado grabado en mi corazón con caracteres indelebles. En sus últimos momentos no la preocupaba más que una idea, la de dejarme en el mundo sin su cariño. ¿En dónde está ahora aquella alma que fue en otro tiempo la más bella encarnación del amor fraternal? ¡Ay! no lo sé: cuando toco en este punto, me pierdo en un mar de confusiones, en el obscuro campo de la duda. Algunas veces atribuyo mis vacilaciones a mi ignorancia, y... espero. Después de tan lamentable pérdida, continué cumpliendo mis deberes religiosos asiduamente: rezaba mucho, primero con fervor, después con desaliento, porque a medida que aprendía a reflexionar, se me hacía más imposible el aceptar el cúmulo de absurdos y contradicciones que forman el dogma católico.

Llegó, por fin, un día en que mi razón se sobrepuso a mi fe, hundiéndola para siempre en un abismo sin fondo; entonces me pregunté sorprendida cómo había podido vivir tanto tiempo en tinieblas, y cómo era posible que hubiese todavía gentes que se empeñasen en permanecer ciegas; y al comprender cuál era la verdadera causa de todo, sentí la imperiosa necesidad de lanzar un grito de indignación, que se tradujo por un torrente de amargos reproches a los que se habián atrevido a invocar el nombre de Dios para torturar moral y materialmente a la humanidad y a apagar la luz de la razón, para convertir al hombre en la negación de sí mismo, en una impía protesta, contra cuyos sabios preceptos le obligaban a declararse en abierta rebelión.

Añade a esto, mi querida Violeta, que soy muy ignorante, que desconozco por completo el difícil arte de escribir; que nunca había escrito nada; y te explicarás fácilmente que al intentar hacerlo no haya logrado expresar mi pensamiento de un modo aceptable, y mucho menos revestido de esas gallardas y suaves formas que tanto lo embellecen.

Nadie conoce mejor que yo la escasez de mis fuerzas, y sin embargo, a pesar de ello y aunque estoy además bien persuadida de que la mujer que no valiendo mucho, se atreve a escribir, ejecuta un acto de temerario valor, pues los hombres que saben mostrarse indulgentes con las faltas de ciertos escritores de dudoso mérito, son siempre severos hasta la injusticia para con las mujeres que escriben; no retrocederé en la senda que he emprendido; lucharé mientras pueda, y si caigo vencida en la lucha, caeré satisfecha de haber aportado un pequeño grano de arena para la construcción del soberbio edificio que la verdad ha de levantar un día sobre las ruinas del error.

En cuanto a nuestros "animosos llamamientos", es más que probable que con ellos no consigamos sino exasperar a las esclavas que duermen perezosamente acariciando sus propias cadenas. Tú lograrías, sin duda, despertarlas de su indolente sueño, si quisieras

escribir con ese objeto.

Yo respeto la causa que te lo impide, pero al menos no nos prives de esas melancólicas y poéticas efusiones en que sabes verter toda la ternura de tu alma, donde la armonía de la frase no se rompe jamás y cuya suavidad y dulcísima cadencia nos hace presentir la belleza y la armonía de otros mundos.

Calla tu nombre, amiga mía, puesto que juzgas necesario callarlo; pero escribe. - Carmen Piferrer".

En este sentido fraternal, íntimo, amoroso, seguimos teniendo correspondencia particular con Violeta. Por mucho tiempo guardó el incógnito de su nombre, pero era mucha luz la que arrojaba su extraordinaria inteligencia para que el mundo literario, filosófico y político, no se percatara de tan luminoso reflector de ideas recogidas en el misterioso arcano de su talento y expandiéndolas con tan bizarra maestría por las columnas de la prensa. Un poderoso diario republicano de Madrid descubrió a Violeta, dándole la sección femenina bajo su dirección, y pronto se hizo popular el seudónimo de Violeta, considerada como escritora de primera fila y admirada por propios y extraños, por amigos y adversarios.

Asimismo sus nombres propios se difundieron, y también se dio a la estampa la fotografía de la heroína republicana y librepensadora, cuya belleza física asombró a todos cuantos la queríamos al querer de la vida.

La política y la popularidad absorbió esta figura que debió consagrarse a la propaganda del espiritismo. Quédanos el consuelo de que Violeta sigue siendo de nuestra comunión, y su paso por la prensa espiritista quedó marcado con regueros de luz.

En cuanto a Carmen Piferrer, llegó a pronunciar discursos políticos en grandes asambleas republicanas, y una vez fue aplaudida apasionadamente por el célebre tribuno don Emilio Castelar, en una gira de propaganda política que realizó en Lérida.

Son recuerdos de mis amigas que no olvidaré nunca, y siéntome orgullosa de haber confraternizado con ellas.

¡LA SOLEDAD!

Vivir solo, no es precisamente vivir separado, por la muerte o la ausencia, de parientes y amigos; a veces se vive completamente solo rodeado de numerosa familia y de multitudes de conocidos llamados amigos. Ese nombre de amigos, ¡cuán pocos lo merecen en la tierra!

Yo me pregunto qué será más triste, si la soledad entre muchos, o la completa soledad; y nunca me he podido contestar satisfactoriamente. Mi espíritu es tan dualista, que de continuo se inclina igual a un lado que a otro. Después de muchas reflexiones, repito la frase de Sócrates: "Sólo sé que no sé nada". Sin embargo, hay una hora en el día en la cual veo con más lucidez o me impresiono hasta el extremo de exclamar: "¡Esta soledad es la peor!", refiriéndome a la carencia de toda compañía. Mas esto lo digo si por acaso me encuentro fuera de mi hogar en esa melancólica hora que todos los poetas han cantado y todos los pintores han trasladado a sus cuadros, pintando paisajes con un cielo ceniciento, cruzado por nubes de púrpura o dándole ese color indefinible que no tiene nombre en el lenguaje humano y que, no obstante, es quizá el que más impresiona a los espíritus pensadores.

Esa hora del "Ave María", como dicen los artistas y los creyentes, el anochecer, como la llama el vulgo, es la más horrible para mí, si me encuentro fuera de mi casa.

¿Recuerdo quizá los crímenes de pasadas existencias, o presiento los errores de otras existencias futuras? ¿Reaparecen en mi memoria los años de mi juventud, pasados en compañía de mi inolvidable madre? No lo sé, porque no me doy cuenta de pensar en nada; sólo sé que experimento un malestar tan grande, que deja debilitado mi organismo, como si acabase de salir de una dolorosa enfermedad.

Si cruzo las calles de una gran ciudad y encuentro a mi paso mujeres elegantes, acompañadas de hombres distinguidos, y de niños encantadores, murmuro con melancolía: "¡Ahí los felices de la tierra! Vuelven de paseo tranquilos, risueños; a ellos parece que todo les sobra... En cambio, a mí... todo me falta... Semejante a un árbol muerto, alrededor del cual nada renace..."

Si por casualidad me obstruyen el paso algunos mendigos rodeados de chiquillos harapientos y van hablando de ganancias del día, los contemplo con tristeza, y murmuro: "Estos, en su miseria, aun son más felices que yo, porque no están solos: tendrán frío en el cuerpo, pero no en el alma".

Y recuerdo lo que sintió Roque Barcia la primera vez que estuvo en París, al detenerse, cuando anochecía, en el Arco de la Estrella: el insigne escritor aseguraba que nunca se había encontrado más solo en la tierra que contemplando la gran ciudad, que vertiginosamente se agitaba a sus pies; que en aquellos instantes se conceptuó tan profundamente desgraciado, que se apresuró a volver al hotel donde se hospedaba, para sentir el calor de la vida conversando con su esposa.

De igual manera, nunca me parece mi humilde habitación más bella que cuando al anochecer me encuentro lejos de esos objetos mudos llamados muebles, a los cuales se les toma tanto cariño, que parece que nos hablan con un lenguaje imperceptible para el oído, pero comprensible para el espíritu.

Si por acaso las campanas de alguna iglesia llaman a los fieles, mi pensamiento retrocede y contempla a la España Católica de otros tiempos, con sus innumerables comunidades religiosas, con sus sombríos conventos, sus autos de fe, sus esbirros del Santo Oficio; aquellas campanas, con la voz del pasado, que resuena con eco fatídico en mis oídos, y exclamo con profunda tristeza: "¡Aún hay conventos! ¡Aún hay mujeres que abandonan a sus ancianos padres para convertirse en higueras secas, a cuya sombra nadie podrá reposar!..."

¡Aún hay frailes en España, cuando hay millones de hectáreas cubiertas de maleza, porque faltan brazos que abran profundos surcos en su endurecida superficie; aún la tradición disputa sus derechos al progreso; aún hay peregrinaciones a los santuarios, a pesar de celebrarse exposiciones universales! ¡Cuánto lucha la sombra del pasado con la luz del presente! ¡Pobre planeta Tierra! ¡con qué lentitud caminas!

¿Hasta cuándo durará este combate? En este "juicio de Dios" no acaba de caer ninguno de los combatientes: la luz avanza, la sombra, a su vez, se extiende, el librepensamiento crea centros de enseñanza, el clericalismo aumenta sus escuelas, la higiene ensancha el radio de las poblaciones, trazando nuevas vías de comunicación, y en las mejores calles de esas nuevas ciudades, las comunidades religiosas levantan sus palacios conventuales, de una suntuosidad siniestra, como para recordar a los hombres del progreso que aún alientan los herederos de Torquemada y de Pedro Arbués". Y me vuelvo tristemente impresionada a mi hogar, huyendo de aquellas tétricas moles en cuyo interior hormiguean los enemigos de la luz, y de los ecos de las campanas, que me parece tocan a muerto, y que el muerto es la civilización que nace...

A la hora del crepúsculo, todo lo miro bajo el prisma de un indefinible desaliento; mi espíritu, en esa hora, no sé, como he dicho, si recuerda horrores o si presiente desaciertos: lo que hay de cierto es que sufre mucho; que se encuentra solo, completamente aislado; y ya retroceda para inquirir su historia de ayer, o ya avance para explorar el porvenir, en ninguna parte encuentra una tabla donde asirse para salvarse del naufragio de su soledad. Cuando entro en mi aposento, déjome caer en un sillón, tan

rendida, tan fatigada, como si acabase de hacer un largo viaje. Verdad es que mi espíritu ha cruzado millones de leguas y que las jornadas que hace el pensamiento fatigan más aún que las que hace el cuerpo: se vive a veces en una hora más que en cien siglos.

Ha pocos días, en una reunión de espiritistas, atrajo mi atención una niña enlutada, blanca y rubia; su dulce rostro estaba animado por una triste sonrisa, y su cabeza, ligeramente inclinada sobre el hombro izquierdo, le daba un aspecto tan interesante y tan melancólico a la vez, que no pude menos de preguntarle:

-¿Sufres mucho, hija mía?

-¡Muchísismo, señora; tengo once años y ya he perdido a mi madre!...

-¿La recuerdas?

-¿Que si la recuerdo?... Paso las noches enteras pensando en ella; es muy triste no tener madre: ¡me encuentro tan sola!...

Estas palabras fueron lo bastante para hacerme recordar los azares de mi solitaria existencia y lamentar esa soledad del alma cuyos efectos es necesario sufrir para comprender todo lo que tiene de horrible.

En cambio, cuando el sol brilla con todos sus esplendores y visito a una de esas familias cuyos miembros no se entienden los unos a los otros, prefiero entonces la soledad completa, el aislamiento, antes que vivir como un desterrado en su propio hogar.

Mientras brilla el sol, pienso de una manera; cuando las sombras avanzan, pienso de otra. ¡Qué influencia tan poderosa y tan benéfica ejercen sobre mi espíritu los rayos solares! ¡Y qué cúmulo de tristezas lleva a un alma la hora del "Angelus" al anochecer, si estoy lejos de mi hogar, tristezas que van de cada día aumentando más y más! ¿Se gastan las fuerzas de mi espíritu? ¿Se aumenta la lucidez de mis ideas, y veo con todos sus puntos negros las fases de mi azarosa existencia? He aquí un problema indescifrable para mí. ¡Es tan difícil encontrar el por qué de las cosas! Se siente, se sufre, se llora en muchas ocasiones; y si la salvación del hombre se alcanza, conociendo éste por qué causa sufre, los infiernos de todas las religiones y los avernos de todos los paganismos hubieran sido insuficientes para contener en sus antros a los eternos condenados.

El espíritu es un ciego que tarda acaso centurias de siglos antes de conocer la causa de sus penas. Yo confieso ingenuamente que si poca luz hay en mis ojos, en más escasez lumínica vive aún mi espíritu, puesto que ignora absolutamente por qué sufre.

¡QUE GRANDE ES DIOS!

Hace tres años conocí a una joven que me fue muy simpática desde que leí en sus ojos algo que se comprende y no se explica, y por lo cual pude adivinar que Raquel era una de esas mujeres que vienen a la tierra con la difícil misión de madre. Rodeada de numerosa familia, ella era el ama seca de sus hermanitos: cuando éstos experimentaban la primera contrariedad; cuando les negaban el líquido alimento, Raquel se apoderaba del tierno infante, y con sus caricias le hacía olvidar su primer desengaño.

Durante el día, Raquel trabajaba, tejiendo pañuelos de lana, y de noche hacía el papel de madre con sus queridos hermanitos.

Muchas veces la miraba yo y decía para mí: ¡Qué buena será esta muchacha para casada! Y acerté en mi profecía. Raquel se casó con un hombre a quien apenas conocía, pues la originalidad del carácter de su prometido no le permitía formar de él juicio exacto; pero, confiando ella en la rectitud de su propia conciencia y en el buen deseo que la animaba, unió su suerte a la de aquel hombre y se consagró a leer y a estudiar su corazón para procurarle la dicha. Sus estudios fueron coronados por un éxito admirable,

y el hombre que de soltero era un huésped en su casa y en todas partes se aburría, después de casado, en cuanto sale de la oficina donde está empleado, corre al lado de su esposa, y aunque ésta le incita a que no abandone el trato de sus amigos, él contesta que en ninguna parte está mejor que en su casa y que le deje disfrutar de una dicha en que nunca había creído; e instalándose en su despacho, se ocupa en leer y revolver papelotes, ocupación que solía a veces interrumpir para interrogar a su esposa acerca de sus esperanzas maternales, hasta que un día Raquel, trémula y gozosa, le anunció la probabilidad de que estuviese en camino un niño pequeñuelo que vendría a revolucionarle los papeles.

Jorge palideció: miró a su esposa, y en voz muy baja le preguntó: "¿De veras? ¿No te engañas? ¿No será efecto de una dolencia cualquiera tu palidez y tu malestar?... ¡Dios mío! Yo me voy a volver loco..." Y a todos los que quisieron escucharle, hízoles saber que esperaba un huésped desconocido. Durante algunos meses he disfrutado ratos deliciosos cuando he visitado a Raquel y la veía cosiendo afanosa la ropita de su primer hijo, cada gorrita que concluía, cada camisita que terminaba, era un motivo de alegrías para Jorge, que todo lo miraba con ingenua curiosidad y que él mismo colocaba cuidadosamente en los cajones de su biblioteca.

¡Qué placer para el porvenir! ¡qué augurios sobre el sexo del ser tan tiernamente esperado!

-¡Será una niña! Ya la estoy viendo -y compraba muñecas para su hija -. ¿Si será niño? - Y compraba caballos de cartón: objetos que, como la ropita, iban a aguardar la llegada del primogénito.

Yo contemplaba a aquel hombre, que pasa largas horas sobre los libros de caja, y que sólo trabajando mucho reúne lo indispensable para poder vivir, y decía entre mí:

"En este ser, amando lo que aun no ha visto, soñando en sacrificarse, en aumentar horas de trabajo y adquirir nuevos recursos para educar a su hijo, encuentra el placer de los dioses.

No le basta a este hombre el tener una buenísima esposa, económica, trabajadora: quiere verse reproducido en sus hijos; no le importan las privaciones que se impone; no le arredran los sacrificios que le aguardan; sueña con unos ojitos azules, o negros, que se abrirán para mirarle: con unos bracitos que se enlazarán a su cuello, y le parece escuchar una frase divina pronunciada por una boquita de color de rosa modelada para dar besos angelicales.

Este amor inmenso, esta ternura infinita, sin límites, esta ansiedad sagrada que experimenta Jorge esperando a su primer hijo, ¡cuánto, cuánto habla al alma del observador!

¿Qué vale la "trinidad" teológica del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ante el padre dispuesto a trabajar de continuo, ante la madre que bendice todos sus dolores, y ante el niño que entra en el mundo llorando, sin fuerzas, sin movimiento, sin palabras, alimentado y vestido por la madre, mientras el padre cuida de la tranquilidad del hogar, que tanto ha de influir en la vida y desarrollo del recién nacido? Ante ese cuadro verdaderamente divino, ¿qué son las leyendas religiosas?

¿Dónde hay virgen más bella que una mujer joven amamantando a su primer hijo?"

He visto a Raquel dos días después de haber dado a luz un hermoso niño, y nunca olvidare su poética figura. Reposaba en su lecho entre sábanas blancas como nieve. En cuanto me vio, faltóle tiempo para mostrarme a su hijo, que descansaba a su lado.

Borbotones de palabras salieron de sus labios, contándome los menores detalles del acto solemne del alumbramiento, las ansiedades y temores de Jorge y el heroico sufrimiento de ella. Mas, ¿qué le importaban todos sus dolores, si podía estrechar a su hijo entre sus brazos? Jorge, además, le había dicho:

-¡Raquel de mi alma!... Tenemos que amarnos mucho para dar buen ejemplo a nuestro hijo; tenemos que trabajar incansablemente para rodearle de todas las comodidades

posibles; tenemos que vivir exclusivamente para él. ¡Pobrecito! Sin nuestro cariño se pondría enfermo; tendría frío en el cuerpo y en el alma; y es necesario que tus brazos y los míos sean su cuna. Mira, yo te prometo que al volver del trabajo diario le pasearé, le cantaré canciones; de noche reposará en mi pecho, porque si yo no le acaricio mucho las pocas horas que estoy en casa, te querría a ti más que a mí, y es preciso que nos quiera a ambos por igual. ¿Creerás que hasta ahora me parece que no he comenzado a vivir?...

Y mira al niño, no se atreve a tocarlo, temeroso de que lo va a lastimar.

Mientras Raquel me refería estas cosas, yo contemplaba en mis brazos al recién nacido, y admiraba la grandeza del sentimiento. Justos y pecadores vienen a la tierra implorando compasión, y ¡quién no compadece la debilidad! ¡quién no se desvive por adivinar los deseos de esos "baldaditos", que no pueden correr, de esos "muditos", que sólo saben llorar?

Raquel sufría intensa fiebre: su rostro denotaba sufrimiento físico; pero miraba a su niño en mis brazos, y sonriéndose con una de esas sonrisas incomparables, me decía con dulcísimo acento:

-¡Ya le tengo! ¡Me parece mentira que sea mío!

¡A cuántas consideraciones se prestan estas palabras! ¡Cuán grande aparece la creación cuando se contempla a una madre en todo el esplendor de su sentimiento!...

La catarata del sentimiento maternal arroja con abundancia prodigiosa los raudales de su ternura; el hombre se enorgullece al verse reproducido en sus descendientes, que le sirven de motor para acometer las más grandes empresas. No hay religión, no hay ideal político, no hay cálculo humano que influya tanto sobre el hombre, como un pequeñito abrazado a sus rodillas diciéndole: "¡Papá, tengo hambre!..."

Para mí, el libro de la familia es un volumen preciosísimo: cada hoja encierra una profunda lección. En esa Biblia eterna de la humanidad es donde mejor he comprendido los misterios y la grandeza de Dios.

¡ISABEL!

I

Entre los seres nobles y animosos que he conocido, siempre recuerdo con preferencia a Isabel, joven de veinte años, y que la conocí cuando sólo contaba catorce primaveras.

Vivía en mi misma calle, y siempre que yo entraba en su casa, se me oprimía el corazón ante aquel cuadro de verdadera miseria.

Ni una sola habitación estaba amueblada convenientemente; sólo se veían camastros revueltos, sillas rotas, una lámpara con el tubo ahumado y roto, una máquina de coser con la cual se entretenían cinco o seis chiquillos escuálidos que hacían gritar y reñir a una mujer joven y agraciada, pálida y macilenta, y una niña encantadora, blanca y rubia, peinada con el mayor esmero y adornada con una bata de percal color rosa y un pequeño fichú de blonda negra bordado de azabache.

Esta era Isabel, preciosa flor que se destacaba en aquel montón de abrojos. Nada más dulce ni más risueño que el semblante de aquella niña; yo la miraba muchas veces con pena, diciéndome interiormente: ¿Qué será de esa pobre criatura? Es bella, muy bella; tiene el inefable encanto de la inocencia y de la juventud, vive en la mayor miseria; su familia es muy honrada, pero como son tan pobres, tienen que dejarla ir a trabajar fuera de su casa, donde no tiene un jornal seguro; mientras que en un taller ganará lo bastante para no ser gravosa a sus padres: mas... ¡a cuántos peligros va a exponerse!... Tiene que ir sola; tiritando de frío por la mañana, ha de atravesar largas distancias, y por la noche, al volver a su hogar, encontrará en su camino a los felices de la tierra, a los que van a

los teatros, a las reuniones, al café; sentirá envidia al ver a otras jóvenes menos hermosas, engalanadas con lindísimos trajes y ricas joyas, mientras ella apenas lleva el cuerpo cubierto, y al llegar a su hogar no tiene ni el abrigo suficiente en su lecho para resguardarse del frío; y como Isabel es bella, de talle esbelto, magnífica cabellera, labios sonrientes y ojos que brillan con el vigoroso e intenso fuego de la juventud, ¡es tan fácil que tenga galanteadores... y que éstos le ofrezcan todos los goces de la existencia a cambio de sus caricias!... ¡Pobre Isabel!... ¿resistirá a las asechanzas del vicio en las privaciones de la horrible miseria que la rodea? ¡Quién sabe!

Con afanosa mirada seguí durante algún tiempo la vida de Isabel: trabajaba todo el día fuera de casa, y volvía por la noche acompañada de otra joven que estaba muy lejos de ser tan pudorosa y sencilla como ella: como que solía decir que la pobreza era patrimonio de los viejos, pero no de las muchachas, que podían cambiar su suerte siempre que quisieran.

Con harto sentimiento mío observé que Isabel fue perdiendo lentamente aquella su inocente ingenuidad; su mirada límpida y serena perdió gran parte de su angélica expresión, tornándose taciturna y melancólica. Y preguntándole yo una noche qué motivaba tan brusco cambio, me contestó con profunda tristeza:

-Hace algunos días que pienso en matarme.

-¿Qué estás diciendo?

-Lo que usted oye: tengo mucho miedo a la vida.

-¡Miedo!

-Sí, miedo; antes, cuando trabajaba en mi casa, me creía feliz al llegar el domingo y peinarme y vestirme con mi bata de color de rosa, sentándome en la puerta para cuidar de mis hermanitos que jugaban en la calle; pero ahora, cuando vuelvo del taller los días de fiesta y veo tantas señoras que vuelven de misa, tan elegantes, tan bien vestidas, al entrar en mi casa siento una pena tan grande, que me encierro en mi cuarto y me harto de llorar. Mi amiga Luisa me dice que no sea tonta; que sufro porque quiero; que ella sabe quién me haría feliz; yo, la felicidad comprada con la deshonra de mi familia no la quiero. Cada día me resigno menos con mi suerte; no quiero perderme, porque mi madre moriría de pena, y mi padre sería capaz de cometer un crimen; pero tampoco me encuentro con valor para resistir los horrores del hambre y del frío. Cuando comparo mi suerte con la de esas señoras que viven con tanto lujo, siento un dolor agudo en el corazón, y muriendo, todo quedaría terminado.

-Y tu pobre madre, ¿qué haría sin ti?

-También lo pienso; pero créame usted: lo que más me aterra es ceder a la tentación de lujo. ¡No quiero caer en el fango; antes caeré en la sepultura!

II

Siguió Isabel luchando con su azarosa vida, y tuve el sentimiento de perderla de vista durante una temporada larga, por haberme mudado de casa, sin que por esto su recuerdo se borrara nunca de mi memoria, cuando hace pocos días la vi entrar en mi aposento, llevando una niña muy pequeñita en sus brazos y diciéndome con la mayor dulzura:

-Salí triunfante de la prueba; hace diez meses que estoy casada, y quince días que soy madre.

¡Con cuánta alegría contemplé a Isabel! Iba vestida de negro; cubría su juvenil cabeza un pañuelo de raso azul sembrado de pequeñas rosas; sus rubios cabellos caían en graciosos rizos sobre su frente; su rostro reflejaba el contento: sus miradas eran dulces y tranquilas.

-Cuéntame -le dije-, ¿eres feliz?

-Sí, porque me salvé del naufragio. Mi compañera Luisa cedió a los pérfidos halagos del lujo, e hizo cuanto pudo porque yo siguiera su ejemplo; mas yo estaba resuelta a

morir antes que sucumbir.

Muchas noches he llorado pensando en las promesas de rendidos adoradores que me ofrecían el lujo de una reina; pero veía a mis padres tranquilos y felices en medio de su miseria, y no quise turbar su dulce paz, cuando afortunadamente conocí al que es hoy mi esposo, y dos meses después de conocerlo, nos casamos.

¡Qué alegría tan grande experimenté cuando me pude encerrar en mi casa con mi marido, mis padres y mis hermanos! "¡Adiós, exclamé, adiós tentaciones mundanas de lujo y vanidad! ¡Adiós, comparaciones entre la dicha ajena y la desgracia mía!" Gracias a mi constancia ya no tendré que salir de mi hogar; vivo pobremente pero estoy tranquila: tengo lo que yo quería, la sombra de un esposo y un hijo que me hiciera amar la vida. Ahora ya no quiero morir: mi mundo es mi hogar; aun no tengo veinte, y nada deseo de los goces de la juventud; procuro captarme la estimación del padre de mi hija, y contemplo a ésta con el mayor placer, porque la conceptúo una barrera puesta entre el mundo y yo. Ya le dije a usted hace tiempo que tenía miedo a la vida, porque muchos hombres me decían que era bella y distinguida. Ya no tendré ocasión de escuchar galanterías; si alguna vez me precisa salir de casa, saldré con mi hija, y ella será el escudo que me salvará de toda asechanza y peligro. Tanto quiero a mi hija, que me parece imposible que me sea duradera tanta felicidad. Temo verla muerta, por más que hasta ahora nada me hace sospechar que esté enferma; pero he sufrido tanto... bien lo sabe usted, que no sé acostumbrarme a ser dichosa.

-¡Cuánto me alegro de que seas feliz!

-Y crea usted que lo soy. Todas las mañanas tengo un gran placer cuando me levanto y veo que no tengo que moverme de mi casa, ni ponerme en contacto con malos consejeros.

Salvarse del naufragio del vicio es una gran victoria para una pobre muchacha que tiene que combatir con la seducción de hombres ricos y distinguidos, con los persuasivos consejos de jóvenes casi perdidas, y con los horrores de una miseria espantosa.

-Dichosa tú, Isabel, mi buena amiguita, que has sabido luchar y has podido vencer: sigue siempre la misma senda, y en todas las situaciones de la vida, créeme, serás feliz.

Isabel sonrío dulcemente y se marchó, cuidando de abrigar con mucho esmero a su pequeña hija. La seguí mirando hasta que se perdió de vista, y me entregué a profundas reflexiones, admirando el buen sentido de Isabel, que ha sabido ser fuerte en medio de la tempestad desencadenada sobre su cabeza.

¡Está expuesta a tantos riesgos la mujer joven, hermosa y pobre! ¡Es tan peligrosa la comparación que hace la obrera entre su miseria y el lujo deslumbrador que ve por doquier, que es digna del mayor elogio la prudente conducta de Isabel.

Flor delicada que no ha exhalado su fragancia en los jardines del gran mundo, el perfume de sus virtudes embalsama una casita humilde; pasará desapercibida como pasan las mujeres del pueblo, y sin embargo, Isabel es una verdadera heroína. ¡Aun no tiene cuatro lustros y ya es madre! ¡Feliz la mujer que sólo vive para las sagradas atenciones de su hogar!

¡LOS LAZOS ROTOS!

La melancolía se apodera de mi alma cuando veo en los paseos, en los entierros o en las procesiones, a los niños recogidos en los Asilos de Beneficencia. ¡Niños sin familia y sin amor, víctimas de los estragos del infortunio y de la miseria!

Conozco entre muchos desgraciados, a Angela, joven viuda con tres hijos, que tuvo a

su esposo enfermo largo tiempo y acabó en el idiotismo. Cuando pudo salir a la calle, le atropelló un carro, que le fracturó ambas piernas: hubieron de amputárselas en el hospital, donde murió algunos días después de la operación, quedando Angela enferma a su vez y en el mayor de los infortunios. Sus hijos son una niña de siete años, llamada Mercedes; un niño de cinco y una niñita de diez meses. Al entrar en la casa de Angela se le oprime a uno el corazón; vive en uno de esos pisos a los cuales se les puede llamar calabozos de la miseria. Si las leyes fueran humanas, prohibirían en absoluto la construcción de esos tugurios, donde no penetra la luz del sol, donde todo es sombrío, húmedo, pestilente, y por lo tanto insalubre; aun en pleno día, tienen que alumbrarse con luz artificial. La única claridad que penetra en esos zaquizamíes es una luz vacilante que aumenta el horror de las tinieblas.

En uno de esos antros habita Angela: y en él crecen sus hijos, pálidos y anémicos; la niña mayor es la única naturaleza robusta que resiste a las inclemencias de la miseria: su frente es blanca, sus mejillas sonrosadas, sus labios como guindas y sus ojos azules, hermosísimos, irradian los resplandores de la vida. Su hermano, por lo contrario, está enfermo, como la madre, que arrastra a duras penas su cuerpo enflaquecido ¡Qué cuadro tan triste y conmovedor!

Algunas señoras piadosas han visitado a Angela, y sin duda por aquello de a grandes males, grandes remedios, al niño le han llevado al hospital, y a Mercedes van a llevarla a uno de esos asilos benéficos donde se educa y mantiene a las niñas pobres, dejándole a la madre la más pequeña, por no haber consentido en desprenderse de ella, por ser la más querida y la más necesitada de cuidados maternales.

Angela, queriendo que Merceditas me diera un beso de despedida, vino a contarme sus cuitas.

¡Qué impresión tan triste me causó ver a Mercedes y a su madre, que amamantaba a la pequeñita! Esta, por extremo lista y expresiva, extendía sus brazos a Mercedes, y metiendo sus deditos en la boca de su hermana, reíase con la mayor alegría; Mercedes correspondía a sus caricias, y su madre las miraba tristemente, diciéndome:

-¿No es verdad que es muy doloroso ser pobre? Yo bien conozco que no puedo mantener y educar a mis hijos, a quienes tengo que dejar abandonados para irme a mi trabajo, y cuando no puedo calmar su hambre, me desespero y deseo morir, ya que no puedo ser útil; pero... también es tristísimo desprenderse de un hijo enfermo, que se morirá sin los besos de su madre, y renunciar al cariño de mi hija, que crecerá lejos de mí, sin que sus brazos rodeen mi cuello en las heladas noches de invierno. Ni oiré su voz cariñosa, ni sus gracias infantiles suavizarán mis penurias. Mi casa me parecerá una tumba vacía; pues la pequeñita pasará todo el día fuera, en otro asilo donde acogen a los hijos de los pobres que han de salir de su albergue a buscar trabajo. La caridad remedia grandes males, pero... ¡para una madre es tan amargo separarse de sus hijos!...

Angela, con sus ojos, me decía mucho más aun que con sus palabras; sus miradas parecían interrogarme, como solicitando algún consuelo; pero yo, huyendo de mirarla, acariciaba a Mercedes, y nada respondía.

Porque, ¿qué se le puede decir a una madre a quien la miseria arrebata sus hijos, rompiendo lazos que sólo la muerte debía de romper?... La caridad de la tierra sirve para suavizar la miseria del cuerpo; pero... ¿no es verdad que al mismo tiempo destroza el alma? ¡Oh! sí; yo entiendo que la caridad pública debiera proceder de otra manera: a las pobres mujeres que quedan viudas, con hijos pequeños, deberían ofrecerles medios de subsistir sin necesidad de romper los lazos del cariño, que convendría estrechar.

-¿Y tú te vas contenta, hija mía? -pregunté a Mercedes.

-Yo sí; pero con una condición: yo no quiero ir en los entierros llevando un cirio; si me obligasen a ir, les diría que me llevaran a casa con mamá.

Los ojos de Angela se arrasaron de lágrimas; yo estreché a Mercedes contra mi pecho, sintiendo en aquellos instantes el parecerme a un árbol seco, que no produce sombra.

¡Con cuánto placer hubiera yo dicho a Angela: "¡Pobre madre!, no llores... Por la noche se enlazarán a tu cuello los brazos de tus hijos; estos crecerán junto a ti, y tú les enseñarás a rezar por el alma de su padre!"

Cuando besé por última vez la frente de Mercedes, sentí un dolor agudo en el corazón; era sin duda la repercusión del que sentía la infeliz madre al ver rotos por la miseria los lazos más sagrados de la vida.

Si yo no estuviera plenamente convencida de que la existencia terrena es uno de los capítulos que escribe el espíritu en sus "memorias eternas", me sería imposible resignarme viendo a innumerables familias que sufren los horrores del hambre y todas las dolorosísimas consecuencias que trae consigo la desdicha; martirio que experimentan, no sólo los que por su edad han tenido tiempo de contraer responsabilidades, sino también los niños cuando aun resplandece en su frente la inocencia. ¡Pobre Mercedes! ¡Tan simpática y tan bonita! ¡Cuánto dicen sus bellos ojos! ¡Cómo su inteligencia rechaza ya el papel humillante de llevar un cirio acompañando a un muerto!

¿Por qué no habrá otros asilos benéficos para los niños pobres, donde la religión no tiranice sus almas humillándolas? ¿Por qué el librepensamiento no podrá crear aún centros instructivos, en los cuales se encuentre el pan del cuerpo y el del alma, pudiendo el niño regresar a su hogar por la noche para recibir las caricias de las madres? ¡Ay! Mientras la caridad no prodigue sus consuelos sin romper los lazos del amor familiar bajo su manto, no crecerán seres dotados de sentimiento: crecerán autómatas, máquinas, pero no almas dispuestas al sacrificio.

Romper los lazos de una humanidad que apenas sabe querer, es lo mismo que incendiar la choza que nos debe guarecer de la lluvia y del granizo.

Si en lugar de despertar el sentimiento en las clases necesitadas, se trabaja por apagar en ellas el fuego sagrado del amor, es indudable que se siembra la cizaña del indiferentismo y del egoísmo más cruel y desconsolador.

Procúrese, por lo contrario, rodear a los pobres de una atmósfera de amor; desarróllese su sentimiento y se les dará su mayor riqueza.

¡Qué pobre es aún la humanidad! ¡Y más pobres aún sus religiones, que para aliviar la miseria rompen despiadadamente los lazos de la familia!

¡Qué pan tan amargo ofrece la caridad religiosa!

INDICE

El sueño de los dos niños
¡Antonio!
La constancia
Los niños pobres
¡Carolina! ¡Pobre madre!
El cieguito
Los niños
La muñeca de Juanita
Reminiscencias de ayer
¡Tito!
¡Celso!
La Nochebuena
El gran problema
La segunda muñeca
Sombras y luz

¡Antes morir que matar!
La mujer del porvenir
¡Ay... lo que he hecho!
Tras de la cruz, el diablo
Dos almas vestidas de luz
Amor después de la muerte
¡Cuánta pequeña!
¡Mañana!
¡Por miedo!
Gotas de rocío
Un día feliz
La viajera de los siglos
¡Me voy al cielo!
¿Por qué?
El árbol seco
¿Quién le habló?
Lo que dicen los niños
¡La soledad!
Donde menos se piensa
Lo que siempre nos queda
Pluralidad de existencias
¡Misterios!
Cada uno es hijo de sí mismo
¿Hasta cuándo?
Un ministro de Dios
Un racionalista
La felicidad eterna
A una joven artista (carta primera)
A una joven artista (carta segunda)
A una joven artista (carta tercera)
Impresiones
No hay efecto sin causa
El niño Jesús
El amor (por Violeta)
El amor (carta primera)
El amor (carta segunda)
El amor (carta tercera)
Aun hay amor
Efusiones (por Violeta)
Impresiones
Una carta a Amalia Domingo Soler (por Rosario de Acuña)
Una gran sorpresa
A la eminente escritora Da.Rosario de Acuña (por Violeta)
No siempre
Intimidades
a la adorable Violeta (por Trinidad González)
¿Cómo te llamas? (por Carmen Piferrer)
A Violeta (poesía por B. Morera)
La mujer y el librepensamiento (por Violeta)
Estudios del natural
La cieguita
El cuadro más bello

Prólogo de una historia
El infierno
¡Ser madre!
Una flor entre abrojos
¡La juventud!
¡Morir!
El tiempo
¡Cuánta dicha perdida!
El árbol muerto
¡María!
Lo más dificil
¿Quién es más feliz?
¿Cuándo son más bellas las flores?
Retrato moral y físico de Da. Amalia Domingo Soler
Fragmento
Notas biográficas
Una carta hermosísima de Amalia
Datos históricos
de Violeta a Carmen Piferrer
de Carmen Piferrer a Violeta
¡La soledad!
¡Qué grande es Dios!
¡Isabel!
¡Los lazos rotos!